COLECCIÓN IDEAS, LETRAS Y VIDA

DONALD WEBSTER CORY

EL HOMOSEXUAL EN NORTEAMERICA

CIA. GENERAL DE EDICIONES, S. A. · MÉXICO

EL HOMOSEXUAL EN NORTEAMERICA

He aquí por vez primera, en lenguaje nada técnico, la exposición del homosexualismo visto, sentido, experimentado y contado por un homosexual. Todos los aspectos de esta manera de vivir, generalmente tan poco entendida, se relata y se valora aquí desde un punto de vista subjetivo, personal, a lo largo de un libro pletórico de hechos no revelados hasta hoy y resuelto a abordar la materia con franqueza y probidad y comprensión analítica y penetrante.

¿Qué significa hoy en Norteamérica el ser un homosexual? ¿Cuáles son los problemas con que el homosexual tropieza, los acomodamientos que intenta hacer, las humillaciones que sufre en silencio? ¿Busca en el matrimonio el homosexual la salida a sus problemas? ¿Lo busca en el tratamiento psicoanalítico? ¿En la sublimación de sus deseos? ¿Cree el homosexual que dentro del marco natural de las cosas existe un sitio para el homosexualismo, y que puede así contribuir a la existencia de una sociedad sana? Estas son unas cuantas de las preguntas, inquietantes y audaces, a que por primera vez da respuesta un homosexual.

En su libro, el autor demuestra la notable semejanza que existe entre los problemas a que se enfrenta el homosexual y aquellos que agobian a las minorías nacionales y étnicas dentro de las sociedades; somete a un análisis despiadado el fenómeno de la hostilidad social; responde a la acusación de que la inversión de los sexos es contraria a la naturaleza. Se examinan en esta obra los orígenes psicológicos de una condición aquí calificada como algo meramente anómalo, y sus incidencias. Se describe el lenguaje de los círculos homosexuales; se pinta el ambiente de los bares y los bailes dedicados al homosexual; se discuten francamente los problemas de la promiscuidad y la versatilidad y el de su contrapartida: la busca de un verdadero amor.

(Pasa a la solapa siguiente.)

(Viene de la solapa anterior.)

Todo lo pertinente al asunto se abarca en esta obra, hasta las leyes contrarias a las prácticas homosexuales y la discriminación de que el homosexual es objeto hasta cuando intenta la práctica de sus libertades cívicas. Y termina el autor con un capítulo dedicado a los padres de familia y con un diálogo, sincero y sin reservas, dirigido a los homosexuales como él, a quienes les muestra la posibilidad de alcanzar vida íntegra y satisfactoria.

En tres apéndices valiosísimos el autor da a conocer, debidamente autorizado para ello, documentos oficiales que se refieren a la actitud de la Administración de los Veteranos con respecto a este asunto; inserta extractos de los códigos penales de los cuarenta y ocho estados de la unión norteamericana y proporciona una lista, bien notable, de cerca de doscientas obras literarias; novelas, dramas, poesías inspiradas en este tema.

Afirma el autor que los psiquiatras y los penalistas conocen tan sólo unos cuantos homosexuales desventurados e inadaptados, y que de entre ellos la mayoría de la gente sólo reconoce a los de características evidentes. Pero sólo un homosexual es capaz de entrar en contacto con la muchedumbre de los invertidos "normales", y describe su modo de vida, sus acomodamientos, sus compensaciones, sus anhelos.

Exceptuando la información de Kinsey, este libro es, a no dudarlo, la obra más completa que los Estados Unidos han producido sobre el asunto. Por ello, y por otras consideraciones, resultará interesante no tan sólo para los homosexuales, sino para sus familias, sus amigos, sus patrones, igual que para todo aquel que se preocupe, en mayor o menor grado, por este fenómeno social y psicológico. Más aún, *El Homosexual en Norteamérica* está llamado a ocupar un sitio al lado de los clásicos de la literatura sexual, y a juntarse en el mismo anaquel con las obras de Krafft-Ebing, Havelock Ellis, Freud y Kinsey.

COLECCIÓN IDEAS, LETRAS Y VIDA

CIA. GENERAL DE EDICIONES, S. A. - MÉXICO

COLECCION IDEAS, LETRAS Y VIDA

DONALD WEBSTER CORY

EL HOMOSEXUAL EN NORTEAMERICA

Estudio subjetivo

COMPAÑIA GENERAL DE EDICIONES, S.A. - MEXICO

Reservados los derechos de reproducción
Copyright by
COMPAÑÍA GENERAL DE EDICIONES, S. A.

Traducción del inglés por
ALFREDO SÁNCHEZ LUNA

conforme al texto original
THE HOMOSEXUAL IN AMERICA
Original English edition published by GREENBERG: PUBLISHER, A Corporation, 201, East 57th St., New York 22, New York.
Copyright 1951 in the United States of America.

PRINTED IN MEXICO
IMPRESO EN MEXICO

PROLOGO

Hay muchos métodos legítimos para investigar los fenómenos sexuales. Así, G. V. Hamilton (A Research in Marriage) *y Alfred C. Kinsey* (Sexual Behavior in the Human Male) *han empleado el interrogatorio técnico directo para obtener importantes datos sexuales. Katharine B. Davis* (Factors in Sex Life of 2,200 Women), *Lewis M. Terman* (Psychological Factors in Marital Happiness), *y el autor de estas líneas* (A Study of Human Love Relationships *y otros escritos) han utilizado los interrogatorios anónimos. Bronislaw Malinowski* (The Sexual Life of Savages) *y Margaret Mead* (From the South Seas) *han hecho investigaciones antropológicas acerca del sexo. Richard von Krafft-Ebing* (Psychopathia Sexualis) *y Magnus Hirschfeld* (Sexual Pathology) *han realizado estudios médicos sobre la sexualidad. Sigmund Freud* (Basic Writings) *y Wilhelm Stekel* (Sexual Aberrations) *han empleado técnicas psicoanalíticas de estudio. Frank Beach* (Hormones and Behavior) *ha dedicado tiempo y esfuerzo considerables al estudio fisiológico experimental del sexo. Mario Praz* (The Romantic Agony) *y quien esto escribe* (The Folklore of Sex) *han analizado obras literarias y otros materiales para explorar y descifrar las actitudes sexuales humanas.*

Un método de investigación sexual que ha sido poco empleado relativamente, excepto en obras de ficción, es el de la exploración y apreciación subjetiva y de primera mano de la propia conducta y actitudes sexuales del escritor, y las

de sus copartícipes. Havelock Ellis hizo uso de esta técnica cuando observó su propia actividad sexual —particularmente sus emisiones nocturnas— y consignó anónimamente esa actividad en uno de los volúmenes de sus Studies in the Psychology of Sex. *También Freud empleó este método de autoestudio cuando presenta, de una manera abierta o enmascarada, muchos de sus propios sueños y de su material autoanalítico en el curso de sus escritos sobre psicoanálisis. Pero la recolección de datos sexuales humanos por medio de la observación objetiva y subjetiva del investigador sobre su propia conducta sexual y la de sus copartícipes, y de la exposición franca y plena de sus observaciones en una obra que no sea de ficción o invención literaria, ha sido una técnica raramente empleada.*

Por fortuna para el lector corriente de este libro así como para los estudiosos de la sexualidad humana en particular, El homosexual en Norteamérica *es un excelente ejemplo de lo que puede ganarse mediante el estudio subjetivo de los problemas de la conducta sexual. Al escribir con sorprendente franqueza y al basar su material sobre sus propias experiencias sexuales y sobre las de sus compañeros, Mr. Cory nos ha dado un documento muy notable. En los límites de un solo volumen, ha conseguido plenamente consignar sus propios sentimientos acerca de la homosexualidad; los de otros muchos homosexuales típicos y no típicos, y los de los heterosexuales con relación a los homosexuales del presente. Además, sin pretender ser exhaustivo en cuanto a estadística ni en cuanto a hechos, Mr. Cory nos proporciona una gran masa de material sobre los homosexuales norteamericanos, y explora inteligentemente muchos de los más importantes problemas sociológicos, psicológicos, culturales, religiosos y de otras clases que actualmente existen en relación con la homosexualidad. Muchas de las ideas que expone en su libro son originales y sugestivas, y todas merecen seria consideración.*

Yo no puedo, naturalmente, estar de acuerdo con todas las opiniones de Mr. Cory tal como aparecen expuestas en El ho-

mosexual en Norteamérica. *Así como él —y lo reconoce francamente— está influído por sus predilecciones homosexuales, yo a mi vez estoy influído por mis predilecciones heterosexuales. Por tanto, no puedo estar conforme con las ventajas sociales, políticas, individuales o de cualquier otro género que Mr. Cory pide para la homosexualidad. Además, como psicoterapeuta de orientación psicoanalítica, debo oponerme también al pesimismo de Mr. Cory en lo que se refiere a la posibilidad de conducir a los homosexuales a un modo de vida más heterosexual. Como científico que tiene una misión social, hubiera yo preferido ver a Mr. Cory acentuar con más energía las contradicciones psicosociales que nacen de los intentos del homosexual para combatir las persecuciones de la sociedad heterosexual y al mismo tiempo para subscribir y aprobar las actitudes puritanas y antiindividualistas de esa sociedad en que están enraizadas aquellas persecuciones. Como sexólogo, me hallo en clara disconformidad con algunas de las opiniones, expresas o implícitas, de Mr. Cory acerca de la natural inherencia e inexorabilidad de los impulsos homosexuales, una vez que esos impulsos han despertado. Y como psicólogo, querría que Mr. Cory hubiera señalado con más vigor la multiplicidad de las causas de la homosexualidad.*

Pero este libro no es mío, sino de Mr. Cory, y es inevitable que éste se incline a sus opiniones necesariamente parciales acerca de la homosexualidad, como yo me inclino a las mías. Permítaseme añadir que, considerando su sincera adhesión a las predisposiciones homosexuales, sus parcialidades son notablemente pocas, y que su aptitud para aceptar las opiniones científicas modernas sobre las relaciones homosexuales es inusitadamente elevada.

Comntar todas las excelencias de El homosexual en Norteamérica *exigiría hacer un sumario detallado de todo el libro, y no es tal el objeto de esta introducción. Baste decir que la obra de Mr. Cory es notable por su bien justificada acusación contra las pacatas y sádicas persecuciones de que los heterose-*

xuales hacen objeto a los homosexuales; por su aceptación de las modernas ideas psicoanalíticas, al mismo tiempo que resiste a la tentación de engolfarse en un simbolismo ultraanalítico; por su insistencia sobre los problemas que plantean otras minorías, y no sólo las homosexuales; por su aceptación de las causas ambientales de la homosexualidad; por su inteligente y amplia erudición, y sobre todo por su perspicacia para estudiar sus propias limitaciones y desviaciones.

En suma, El homosexual en Norteamérica *es con mucho la mejor descripción no literaria o novelesca del homosexual norteamericano que hasta hoy se ha publicado. Deben leerlo todos los invertidos y todos los que deseen comprender clara y plenamente la cuestión de la homosexualidad. Es una obra francamente seria, sincera, perspicaz y patética. Aun quienes se hallen en más violento desacuerdo con sus opiniones, la encontrarán sugestiva y digna de ser leída.*

ALBERT ELLIS

Junio de 1951

PREFACIO

Este libro es el resultado de un cuarto de siglo de participación en la vida norteamericana como homosexual. Estoy convencido de la necesidad de divulgar la información y de discutir libremente argumentos y opiniones en torno de este asunto. Es mi convicción que las observaciones y puntos de vista del homosexual son tan esenciales como las del psiquiatra, el jurista o el eclesiástico, para llegar a alguna conclusión acerca de la homosexualidad. El psiquiatra no puede esperar nunca conocer al homosexual más típico, porque sus pacientes son sólo los frustrados y mal adaptados. De la misma manera, la experiencia del penólogo se limita a los homosexuales que entran en colisión con la ley. El estudio subjetivo que se emprende en este libro no tiende sólo a suministrar un conocimiento del grupo más numeroso y más típico, sino también a permitir la expresión de una opinión tal como se manifiesta dentro de ese grupo.

El punto de vista que se expone en este libro, es el mío. No puedo hablar en nombre de otros. Pero creo que la mayoría de los homosexuales se identificará con las ideas y las experiencias que se exponen en muchas partes de este libro.

Mi obra se propone abarcar únicamente a los homosexuales masculinos, ya que no puede ofrecer un estudio subjetivo de los problemas del lesbianismo. Acá y allá, cuando el asunto de la homosexualidad femenina es pertinente para la comprensión de mi tema, la menciono, pero no la analizo a fondo.

Como homosexual manifiesto que escribe para un público general, me he sentido impulsado a emplear el lenguaje que usaría si hablase a otros homosexuales. Los términos que empleo en este libro son necesarios en un estudio subjetivo. El lector no iniciado encontrará que los homosexuales se llaman *gay* (alegres), y los heterosexuales *straight* (derechos), palabras de uso común en el mundo en que yo me muevo, y que examino en detalle en el capítulo que dedico al lenguaje de la vida homosexual.

El material de este libro fué recogido mediante un estudio directo y experiencias personales. Me he apoyado mucho en algunas fuentes, y reconozco mis deudas para con sus obras. Estoy obligado a un joven fiscal por un estudio notablemente completo que hizo para mí acerca de la homosexualidad y la ley en los Estados Unidos. Los hechos que examino en un capítulo dedicado a este asunto, me fueron proporcionados por él, pero todas las opiniones son mías.

En cierto sentido, este libro es una autobiografía espiritual. En una obra de este tipo los hechos de la vida de un hombre son de importancia secundaria; pero las ideas a que se adhiere son de primera significación. Sin embargo, escribo como homosexual, y por tanto me gustaría instruir al lector acerca de mi ambiente. Desde mi primera adolescencia, he conocido el problema homosexual. Mi primer despertar fué la encendida inclinación que sentí hacia un joven pocos años mayor que yo. Nadie me había enseñado que hay hombres que son atraídos por otros hombres; nadie había intentado seducirme. Sólo sabía que sentía un impulso, de carácter vago y turbador, hacia el goce con otra persona. Quería estar cerca de él, abrazarlo. Hasta dos años después de mi primera experiencia, seguí completamente ignorante de los hechos de la homosexualidad, y recibí como un choque violento cuando, siendo estudiante de escuela secundaria, un maestro me llevó aparte, entabló conversación conmigo y me explicó que había individuos a quienes se llamaba invertidos.

En los últimos años de la adolescencia y primeros de la virilidad, me estudié a mí mismo y a los que eran como yo, busqué en los libros de literatura lo que podía darme luz, me esforcé en comprender por qué no podía yo ser como los demás. Me sentía profundamente avergonzado de ser anormal, y sabía el alto precio que tendría que pagar si alguien descubría mi secreto.

Pasé por muchas fases en los años siguientes. Luché contra mi homosexualidad, traté de disciplinarme y de vencerla, me castigaba cuando fracasaba en resistir las tentaciones pecaminosas. Pero la lucha no consiguió disminuir mis íntimas necesidades. Después, rebelándome contra la lucha, me hice con muchos amigos en los círculos homosexuales, y alternativamente me sentía atrapado por una tragedia humana a la cual nunca podría acomodarme, o bienaventurado como individuo de la minoría escogida del mundo. A veces sentía que no tenía por delante sino la derrota, y otras hacía el proyecto de arrojar el yugo del secreto, proclamar abiertamente mi temperamento tal como era, y vivir una vida plena y completa al unísono con otro hombre.

Pero el amor con otro hombre, según llegué a descubrir, no era fácil de realizar, y las infatuaciones apasionadas que parecían permanentes se rompían y deshacían tras un breve período de tiempo. Participé en varias amistades eróticas y en noviazgos, esperando muchas veces que al fin había encontrado el amor permanente. Una amistad de carácter remunerador, entablada cuando yo tenía dieciséis años, duró dos, pero terminó, como terminaron otras después. Después, las pasiones sólo duraban unos meses, más tarde sólo unas semanas, y empecé a sentir desprecio por quienes usaban la palabra *amor* para designar aquellas relaciones.

El amor homosexual, me decía a mí mismo, es un mito. Nunca encontraré un hombre a quien pueda amar. Serían siempre los mismos enredos breves, y después cada uno se iría por su parte en busca de campos nuevos e inexplorados. Me

parecía que caminaba hacia una vida de disipación, hacia un final sin esperanza. ¿Dónde podría volverme?

A la edad de veinticinco años, después de cerciorarme de que era capaz de consumar el matrimonio, me casé con una muchacha a quien conocía desde la infancia, persona encantadora y sobresaliente, que trajo a nuestra unión una comprensión profunda y que compartía conmigo muchas aficiones e intereses. Resolví que el matrimonio fuera el fin de mis pecados, que rompería todas mis ligaduras con los círculos homosexuales y con los queridos amigos que en ellos tenía, y hacer la que me parecía ser la única vida que podía serme provechosa.

No tardé en advertir que el matrimonio no reducía la necesidad del goce con hombres, y que no tenía yo la energía y la paz espiritual necesarias para proseguir una carrera fecunda mientras estuviese en lucha constante con algo que vivía en mi interior. Necesitaba mis primeras amistades; pero no quería confesarme a mí mismo, ni aun en el secreto del pensamiento, que las necesitaba.

Obligado a resolver el problema y convencido de que la única solución era librarme de la necesidad homosexual, visité a un famoso psicoanalista, quien me aseguró que podría ayudarme. Gradualmente, a medida que avanzaba el proceso analítico, se me hizo patente que podía ayudarme a vencer los sentimientos de vergüenza, de culpa, de remordimiento, más bien que a vencer los impulsos de donde dimanaban aquellos sentimientos. Luché ásperamente contra este plan. Quería sentir vergüenza, y estaba orgulloso de sentirla. Realmente, la necesitaba. Pero aquella lucha sólo sirvió para probarme, con la ayuda del doctor, que los sentimientos de vergüenza y de culpa no eran más que apoyos que yo había empleado para hacer posible la continuación de la vida homosexual contra la cual pretendía estar en rebelión. Por los sentimientos de culpabilidad y de remordimiento, me exoneraba a mí mismo de toda responsabilidad, y me demostraba a mí mismo que la

homosexualidad era un impulso que tendía a realizarse contra mi voluntad; y esta exoneración hacía posible seguir llevando la vida homosexual. Pero la estaba pagando a precio muy acerbo.

En la actualidad, después de muchos años de un matrimonio bien logrado, con un hogar feliz y con hijos, y con un sólido vínculo de amistad que me une a un hombre que ha sido en mi vida un ser bienhechor, me siento a escribir lo que significa ser homosexual. No son los pensamientos de una persona amargada y desgraciada. Es la experiencia acumulada y los puntos de vista de alguien que ha vivido en lucha consigo mismo y con la sociedad.

Antes de terminar estas observaciones preliminares, quiero referirme a una objeción que se ha formulado respecto del nombre supuesto bajo el cual se publica este libro. Si usted tiene el valor de sustentar sus opiniones, me dicen, ¿por qué se oculta tras la máscara del anonimato? ¿Por qué no firma con su nombre, como lo han hecho otros, y por qué no defiende abiertamente las opiniones a las que se muestra tan decididamente adherido? En respuesta, puedo decir que en la vida de cada hombre aparecen implicadas otras personas, y que no encuentro justificado exponer las que están complicadas en la mía a posibles dificultades y daños, asociándolas a opiniones que no comparten. Además, estoy convencido de que, en el presente ambiente cultural de los Estados Unidos, el escritor seudónimo o anónimo puede hablar con más claridad que el que pone su firma en un análisis subjetivo de la homosexualidad. Y no es sólo que yo y otros sufriríamos las consecuencias, sino que las sufriría el libro mismo, y por lo tanto debo evitar que el autor sea abiertamente conocido.

Espero que mi libro ilustrará y aumentará la comprensión de los padres, de los hermanos y hermanas, de los amigos y de los maestros. Espero que contribuirá en algo a mejorar la deplorable condición social de quienes, siendo homosexuales co-

mo yo, andan buscando respuesta a las innumerables preguntas que la vida les formula.

Doy las gracias a todos los que han leído mi manuscrito, en todo o en parte, por sus valiosas indicaciones.

DONALD WEBSTER CORY

Mayo de 1951.

PRIMERA PARTE

SOCIOLOGÍA

CAPITULO PRIMERO

La minoría no reconocida

En los últimos años el mundo se ha hecho extremadamente sensible a los problemas de las minorías. Sobre la industria, sobre el gobierno, y en realidad sobre la sociedad toda, viene ejerciéndose una presión constante para que se reconozcan los derechos de las minorías. Generalmente por un accidente biológico, y algunas veces por elección voluntaria, muchas gentes se encuentran situadas al margen de la corriente general de la vida, incapacitadas para gozar de los beneficios de la civilización al lado de sus congéneres. Se reconoce lo difícil de su situación; constantemente se oye decir que hay que concederles los derechos humanos, sin atender a raza, religión, color ni credo político. En opinión de muchos, la actitud hacia las minorías se ha convertido en la piedra de toque por la cual puede juzgarse del carácter progresivo de un individuo o de una nación. Son muchos los que afirman que el problema de los derechos de las minorías es un reto lanzado a nuestro siglo; y esos derechos se consideran como la piedra clave sobre la cual la democracia debe levantarse y florecer, o morir en las próximas décadas. El no reconocimiento de los derechos de las minorías disidentes y no conformistas, es el rasgo más característico del totalitarismo.

La lucha por el progreso que sostienen los grupos a quienes se niega un lugar en la sociedad, se desarrolla simultá-

neamente en dos niveles. Hay la lucha que sostienen aquellos que, voluntaria o involuntariamente, se encuentran en las filas de una minoría. Casi sin excepción, creen que merecen la libertad más plena, y combaten por conseguirla. Tienen de sus problemas un conocimiento que les acompaña incesantemente, y no pueden evadirse de ellos sino de manera ocasional, momentánea, fugaz. Ven la vida como dividida en dos campos al parecer hostiles e irreconciliables; y rara vez se detienen a preguntarse a sí mismos si la actitud que guardan hacia otras minorías es la que quieren que los demás guarden hacia la suya. Por casualidad se encuentra un raro individuo de talla bastante para que su actitud de profunda simpatía por todos los seres humanos trascienda de su propia identificación con determinado grupo de gentes.

Al mismo tiempo, no es raro que una minoría se vea reforzada por las actividades de algunos individuos encuadrados en la mayoría dominante, los cuales, por alguna clase de motivos, se identifican con las aspiraciones de un grupo, sin formar parte de él. Quizá profesan una filosofía libertaria, quizá su apoyo a los extrañados puede ser debido a motivos personales, psicológicos, humanitarios, intelectuales o de otra especie. Pero los motivos no importan: la historia juzga los hechos, y la historia les enseña que los muchos no pueden prosperar cuando los pocos languidecen y se mustian; que la mayoría no puede alcanzar una felicidad verdadera en un mundo en que una minoría es profundamente reprobada.

De estos individuos minoritarios, aunque pertenecientes a la mayoría, suelen proceder las expresiones literarias, las protestas, las demandas de un cambio. Los que hablan más claro, describen lo que significa el vivir como miembro de una minoría: los caminos cerrados, el desaliento mortal, la discriminación, el desprecio, la burla, el lenguaje insultante, la humillación y la autodesconfianza, la lucha por mantener la dignidad y el orgullo del grupo. Cuando estas gentes exponen y protestan, sus voces se ven complementadas por las

de los aliados pertenecientes al otro mundo, los cuales nunca pueden conocer plenamente el choque psicológico que produce una cultura hostil sobre aquellos a quienes ayudan, pero están particularmente bien situados para dar impulso a una causa sin entenderla plenamente.

La cuestión de las minorías ha sido estudiada exhaustivamente en los últimos años. Se fijó la atención sobre el pueblo judío en Alemania y en otras partes del mundo, sobre los hindúes y los musulmanes en la India y en el Pakistán, sobre los católicos en el Ulster y los protestantes en Italia, y sobre los negros en Norteamérica. Pero la religión, la raza y el color no son los únicos aspectos del problema de las minorías; se discuten los derechos de los comunistas en las democracias occidentales, y se piden derechos para los no comunistas en los países de la Europa oriental. Los privilegios de los ateos, de una parte, o el culto de Jehová, de otra, caen dentro del campo de estudio del problema de las minorías.

En mi opinión, está exigiendo la atención de Norteamérica otro aspecto del problema de las minorías. Nosotros los homosexuales constituímos una minoría que no puede aceptar los puntos de vista, las costumbres ni las leyes del grupo dominante. Constituímos una minoría, y una minoría única.

Habrá quien proteste contra la clasificación de los homosexuales como una minoría, sobre la base de que ese término se aplica usualmente a los grupos étnicos, y que los homosexuales constituyen un número de gentes agrupadas por un acto o por un accidente de nacimiento. Hasta las minorías religiosas no están exentas de verse agrupadas de esta manera, ya que los credos religiosos generalmente se transmiten de padres a hijos. Sin embargo, semejante concepto de minoría, aparte de la estrechez de las consideraciones en que se funda, sólo tiene sentido en cuanto señala la involuntaria e ineludible naturaleza de la pertenencia a un grupo. Como demostraré en la parte de este libro dedicada a la génesis de la homosexualidad, y como lo reconocen los psiquiatras, el hecho de

ser homosexual, y por tanto de pertenecer a un grupo, es tan involuntario como si fuese ingénito, a pesar de que no lo es; y como demostraré en mi examen de la terapia, el hecho de conservar deseos homosexuales, ya se estimulen o se sofoquen, y ya se logre o no un reajuste bisexual, es virtualmente tan inextirpable como si se tratase del color de la piel o de la forma de los ojos.

No es necesario decir que hay algunas diferencias fundamentales entre los homosexuales y los grupos minoritarios convencionalmente reconocidos. Una minoría, de acuerdo con una definición estricta, es un grupo de personas al cual excede en número el resto de la población. Pero, en sus más amplias connotaciones, un grupo minoritario consiste en primer lugar en un conjunto de personas que tienen en común algún rasgo importante que no sólo las une entre sí, sino que las diferencia del resto de la sociedad. El grupo psicológico, dice Sigmund Freud, "comprende al hombre individual como miembro de una raza, de una nación, de una casta, de una profesión, de una institución, o como parte integrante de un conjunto de personas que se han organizado en grupo en un tiempo determinado y para algún objeto definido".[1] De acuerdo con esta definición, se ve que no sólo los cristianos y los judíos, los negros y los blancos, constituyen grupos, sino que los comunistas son un grupo, que lo son también los sordomudos, lo mismo que los médicos y los psicoanalistas. Pero un grupo minoritario, desde un punto de vista sociológico, debe poseer otra característica, y ésta es la posición de inferioridad y de desigualdad dentro de la sociedad. En este sentido, los médicos no constituirían una minoría; y hasta es posible que el grupo minoritario, como alguien lo ha advertido, constituya una mayoría numérica, de lo cual son ejemplo clásico los negros del Africa del Sur.

[1] *Group Psychology and the Analysis of the Ego* (Londres, International Psycho-analytical Press, 1922), pág. 3.

De acuerdo con esa definición, los homosexuales son un grupo minoritario, consistente en gran número de gentes que pertenecen, participan y son constantemente conscientes de algo que las une entre sí y las separa de la corriente general de la vida; pero son un grupo sin portavoz, sin jefe, sin publicación, sin una organización, sin una filosofía de la vida, sin una justificación aceptada de su propia existencia. En realidad, seguramente no hay otro grupo de tanta cuantía, y con tan pocos individuos, sin embargo, que reconozcan pertenecer a él. Y, si no fuese por la presión local para tal reconocimiento, o por la facilidad biológica de la identificación, ¿no perderían también otras minorías una gran parte de sus grupos?

Se ha escrito mucho acerca de este problema. Hay centenares de libros: novelas, tratados sociológicos, estudios estadísticos, críticas psicoanalíticas, algunos de ellos contribuciones valiosas a la literatura sobre la materia. Pero nadie, salvo una o dos excepciones, se ha detenido a referir en términos llanos, sin envolverlos en una obra de ficción literaria, lo que significa ser homosexual. Rara vez uno de éstos ha dicho a los sociólogos, a los legisladores y a los jueces, a los novelistas y a los psiquiatras —salvo en conversaciones confidenciales que no llegan nunca al dominio público— lo que se siente cuando se es homosexual, al vivir bajo la acción constante de algo ineludible, y cómo esto afecta a todos los aspectos de la vida, aquí, hoy, ahora, a mediados del siglo XX, en Norteamérica.

¿Cuáles son los problemas con que se enfrenta un homosexual, los acomodamientos que hace, las impulsiones que experimenta, los conflictos que trata de evitar? ¿Qué pensamos los homosexuales de los orígenes de nuestro problema, de la busca de una solución, de las leyes y del chantaje, de la deseabilidad del matrimonio, de las novelas acerca de nuestro grupo? ¿Qué suerte de filosofía de la vida buscamos? ¿No nos ofrece la vida esperanza alguna, estamos vencidos y desalentados, o hay una solución que alguno, o muchos, hayan

encontrado? ¿Queremos ser lo que el mundo llama normales, hemos hecho esfuerzos para serlo, cuál es nuestra experiencia cuando lo hemos intentado? ¿Debemos confesar nuestras inclinaciones a la familia y a los amigos, debemos contraer amistades fuera de nuestro grupo, y cuáles son las actitudes frente a las cuales nos encontramos?

Ahondando en estas cuestiones, encuentro que lo fundamental para todas las soluciones posibles es la comprensión de que el factor dominante en mi vida, que sobrepasa en importancia a todos los demás, es la clara conciencia de que soy diferente. En un respecto de primordial importancia, soy diferente de la gran masa de gentes que constantemente me rodean, y el reconocimiento de este hecho me acompaña sin cesar, e influye poderosamente todos mis pensamientos, todos los minutos de mi actividad y todas mis aspiraciones. No sólo la conciencia de ser diferente, sino más aún, el sentir constantemente esa disimilaridad, es algo ineludible.

Algunas veces, quizá cuando estoy en la cama por la mañana, completamente despierto, pero no dispuesto aun a levantarme, o cuando me siento a descansar en una muelle butaca, en mi casa, y dejo caer los periódicos en el suelo al tiempo que cierro los ojos, puedo retraerme en mí mismo a solas con mis pensamientos, y me siento invadido por un asombro singular. Una insaciable curiosidad se apodera de mí cuando anhelo saber cómo sería si no fuese homosexual. Mi imaginación vaga locamente, y evoco las imágenes inspiradas por el arte, la poesía, el drama, la novela, el cine y mis relaciones personales. Traigo en mi fantasía a los heterosexuales a quienes conozco, a la vida real y a una vida de ficción, y persevero en mis esfuerzos para indentificarme con ellos. Para reforzar los aspectos realistas de la fantasía, me figuro a mí mismo haciendo observaciones condenatorias y juicios acerbos. Pero todo en vano. Cae fuera del alcance de los vuelos más desenfrenados de mi fantasía. Soy impotente hasta para captar una imagen soñada de otro mundo. Si no

fuese lo que soy, ¿qué tareas ocuparían mi pluma, qué problemas ocuparían mi pensamiento? No lo sé, porque una existencia en la que yo sería como los demás, está completamente fuera de mi concepción.

Respecto de mis amigos y lectores heterosexuales, que encuentran fuera del alcance de su comprensión los deseos que constantemente alientan en mi interior, sólo puedo decir que encuentro su propia personalidad sexual igualmente enigmática, igualmente extraña a mí, y fuera del alcance de mi imaginación. Si yo fuese transformado súbitamente y como por arte de magia en el cuerpo y en la conciencia de un heterosexual, ¿qué pensaría, qué sabría, qué sentiría, qué desearía? Mi fracaso al buscar contestación a estas preguntas es más que una mera inhabilidad para imaginar; es una espantosa fantasía ante la cual retrocedo.

Sé que estoy unido a mi personalidad integral, y que la sexualidad es básica en esta personalidad, y que no se puede renunciar a ella. Pero en ocasiones querría ser normal —y uso esta palabra en su connotación habitual— durante un breve tiempo. Me gustaría sentirme libre de la angustia de ser un desterrado; no meramente para gozar los placeres de las relaciones con el otro sexo, sino para sentirme libre del impulso sexual que me arrastra hacia mi propio sexo. Mas, aunque me gustaría tener la experiencia de esa libertad, sería sólo para regresar después al alegre mundo al que no puedo renunciar.

Libertad: ¿es esto lo que busco? ¿Es esto lo que por un momento me hace retrasar el instante de levantarme, cuando oigo la hora en el reloj? ¿Es todo lo pasado —me pregunto a veces— un sueño lejano? Después de todo, yo soy un individuo libre, y en este momento ningún impulso coercitivo me tiene en su poder. El cuerpo está momentáneamente libre de todo anhelo, no siente ningún deseo o ansiedad. La homosexualidad que durante tanto tiempo lo ha dominado, parece haberse ido durante la turbulenta inconsciencia del sueño. Me

siento libre de ataduras, de cadenas y de innumerables dificultades. Extiendo los brazos, echo a un lado las sábanas, lanzo otra ojeada al reloj, y me río para mí mismo. No puedo ayudar sino riéndome a mi propia locura, enredado en sueños y burlas a medida que el tiempo que pasa me urge para acudir a mi trabajo. Pero con qué claridad recuerdo el estado de espíritu de hace un cuarto de siglo, la adolescencia que despertaba con esta libertad recién hallada. Saltaba de alegría, me miraba a mí mismo con orgullo, encontraba un sentimiento de autorrespeto del que carecía, e iba a desayunarme con la cara radiante de sonrisas. El vivo sentimiento de que yo no era un homosexual, me acompañaba durante algunas horas o durante la mayor parte del día, hasta que las dudas inevitables volvían a asaltarme.

Ocurrió tal cosa cuando regresaba de unas breves vacaciones de invierno, en que me dediqué a esquiar y a otros deportes. Durante cinco días mi cuerpo de dieciocho años se había agotado en actividades atléticas. De vez en cuando miraba a un amigo y me decía a mí mismo: ¿Y si lo supiese? Fuera de esta pregunta, el sexo estaba muy lejos de mis pensamientos. La primera mañana, en casa, desperté fresco, enérgico, con deseos de estudiar, y me di cuenta de que estaba exento de todo impulso hacia un compañero. Me vino a las mientes una frase: *tendencias adolescentes*. Mi adolescencia ya quedaba atrás, y con ella me había desprendido de aquella cosa secreta. Me sonreía a mí mismo, y me dije casi en voz alta: "Soy un hombre."

El sentimiento de que era libre —pues así decía yo— fué entonces frecuente. Aquella mañana me sentí particularmente confiado en que no sería pasajero. El frío me ha purgado de las cosas pecaminosas, pensaba para mí. Al desayunarme, me sentí particularmente a gusto entre mi familia. ¡Cuánto más digno de cariño me habría hecho si realmente me librara de aquella anormalidad! Después de la merienda, probé en serio aquel sentimiento de libertad. Estuve entre los compa-

ñeros de colegio, y ninguno me excitó. Me senté con los estudiantes y los profesores, y miré especialmente a uno cuya presencia había sido hasta aquel día inquietante para mí, a causa de la verdadera fascinación que sobre mí ejercía; pero no experimenté ninguna emoción. Al día siguiente, el sentimiento de liberación persistía; empezaba yo a dominar mis pensamientos. Deliberadamente me sometí a una prueba tras otra, y no sentí el menor despertar o deseo. Me vino la curiosidad de saber una vez más lo que era la atracción de un hombre por otro. La idea me anduvo rondando, y al mismo tiempo temí y deseé que no se presentase más.

Un tercer día de extraña calma, y me imaginé a mí mismo revelando el secreto del pasado a los amigos, a los profesores, a los psiquiatras. En mi mente tuvieron lugar conversaciones imaginarias: refería yo mis experiencias a los amigos, y a un profesor de historia a quien hacía algún tiempo que no veía. Después, al entrar en casa, en la tarde del tercer día, cerré la puerta tras mí, pasé al lado del teléfono y me detuve un momento. Tendí la mano, y me di cuenta de que deseaba llamar a Guillermo, un amigo con quien había tenido relaciones íntimas recientes. Le diré que no tengo interés en verle más, dije en voz alta; pero el corazón latía con violencia, y eché de ver que aquello era una impostura. Anduve un rato alrededor del teléfono, y después, sin llamar, me dirigí a la cocina; pero había perdido el apetito. Esperé con impaciencia a que la cena terminase; y después, excusándome a mí mismo, me fuí a uno de mis nidos. Aquella noche encontré a un compañero mucho mayor que yo, y cuando le dejé volví a buscar a otro. Avanzada ya la noche, y a solas en mi propio lecho, lloré; pero había aprendido una cruel lección, una lección digna de ser aprendida. Ningún maestro, como no fuese la vida misma, me habría convencido de que las pasiones homosexuales no van y vienen a voluntad, sino que persisten apegadas a uno hasta el último aliento de la vida. Cuando despierto hoy y me siento libre del impulso que ha dominado

a mi personalidad, me sonrío y me limito a esperar su inevitable reaparición.

Cuando estoy en un concierto o sostengo una conversación trivial en la oficina o en casa, o al levantar los ojos del periódico y lanzar una ojeada a las personas que ocupan lo asientos del autobús, mi mente salta de repente fuera de las palabras, los pensamientos o la música que me rodean, y con un choque horrible oigo, golpeando en mi interior, las palabras fatales: *Yo soy diferente*. Soy diferente de todas aquellas gentes, y lo seré siempre. No pertenezco a ellas, ni ellas a mí. Desde mi lado del abismo que me separa de los millones que se mueven en torno mío, me pregunto quiénes serán mis ocultos compañeros. ¿Es el secretario de un amigo, en una oficina, que quizá guarda su secreto aun con más sigilio que yo guardo el mío? ¿Es un colega casado, o un primo, que por casualidad pasa aquí la noche, y que habla en tono suave y con palabras bien articuladas que me hacen sospechar? ¿O el desconocido que está sentado en frente de mí, embebido en un libro, como a mí se me supone embebido en un periódico? Sus ojos se levantan de la página, y se encuentran con los míos, y porque nos sostenemos la mirada un instante más de lo debido, experimento un sentimiento de camaradería. En mi mente, por lo menos, si no en la suya, se establece un vínculo de compañerismo, aunque cada uno de nosotros sigamos nuestro camino, para no volver a vernos nunca. ¿Le he proporcionado yo a él, como él me ha proporcionado a mí, un placer imaginario; ha experimentado él, como lo he experimentado yo, un sentimiento de mutua comprensión?

Soy diferente, me digo a mí mismo; pero sé que la manera como yo me siento diferente no es la misma como sienten su diferencia otras minorías. ¿No somos todos diferentes?, preguntaba un día un amigo en confusa simpatía. ¿No formamos cada uno de nosotros parte de algún grupo, ya religioso, racial o de color, que no marcha de acuerdo con la mayoría dominante? ¿No dicen los judíos, los negros, los extranjeros,

los católicos del Sur, los ateos, que son diferentes y que siempre serán diferentes de las otras gentes.

La analogía es débil. Los homosexuales somos una minoría, pero aun más que eso, somos una minoría intensificada, con todos los problemas que tienen ante sí las demás minorías, y con una serie de problemas específicos que no son compartidos por la mayor parte de las minorías. Los grupos étnicos pueden refugiarse en el apoyo interior y en el orgullo de sí mismos, en el calor de la familia y de la amistad, en el hecho de verse admitidos entre las gentes más ilustradas que les rodean. Pero los homosexuales, no. Los más allegados a nosotros, de cuyo amor estamos extremadamente necesitados, nos aceptan por lo que no somos. Constante e incesantemente llevamos una máscara, y sin interrupción tenemos que estar en guardia para que nuestro secreto, que es nuestra misma esencia, no sea descubierto.

En ocasiones me siento como cogido en una red por las afrentas y el desprecio del mundo hostil. Oigo la burla soez o la observación columniosa, y debo guardar silencio, o hasta forzar una sonrisa, como si las aprobase. Un pasajero entra en un ascensor y dice: "Cuando salgo de una barbería tengo la sensación de que huelo a marica. Me cuidaré, no sea que cualquier invertido hijo de su madre quiera llevarme consigo." El individuo que maneja el ascensor ríe, y yo me encuentro forzado a sonreír asociándome a las humillantes palabras que, ocultamente, se dirigen contra mí mismo. Y al salir del ascensor, no me siento disgustado contra el pasajero ni contra el operador, sino contra mí mismo, porque he envilecido mi propio carácter al dar un tácito consentimiento, y hasta mi aprobación, a la afrenta de la cual me siento personalmente víctima.

¿Dónde está tu autoestimación, dónde está tu orgullo?, me pregunto. ¿Cómo te atreves a decir que estás orgulloso de lo que eres, cuando dejas sin contestar los insultos del enemigo, cuando ofreces la otra mejilla, por cobardía y no

por espíritu cristiano, cuando hasta te pasas —como con tanta frecuencia lo haces— al campo enemigo?

No es sólo la vergüenza de mi propio envilecimiento lo que me desmoraliza, sino una gran oleada de autodesconfianza, contra la cual es infinitamente más difícil luchar. ¿Soy realmente tan "bueno" como el sujeto que está a mi lado? ¿Es mi nivel moral tan alto como el suyo? ¿Es mi ética —ante mí mismo y ante mi Hacedor— tan definible como la de los que me rodean? ¿O soy realmente lo que ellos me llaman? A despecho de mí mismo, porque sé que este impulso no es creación mía, y que no puedo borrarlo ni vencerlo, ¿soy un degenerado, un inmoral, un sujeto lujurioso, una desgracia para la madre que me dió a luz y para la niña y el niño que me llaman papá?

La sociedad me ha impuesto una máscara, un *ukase* por el cual nunca podré quitármela sino en presencia de aquellos que se ocultan conmigo detrás de sus sombras protectoras. A dondequiera que vaya, en todos los momentos y ante todos los sectores de la sociedad, tengo que fingir. Cuando mi ser se rebela contra la hipocresía que me es impuesta, compruebo que su más grave repercusión es la oleada de autodesconfianza contra la que tengo que defenderme. Porque soy incapaz de erguirme ante el mundo y confesar que soy lo que soy, porque llevo conmigo el miedo y la vergüenza, advierto que arriesgo mi confianza en mí mismo y en mi modo de vivir, y que esta confianza es necesaria para gozar de la vida.

En realidad, debo preguntarme si la vida que llevo es una vida inferior, y si los que la practican son gentes inferiores. ¿Está justificada la aversión con que nos mira la humanidad? Nada hay más desmoralizador que el que tenga que hacerme a mí mismo esta pregunta. Y, aunque firme, en un plano intelectual, en mi respuesta negativa, encuentro difícil reconciliar la propia estimación con la cobardía, la renuncia, el enmascaramiento y la hipocresía; en suma, con la aceptación externa de las costumbres de la sociedad hostil.

Retirado a la intimidad del círculo homosexual, encuentro que sólo con el mayor esfuerzo puede un individuo confesar con palabras una tendencia que tan abiertamente puede manifestar en la acción. Y cuando se emplean palabras, se usarán eufemismos, sinónimos sutiles que expresan la misma idea, pero que no causan el mismo choque violento.

La resistencia a la confesión se extiende aún a la presencia de quienes ya se han quitado la máscara. En el curso de mis estudios, hablo con muchos individuos a quienes refiero mis propias experiencias homosexuales, y aunque me doy perfectamente cuenta, no sólo por la observación, sino por una confesión previa, de que discuto estos problemas con gentes que los comparten, advierto que suscito una participación inteligente en la conversación, una comprensión y simpatía profundamente sentidas, pero rara vez franqueza y sinceridad. Todas las palabras son cautelosas, y espero en vano el asentimiento. ¿Por qué? No por miedo, seguramente, porque no puedo causar ningún daño. No porque no sea necesario, pues el intercambio de ideas se haría mucho más libremente si hubiera confianza mutua. En mi opinión el individuo es incapaz, aun en presencia de los oyentes más simpatizantes, de decir: "Soy homosexual", a causa del choque que esta frase le produce a él mismo, como resultado de toda la actividad y actitudes del grupo hostil y dominante.

No es sólo por el miedo a ser repudiado por los otros, aunque ese miedo es muy poderoso, por lo que los homosexuales se ven detenidos en la senda de la autoexpresión; ni es tampoco por el miedo a las consecuencias, aunque éstas pueden ser efectivas. Es debido al hecho de que la atuoexpresión significa autoconfesión, y ésta a su vez requiere el rechazamiento de las opiniones de los que le desprecian.

El prejuicio del grupo dominante, manifiesto en todas partes y en incontables formas, es más desmoralizador cuando los homosexuales comprobamos en qué medida hemos aceptado las actitudes hostiles como representativas de una aproximación

a la verdad. Aquí y allá, en un libro, en un documento sociológico, o en un tratado de psicología, se encontrará una justificación, pero eso no anula el peso abrumador de la antipatía. Una persona no puede vivir en una atmósfera de universal repudio, de general fingimiento, en una sociedad que condena y destierra sus actividades y deseos, en un mundo social que constantemente se burla de ella y la injuria, sin que esto ejerza una influencia fundamental sobre su personalidad.

Esa influencia me parece muy compleja. Primero, hay lo que puede caracterizarse como autodesconfianza; pero esto a su vez suscita su propia respuesta, que nace de la necesidad de la autoaceptación. La reacción contra el mundo que insiste en que somos seres inferiores, consiste en descubrir una falacia en esa idea. Muchos de nosotros podemos refugiarnos en la naturaleza involuntaria de nuestras predilecciones. Inferiores o iguales, sea cual fuere el veredicto del mundo, somos homosexuales a pesar de nosotros mismos. ¿Cómo puede el mundo condenar a un individuo por ser aquello para lo cual fué hecho?, nos preguntamos con extrañeza. A pesar de la opinión tan generalizada en contrario, los homosexuales somos totalmente incapaces de ser otra cosa que lo que somos.

Más aún: si hemos de creer en nosotros mismos, debemos rechazar íntegra la teoría de la situación de inferioridad que el mundo heterosexual nos ha impuesto. Y en eso tenemos una reacción común con las gentes que viven en una categoría minoritaria especial: creamos un nuevo cuerpo de ideas para demostrar que nuestro alegre mundo es en realidad un mundo superior. Por una u otra razón, que pocos de los nuestros se detienen a investigar, llegamos a creer que los homosexuales están generalmente dotados de superiores talentos artísticos e intelectuales. A dondequiera que miramos, vemos sobresalientes ejemplos de personas brillantes, ya en nuestros propios círculos o en el dominio público, que son ale-

gres, o que se sospecha que lo son. ¿Cómo es —nos preguntamos— que nuestros amigos sobresalen siempre entre las gentes de su profesión; que individuos de nuestro grupo se gradúan con frecuencia en las universidades con los más altos honores; que por lo menos cuatro de los más famosos escritores modernos franceses son invertidos sexuales? La lista podría ser ampliada, aunque incluye sólo los casos reconocidos; pero, ¿y los muchos que han triunfado y han ocultado su secreto aun a los mismos que comparten su gravamen?

Si hay o no una base real para esta creencia en nuestra propia superioridad, es cosa de importancia secundaria. Sea ilusión o realidad, la creencia existe, y se opone a la desesperación profundamente incrustada en gentes que se ven despreciadas por el mundo, y que necesitan creer en sí mismas para apoyar una confianza decreciente y para habilitarse a sí mismas para actuar en la sociedad.

Por tanto, los homosexuales constituyen lo que puede llamarse una minoría no reconocida. Formamos un grupo por el hecho de que tenemos impulsos comunes que nos separan de la masa general del pueblo. Somos una minoría, no sólo numéricamente, sino como resultado de la situación de casta a que nos relega la sociedad. Como demostraré en estas páginas, nuestra situación de minoría es análoga, en varios aspectos, a la de los grupos étnicos, nacionales, religiosos y otros: en la denegación de libertades civiles; en la discriminación legal, extralegal y cuasilegal; en la asignación de una posición social inferior; en la exclusión del movimiento general de la vida y de la cultura; en el desarrollo de la protección y la seguridad en la asociación interna del grupo; en la producción de un lenguaje y una literatura especiales, y de una serie de principios morales propios de nuestro grupo.

Por otra parte, una gran brecha separa a la minoría homosexual de todas las otras, y es la falta de reconocimiento, la falta de respetabilidad a los ojos del público, y esto aún en los sectores más avanzados. Ha llegado a considerarse como

cosa meritoria romper lanzas por casi todos los grupos minoritarios, excepto por los homosexuales. Uno es un "héroe" si defiende la causa de las minorías, pero es sólo un sospechoso si la minoría es el grupo homosexual.

Como minoría, los homosexuales estamos, pues, cogidos en un círculo particularmente vicioso. De un lado, la vergüenza de pertenecer a él y la sanción social que recae sobre quien es reconocido como tal, son tan grandes, que el enmascaramiento es casi universal; de otro lado, sólo una confesión abierta podría derribar las barreras de la vergüenza y de la discriminación resultante. Hasta que el mundo no nos acepte en pie de igualdad como seres humanos con plenos derechos a vivir, seremos muchos los que estamos prontos a ser mártires soportando el peso de la cruz. Pero mientras nosotros no nos decidamos a hablar franca y abiertamente en defensa de nuestras actividades y a identificarnos con los millones de seres que las practican, no lograremos que las actitudes del mundo experimenten un cambio importante.

CAPITULO II

La hostilidad: Sus fuentes secretas

Es manifiesto que la condenación de la homosexualidad es hoy casi universal. En algunas comunidades y en ciertos países, la severidad es más grande que en otros; mientras que en algunos sectores, particularmente entre los más artísticos e intelectuales, o entre los más rebeldes contra la sociedad organizada, la hostilidad es menos pronunciada. Alguna vez encuentra uno una actitud no ya de tolerancia, sino de real aceptación; pero esto es raro. Si la sociedad organizada dicta leyes y las hace cumplir, o borra tales leyes de sus códigos, es cosa importante, aunque secundaria, para la condenación social. El problema básico es el espíritu hostil que anima hasta a los más tolerantes de los pueblos modernos; y este espíritu de reprobación se remonta a un pasado de muchos siglos, aunque no ha sido universal.

Por lo menos esporádicamente, dice Westermarck, la homosexualidad probablemente se presenta entre todas las razas humanas; a lo cual podemos añadir: y en todas las fases de la historia humana. Algunos pocos observadores han negado su existencia al regresar de países extranjeros; pero es probablemente porque las prácticas de la homosexualidad eran tenidas en secreto, lo cual es por sí mismo indicativo de un juicio moral.

Las prácticas homosexuales fueron encontradas en abundancia cuando los viajeros europeos estudiaron la vida de las tribus de indios americanos. Descubrieron hombres vestidos de mujeres, que actuaban como esposas respecto de los guerreros maridos suyos, que realizaban todas las faenas del hogar, y eran aceptados por las mujeres de las tribus. La renuncia al propio sexo era un ritual en la tribu de los chukchis, y el joven que voluntariamente hacía tal renuncia tomaba un marido. Los chamanes, o altos sacerdotes, eran por lo general afeminados, y daban señales de ser homosexuales. Eran considerados por su tribu como magos que tenían poderes sobrenaturales y la facultad de interpretar los sueños.

Los primeros viajeros y exploradores encontraron la homosexualidad en muchas de las islas malayas, en Nueva Guinea, las Islas Marshall, Hawaii, Tahiti, Nueva Caledonia y Australia. En sus estudios sobre la vida en las islas del Mar del Sur, Margaret Mead encontró las prácticas homosexuales generalizadas entre los adolescentes, y libres de toda condenación; pero tales prácticas rara vez se continuaban después que los jóvenes llegaban a la edad adulta.

En muchas de las culturas primitivas florecía una prostitución homosexual. En otras, era ampliamente aceptada la fraternidad guerrera, en la cual tenían lugar relaciones sexuales. Las comunidades de los nativos de Australia (antes de la conquista de la isla por el hombre blanco) realizaban todos los rituales y tabús del matrimonio entre un hombre y un muchacho, y estos matrimonios se caracterizaban por ser "extremadamente comunes". Los japoneses no conocieron el castigo ni el público oprobio del homosexual, hasta que no experimentaron la influencia de Occidente; y el hombre japonés que amaba a otro hombre, se dice que era considerado como más heroico que el que amaba a una mujer, en la gran edad caballeresca de aquel imperio. Los chinos también estaban libres de toda actitud que considerase culpable el amor de una persona por otra de su mismo sexo, hasta que se hizo dominante

la influencia del mundo cristiano. Es posible que el pueblo chino considerase la homosexualidad como un medio eficaz para regular el crecimiento de la población; y de China es de donde regresó un viajero con la famosa observación de que nunca había oído decir a un chino que la homosexualidad fuese mala, excepto para los ojos.

Gran misterio envuelve a la homosexualidad en las primeras civilizaciones y entre los pueblos primitivos. Los gobernantes escandinavos fueron rigurosos; la pederastia era una forma de brujería, y la hechicería era un crimen supremo. Pero los mexicanos toleraban, permitían, más aún, estimulaban tales prácticas, y hasta las atribuían a sus dioses. Se han descrito tribus en las que la adquisición de un muchacho-esposa era un gran honor, un premio de primera magnitud. Mas otros despreciaban al paderasta, y hasta lo lapidaban. Donde la opinión común se inclinaba a la desaprobación, el homosexual pasivo (el que hace el papel de mujer) era objeto del mayor desprecio.

La literatura y la historia de la antigua Grecia muestran que florecía la homosexualidad, que era plena y absolutamente aceptada por el pueblo, pero que rara vez fué el canal exclusivo del amor para el hombre o para la mujer. Para los griegos, la pederastia era una forma noble del amor. Iba unida al valor, a la abnegación, al sacrificio en el campo de batalla, y a las proezas atléticas. Era una glorificación de la fuerza y de la ternura al mismo tiempo. Plutarco dice que el amor por los jóvenes se daba en la más grande y más guerrera de las naciones, y entre los más grandes y más belicosos héroes; y Platón sostiene que un ejército formado por parejas de amantes, luchando el uno al lado del otro, podría vencer a todo el mundo, aunque aquellos amantes no fuesen más que un puñado.

En Roma, en los días más brillantes del imperio, el amor homosexual fué glorificado por los grandes poetas. Catulo dedicó una poesía a Juvencio, cuyos "labios dulces como la

miel" deseaba besar; y Virgilio, Horacio y Tibulo cantan alabanzas al amor de los jóvenes. Ovidio ahondó en esta manera de amor, y Petronio lo encontraba igual al amor por la mujer.

Así, pues, nosotros recibimos de los griegos y de los romanos la primera herencia de una literatura en que el tema homosexual es aceptado y en realidad hasta es dominante. Al mismo tiempo, la descripción de esas culturas prueba que la actividad homosexual, ampliamente practicada y aceptada, justificada como teniendo un lugar en la sociedad, no dominó a la familia ni entró en conflicto con la posición de ésta. La situación generalmente inferior de la mujer, tanto social como intelectualmente, su relegación al papel de ama de casa y de madre, estimuló las más apasionadas amistades entre hombres. La simultaneidad de los modos de vida homosexuales y heterosexuales era posible porque funcionaban en direcciones completamente diferentes.

Sin embargo, ya empezaban a oírse voces contra la homosexualidad. La población de Roma disminuía, y se hizo necesario un código moral que tendiese a aumentar los nacimientos. Justiniano habló en términos enérgicos, y llevó el miedo al corazón del pueblo: "Es a causa de esos crímenes por lo que sobrevienen las hambres, los terremotos y las pestes."

Ninguna cultura fué más severa en su condenación que la de los hebreos, a pesar de que primitivamente había aprobado la homosexualidad. Entre los siglos sexto y séptimo antes de Cristo, se emprendió una campaña contra las prácticas homosexuales, sobre la base de que se debían a un pueblo extranjero. Los juicios morales de los hebreos fueron heredados por los cristianos. La actitud judeocristiana ante el sexo dominó el código moral que prevaleció en los siglos siguientes, y como se acusó a los homosexuales de ciertos desastres que caían fuera de los alcances del entendimiento humano, aquéllos encontraron cada vez más difícil su defensa.

Durante la Edad Media, los homosexuales fueron equiparados a los hechiceros y vinculados con los herejes. Muchos murieron en la hoguera. La actividad intelectual y científica de la humanidad en aquella época estaba envuelta en tinieblas. Muy poco fué lo que se oyó en defensa de una práctica que se consideraba al mismo tiempo generalizada y abominable.

Con el renacimiento de la cultura en el continente europeo, los hombres de genio mostraron nuevo interés por la homosexualidad. Leonardo fué acusado de haber tenido relaciones "anormales", y Miguel Angel de haber dedicado sus sonetos a un hombre. El espíritu de la cultura del Renacimiento estaba imbuído de un matiz de homosexualidad, pero la actitud social era tan severa, que la franca defensa de los tiempos griegos y romanos ya no era posible. No se levantaban voces contra el castigo, y las acusaciones eran negadas con vehemencia.

Hubo muchos procesos y sentencias de muerte en los años siguientes, pero rara vez una palabra de protesta. Los homosexuales temían defender sus prácticas, pero la severidad del castigo no bastaba a disminuir el deseo ni a impedir su satisfacción.

La primera expresión de una nueva actitud apareció en el Código de Napoleón, que omitió la homosexualidad en su lista de crímenes. Así, por primera vez a partir del influjo del concepto moral judeocristiano, dejó de ser ilegal la práctica de la homosexualidad. Sin embargo, la hostilidad de la sociedad ha disminuído poco durante el pasado siglo y el presente, no obstante las investigaciones científicas que sobre el problema se han realizado en los últimos cincuenta años.

Para los homosexuales, esa hostilidad es inicua, aunque se da por sentado como parte del sistema de ideas, que es difícil imaginar la conducta social según otros moldes. Pero todo el que siente como un ultraje el inhumano tratamiento de que son objeto tantos prójimos, debe preguntarse si no compartiría la hostilidad de la sociedad, si él mismo no arras-

trase el peso del proscripto. Realmente, es como el negro que ve la injusticia del hombre blanco de un modo tan agudo e inequívoco, incapaz de concebir que millones de personas razonables y por lo demás inteligentes, no perciban esta gran inhumanidad, y que debe, sin embargo, detenerse a pensar si él también, de haber sido otra su ascendencia, no sería uno de los fanáticos opresores.

¿Por qué condena la sociedad? ¿Por qué el homosexual es un proscripto entre los hombres? ¿Cuáles son las razones sociales y psicológicas de esta hostilidad, sus fuentes, sus justificaciones? ¿Es necesaria para la conservación de nuestra estructura social? ¿Es eficaz como instrumento para contrarrestrar el crecimiento de las prácticas homosexuales? Tales son algunas de las cuestiones que el psicólogo social debe considerar. Pero, como contribución a la comprensión de estos problemas, expondré el que yo creo ser el verdadero significado de esa hostilidad. Primero las fuentes; después, las justificaciones.

Siempre que un grupo minoritario es maltratado por la sociedad, hay que buscar un gran sentimiento de satisfacción en muchos individuos del grupo mayoritario o dominante. La situación de inferioridad de la minoría implica una situación de superioridad de los dominantes, y cada individuo del grupo dominante trata de identificarse con ese sentimiento de superioridad. De este modo, la miserable humanidad recibe una pequeña satisfacción manteniendo a los judíos bajo el yugo, haciendo posible para algunos cristianos (por ejemplo, para los miembros del Frente Cristiano) experimentar la sensación de que son "gentes mejores". Los blancos pobres del Sur, en su miserable dilema económico, encuentran algún alivio al sentirse mejores que sus igualmente desventurados vecinos de color.

"Es un hecho curioso —escribió Herman Melville hace un siglo— que cuanto más degradados e ignorantes son los

hombres, con mayor desprecio miran a aquellos a quienes consideran sus inferiores." [1]

Enfrentada con constantes frustraciones y paradojas sexuales, oprimida por una moralidad sexual autoimpuesta, pero que no puede hacerse cumplir, la humanidad halla una fuente de placer en la inferior posición que puede asignar al invertido. El hombre de la calle, que predica la continencia a sus hijos mientras practica la infidelidad; que se cree un pecador cuando se masturba; que secretamente desea cohabitar con casi todas las mujeres que pasan, mientras condena en los términos más duros a la víctima cogida en flagrante acto; que protege la virginidad de su hija pero disculpa la actividad sexual de su hijo; aburrido y desalentado por la frigidez de su mujer y por su propia incapacidad para excitarla y satisfacerla, ese hombre, de ninguna manera atípico, está ansioso de creer que hay una miserable criatura todavía más desajustada que él en el terreno sexual. Se ríe del eunuco, y su risa le da mayor fe en su propia potencia. Y finalmente, el marica o invertido se convierte en la víctima de su angustia. Substituye la razón con la invectiva, y la lógica con el rídiculo. Su ego es elevado, y por una inconsciente comparación se considera bueno, normal, recto, viril, y por tanto ¡superior! El suyo es el mejor camino, y él, por consiguiente, la mejor persona.

Ahí puede hallarse la psicología del sentimiento de superioridad, que es fundamental en las relaciones de mayoría-minoría. En una civilización en que el sentimiento de inseguridad está tan generalizado, la homosexualidad es un buen chivo expiatorio.

Otra fuente de reprobación, y quizá más importante aún, se halla en el carácter bisexual del libido. El tema de William James fué que la mayor parte de los hombres son homosexuales en potencia; la inversión, escribió James, es "una

[1] *Omoo: a Narrative of Adventure in the South Seas* (Nueva York, 1868).

especie de apetito sexual cuya posibilidad germinal probablemente poseen la mayor parte de los hombres".[1] Y si, como Freud dice, hay algún vestigio de memoria heterosexual en todos los homosexuales, como se hace evidente mediante el análisis, un estudio analítico profundo revela igualmente el carácter homosexual, latente, reprimido, a veces sublimado y recluído en la subconsciencia, del hombre más perfectamente acoplado y más "normal".

El eminente sociólogo Westermarck señala que muchos filósofos han sido confundidos por la extremada condenación de las prácticas homosexuales. Sólo puede explicar la severidad del castigo y la extremosidad de los juicios morales a base del disgusto inusitadamente fuerte que la mayor parte de los individuos sienten hacia esos actos. Pero esto explica muy poco, pues es necesario comprender por qué existe un sentimiento tan fuerte de disgusto; por qué unos individuos son castigados por ejecutar actos que disgustan a otros individuos; por qué hay tan severos castigos en unos pueblos y no en otros. La respuesta a estas preguntas se halla en el carácter bisexual del hombre, como lo atestiguan William James, Freud y otros. "Freud halla justificado —dice Adolph Meyer— suponer directamente en todo individuo un punto de partida bisexual".[2]

El hombre moderno parte del impulso homosexual (o heterosexual) que lleva en sí. El hombre normal, como se le llama, destierra de su mente este extraño y perturbador deseo, olvidando que siempre ha abrigado tan feos pensamientos. No sólo rechaza la inclinación hacia su propio sexo por sí mismo, sino que invade los derechos de otros rechazándola también en su hermano o en su vecino. *Chacun à son*

[1] *The Principles of Psychology.* Lo único difícil de entender es por qué James habla de "la mayor parte de los hombres", en vez de "todos los hombres".

[2] *The Commonsense Psychiatry of Dr. Adolf Meyer* (New York: MacGraw-Hill, 1948), p. 263.

goût (cada uno a su gusto) resulta inaceptable como norma de conducta en esta esfera de actividad, porque una actitud tan tolerante puede liberar la gran fuerza de esa inclinación, que requiere ser condenada, tratada con rigor, ser rechazada, precisamente porque este es el verdadero cemento de las paredes que encierra la emoción prohibida.

La humanidad encuentra usos ilimitados para la hipocresía, y no es el menor de ellos el sentimiento de seguridad que ofrece el ser heterosexual. Nada convence tanto de su propia normalidad al individuo, como el rígido espíritu de condenación.

Yo he conocido personalmente casos que atestiguan esta utilización de la hostilidad como arma de represión, y la literatura moderna ofrece muchos ejemplos. En el campo de mi propia experiencia, recuerdo vivamente las anticipaciones que Gerald me hizo cuando éramos niños de poco más de diez años. Nos sentamos juntos en el cine, y comenzó a tocarme y acariciarme por todas partes. Pocos días después me invitó a luchar con él en el gimnasio. Luchamos y jugamos hasta que el cayó sin fuerzas, y me di cuenta de que se había valido del ejercicio gimnástico para satisfacer su deseo sexual. Después de eso, nos separamos para no volver a encontrarnos sino años más tarde, cuando los dos estudiábamos en el colegio. Los años transcurridos me habían enseñado muchas cosas acerca de la homosexualidad, de su frecuencia y de sus primeras manifestaciones entre los adolescentes. Yo esperaba encontrar en Gerald un joven alegre; pero no ocurrió así. No sentía más que disgusto por mi género de vida, y negó resueltamente que hubieran tenido lugar entre nosotros los incidentes que he descrito.

La literatura suministra numerosos ejemplos de esta severidad, desplegada por el homosexual reprimido. En *The City and the Pillar*, de Vidal, la relación sexual tiene lugar entre dos muchachos; uno de ellos se hace, y ya lo era, alegre, mientras que el otro olvida completamente el incidente, y se

rebela cuando su compañero intenta repetir el acto algunos años después. El joven colegial alegre de *Stranger in the Land*, de Thomas, es atacado por su compañero de habitación mientras está embriagado; pero a la mañana siguiente, indignado —en primer lugar contra sí mismo—, el supuesto normal rompe la amistad y exige que el otro cambie de habitación. Un poco diferente es *The Fall of Valor*, de Jackson, en que un protagonista inteligente, ignorante de la homosexualidad reprimida, condena el atuendo deportivo de los jóvenes jugadores de tennis, y tal condenación no es sino una defensa contra el efecto emocional que en él producen.

Lo desconocido es misterioso, y muchos le atribuyen cualidades de magia, hechicería, satanismo y fuerzas sobrenaturales para el mal. En las sociedades primitivas lo impenetrable era considerado como diabólico, y en tiempos posteriores muchos hombres y mujeres fueron quemados por hechiceros a los ojos de comunidades humanas que no les comprendían. De esta suerte, los homosexuales fueron asociados con los cultos religiosos por los peruanos, y con los hechiceros por los escandinavos. Los castigos para la homosexualidad y la brujería eran los mismos en muchos países, y hasta se empleaba la misma palabra para denominar la práctica de la homosexualidad y de la hechicería.

Desde el avanzado punto de vista del siglo XX, esas actitudes son escarnecidas, con el aire de superioridad con que un pueblo culto mira el atraso de los tiempos pasados, seguro de que las supersticiones ya han sido abandonadas con el progreso de la historia. Pero en su actitud hacia el homosexual, las personas corrientes, incapaces de comprender, atrincheradas en una misteriosa repugnancia que está íntimamente relacionada con su propia personalidad sexual, amedrentadas ante una idea porque el miedo es la protección contra la atracción, se conducen lo mismo que se condujeron los pueblos coloniales con los "brujos" de Nueva Inglaterra. Quizá

en el desconcertante carácter de lo desconocido es donde puede encontrarse el origen y sentido de la palabra *extraño*.

Condenar es mucho más sencillo que comprender. No es tarea fácil auscultar, examinar racionalmente, comprender las razones y los orígenes, determinar si las actividades de ciertas gentes son dañosas para sus prójimos. A ese extraño dominio que está más allá de la comprensión del hombre, se le asigna con frecuencia la mística aura de la fe o la rigurosa excomunión de los endemoniados. No son sino las dos caras de una moneda, y en realidad, ¿no han sido los homosexuales sacerdotes en algunas sociedades, parias en otras, y ambas cosas a la vez en otras? La pereza mental —rasgo característico de todas las culturas dominadas por una mayoría y de todos los grupos mayoritarios dominantes— halla más fácil formular juicios rigurosos que investigar la verdad. "Palos y piedras me romperán los huesos...", aprende el niño a replicar a los atormentadores; pero los nombres causan daño, porque toman el lugar de las ideas. Llamad al invertido un *extraño*, un *capricho*, un *duende*, o como queráis, y no sólo queda caracterizado, sino que esas palabras reemplazan al verdadero estudio de un fenómeno natural.

La condenación, además, es muy contagiosa. Puesto que la sociedad condena con crueldad tan inmisericorde y con perseverancia tan infatigable, se hace intelectual y socialmente deshonroso no participar en el juicio universal. Para que un individuo que no tiene inclinaciones sexuales no simpatice con el tratamiento que la sociedad da al invertido, se necesita una combinación de facultades verdaderamente rara: una mente crítica e imaginativa, un espíritu escéptico ante los prejuicios socialmente aceptados, una penetración profunda para conocer las interioridades de un grupo extraño. Pero cuando ha llegado a este punto de vista comprensivo, se encuentra con que sus opiniones despiertan la sospecha de los amigos, de la familia y de los socios. Se preguntan si no comparte las tendencias que defiende. En vista de que tal sospecha

es desventajosa, e innecesaria para un heterosexual, el camino más fácil es ocultar las simpatías, y aun más fácil evitar que nazcan. Hombres y grupos, aunque por otra parte se interesen por la injusticia social en todas sus manifestaciones, no levantan la voz en defensa del invertido, no sólo por falta de comprensión, no sólo porque el mismo invertido no defiende su posición, sino también a causa de las sospechas y desventajas que caen sobre quienes hablan en defensa del homosexual.

La sociedad primero condena, y después castiga a los que no se unen al coro condenatorio. Se convierte en un grave impedimento no sólo el ser homosexual, sino también manifestarse en favor de los derechos de los homosexuales, circunstancia que no se da en las relaciones de ningún otro grupo minoritario, a no ser en la extrema situación de los projudíos en la Alemania nazi o de los pronegros en el Sur de los Estados Unidos. ¿Qué mayor garantía de autoperpetuación puede ser tomada por un grupo mayoritario?

La hostilidad hacia una minoría, hoy ya sabemos que es algo que se nos enseña y se nos inculca, de manera sutil o abierta, desde que somos niños. Nada hay que indique que existe una aversión instintiva contra el homosexual; en realidad, la notable aceptación del homosexual por muchas culturas, más bien indicaría lo contrario. Pero si la burla y el insulto, el ridículo y el embuste, el castigo y el miedo, se utilizan para enseñar a las gentes a odiar, odiarán. El paralelo con otras relaciones entre minoría y mayoría es evidente.

Otra fuente de hostilidad son las ideas estereotipadas de los heterosexuales. Un homosexual es detenido por practicar la prostitución, por consiguiente todos los homosexuales son prostitutos. Un homosexual es asesinado por un joven con quien tenía relaciones, por consiguiente todos los homosexuales son sádicos y sus vidas están llenas de violencia. Un homosexual ha compartido su habitación y su lecho con seis hombres diferentes en el curso del último año, pensando

cada vez que había encontrado el amor de su vida; por consiguiente todos los homosexuales son promiscuos, volubles, tornadizos. Un homosexual se sienta en el banco de un parque público y se da polvos en la cara, por consiguiente todos los homosexuales son un atajo de maricas que imitan a las mujeres y se exhiben públicamente.

La mayor parte de estos casos ocurren sólo de vez en cuando. Muchos no son de ningún modo más típicos de los homosexuales que de cualesquiera otros individuos. Como el negro en Norteamérica, el homosexual que es detenido por una acusación de asesinato, no es detenido meramente como un ser humano, como un hombre reo de un crimen capital, sino que se le caracteriza como asesino y como miembro de determinado grupo minoritario, y los dos cargos se confunden en la mentalidad pública.

Las ideas estereotipadas pierden su respetabilidad y parecen absurdas cuando se aplican al grupo mayoritario. Supongamos que los asesinatos, los robos, los crímenes pasionales, el uso de estupefacientes, la embriaguez habitual y otros delitos llevasen la característica de que las personas culpables eran heterosexuales. "John Blank, que secuestró y asesinó a una linda niña de tres años, hija de un amigo de toda la vida, se ha descubierto que es un heterosexual, según dijeron hoy la policía y los psiquiatras." O la noticia de un desfalco, diría: "El acusado, que gozaba de la confianza del banco de que había llegado a ser vicepresidente, y que es un notorio heterosexual, ha declarado que ha estado hurtando fondos durante veinte años."

El problema de las ideas estereotipadas no es tan sencillo, sin embargo, y en capítulos posteriores demostraré que hay ciertos rasgos, tanto de naturaleza deseable como indeseable, que se encuentran con más frecuencia entre los homosexuales que entre el resto de la población. Hay mayor número de cierto tipo de crímenes entre los homosexuales, así como una mayor inestabilidad, inquietud y promiscuidad. Aunque

en este momento sólo deseo señalar que las ideas estereotipadas son una fuente de hostilidad, una discusión inteligente del problema debe implicar una investigación para determinar si la sociedad misma no ha hecho necesario a las minorías llevar ciertos modos de vida menos aceptables, socialmente, que los que exige su cultura. Si los homosexuales son detenidos en circunstancias por lo general sórdidas, mientras buscan a sus compañeros en lugares prohibidos por la ley, ¿no debe la sociedad preguntarse si no será la causa de ese hecho la expulsión o destierro de sus solicitudes de entre los modos de vida aceptados? Aun el homosexual que se convierte en un alcohólico —y advierto que es un caso extremadamente raro— puede frecuentemente poner el desastre de su vida en las gradas de sus persecutores. De esta manera se produce otro círculo vicioso: el homosexual es empujado a actos inaceptables por la repulsa social, y después esta repulsa halla su justificación en aquellos actos inaceptables.

No es mi propósito analizar los motivos dominantes que actúan en muchos de los neuróticos que acosan a los homosexuales. Eso me llevaría a estudiar miles de casos individuales que no son bastante típicos para ser importantes. Pero he encontrado ciertos rasgos recurrentes entre los heterosexuales, y uno de ellos es que la homosexualidad en el sexo opuesto representa un reto al ego. Muchos hombres normales (y también mujeres) se creen virtualmente irresistibles. Son Don Juanes y Casanovas. Cae fuera de la imaginación del hombre corriente el que una mujer pueda preferir a otra mujer, antes que a él. La mujer sexualmente despierta es afrentada por el hombre que rechaza sus proposiciones, y se muestra extremadamente celosa del hombre capaz de ganar afectos y atenciones donde ella ha fracasado. En *Serenade,* James Cain describe los celos de una mujer de ese tipo, la cual, finalmente, hiere con un cuchillo a un invertido que le quita a su amante. El agravio del despreciado, los celos del desafiado, la cólera de los que sienten su ego

lastimado, son las raíces de una frustración que se manifiesta como hostilidad contra los homosexuales.

Por último, me permitiré sugerir que hay, en la actitud condenatoria del hombre corriente, algo de envidia de la nueva libertad sexual que el invertido ha adoptado o que le ha sido impuesta. Es cosa bien sabida que la única ley moral respetada por los homosexuales es la que se imponen a sí mismos. Es una ley de mutua libertad, modificada por una disciplina y una lealtad que se consideran mutuamente deseables. No hay matrimonios legales, no hay normas duplicadas, no hay tribunales de divorcios, ni uniones que han sobrevivido a su utilidad y se mantienen por exigencias económicas o sociales. Dos individuos son libres de vivir como juzguen conveniente, ya sea durante minutos o durante años; son libres de formar sus vínculos y de disolverlos por su mutuo consentimiento. La sociedad heterosexual lanza su desprecio sobre quienes siguen esa ley (o esa falta de ley), aun cuando envidia la sencillez y la lógica de este código moral (o amoral). Y, por notable ironía, la sociedad homosexual, tal como es, envidia la estabilidad de la moral heterosexual, aun cuando desprecia las normas duplicadas, la situación de la mujer como propiedad del hombre, y otros conceptos ya envejecidos e indefendibles.

Sería imposible que sobreviviese la hostilidad de la sociedad si estas fuentes fuesen reconocidas. Por consiguiente, la sociedad las niega con vehemencia, las denuncia, se burla de ellas, y en su lugar formula justificaciones. Entre otras cosas, se dice que la homosexualidad es antinatural, contagiosa, injuriosa para la especie humana y para el individuo, y una negación de la voluntad de Dios.

Cuan absurda puede llegar a ser la oposición a las prácticas homosexuales, cuan hipócrita puede ser la rígida indignación de la sociedad, queda bien patente en una información publicada en la revista *Life*, número del 18 de septiembre de

1950.[1] Los explotadores del trabajo de los negros en el Africa del Sur, según el autor de la información, no tienen el menor escrúpulo en enviar a las minas a sus trabajadores-esclavos al precio de una pobre ración, en obligarlos a trabajar desde la mañana hasta la noche y a dormir en las minas para que empiecen a trabajar así que amanece, y en encerrarlos durante la noche amontonados en barracones, lejos de sus mujeres y de sus familias, durante nueve, doce o dieciocho meses. La revista se muestra alarmada porque aquel sistema "engendra y estimula la homosexualidad". He ahí a unos hombres que invaden una tierra extranjera y se apoderan de sus recursos naturales; que explotan codiciosamente el sudor de los trabajadores; que les ofrecen en compensación unas pobres migajas y una vida de raza impía y odiada; que no muestran nunca el menor vestigio de interés por la alimentación, la salud, el bienestar o la felicidad de sus vasallos salvo cuando eso afecta a sus ganancias; y esos mismos hombres se muestran alarmados porque las condiciones de vida que ellos han impuesto favorecen las prácticas homosexuales. Así queda rota la máscara de las justificaciones sutiles. Sólo por una profunda necesidad psicológica entre esos explotadores puede explicarse su interés por el bienestar y la moral de los negros africanos.

Pero esta utilización de las justificaciones —y la última puede basarse o no sobre una correcta valuación de los hechos y sobre un sistema de argumentación lógica— para substituir a las verdaderas fuentes de los prejuicios, es bien conocida en las relaciones entre mayoría y minoría. El sentimiento contra los negros en Norteamérica juega un papel psicológico y económico en los estados del Sur: mantiene satisfechos a los blancos pobres, les aparta de los negros, y permite la explotación económica. Pero estos motivos no son

[1] *Black Africa and Its Problem: In a Black Land White Rule and Human Liberty are Clashing.*

conocidos por los secuaces ni aun por los jefes del Ku Klux Klan, a quienes se les han inculcado ideas estereotipadas, mentiras acerca de la pureza de la raza y otros factores genéticos, y temen por su propia y muy insegura posición.

Sólo a la luz de esta analogía puede entenderse este uso de la justificación (o racionalización) como una ocultación de las verdaderas razones de la hostilidad. Pero esas razones, aunque negadas con toda vehemencia, son básicas: el sentimiento de superioridad engendrado en el heterosexual inseguro; el uso de la reprobación como un medio para suprimir la parte del impulso libidinoso dirigida a un individuo del propio sexo; la atribución de un carácter diabólico y de hechicería a lo desconocido; las dificultades de un estudio acucioso para llegar a comprender los hechos; las ventajas sociales que se derivan de unirse al coro acusador; la facilidad con que el grupo dominante inculca ideas estereotipadas; el reto al ego sexual que implica la homosexualidad, y el uso de la reprobación como medio para suprimir el deseo de alcanzar cierto grado de libertad sexual, que se encuentra en el modo de vida homosexual.

Y ahora, ¿qué racionalizaciones se ofrecen para justificar la supresión de la homosexualidad, y qué argumentos pueden oponerse a esas racionalizaciones?

CAPITULO III

La hostilidad: Sus justificaciones

Un impulso tan poderoso como la homosexualidad no puede ser suprimido sin crear un sistema de ideas complicado y al parecer convincente, que apoye, garantice y racionalice tal supresión. Uno no puede dictar leyes, convertir en proscritos a gentes aceptables en otros aspectos, encerrarlas entre los muros de la cárcel y lanzarlas a la ignominia, sin argumentos que lo justifiquen. Esto queda completamente aparte del motivo de la reprobación, con frecuencia oculto y generalmente desconocido para los que se expresan con más verbosidad. La sociedad moderna sostiene que la homosexualidad debe ser condenada porque es un extravío inmoral, y perseguida porque es dañina. Estas afirmaciones no son evidentes por sí mismas, y para darles la fuerza de la ley y del consenso universal, hay que establecer en su apoyo un intrincado sistema de preceptos.

Para examinar los argumentos antihomosexuales, es esencial apartarse de motes y de invectivas, y abandonar las palabras que ya implican la reprobación (tales como *degenerado* y *pervertido)* antes de haber sido estudiado el problema.

En la racionalización de la hostilidad es fundamental la afirmación, actualmente codificada en la ley, de que esta forma de actividad sexual es antinatural. Aunque rara vez empleada en los libros de psicología, la caracterización de la

homosexualidad como antinatural se encuentra en los códigos penales y es ampliamente aceptada por los legos en derecho.

Se arguye, en apoyo de tal aserción, que el instinto sexual fué creado por la naturaleza para unir a un hombre y una mujer, en la forma habitual del coito, para los fines de la procreación, y que ese acto sexual es necesario para la conservación de la especie. Cualquiera otra actividad sexual, se dice, es por consiguiente una perversión de los fines que se propone la naturaleza al dotar a los animales —humanos o de otra especie— de un poderoso impulso nervioso que busca placer y satisfacción.

Eso implica toda una serie de argumentos. En realidad, el cargo de que las prácticas homosexuales son antinaturales requiere el estudio analítico de los siguientes puntos:

1. ¿Son antinaturales las prácticas homosexuales?

2. ¿Son menos antinaturales las prácticas heterosexuales, generalmente usuales y aceptadas?

3. Aun cuando se concediese el carácter antinatural de la homosexualidad (o de la sodomía, la *fellatio* etc.), ¿constituiría esto un argumento contra esas prácticas y justificaría que fuesen declaradas fuera de la ley por la sociedad?

En primer lugar, ¿son antinaturales esas prácticas? Dos seres humanos mentalmente equilibrados y de edad madura deciden buscar, y logran encontrarlo, placer por medio de varios tipos de contacto entre sus cuerpos. Supongamos que no se emplea la superioridad de la fuerza ni de la edad con un niño, ni el incentivo de ganancias ni la ocultación de una enfermedad. Su acción es no sólo voluntaria, sino que es la inclinación natural de sus temperamentos, tal como esos temperamentos se han desarrollado a consecuencia de diversas condiciones ambientales. En realidad, para ellos no sería natural otro modo de actuar. Nada sería tan antinatural como el que se contrariasen y negasen a sí mismos.

El cargo de que hay en eso algo antinatural se comprende sólo desde el punto de vista de un individuo que, porque esas

prácticas son contrarias a *su* naturaleza, *ipso facto* decide que son contrarias a la naturaleza de todos los individuos. Este es no sólo un punto de vista egocéntrico, sino que es también un punto de vista funestamente privado de imaginación. Yo afirmo esto, y solamente esto: que la homosexualidad es perfectamente natural para la mayor parte de los que la practican.

¿Pero no es contraria a la naturaleza, a pesar de todo?, preguntarán muchos. Se necesitarían facultades sobrenaturales para saber cuáles son las intenciones de la naturaleza. Las intenciones de la naturaleza, si es que existen, estarían individualizadas en cada persona que experimenta un impulso sexual. Para algunas de esas personas es contrario a las intenciones de la naturaleza cohabitar con el sexo opuesto, y para otras la verdad es lo contrario. Puede concederse que la naturaleza probablemente ha querido que la mayor parte de los machos y de las hembras hallen placer en la relación con el sexo opuesto. Esto significa meramente que sería contrario a la naturaleza reemplazar la heterosexualidad por la homosexualidad como única fuente de placer sexual para la humanidad. Pero lo que de ninguna manera significa es que la homosexualidad sea antinatural como fuente secundaria de placer para la humanidad en general, o como fuente primaria para una minoría de personas.

Si la humanidad pudiera regresar a los instintos primordiales, es posible que se descubriese que la naturaleza ha habilitado a los animales para obtener placer con ambos tipos de relaciones sexuales, y quizá —como Gide sugiere en *Corydon*— la homosexualidad, muy generalizada entre los machos, y no sólo en los seres humanos, sino en otras formas de vida animal, es un medio de la naturaleza para proporcionar una salida al impulso sexual, que por lo general es más fuerte en los machos. En tal supuesto, la conducta exclusivamente heterosexual u homosexual serían productos antinaturales de esta civilización; las dos serían manifestaciones neuróticas, y úni-

camente los seres bisexuales llevarían un modo natural de vida.

Sea o no sostenible esta teoría, siempre queda un hecho: que la homosexualidad es perfectamente natural para los homosexuales; la supresión de la homosexualidad es lo más antinatural para quienes sienten el deseo de practicarla.

Pero, ¿cómo podrán caracterizarse las prácticas heterosexuales? Si partimos de la premisa de que sólo es natural el impulso que une al hombre y la mujer para fines de procreación, ¿qué puede decirse de los otros tipos de relaciones sexuales? La sociedad debe condenar, en términos igualmente rigurosos, como en realidad lo hacen las leyes, las llamadas "prácticas antinaturales" entre hombres y mujeres, aun cuando estén casados. La masturbación es antinatural, porque evidentemente no usa la energía sexual para la procreación. Pero nada demuestra lo absurdo del cargo de antinaturalidad tanto como su aplicación al control de los nacimientos. ¿Qué cosa hay más artificial y voluntaria que el uso de preservativos para impedir que la esperma fertilice el huevo? Si la naturaleza hubiera querido que el hombre y la mujer, al ejecutar el acto erótico, pudieran elegir entre tener o no tener descendencia, ¿no hubiera, con su infinita capacidad creadora, producido dos orificios vaginales para los usos sexuales? Algún método para controlar los nacimientos es de uso casi universal por hombres y mujeres, que se preocupan poco de que sea antinatural, como indudablemente lo es. Una persona imparcial, ¿puede encontrar eso menos opuesto a los designios de la naturaleza que el amor entre dos hombres o entre dos mujeres?

Se ha dicho que sólo la Iglesia católica es absolutamente consecuente al reconocer el carácter antinatural de las diversas prácticas sexuales, desde la sodomía hasta el control de los nacimientos; pero la Iglesia enseña otro modo de burlar los designios de la naturaleza. Consiste en evitar la concepción por el método periódico. ¿Hay alguna prueba de que la

naturaleza quiera que el animal sienta un deseo sexual más intenso cuando el huevo no es fertilizable? Todo el que haya estudiado zoología, o siquiera observado a un perro en celo, sabe que la atracción sexual se acentúa cuando la fertilización puede tener lugar. El método periódico es de lo más antinatural. Es contrario a las leyes de la naturaleza elegir para el placer sexual las ocasiones en que hay menos probabilidades de fecundación, después de haber afirmado que el fin del impulso sexual tiene por objeto exclusivo la procreación.

La sociedad heterosexual se enreda en sus propias contradicciones cuando afirma que la homosexualidad es antinatural, no sólo porque no puede demostrar este cargo, sino porque, por la fuerza de sus propios argumentos, demuestra cuán totalmente antinaturales son las actividades sexuales de la mayor parte de las gentes.

Pero, ¿y si el cargo fuera verdadero, es decir, si la sodomía y la *fellatio* son realmente antinaturales, y el coito heterosexual perfectamente natural? ¿Por qué habría de ser esto un argumento contra las prácticas homosexuales? ¿No es un hecho que la civilización misma es la negación de la naturaleza? El uso de vestidos, el cubrir ciertas partes de nuestro cuerpo aun cuando el tiempo no es inclemente, son indudablemente actos antinaturales. Las casas, las máquinas, las estaciones de televisión, los teléfonos, los agentes terapéuticos sintéticos, todo esto es antinatural. Todo es contrario a los deseos e intenciones de la naturaleza. Los seres humanos han sido dotados de voces que pueden producir sonidos y de oídos que pueden percibirlos en un radio no superior a unos centenares de metros; pero nosotros creamos un sistema antinatural para hablar a otros hombres a miles de kilómetros de distancia. Si determinada conducta sexual debe ser proscrita porque es antinatural, ¿por qué no proscribir el teléfono como instrumento de una vida antinatural? ¿Y qué decir de la antinatural liberación de la energía aprisionada por la naturaleza en el átomo?

El cargo de que es antinatural que un hombre haga el amor a otro hombre no sólo es falso e inconsistente, sino que es insensato. Es un esfuerzo para emplear una palabra malsonante como descripción de una experiencia, en la esperanza de que la connotación de maldad caiga no sólo sobre la palabra, sino sobre la experiencia misma.

Comentando estos asuntos con motivo del proceso de Oscar Wilde, lord Alfredo Douglas escribió: "Llamar antinatural una cosa no sólo no es condenarla necesariamente, sino que en cierto modo es recomendarla. Todo lo que se aparta de lo normal puede hasta cierto punto ser llamado antinatural, el genio y la belleza entre otras cosas."

Si los pájaros del bosque y los animales de la selva decidiesen qué prácticas son contrarias a las leyes de la naturaleza, para vivir de acuerdo con esas leyes, sus conclusiones estarían de acuerdo con su modo de vivir. ¿Proscriben ellos la homosexualidad? ¿Hay un solo ejemplo de que castiguen a aquel de sus individuos que la practica?

¡Pero basta ya de hablar de lo antinatural! La reprobación —se arguye— es necesaria, y el castigo también, porque sin eso la homosexualidad se generalizaría, amenazando el bienestar de la humanidad y corrompiendo a nuestra juventud. También esto implica muchos argumentos que deben ser analizados.

¡Cuánta inseguridad, qué sentimiento de inferioridad manifiesta el heterosexual cuando afirma que sólo el ostracismo social es eficaz para contener el desarrollo de la homosexualidad! ¿Tan atractiva es la vida alegre, y tantos son sus placeres, que los heterosexuales creen que conquistará un número cada vez mayor de practicantes? ¿Cómo pueden esas personas condenar una fuerza por antinatural, y después sostener que una actitud tolerante produciría un número ilimitado de adeptos? Esto, en efecto, es la confesión de que el instinto homosexual es muy poderoso —aunque con frecuencia latente, reprimido, o sublimado— en toda la humanidad. En otras

palabras, si el miedo a que la homosexualidad se extienda tiene alguna validez, es la confesión de que, lejos de ser antinatural, la homosexualidad es una de las primitivas fuerzas instintivas de la naturaleza. ¿O quizá quiere decirse que es ambas cosas?

Realmente, por supuesto, el castigo no aparta a nadie de esas prácticas. Puede irritar a unos homosexuales, amargar a otros, avergonzar a otros; pero nunca ha hecho un heterosexual de un homosexual. Algunas veces logra —para bien o para mal— evitar la satisfacción de un deseo homosexual, pero nunca suprime ese deseo. El hecho es que millones de personas en todo el mundo ejecutan actos, o tratan de ejecutarlos, que si fuesen descubiertos atraerían sobre ellas la desgracia, la cesantía, la ruina económica, la prisión, algunas veces por toda la vida. Y, sin embargo, esas personas no se dejan disuadir o intimidar.

La reprobación, en realidad, no disuade, ni la tolerancia tendría el efecto contrario. Las leyes contra la homosexualidad no detienen a los homosexuales, y es ciertamente muy difícil argüir que la existencia de tales leyes es el factor que retiene a los heterosexuales de entrar en la senda prohibida. Las actitudes condenatorias estimulan la discusión, acrecientan los esfuerzos del hombre para descubrir la verdad, permiten el libre intercambio entre el grupo dominante y el oprimido, pero no estimulan las prácticas homosexuales a no ser en aquellos que ya sienten una inclinación hacia ellas. El verdadero problema de los actos sexuales ejecutados por un adulto con un adolescente o con un niño, y la posibilidad de que tales actos tengan una influencia permanente sobre la vida de la persona más joven, afecta al homosexual y al heterosexual, y no al uno más que al otro. Pero este es un problema que no tiene relación alguna con la actitud de la sociedad hacia las relaciones voluntarias que entablan dos adultos del mismo sexo.

Cualquier psicólogo puede atestiguar que si se preguntase a la mayoría de las personas que no han tenido en su vida ningún género de experiencias homosexuales, por qué razón había sido así, la contestación más remota sería el miedo a la desgracia, a la ruina, o al castigo. Los heterosexuales sostienen que no sienten deseos de esas relaciones llamadas antinaturales, y que sólo con pensar en ellas experimentan repulsión y disgusto. ¿Por qué, pues, el miedo a las conversiones?

Todo el argumento de que la reprobación es necesaria para disuadir o apartar a los individuos de la homosexualidad, se predica sobre el supuesto de que tal medida es necesaria para mantener una sociedad equilibrada. Por tanto, si el homosexualismo es antinatural o no, es cosa sin ninguna importancia para juzgar su valor social. Puede ser muy natural para un hombre el matar, mas no por eso el asesinato es menos antisocial. Un acto no es criminalmente punible, ya por la ley o por la presión social, si no es contrario a los fines del organismo social.

Ahora bien: condenar meramente para disuadir no es más que el punto terminal de un objetivo filosófico que no tiene comienzo. Primero hay que demostrar que la reprobación produce efectivamente la disuasión, y que la disuasión es beneficiosa y necesaria para la sociedad.

En este punto encontramos un tercer argumento, que trata de establecer la justificación social de la disuasión. La homosexualidad, se dice, es el suicidio de la especie. Es mala porque es estéril, porque impide la reproducción de la especie.

Esta afirmación es igualmente compleja en sus implicaciones. En primer lugar, sostienen muchos que la humanidad ha llegado a una fase de su desarrollo en la que, por lo menos en muchos países, el problema consiste en limitar el crecimiento de la población. Evidentemente, ni la China ni el Japón necesitan mantener, y mucho menos aumentar, el número de nacimientos. En realidad, una disminución de la

población puede ser beneficiosa. Y si un gran número de seres humanos pueden vivir satisfaciendo plenamente sus necesidades sexuales sin reproducirse, tanto mejor.

Si la sociedad fuese consecuente en sus actitudes y sincera en su alarma por los efectos de la homosexualidad sobre la procreación, ¿por qué adopta una actitud tan severa contra los nacimientos ilegítimos, de los cuales hay, a despecho de todas las presiones sociales, gran número todos los años? ¿Por qué no adopta una actitud consecuente, condenando la limitación de la natalidad, en vez de la actitud hipócrita que permite la práctica y condena que se la enseñe? Toda la homosexualidad del mundo probablemente no impide el crecimiento de la población del planeta de manera tan efectiva como lo hace un solo fabricante de anticonceptivos.

Finalmente, se afirma que la homosexualidad es impúdica, sórdida, promiscua, y carente de la ternura característica del amor; y que los homosexuales son alcohólicos y dados a las drogas. Tendré ocasión de examinar la legitimidad de este argumento en otro lugar de este libro. Pero, ¿es esto una excusa de la acción discriminatoria, así de carácter social como legal, ejercida contra quienes no son lo que se dice? ¿Hay alguna razón para cubrir de oprobio las actividades y las inclinaciones de quienes llevan una vida socialmente útil y bien regulada, sólo porque —si aquella afirmación fuera cierta— otros llevan una vida dañina y ruinosa?

El argumento es además contradictorio en otro sentido. Gran parte de la sordidez de las vidas de muchos homosexuales se debe a las actitudes sociales de que son víctimas. De este modo, la sociedad hace cuanto puede para destrozar a esas personas, para obligarlas a vivir de un modo reprensible, para cerrarles puertas que conducen a mejores condiciones de vida, y después alega los caminos de perdición que se han visto forzadas a seguir, como justificación de su hostilidad contra ellas.

La sociedad ha ensayado muchas veces en lo pasado utilizar la inferior moralidad, organización y salubridad de un grupo, como prueba de que éste es inferior y no merece mejor trato, aunque la sociedad (o, para ser exactos, su sector dominante) haya impuesto aquellas condiciones al infortunado grupo. "Las clases bajas son ignorantes, y no aprenderían nada en Oxford ni en Cambridge", afirmaba la aristocracia territorial de Inglaterra. "Por consiguiente, es esfuerzo inútil darles una buena educación." Las condiciones creadas por la falta de educación y cultura, impuestas por las clases elevadas, fueron usadas como justificación para seguir negando mejores oportunidades educativas. "El indio americano es salvaje, ingobernable, y no titubea en atacar y matar", nos enseñaban nuestros historiadores. "Por consiguiente, debe ser suprimido y confinado a territorios reservados." Las condiciones creadas por el trato que dábamos a aquellos indios, fueron usadas como excusa para negarles todos los derechos, y esta denegación de derechos echó las bases para que se continuara justificando aquel trato.

De esta manera el grupo dominante crea un círculo vicioso, por el cual se impone a una minoría una situación de desigualdad, y las condiciones resultantes de la desigualdad son después alegadas como justificación de la situación del desigualdad. Que esta manera ilógica de argumentar ha informado el pensamiento humano aun en la época de los filósofos griegos, es fácil de comprobar. Ha sido empleada contra los esclavos, contra los pueblos coloniales, contra los católicos y los protestantes por sus adversarios, y contra lo revolucionarios, los judíos, los asiáticos, los negros, los indios y muchos otros. Y es, manifiestamente, fundamental en el pensamiento de la sociedad sobre los homosexuales.

Si los homosexuales se buscan unos a otros en condiciones reconocidamente sórdidas, como algunas veces lo hacen, aunque esto no es típico ni general; si recurren al alcohol o a los narcóticos, lo cual rara vez hacen; si sus vidas son pro-

miscuas y sus amores inconstantes, como con frecuencia lo son, entonces, ¿no incumbe a la sociedad investigar las fuentes de tal estado de cosas, antes de condenar al grupo a seguir en aquellas condiciones?

Pero se argüirá que la homosexualidad es sin duda hostil a la sociedad en cuanto es contraria a la organización familiar y a los principios religiosos de la cultura moderna. Esto es verdad, hasta cierto punto. La unidad familiar se basa primariamente en la unión de un hombre y una mujer. ¿Pueden encajar en ese esquema dos hombres o dos mujeres? La verdad del asunto es que los homosexuales crean su propio tipo de unidad familiar; pero la cuestión fundamental es que no se interfiere con la familia tal como existe en la sociedad moderna. Decir que el homosexual no cabe en la unidad familiar no es demostrar que la destruya. Indudablemente, sus actividades no se interfieren con las de la mayoría de las gentes que se casan, tienen hijos y (en número muy crecido) se divorcian.

Análogamente, la homosexualidad no es una fuerza antirreligiosa, aunque la religión sea antihomosexual. Aunque algunas religiones conceden lugar a los célibes y a las solteronas, se supone que éstos son continentes, y es muy poco probable que los homosexuales en su mayor parte cumpliesen tales reglas religiosas. Pero como justificación de la hostilidad, este argumento sería especioso, aun cuando se conceda su premisa básica. Porque el grupo dominante crea un sistema de superestructuras sociales en las que no se deja lugar para el homosexual; después niega al invertido el acceso a esas instituciones; y termina por acusar a los invertidos porque no tienen lugar en las mismas instituciones de las que han sido proscriptos. Si la homosexualidad fuese una fuerza destructora de nuestra institución familiar, se debería a que la familia había sido estructurada de tal manera, que excluyese al homosexual de su círculo. La Iglesia acusa al homosexual, lo expulsa del redil de la religión, y después justifica su acu-

sación afirmando que los homosexuales son antirreligiosos y antieclesiásticos.

Por último, un argumento que se encuentra con frecuencia puede hallarse resumido en una conversación en la que participé. "No tengo nada contra dos sujetos que hacen el uno con el otro lo que les da la gana" —me dijo un amigo heterosexual; "lo que quiero es que me dejen a mí en paz". Estas palabras no son un reflejo correcto de la opinión dominante ni una justificación de actitudes persecutorias. En realidad, el problema no es obligar a los homosexuales a "dejar en paz a los otros", pues el grupo alegre no ejerce ninguna especie de presión. El problema es "dejar en paz" a la sociedad dominante —o ensalzar sus medidas represivas— contra los individuos alegres. Si la sociedad realmente no tuviese "nada contra" dos individuos que voluntariamente llevan un género de vida homosexual, ¿por qué dicta leyes estrictas contra ellos y los somete a una severa presión social? ¿Por qué restringe sus derechos al trabajo y a la educación? ¿Por qué los obliga a huir y esconderse, so pena de una excomunión casi universal?

Con frecuencia se oye también otro argumento, que es muy curioso. "Si no se exhibiesen públicamente...", me dijo Juanito en el curso de una discusión muy franca. "En el colegio tenemos una media docena, y en las clases y en los corredores se conducen como insensatos, chillando a voz en grito como mujeres. Sus carantoñas me son repulsivas. ¿Por qué no guardan para entre ellos esos gritos y maneras, en vez de exhibirse como piezas de museo o fenómenos de circo?"

"Pero, Juanito —le dije—, son sólo unos pocos. Quizá su necesidad de exhibirse es tan fuerte como la mía de tener un hombre o la tuya de tener una mujer. Pero la mayor parte de nosotros no hace ostentación de sus tendencias. ¿Quieres castigar a los muchos por los pocos?"

"Mi conocimiento de vuestro grupo —replicó— viene principalmente de esos pocos, aparte de ti mismo. Y después de todo, ¿cómo puedo saber quiénes son los muchos, si os negáis y ocultáis con tanto cuidado? Sobre todo, sois un grupo de cobardes y de hipócritas." Después titubeó, y añadió en tono apologético: "Ya sabes cuánto te quiero; pero hablo de los *extraños* en general."

Me reí. "Ya he oído eso otras veces. Algunos de mis mejores amigos son judíos, según dicen, lo cual es la señal más clara de los antisemitas. Pero tú encuentras a la mayoría de nosotros cobardes e hipócritas, al mismo tiempo que unos cuantos te parecen exhibicionistas. Si ocultamos nuestras tendencias y las manifestamos sólo entre nosotros, somos hipócritas. Y si las exhibimos, somos exhibicionistas. Estamos condenados, hagamos lo que hagamos."

Así expresan los individuos los principales argumentos que se usan para justificar la actitud de la sociedad hacia la homosexualidad, y así se defienden algunas personas contra tales argumentos. Como espero demostrar, la homosexualidad puede ser una fuerza poderosa, y no precisamente una fuerza destructora, tanto para el individuo como para la sociedad. Pero la superficialidad de las racionalizaciones de la reprobación social, y el fracaso en el intento de encontrar una defensa científica o intelectual de las actitudes de la sociedad, únicamente sirven para fortalecer la convicción de que la lógica empleada es una fachada detrás de la cual se ocultan las fuentes de que antes hemos hablado.

CAPITULO IV

Libertad civil y derechos humanos

Una singular carta apareció hace algunos años en *The Saturday Review of Literature.*[1] Pudo haber sido escrita por un millón de personas; pero sería casi imposible encontrar al individuo que se decidiese a poner su nombre y dirección en una carta semejante, destinada a la publicidad. "Puesto que soy un homosexual..." eran las palabras con que empezaba, y después continuaba ofreciendo algunos comentarios sobre el problema por un hombre a quien personalmente afectaba.

Las respuestas a esa carta, a juzgar por las comunicaciones publicadas, fueron muy diversas. Otros varios homosexuales, todos anónimos, le dirigieron palabras de elogio y agradecimiento. Pero uno de ellos formulaba una advertencia: "Espero (que el autor) tendrá rentas de qué vivir, porque debe saber que ya no encontrará trabajo en ninguna parte".[2]

Es raro que las discriminaciones económicas contra una minoría tomen la forma de sanciones legales; pero es común que las costumbres, los prejuicios y las prácticas admitidas dificulten a ciertos grupos el progreso en el frente económico de acuerdo con sus talentos. Las víctimas de la discri-

[1] 9 de julio de 1949, pág. 24.
[2] 13 de agosto de 1949, pág. 24.

minación, juntamente con sus aliados, se rebelarán, utilizando la presión de la opinión pública y argumentos legales y culturales, para obtener una reparación. Pero estos medios no están abiertos para la minoría homosexual.

Durante mucho tiempo fué de general conocimiento que los homosexuales no podían obtener un empleo, salvo en muy pocos tipos de trabajo, si no lograban ocultar sus tendencias sexuales a los patronos. Muchos grupos profesionales, dado el derecho de examinar el carácter de los individuos antes de permitirles la práctica de su profesión, consideraban la inversión sexual como una razón suficiente para la exclusión. "No querrá usted que un invertido sea el maestro de su hijo", podía decir el apologista de los educadores; y después extendía el mismo razonamiento a los abogados, los médicos, los dentistas y otros profesionales.

El patrono privado o particular, en el dominio en que es soberano, raras veces era más tolerante. No es que tuviese una argumentación bien planeada y preconcebida contra la admisión de los homosexuales en su empresa; es sencillamente que estaba contra ellos y no quería admitirlos. De esta suerte, era extremadamente difícil encontrar empleo, y si se encontraba, era igualmente difícil continuar en él, ya que los patronos no titubeaban para despedir a una persona muy competente que se hiciera sospechosa, aunque fuera después de muchos años de trabajo honrado.

¡Nunca se les dará cuartel! Esto, más que otra cosa cualquiera, es lo característico de la discriminación contra los homosexuales. Estos lo aceptan tranquila y gustosamente, felices si se les evita la humillación del escándalo. Lo aceptan, con la cabeza inclinada —irritados, dolidos, desamparados—, y frecuentemente con cierta sensación de que su suerte está en cierto modo justificada. Porque el homosexual no está completamente seguro de que sea injusto practicar la discriminación contra él, y la frialdad con que acepta el desprecio en que se le tiene no es única entre las minorías. "El peor

efecto de la esclavitud fué hacer que los negros dudasen de sí mismos y compartiesen el desprecio general hacia las gentes de su raza", dice el eminente sociólogo negro W. E. B. DuBois. Análogamente, el peor efecto de la discriminación contra los homosexuales fué hacer que éstos dudasen de sí mismos y compartiesen el general desprecio hacia los invertidos sexuales.

Herbert L. es un ejemplo. Había sido escribiente en una oficina durante dos años: soltero, de edad de treinta años, bien parecido, honrado y diligente. Era un veterano, y era aquel su primer empleo después de haber sido honorablemente licenciado del ejército. En la habitación que compartía con un amigo, guardaba un corazón de púrpura, entre otros recuerdos de su esfuerzo de cinco años. El gerente se mostró amable cuando Herbert fué despedido dos semanas antes de Navidad. "Estamos economizando, y su trabajo no nos es imprescindible."

En la oficina del vicepresidente, le dijeron la verdad, y se la dijo suavemente un amigo de confianza: "Sospechaban, y encargaron a unos policías particulares que te vigilasen. Descubrieron que vives con otro hombre, os vieron en ciertos bares..."

—Pero yo hacía bien mi trabajo. ¿Qué importa lo demás?

—Esas son sus ideas acerca de estas cosas, Herbert.

—¿Y tú? ¿Dicen ellos lo que toda la empresa sabe de ti?

—En las alturas, se tolera. Basta con uno en las oficinas, siempre que les sea absolutamente necesario.

Herbert no pudo acudir a los tribunales, no pudo encontrar un campeón entre los defensores de las libertades civiles, no pudo llevar su asunto ante la directiva de un sindicato. Los homosexuales deben resignarse, y después esforzarse en ocultar su homosexualidad en lo futuro con más cuidado que en el pasado.

En 1950, y como parte de una campaña política de un senador de los Estados Unidos, se emprendió una cruzada contra los homosexuales empleados en los servicios gubernativos.[1] Iniciada como un ataque contra la administración de Truman, y particularmente contra el Departamento de Estado y los servicios exteriores, pronto se extendió a todas las dependencias del gobierno. El homosexual, descrito por el senador como un pervertido sexual, se convirtió en el chivo expiatorio en una batalla sin cuartel que él no había provocado. Se informó que noventa y un pervertidos sexuales fueron declarados cesantes en el Departamento de Estado, todos empleados leales, muchos expertos distinguidos en su campo de trabajo, solamente porque se les denunció como homosexuales. Ni uno solo apeló. La anonimia de las destituciones o de las renuncias fué suficiente para evitar las apelaciones.

Una campaña de esta clase ordinariamente requiere poca justificación. ¿Quién se atreverá a dudar de que los homosexuales son indignos de tener empleos de nuestro gran gobierno? Bien está que se haga un héroe nacional de Whitman y que sus poesías se enseñen a los niños en las escuelas, que se honre a Tchaikowsky con conciertos especiales, que se le dé a Gide el premio Nóbel de Literatura; pero no debe dársele a "un pervertido" un empleo del gobierno en el Departamento de Estado. ¡Y había noventa y uno! ¿Por qué debía parecerle al público que los servicios exteriores estaban sumidos en el desenfreno, para quien se detenga a comparar esos noventa y uno con las cifras de los estudios de Kinsey, y compruebe que esas personas constituyen menos de un medio por ciento de los 23,000 empleados del Departamento de Estado?

Sin embargo, algunas voces se elevaron en las sombras. Aquí y allá, alguien preguntó si esas gentes no tenían dere-

[1] Como estudio notable de esa campaña, véanse los artículos de Max Lerner, "Scandal' in the State Department", en el *New York Post*, 10-23 de julio de 1950.

cho a ejercer sus actividades profesionales, a ganarse la vida, y a contribuir al bienestar de su país, lo mismo que sus conciudadanos.

En respuesta, se afirmó que los homosexuales constituyen un riesgo para la seguridad del gobierno, porque están muy expuestos al chantaje. Sus inclinaciones homosexuales son conocidas de algunos, se habla de ellas, y llega a saberlas el enemigo; y después, so pena de revelarlas, se les exigen documentos secretos y colaboración. Para justificar este cargo, el gobierno creyó necesario citar a un homosexual austríaco, que fué víctima del chantaje de los rusos.

Ha habido homosexuales en el servicio diplomático norteamericano, en los puestos más altos, incluso en las embajadas, y ninguno ha sido nunca desleal. La mayor parte de esas personas no tienen nada que ocultar. Precisamente porque sus tendencias son bien conocidas, no pueden ser chantajeadas.

Hay otros que ocultan su homosexualidad; pero hay muy pocos hombres cuyas vidas, sometidas a una profunda investigación, no abriguen secretos desconocidos para sus familias y para sus más íntimos allegados. Lo cierto es que no pudo acusarse de deslealtad a ninguno de los homosexuales del Departamento de Estado, no se produjo nunca un escándalo de espionaje en que apareciesen complicados embajadores, cónsules u otros homosexuales empleados del gobierno; y en la historia de nuestro país, el único homosexual inculpado de soborno, fué acusado de cohechar no de ser cohechado.

Todo el cargo relativo al riesgo para la seguridad del gobierno, no es sino la confesión de la quiebra de la acción antihomosexual, como definitivamente lo demostraron los acontecimientos subsiguientes. Porque de los noventa y un individuos expulsados del Departamento de Estado, algunos solicitaron y obtuvieron empleos del gobierno en otras ramas de los servicios civiles; pero fueron posteriormente destituídos, a pesar de que sus nuevos empleos no implicaban ninguna función relativa a la seguridad nacional.

De cualquier manera, consideremos el círculo vicioso en que el grupo dominante coloca a la minoría. Primero, apoya una actitud moral de hostilidad que alega puede impulsar a la minoría a cometer actos de deslealtad, y después se acoge a esta deslealtad potencial para justificar la actitud que la creó.

Muchos fiscales sin prejuicios creen que bastan los términos en que están redactadas las leyes para excluir a los homosexuales de los empleos gubernativos. Las reglas que rigen los empleos que confiere la Comisión de Servicio Civil dicen que la "conducta inmoral" es razón bastante para privar de empleo, y la "conducta inmoral" es definida en el *Manual of Regulations* de la citada comisión como una "acción que no está de acuerdo con las normas generalmente aceptadas" por la comunidad. Puesto que la sociedad dominante excluye a la minoría de sus normas generalmente aceptadas y hace imposible para los excluídos protestar contra tal exclusión, la política del gobierno puede ser legalmente justificada.

Poco después de haberse iniciado la campaña en el Senado de los Estados Unidos, esta cámara nombró un subcomité del comité de Gastos en los Departamentos ejecutivos, para que hiciese una "investigación del empleo por el gobierno de homosexuales y otros pervertidos". ¿Trató ese organismo oficial de averiguar si los homosexuales son buenos empleados? Dejemos que el informe hable por sí mismo:

> "El primer objetivo del subcomité al emprender la investigación fué determinar la extensión del empleo de homosexuales y otros pervertidos por el gobierno; *considerar por qué su empleo por el gobierno es indeseable;* y examinar la eficacia de los métodos empleados en relación con este problema". *(My emphasis,* D. W. C.)

No es necesario decir que un organismo que se propone considerar por qué el empleo de un grupo de personas por el

gobierno es indeseable, puede tener buenas razones para hacerlo; pero una investigación de ese género difícilmente podrá ser imparcial. El informe del subcomité reitera el cargo de que los homosexuales constituyen un riesgo para la seguridad nacional; pero encuentra igualmente que no debe empleárseles tampoco en funciones que no tienen ninguna relación con la seguridad. Su conducta es criminal e inmoral; es "tan contraria a las normas de conducta generalmente aceptada, que las personas entregadas a esa actividad, son consideradas como proscriptas por la sociedad..." los homosexuales ocultan sus actividades a causa del estigma social... Esas gentes carecen de estabilidad emocional... su fibra moral está debilitada... ejercen "una influencia corrosiva" sobre otros empleados... pueden contaminar a toda una oficina... y reúnen a otros homosexuales en torno suyo.

Habría que responder ordenadamente a estos argumentos, y de muchos de ellos hablo en otros lugares de este libro. Pero si son válidos como razones para excluir de los empleos del gobierno, ¿por qué no de los empleos particulares? Y si los homosexuales son excluídos de los empleos públicos y particulares, ¿a dónde podrán acogerse?

Otras minorías excluídas de la corriente general de la vida económica de un país, pueden recurrir a la opinión pública y a los tribunales, pero la minoría homosexual no tiene esa buena fortuna. Otros desenvuelven su propia vida económica, establecen sus propios negocios, prosperan dentro de sus propias comunidades; pero las personas alegres sólo por casualidad pueden hacer eso. Encuentran más tolerancia en algunos campos de trabajo, y en Norteamérica son precisamente esos campos los que ofrecen más oportunidades a las otras minorías: hospedajes y publicidad, para no citar más que dos.

Uno de los aspectos más desalentadores de la discriminación económica, es la frecuencia con que la practican unos homosexuales contra otros homosexuales. A causa del velo del secreto detrás del cual actúa, y del miedo al escándalo, siempre

presente, el homosexual es más reacio a dar un empleo a un amigo o asalariar a un desconocido que le resulta sospechoso. Si llegara a saberse que el nuevo empleado es alegre, la sospecha caería inevitablemente sobre la persona que le dió el empleo. La autoprotección exige que un homosexual aisle completamente sus negocios de su vida social, y esto significa que se une al grupo discriminador, aunque con dudas.

Cuan severa es la denegación de libertades civiles puede verse en el hecho de que el homosexual es el único veterano, excepto los licenciados con nota deshonrosa, que no puede obtener el beneficio del llamado G. I. Bill of Rights. La mayor parte de los hombres en servicio que fueron homosexuales o parcialmente inclinados en esa dirección, no han tenido dificultades con las autoridades mientras sirvieron. Hubieran podido evitar el servicio, si hubieran querido, sólo con revelar su secreto a los oficiales médicos. Pocos eligen ese camino. Los homosexuales incluyen a particulares y altos oficiales. Muchos fueron citados por su valor excepcional; otros fueron heridos, muertos, y honrados con las más altas condecoraciones que se conceden a los soldados y a los marinos. La mayor parte de mis amigos son veteranos, y nunca fueron acusados de delitos sexuales mientras estuvieron en el servicio. Algunos, sin embargo, fueron conocidos como homosexuales, y fueron licenciados cuando esto se hizo necesario, mas por lo general fueron licenciados por algún otro pretexto, puesto que los oficiales, conocedores del estigma que lleva consigo un informe de anormalidad sexual, se mostraron muy dispuestos a proteger a los mismos a quienes tenían que licenciar. Los pocos que no permanecieron en filas durante toda la guerra, fueron licenciados con nota honorable o por informe médico, y las reglas relativas al trato especial de los casos de homosexualidad fueron deliberadamente ignoradas la mayoría de las veces.

El trato especial, sin embargo, fué en su oportunidad aplicado, y dió lugar a la llamada "licencia azul", que no era ni honrosa ni deshonrosa, pero era indeseable. Fué concedida a

muchos hombres por variedad de razones. Y las fuerzas armadas llevaban, en archivos confidenciales, las fichas de los veteranos, que revelaban las causas verdaderas de las licencias.

Los oficiales médicos específicamente garantizaban dos cosas a aquellos hombres: una, que la causa de la licencia sería confidencial; y otra, que tendrían todos los privilegios y derechos de los demás que obtuviesen un tipo similar de licencia. A estos soldados y marinos se les decía que se les trataba como a enfermos, y no como a delincuentes. No habían cometido ninguna falta, pero estaban enfermos, y si a otros soldados enfermos se les concedía algún beneficio después de la guerra, los mismos beneficios se les concederían a ellos.

Esas promesas fueron echadas a un lado cuando, por orden ejecutiva de un administrador de Veteranos —y, cosa bastante curiosa, esa orden fué una de las últimas que dictó aquel administrador al retirarse— todo el que había tenido una licencia azul por causa de homosexualidad, fué exceptuado de todos los beneficios concedidos por el gobierno de acuerdo con el G. I. Bill of Rights, salvo los específicamente concedidos por una ley del Congreso. Por tanto, no recibirían educación subsidiada por el gobierno, ni anticipos para establecer negocios, ni bonos. Todo quedó, una vez más, en promesas incumplidas. Pero lo importante aquí es que ningún otro de los hombres licenciados por informe médico, ni aún los separados del ejército como psiconeuróticos, de acuerdo con las normas de la Sección octava de Licencias médicas, fueron exceptuados de aquellos beneficios. ¡Unicamente los invertidos sexuales!

Ahora bien: ¿qué dispuso el Congreso en su ley original? Sólo esto: que los beneficios serían concedidos a todos los hombres que se licenciasen "por causas que no fueran deshonrosas". Y quedó al arbitrio del administrador de Veteranos, que obraba con autoridad soberana, decidir si la homosexualidad era una causa deshonrosa. Si hubiera sido la intención del Congreso eliminar de los beneficios de la ley a todos los

que fuesen licenciados por causas indeseables lo mismo que deshonrosas, sin duda lo habría dicho en términos claros. Pero quedó al arbitrio de un administrador de Veteranos no sólo el actuar como psiquiatra y sociólogo, declarando que la homosexualidad es una condición deshonrosa, sino como legislador y jurista, declarando que una licencia por causas deshonrosas no implica una licencia deshonrosa, sino una separación del servicio por circunstancias deshonrosas.

Si se permite que perdure esta decisión administrativa, ¿qué puede impedir que un administrador de Veteranos, por una orden ejecutiva, niegue todos los derechos y privilegios a los soldados acusados de promiscuidad racial, o a los que protesten contra el *jim-crowismo* o a los que se muestren disconformes en cualesquiera otros respectos?

¿Y quién levanta una voz de protesta contra tales discriminaciones? Nadie. ¿Dónde está la Unión Americana de Libertades Civiles? En ninguna parte. ¿Quién llevó el caso ante un tribunal y se opuso al derecho del administrador de Veteranos, a la luz de la ley y de nuestra Constitución, para dictar tales medidas? Nadie. En realidad, la ley del Congreso que concede al administrador de Veteranos el derecho de tomar decisiones de ese tipo, está específicamente eximida de toda revisión.

Excluído de muchos tipos de empleos particulares y de los empleos del gobierno, excluído de muchas oportunidades educativas, excluído de servir a su propio país en el ejército y en la armada, excluído de los medios ordinarios de expresión de la opinión pública a través de los periódicos y las revistas: tales son las libertades civiles del homosexual.

Se ha observado que la diferencia en el trato de las minorías entre las democracias y los países totalitarios, consiste esencialmente en el derecho que asiste a las minorías en las democracias para protestar y apelar. Los tribunales son libres, y puede lucharse contra la acción discriminatoria por medios legales. Pero esto no es verdad por lo que respecta a la mino-

ría homosexual, para la cual el precio de la lucha es la infamia pública y la ulterior discriminación económica; precio tan alto, que la sociedad se siente protegida contra la posibilidad de que sus costumbres sean amenazadas.

Sólo una opinión muy ilustrada puede servir como arma en la lucha por sostener las libertades civiles y los derechos humanos; pero la sociedad se inmuniza contra eso no sólo cubriendo de oprobio a quienes osan hablar valientemente del asunto, sino por la conspiración del silencio. Sería difícil encontrar un ejemplo más notable que la negativa del *New York Times* para insertar una sola palabra acerca de las sesiones del Senado en que se formularon cargos de perversión sexual contra los empleados del Departamento de Estado. A pesar de los importantes aspectos políticos del asunto, y de su profundo interés para los lectores, aquel periódico no publicó ni una sola palabra. Según fuentes dignas de confianza, se advirtió a los individuos del cuerpo de redacción del *New York Times* que debían dar por ignorado todo el asunto. Así fué tratado por el primer periódico de Norteamérica un gran escándalo político.

No hay leyes que prohiban a los homosexuales apelar, protestar, expresar su opinión; sino que, sencillamente, los canales de comunicación no se abren para esos fines. Los editores han publicado considerable número de obras de ficción y muchas biografías; pero han restringido la literatura general a libros médicos y esotéricos, y muchos periódicos importantes no admiten ni siquiera anuncios pagados de novelas sobre estas materias. Muchos editores han dicho de palabra que nunca osarían lanzar a la publicidad, para consumo popular, un libro que defienda las prácticas homosexuales, aunque sea interesante, esté inteligentemente escrito y merezca tener muchos lectores. En algunas de las publicaciones más importantes de Norteamérica, tales como *Esquire* y *The Cosmopolitan*, han aparecido artículos con vagas y oscuras alusiones al proble-

ma; pero esos artículos, aunque escritos en tono simpatizante, orillaban la cuestión. No exponían las soluciones honrada y claramente. Por lo general, el silencio sólo se rompe cuando una publicación (como hizo *Coronet Magazine* en 1950) abre sus páginas a un artículo particularmente parcial e injurioso, sin permitir que sea presentado el otro punto de vista.

La denegación de derechos civiles por lo general inspira una vigorosa defensa; pero la conspiración del silencio es causa de que tal denegación sea poco conocida fuera del círculo de las víctimas. Quienes oyen hablar de estas cosas se limitan a suponer que, por tradición, la acción discriminativa es conveniente.

Muchas son las razones que se alegan para la exclusión de los homosexuales de los empleos particulares o públicos. "El homo es inconstante", se dice (porque un solo homosexual ha dado pruebas de serlo); y así, la sociedad hostil sugiere que si pudiera demostrarse su constancia, la discriminación desaparecería. Pero no es ese el caso, en absoluto.

"El homo trata de seducir a otros y atraerlos a sus costumbres", se dice también, lo cual implica que "sus costumbres" son bajas, pero que al mismo tiempo son tan atractivas, que fácilmente se atraen adeptos.

"El homo manifiesto es una ignominia. El estigma que cae sobre él se refleja en sus socios y en su patrono..."

Y así sucesivamente. En tales circunstancias, el homosexual sólo puede refugiarse tras una máscara. Desea entrar en los servicios armados, y en consecuencia simula que aborrece la homosexualidad. Busca un empleo del gobierno, y habla a sus compañeros de trabajo de sus amigas. Es llevado ante un tribunal, y afirma que se siente ofendido por los cargos desagradables que se le hacen.

Pero la mayor ironía está en que su vida de disimulo es empleada como el supremo argumento contra él. "El homo es un embustero", he oído decir. "Miente a su patrono, al gobierno, a los tribunales, a los amigos, a la familia, y proba-

blemente a sí mismo. Toda su vida es una pura mentira desde el principio al fin."

De esta suerte, si se atreve a mostrar sus inclinaciones, le espera el camino de la proscripción: discriminación, ostracismo social, desastre económico. Y si, para autoprotegerse, se ve obligado a disimular, cae sobre él la acusación de que toda su vida es una mentira.

En semejante situación, el grupo dominante heterosexual no encuentra quien le responda. No tiene nada que ofrecer al homosexual, si no es una acusación tras otra. Económicamente, aprueba que se le excluya de casi todas las especies de trabajo, considera su presencia como una ignominia para el patrono y los compañeros, pero sabe que tiene que vivir. Acusa a los que manifiestan sus proclividades, y después persigue a los que las ocultan. Expulsa de las escuelas al homosexual descubierto, pero reconoce que no debe negársele la educación. Reconoce abiertamente que no es práctico, ni deseable, ni justificable, aprisionar al invertido —y la mayor parte de la gente se levantaría en protesta contra la sola idea de realizarlo—, pero la insinuación de que los homosexuales sean detenidos, le parece sencillamente la prueba de que se cumplen las leyes de la sociedad. Y, si no la prisión, ¿qué les ocurre a centenares de miles o a millones de personas?

En una palabra, la sociedad se encuentra con un grupo de personas que no puede ser asimilado, que no puede ser exterminado, y que no puede ser reconocido. Y así como el psiquiatra no tiene otra solución que decir: "que vivan" (lo que, por implicación, significa que vivan y amen como quieran), el sociólogo no tiene otra que decir: "que trabajen, que reciban educación, que desarrollen todo su talento y su utilidad social".

Mi tema es que la supresión de toda discriminación social y económica es el único programa práctico y justificable para tratar a los homosexuales. Que tal programa implique una ampliación de la estructura democrática de Norteamérica, extendiendo las libertades a un nuevo grupo y en una nueva

dirección, es lo que le haría más atractivo para todos los norteamericanos. Que sea el único camino para rectificar una injusticia social, es su misma *raison d'etre*. Que iniciará a un número creciente de personas en los problemas de las minorías de todos tipos, caracteres y orígenes, eso es lo que le hace más necesario para los hombres y las mujeres de nuestro país. Y finalmente, que ese programa servirá como defensa de los objetivos de la democracia en un tiempo en que todo el pensamiento democrático está amenazado, es cosa que se hará patente con el transcurso del tiempo, y es tema que trataré de demostrar en la última parte de este libro.

CAPITULO V

Un mundo de criminales que respetan las leyes

Muchas gentes tienen la impresión de que el homosexual vive en constante conflicto con la ley. En un sentido estricto, tienen razón. Aunque son pocos los homosexuales detenidos o convictos de delitos, y relativamente pocos los chantajeados con éxito, hay un conflicto incesante entre la vida del homosexual y las leyes y códigos penales.

Las prácticas sexuales seguidas y deseadas por la mayor parte de los homosexuales, son ilegales en los Estados Unidos, y punibles en algunos estados de tal manera, que recuerda la muerte en la hoguera de los hechiceros durante los tiempos medievales. Como es grande la confusión en cuanto a la situación de la homosexualidad en relación con las leyes, empezaré por señalar los hechos, y a continuación haré algunos comentarios críticos.

En los Estados Unidos, las leyes relativas a delitos sexuales son en su mayor parte de la jurisdicción de los estados particulares, excepto cuando se requiere el traslado de un estado a otro. Por consiguiente, las leyes pueden ser incongruentes las unas con las otras en espíritu y en contenido, y pueden contener definiciones, interpretaciones y penas muy diferentes, con el solo límite de que ninguna de ellas viole la Constitución de los Estados Unidos.

En primer lugar, no hay acuerdo acerca de las definiciones de los términos con que se denominan las actividades homosexuales. El diccionario legal autorizado define la inversión y la sodomía en términos prácticamente idénticos, y los dos significan indistintamente "un crimen contra naturaleza".[1] La definición típica cita la sodomía como "la cópula carnal entre seres humanos contra naturaleza, o con un animal", definición que comprende no sólo toda especie de homosexualidad, sino la bestialidad y las llamadas relaciones antinaturales entre un hombre y una mujer.

El derecho común o civil, que es la herencia básica sobre la que se estructuró el derecho norteamericano, limitaba la sodomía a la penetración anal y, cosa muy curiosa, requería pruebas de emisión o eyaculación. El acto, por tanto, no estaba confinado a dos hombres; podía ser ejecutado por un hombre y una mujer, pero no por dos mujeres, y no incluía la *fellatio* y el *cunnilingus*. En tiempos posteriores se proveyó que, para la convicción de sodomía, bastaba la prueba de penetración, sin la de emisión.

Hoy todavía algunos estados siguen definiendo la sodomía aproximadamente en los términos del derecho común, y restringen los actos que constituyen el delito a los previstos en aquel derecho. En Mississippi, por ejemplo, se reputó que el acto de *cunnilingus* no puede ser considerado como sodomía, puesto que no hay penetración.

En otros varios estados, aunque el delito ha sido definido en los términos del derecho común, los códigos penales particulares son interpretados por los tribunales de manera que incluyan las prácticas sexuales que no implican penetración, entre ellas la cópula por la boca.

Finalmente, la mitad de los estados han vuelto a definir el delito, estableciendo en términos específicos o generales qué actos constituyen la sodomía. Esto se hace algunas veces en

[1] *Black's Law Dictionary*, 3ª edición, 1938.

términos generales, como la ley de Iowa, que declara culpable de sodomía a todo el que "efectúa la cópula carnal por cualquier abertura del cuerpo que no sean las partes sexuales, con otro ser humano". La ley de Maryland es a la vez específica y general, e incluye las prácticas heterosexuales, no meramente por inferencia, sino directamente: "Toda persona que sea convicta de introducirse en la boca el órgano sexual de otra persona o animal, o que sea convicta de colocar su órgano sexual en la boca de otra persona o animal, o que resulte convicta de ejecutar cualquier otra práctica sexual antinatural o pervertida con otra persona o animal", es acusada de haber cometido sodomía.

Probablemente la definición más específica del acto a que se refieren esas leyes, es la que da el código penal de Minnesota, puesto que incluye a los heterosexuales y a los homosexuales, hombres y mujeres, a los participantes activos y pasivos, la bestialidad y la penetración anal y oral: "Toda persona que conozca carnalmente de cualquier manera a cualquier bestia o pájaro, o que conozca carnalmente a cualquier persona masculina o femenina por el ano, o por o con la boca, o que voluntariamente se someta a semejante conocimiento carnal... es culpable de sodomía."

En este punto, es interesante notar que los códigos penales en ninguna parte tratan de esto específicamente como un delito homosexual, ni emplean la palabra homosexual. Las principales disposiciones relativas a los llamados delitos homosexuales van incluídas en la mayor parte de los estados bajo los títulos de "delitos contra naturaleza" o "sodomía". Algunos estados combinan los dos, u otros términos, tales como "perversión sexual", "mariconismo" y "actos lujuriosos o lascivos", y en adición hay muchas disposiciones contra la conducta homosexual bajo conceptos como "obscenidad", "indecencia pública", "impudicia", "vagancia", "indecencia escandalosa" o "conducta desordenada". De los cuarenta y ocho estados, sólo dos, a saber New Hampshire y Vermont, no

tienen leyes específicas contra la sodomía o crimen contra naturaleza, ni contra ninguno de sus términos sinónimos. Sin embargo, eso no significa que los actos expresados por esos términos sean legales en esos estados. Las prácticas homosexuales son declaradas fuera de la ley en esos dos estados de la Nueva Inglaterra bajo los títulos de "impudicia" o de "actos lascivos".

A menos que un acto homosexual haya sido cometido por la fuerza o la violencia, la parte consintiente es considerada como cómplice. Ahora bien, es una regla jurídica general que el testimonio de un cómplice, sin corroboración, no puede ser considerado suficiente para la convicción. Aunque se mantiene esto en el Estado de Arkansas y en otros, en un caso visto en Illinois se sostuvo que el testimonio no corroborado de un cómplice es suficiente para probar la culpabilidad, si así lo estima el jurado. Los peligros inherentes a tal desviación del derecho común son evidentes, porque abre las puertas al chantaje y es totalmente contraria al principio básico de que la culpa sólo queda establecida cuando está fuera de toda razonable duda.

Si las infracciones contra la protección habitualmente concedida a los acusados son pocas, por lo que concierne al testimonio no corroborado del cómplice, en cambio son más frecuentes por lo que concierne a las acusaciones. El sistema legal y judicial norteamericano establece que un acusado tiene derecho a que se le presente una acusación que especifique cuidadosamente los actos que constituyen el delito que se le atribuye, de manera que tenga noticia de todos los elementos del procedimiento que se le sigue. Sin embargo, la sodomía es uno de los pocos delitos en que esta regla legal no ha sido seguida en varios estados, porque los tribunales alegan que los actos son tan sórdidos y tan inmorales, que la sola especificación de ellos sería una fuente de perturbación pública y una afrenta para la comunidad. En un caso visto en Indiana se dijo que las faltas eran tan impúdicas y degradantes, que

estaba justificado que no se especificasen las acusaciones; y en Maryland se llegó hasta incorporar a la ley una declaración oficial según la cual los actos particulares no necesitan ser especificados en las acusaciones de sodomía. Texas y Georgia han establecido que tales acusaciones son deficientes, y que debe darse al acusado conocimiento de los actos específicos que se le atribuyen.

Aunque la relación sexual entre dos mujeres es considerada moralmente no menos reprensible que la relación entre dos hombres, en algunos estados las leyes no son tan claras ni los castigos tan rigurosos como cuando se trata de hombres. En Ohio los tribunales han sostenido específicamente que la ley, aunque comprendía la *fellatio*, no incluía el *cunnilingus;* y en Georgia se sostuvo que, según está definida la sodomía en aquel estado, no puede ser cometida por dos mujeres. Sólo en Arizona se menciona específicamente el *cunnilingus* como un delito punible, aunque algunas leyes son tan amplias en sus definiciones, que, si los tribunales quieren, pueden ser interpretadas de manera que incluyan ese acto.

En la actualidad (1951), veintitrés de los estados tienen leyes que mencionan específicamente la *fellatio* o definen la sodomía en tales términos que, en mi opinión, o en opinión de los tribunales, son suficientemente amplios para comprender ese acto.

¿Cuáles son los castigos que se imponen a los convictos? El Estado de Georgia hace obligatorio que se imponga la sentencia de prisión perpetua a todo convicto de sodomía, mientras que Connecticut le impone un máximum de treinta años de cárcel, y Minnesota sólo veinte. El lector no debe olvidar que el Bill of Rights de la Constitución de los Estados Unidos establece que nadie será sometido a castigos crueles y extraordinarios.

A la mayor parte de los homosexuales, como ya he dicho, sólo muy ligeramente les afectan esas leyes, las cuales figuran en los cuerpos legales y constituyen un reflejo de ciertos jui-

cios morales; pero siempre hay un retraso entre los cambios de la actitud pública y los de la actitud legal. En los cuerpos legales esas disposiciones son una amenaza para los homosexuales, porque siempre hay la posibilidad de invocarlos en cualquier momento. Pero la amenaza es mucho mayor para la comunidad, porque las leyes relativas a la sodomía, a la conducta sexual antinatural y cosas análogas convierten a la mayoría de nuestros conciudadanos adultos en delincuentes. Nos hemos convertido en una nación —y en ese respecto, en un mundo— de criminales respetuosos de las leyes. Si nuestras leyes relativas a los delitos sexuales se cumpliesen, tendríamos que transformar estados enteros en gigantescos campos de concentración, y difícilmente quedarían libres personas bastantes para servir de carceleros.

Algunos se encogen de hombros e insisten en que una ley que está en los libros pero que no se cumple ni puede cumplirse no hace daño ninguno, pero esta es una opinión miope. Esa ley echa el peso de la criminalidad sobre todos los que, a pesar de su integridad moral, se ven empujados a entrar en conflicto con ella. El individuo puede ser un abogado y hasta un juez, pero por su misma naturaleza ha sido marcado como delincuente. La constante sensación de que uno ha cometido una falta punible está siempre presente y le cobra al individuo un tributo psicológico. Sólo la colosal ignorancia pública de las leyes sobre la sodomía ha relevado a los heterosexuales (incluyendo hombres y mujeres casados) del justiciero peso de sentirse culpables de perversas infracciones de la ley.

Sin embargo, las leyes sobre sodomía no son sólo una invitación a despreciar la legalidad en general. El invocarlas de tiempo en tiempo, en condiciones especiales causadas por el deseo de vindicta o por haber caído en sus redes por mala fortuna, es de una crueldad extremada para la víctima.

El desprecio general en que se tiene a esas leyes y la indiferencia con que las dejan sin cumplir los policías, están manifiestos en el pequeño número de detenciones que se

realizan. Durante el decenio de 1930 a 1939, hubo en la ciudad de Nueva York únicamente 1396 detenciones por sodomía, y sólo 414 acusaciones, con 333 acusaciones adicionales por abusos carnales. Aun cuando todos esos casos fuesen de homosexuales, que no lo fueron, se vería inmediatamente que la policía no había detenido al delincuente con bastante frecuencia como para imponer el respeto a la ley. El tres por ciento de la población masculina adulta de la ciudad de Nueva York, supongamos, eran homosexuales durante ese tiempo, cálculo bastante bajo, según demuestran todos los estudios realizados sobre este asunto. Por tanto, habría unos 50,000 homosexuales en la ciudad, y aunque practicasen el acto una sola vez al mes, resultarían más de un millón de delitos al año, o sea más de diez millones en el decenio. Esas cifras no incluyen el gran número de prácticas en que incurren los bisexuales ni los casi incontables delitos de sodomía cometidos por hombres y mujeres, particularmente cuando se trata de casados. Esas cifras indican cuán absurda es la coacción policíaca para obligar al cumplimiento de una ley que no puede cumplirse. Desde ese tiempo, Nueva York ha reducido la sodomía a una simple falta de menor cuantía.

Ha llegado a ser cosa ampliamente aceptada en los círculos criminológicos más avanzados, que los delitos sexuales deben dividirse en dos categorías: los que se consideran "ultrajosos" para la sociedad en general, que hieren la moral pública, pero que no causan daño excepto probablemente a los participantes (y esto es asunto de opinión personal); y los que implican el uso de la fuerza, la violencia y otras prácticas dañosas.

Los sádicos, los violadores, quizá también los enfermos venéreos que se niegan a ser tratados, todas estas gentes son una amenaza para la sociedad, y son igualmente criminales los que injurian o seducen a un niño. Pero colocar a semejantes elementos en una categoría general con los homosexuales, llamándolos desviados sexuales, y extender después esa

categoría hasta incluir hombres y mujeres, ya casados o solteros, que gozan de los placeres sexuales en variedad de formas, es enturbiar el problema verdadero de la criminalidad sexual y dificultar su solución. Y cuando el Estado de Oregón convierte en un crimen, castigado con reclusión de un año a quince en la penitenciaría del estado, el que una persona "sostenga relaciones osculatorias (o que bese, dicho en español llano) con las partes privadas de un hombre, una mujer o un niño", lo absurdo de tal disposición hace de la ley misma un motivo de risa para toda persona inteligente.

Desgraciadamente, el homosexual está ante la ley en una posición en que no puede defenderse. Los grupos que gozan de libertades civiles muestran poco interés por su caso, y sus abogados se resisten a intervenir en estos asuntos. Leyes cuya anticonstitucionalidad muchos consideran evidente, ahí están sin que nadie se atreva a atacarlas por miedo a las consecuencias.

El homosexual no puede levantarse ante un tribunal y decir: "Vuestras leyes ya no corresponden a estos tiempos. No me avergüenzo de lo que he hecho, sino de los que han espiado mi vida privada y me han detenido." Aun cuando tuviera éxito ante el tribunal, se expondría a los golpes que caen sobre los que se atreven a quitarse la máscara. Así que, ante el tribunal insiste en su inocencia, representa el hipócrita papel a que le obliga la necesidad de autodefenderse, acusa a los maricas y a los invertidos y acude a todos los medios para probar que es demasiado buena persona para hacer cosas tan terribles. ¡Qué degradante es tener que representar la comedia en los tribunales y fingir que se comparte el desprecio del mundo hacia aquello mismo que uno desea, en secreto, defender!

Otro aspecto de la homosexualidad y las leyes que está siendo muy discutido, y que el público en general entiende tan poco como la inversión sexual misma, es la cuestión del chantaje. La mayor parte de los homosexuales llevan por lo menos una vida semisecreta y se esfuerzan por ocultar sus

inclinaciones sexuales a los amigos y a los socios de sus empresas. El público considera a estas gentes como presas propicias de los chantajistas, aunque el chantaje sea tan raro entre los homosexuales como lo es el encarcelamiento entre los sodomitas. Una persona a quien conozco, temerosa de que un sujeto con quien había tenido que ver le hiciese una escena en su oficina, le dió un dólar un par de veces, y después avisó a la policía. El delincuente fué detenido, y el denunciante se vió obligado a negar que hubiera habido alguna "intimidad indecorosa" entre ellos. Contra el atemorizado acusado se dictó una sentencia diferida, y así terminó el intento de chantaje.

Cuando es denunciado a la policía, el chantaje puede ser evitado, y como el chantajista por lo general niega su delito, no le resulta difícil al homosexual defender su posición en la sociedad. La situación resulta mucho más difícil cuando el chantajista es un policía. Es tan grande el número de policías corrompidos que explotan a los homosexuales, que algunos organismos encargados de hacer cumplir las leyes tienen agentes secretos encargados de investigar las exacciones practicadas por los policías. Habitualmente, un fiscal de distrito, en especial si se le allega un abogado, puede tratar el problema de los policías chantajistas con finura y eficacia.

El área principal de la disputa entre el homosexual y la ley se centra en torno de faltas como las que se cubren con el título de "conducta desordenada" u otro semejante. Comprende el caso de dos personas que hablan en la calle, y una de ellas invita a la otra a acompañarla a su casa o a un hotel; o una conversación análoga que puede tener lugar en un bar o en un parque, o en algún sitio semipúblico, como una casa de baños. De pronto, alguien presenta una insignia, y una de las personas queda detenida. Algunas veces, con una propina de cinco o diez dólares, el asunto no pasa adelante. O la persona es llevada a los tribunales, quizá se la tiene encarcelada durante la noche, y se le pone una multa o se dicta contra ella una sentencia diferida. Su ficha queda manchada desde

ese momento, y la detención puede quedar registrada para siempre en los archivos de la policía. Indudablemente, la persona detenida no es una amenaza para la sociedad, no ha causado ningún daño, y cuando invitaba a un adulto desconocido a compartir su lecho, no transgredía ninguna ley necesaria para la protección de la sociedad o de los individuos.

En la ciudad de Nueva York, en un período de tres años, 15,000 individuos acusados de conducta desordenada fueron transferidos a un centro de rehabilitación dirigido por los cuáqueros. La mayor parte de los 15,000 acusados eran homosexuales, y su delito consistió en proponer a un desconocido una cita en un parque o en un bar, por ejemplo.

Mientras se hagan detenciones de este tipo, no sólo habrá pequeñas corrupciones y cohechos, sino que el homosexual se verá angustiado por el temor constante de caer en una trampa. De esta manera, las dificultades de una vida libre y plena se combinan con la amenaza de que hasta los placeres marginales sean invadidos por las autoridades policíacas, y esto puede causar la ignominia, el desastre, la ruina.

La derogación de las leyes anticuadas contra la homosexualidad, con su frecuente negación de los derechos civiles y constitucionales, sería un paso hacia la rehabilitación pública del homosexual, para que éste pueda hallar su lugar en la sociedad moderna. Sin embargo, no sería más que un paso muy pequeño. Puede contribuir a hacer ver al público lo absurdo de su extremada reprobación, y de este modo servir para mitigar la hostilidad. Pero quedaría en pie el problema principal: el oprobio público. Sólo una pequeña satisfacción puede hallar el paria en el hecho de que ya no es un infractor de las leyes. El principal interés del homosexual no son los derechos civiles ni los derechos legales, por muy considerables que éstos sean. Su gran problema es la condenación social, que implica la necesidad de ocultarse, impone la pesada carga de sentirse culpable y dudar de sí mismo, y crea unas condiciones que impiden la lucha por el propio mejoramiento.

SEGUNDA PARTE

PSICOLOGIA

CAPITULO VI

Mirando hacia adentro y hacia atrás

Una fuerza que domina la vida de una persona en tanto grado como lo hace el impulso homosexual, obliga a uno a mirarse interiormente para responder a la pregunta de por qué es lo que es. Para unos, puede tratarse de una curiosidad intelectual; para otros, puede tratarse de buscar un sistema de justificaciones; pero todos los homosexuales se sienten forzados a buscar los orígenes de su temperamento sexual. Me parece que, en la mayor parte de los casos, es en los momentos de mayor angustia y abatimiento, cuando la conmiseración que produce una suerte desgraciada en la vida parece envolver en tinieblas a una persona, es en esos momentos cuando el pensamiento se entrega al autoanálisis. De este modo, las realidades de la vida, particularmente como resultado de las relaciones del hombre con la sociedad, imponen a la mayor parte de los homosexuales una personalidad agudamente introspectiva y a la vez esencialmente introvertida.

La cuestión del origen del impulso homosexual en el individuo ha suscitado en los últimos años más análisis sinceros, más estudios inteligentes, que cualquier otro aspecto del problema. Esto se debe a que el asunto ha sido en lo esencial confinado a los psiquiatras profesionales, y no a los legisladores, los moralistas o los padres. Sean justas o no sus asunciones,

los psiquiatras no tienen razón ninguna para dar al problema una respuesta que no sea objetiva.

Por una coincidencia imprevista, que resultó afortunada para la ciencia, los hallazgos de los psiquiatras fueron aceptables para la sociedad en general, porque parecían venir a reforzar la hostilidad social. La sociedad se apoya en la evidencia de que la inversión sexual no es congénita; los psiquiatras no encontraron resistencia popular a sus afirmaciones, aunque otras muchas conclusiones de los mismos psiquiatras fueron ignoradas cuando la sociedad halló conveniente ignorarlas.

Desgraciadamente, muy poco se oye de los afectados mismos respecto de sus actitudes hacia las varias teorías de la génesis de la homosexualidad. Las experiencias comunicadas a los psiquiatras, y en menor extensión a los eclesiásticos y a otros consejeros, han suministrado el fondo material para formular una teoría o un grupo de teorías. Sin embargo, me gustaría no sólo presentar mi análisis de esas teorías desde el nuevo punto de vista del profano homosexual, sino al mismo tiempo examinar las razones que han impulsado a muchas personas a aceptar ciertas conclusiones y han predispuesto a otras a rechazarlas.

Durante mucho tiempo la idea de la homosexualidad innata o congénita estuvo muy generalizada entre los psiquiatras y los sociólogos, por un lado, y entre los individuos practicantes de esta minoría sexual, por otro. Como pruebas clínicas, se citaban el afeminamiento de los homosexuales y la masculinidad de las lesbianas. Parecía que algunos individuos eran seres mixtos, o sea que, por decirlo así, habían nacido femeninos en un cuerpo masculino, o viceversa.

Antes de que examine la validez del punto de vista de la homosexualidad congénita, me permitiré señalar que fué tenazmente expuesto, a pesar de la evidencia en contrario, por los homosexuales mismos. Se debía esto a que, como teoría, respondía a ciertas necesidades; en resumen, era una conclu-

sión a la que deseaban llegar, estuviese o no de acuerdo con los hechos. En primer lugar, era una justificación de la actitud de desamparo e impotencia contra sus impulsos. Si su condición anómala era congénita, el individuo podía creer en la imposibilidad de vencerla sin considerarse a sí mismo una persona débil y sin energía. Así se cerraba la puerta a todos los esfuerzos que, según algunas gentes, debían hacerse para pasar al mundo heterosexual, porque tal paso, si la homosexualidad era congénita, parecía, por la naturaleza misma de las cosas, caer fuera de lo científicamente posible. Por cuanto la mayor parte de los homosexuales son prácticamente incapaces de desear que se les cure, y puesto que la naturaleza misma de la homosexualidad impide todo esfuerzo verdadero para cambiar, esa teoría suministra una justificación de la actitud de autoaceptación o de resignación.

En segundo lugar, en un mundo que impone lo que para muchos constituye un insoportable peso de culpabilidad, la teoría de la homosexualidad congénita servía como exculpación. Colocaba toda la reprobación de las actividades prohibidas sobre una fuerza que caía fuera de todo control personal, y la culpa que muchos arrastraban simplemente por abrigar esos deseos, no menos que por ponerlos en práctica, quedaba fácilmente mitigada en esas circunstancias. Si algunas personas habían nacido para ser eso, entonces no era culpa suya el serlo. Tal era el modo de razonar.

En tercer lugar, la teoría de la predisposición congénita contestaba eficazmente al argumento de que ese amor prohibido era antinatural. ¿Qué puede ser más natural para un individuo que hacer el género de vida para el cual fué creado? Y por el contrario, ¿qué puede haber de más antinatural que tratar de obligar a uno a llevar una vida completamente extraña a su naturaleza? De esta suerte, una acusación particularmente fuerte contra el homosexualismo, la de que es antinatural, podía ser rebatida con éxito, si no ignorada.

Finalmente, la creencia en la homosexualidad innata servía a un cuarto objetivo: servía de apoyo a la teoría, tan generalizada al empezar este siglo, de que los invertidos constituyen un tercer sexo. No eran ni hombres ni mujeres, sino un grupo intermedio, con talentos, inclinaciones e instintos fuera de lo usual, derivados de su posición especial entre los dos sexos. Según esta manera de pensar, el invertido comprendía a las mujeres mejor que los hombres normales, tenía un sentido superior de la forma y poseía mayores aptitudes para la apreciación estética. Algunos escritores sostenían que, en determinados respectos, era una persona superior, y esto daba a la homosexualidad un lugar en el conjunto de la vida social, una razón de ser. Este razonamiento, que era una respuesta a la degradación a que se veían condenadas muchas personas, contestaba al concepto de inferioridad con una presunción, frecuentemente oscura, de superioridad.

Comentando la creencia en la homosexualidad congénita, observaba Freud que los homosexuales sostienen que "son hombres obligados por determinantes orgánicos originados en el germen a buscar en el hombre el placer que no pueden hallar en la mujer. Por mucho que uno desee subscribir sus demandas de consideraciones humanas, debe, sin embargo, proceder con reserva en relación con sus teorías, formuladas sin tener en cuenta la génesis psíquica de la homosexualidad." [1]

En otras palabras, aunque Freud la considera una teoría útil desde el punto de vista de las consideraciones humanas debidas al invertido, se tomó considerable trabajo, en otras obras que luego citaré, para demostrar que no es válida científicamente, y por tanto, que es insostenible.

Cuando, en los últimos años, con el desarrollo de las técnicas psicoanalíticas modernas, los psiquiatras empezaron a considerar la homosexualidad como la manifestación de un estado

[1] *Leonardo da Vinci, a Psychosexual Study of an Infantile Reminiscence.*

neurótico, o como un caso de desarrollo emocional reprimido, la primera reacción del mundo homosexual fué rechazar esa interpretación porque parecía oponerse a ciertos intereses fundamentales. Nosotros los homosexuales no queremos considerarnos a nosotros mismos como enfermos emocionales, desequilibrados, inmaturos, ni como individuos que padecen fijaciones de la adolescencia.

Así, la primera actitud del homosexual al plantearse el problema de los orígenes de su situación, fué una actitud sentimental o emocional. Se buscaba la verdad, mas por encima de esto estaba la dificultad de lograr la objetividad bajo las predominantes condiciones sociales y psicológicas. La conclusión de que la homosexualidad es congénita parecía servir a determinados intereses creados, y éstos fueron un obstáculo para el análisis objetivo.

No obstante, no fueron los homosexuales los únicos en hacer que determinados intereses personales influyesen sobre la lógica y el razonamiento, pues el mundo heterosexual fué no menos culpable de falta de objetividad. Este se acogía al menor asomo de evidencia, mientras suprimía y difamaba otros, para demostrar que la homosexualidad es una depravación fomentada por individuos audaces que buscan nuevos y placenteros pecados, por sujetos hastiados de los placeres habituales o que no pueden practicarlos por estar encarcelados, o por jóvenes víctimas de la seducción antes de haber llegado a la madurez sexual. Pero los heterosexuales que asignaban estos orígenes a la homosexualidad, se veían en aprietos para explicar el carácter afeminado de muchos invertidos, cuyos rasgos físicos les hacían fácilmente reconocibles. Para explicar este fenómeno sin perjudicar a las teorías de la degeneración, necesarias como parte del arsenal de argumentos dirigidos contra el género de vida de la minoría, algunas autoridades afirmaron que hay dos tipos diferentes de homosexuales. Concedían que hay los congénitos, a quienes algunos escritores asignaron la denominación de *invertidos;* éstos son el

sexo intermedio, y con mucha frecuencia ofrecen los rasgos físicos y las maneras del sexo opuesto. El segundo tipo son los *pervertidos*, sujetos que no son invertidos, pero que buscan nuevas y especiales emociones. Muchos años después, y aun persiste hoy, apareció una nueva modificación de la teoría del homosexual congénito: la doctrina endocrinológica, según la cual el impulso homosexual se debe a ciertas perturbaciones glandulares.

De esta suerte, tanto los homosexuales como los heterosexuales han formulado teorías, no para descubrir la verdad, sino para apoyar conclusiones predeterminadas. Si en algunos casos llegaron a descubrir la verdad, fué sólo por accidente o por coincidencia fortuita.

Aparentemente, el aspecto más desconcertante de esta cuestión para muchos investigadores, lo constituían las manifestaciones de afeminamiento en el homosexual y de masculinidad en la lesbiana. Sin embargo, es mi firme opinión, así como la de los homosexuales con quienes he hablado, que el homosexual extremadamente afeminado es una rareza, aun en los medios alegres. He participado en reuniones en que cuarenta o cincuenta personas se "soltaban el pelo", libres de toda suerte de convenciones o de inhibiciones, y ninguno de los presentes podría ser llamado "reina", como suele llamarse a los afeminados. Rara vez se ve a los afeminados en los bares, y si acuden inmediatamente al pensamiento de los heterosexuales cuando piensan en el homosexual, es porque se les reconoce fácilmente y sirven como cliché muy adecuado.

En vez de verdaderos afeminados, abundan los homosexuales que muestran ciertas ligeras señales de que no pueden identificarse totalmente con su propio sexo. En mi opinión, basada en observaciones muy atentas, la mayoría de los homosexuales tienen cierta característica que descubre sus inclinaciones al observador astuto y experimentado: cierta inflexión de la voz, ciertos movimientos de las manos o de los hombros, un modo particular de andar. Esta minoría muy

pequeña forma el grupo de las "reinas" o afeminados; y otra minoría quizá más numerosa no ofrece ningún signo de homosexualidad ni aun al observador más cuidadoso.

Entre los plenamente afeminados y los afeminados ligeros hay una diferenciación cualitativa con muchas gradaciones y sin una línea de demarcación precisa. Y, sin embargo, cuando en una reunión me dedico a observar a los afeminados más manifiestos, o cuando observo a uno de éstos en el bar, quedo sorprendido por la falta de pruebas de todo género de rasgos de homosexualidad congénita.

Para mí, son cosas muy significativas que el pelo de la cara crezca como en los hombres normales, que no se desarrollen los senos, y que las manos y los pies no sean notoriamente pequeños. En resumen, las características físicas que serían difíciles de influir por alguna perturbación emocional o a consecuencia de una necesidad del individuo, permanecen inafectadas.

Por el contrario, hay la voz extremadamente afeminada, el cultivo consciente del afeminamiento o un desarrollo inconsciente del mismo. El paso, los movimientos de los hombros, la manera de sostener el cigarrillo o de mover las manos, el peinado, el depilado de las cejas: tales son los signos de afeminamiento; pero todos pueden ser practicados por cualquiera que encuentre psicológicamente necesario hacerlo. Cuando el afeminado habla, gesticula o se mueve, manifiesta un afeminamiento exagerado y fuera de medida. No es una mujer, sino una caricatura de mujer. Es más amanerado que pueda serlo cualquier muchacha, a causa de que su retraimiento de la masculinidad, sus esfuerzos para identificarse con el sexo opuesto son tan vigorosos que lo impulsan a las manifestaciones más extremas. Ya que no puede ser una mujer por el desarrollo de los senos y la forma de los órganos genitales, tiene que demostrar que lo es en todo lo que de él depende.

Un eminente psiquiatra, ha llegado a esta misma conclusión mediante investigaciones más sistemáticas. Dice Clifford

Allen: "*Podemos afirmar con seguridad que no hay ninguna diferencia discernible entre la forma física del homosexual y del heterosexual, que sea acusada por ninguna prueba, ya sea microscópica, macroscópica, bioquímica o endocrina, de las que conocemos actualmente.* Por lo que podemos saber parece que la opinión de Wortis, según la cual el homosexual es afeminado porque quiere parecer femenino, es correcta, y que no hay diferenciación física en el promedio de los casos." (Subrayado en el original).[1]

Aunque lo substancial de sus observaciones es correcto, Allen exagera un poco cuando afirma que "no hay ninguna diferencia discernible entre la forma del homosexual y del heterosexual". Se refiere sólo a la mayoría de los homosexuales. Pero hay una minoría de varones predispuestos al afeminamiento físico, y esta predisposición fué el factor psíquico más importante en la génesis de la homosexualidad de esos individuos. Los casos probablemente son poco numerosos, y constituyen la única excepción que puedo presentar a la afirmación de Allen.

El pequeño porcentaje de los homosexuales extremadamente afeminados, y el hecho de que su afeminamiento afecte sólo a aquellas expresiones y movimientos corporales más fácilmente influenciables por factores emocionales, indican que este tipo no suministra una prueba substancial de la homosexualidad congénita. En realidad, no sólo son más los homosexuales no afeminados, sino que muchos afeminados no son homosexuales. El afeminamiento extremado, que algunas veces llega hasta vestirse de mujer, y que en ocasiones va unido a perturbaciones glandulares, y en otras a la homosexualidad, constituye, en opinión de muchos psiquiatras, un tipo de neurosis que no debe confundirse con el impulso para obtener el goce sexual con un individuo del mismo sexo.

[1] *The Sexual Perversion and Abnormalities, a Study in the Psychology of Paraphilia.* 1949.

Por otra parte, la generalizada tendencia hacia los intereses homosexuales de la adolescencia, que frecuentemente toman la forma del abrazo un tanto inocente, y que quizá lleve a alguna forma de contacto y excitación físicos, ha producido la teoría de la fijación. Todos los seres humanos, se dice, pasan por diversos estados de desarrollo, y durante ciertos años de la adolescencia tienden a perder interés por el sexo opuesto, buscan amistades intersexuales con cierto sentimiento de rubor y de vergüenza, y se acercan a los compañeros de escuela, de excursión o de juego. El desarrollo emocional puede detenerse en esos años —se dice— y la fase homosexual queda "fijada" en el estadio por el que entonces pasa la persona. El sentimiento de inferioridad en las relaciones con las muchachas, la repugnancia ante la idea de la sexualidad para la procreación como resultado de la glorificación de la mujer en cuanto símbolo de pureza, una amistad íntima que puede conducir a la unión sexual satisfactoria con el amigo: tales son algunas de las muchas cosas que pueden resultar de aquella fijación.

La teoría de la fijación, tal como yo la veo, también explica muy poco, y son raros los individuos que pueden investigar su propio pasado, aun con la ayuda y la guía de un psiquiatra, y aceptar que únicamente la fijación es la clave de su vida. Si la fijación tuviese alguna validez como teoría para explicar los orígenes de la homosexualidad, eso significaría que las personas alegres forman un grupo de retrasados emocionales y de hombres y mujeres inmaturos. ¿Cómo, pues, pueden explicarse los muchos talentos, las inteligencias brillantes, la personalidades maduras que con frecuencia se dan en ese grupo? Los defensores de la fijación pueden replicar que quizá esos individuos son inmaturos en ciertos respectos y plenamente adultos en otros. Estas generalizaciones no tienen sentido, porque sería difícil encontrar al individuo que llenase todos los requisitos propios de la madurez plena y verdadera. ¿Con qué unidad puede medirse la madurez?

Algunos consideran el mal humor como signo de inmadurez, pero nadie puede argüir que los homosexuales como grupo tengan peor humor que los conformistas sexuales. Se dice que el soñar despierto y el vivir en las nubes son manifestaciones de la adolescencia; pero pueden caracterizar al poeta, al inventor y a personas de todos los temperamentos sexuales.

No sólo hay pocas razones experimentales para considerar la fijación como causa de la homosexualidad, sino que hay motivo suficiente para rechazarla. Si el temperamento sexual se detuviese en una fase de su desarrollo, entonces no sólo el sexo del ser amado, sino su edad y aspecto, permanecerían invariables a través de los años. Es verdad que algunos homosexuales (y también algunos heterosexuales) siguen siendo atraídos por una persona joven mucho tiempo después de que ellos han llegado a la madurez; pero esto no sólo es infrecuente, sino que probablemente se debe a la mayor perfección física de la gente joven. El hombre de cuarenta o cincuenta años que busca el deleite erótico con una muchacha de la mitad de su edad, no puede decirse que padezca de fijación.

Si el homosexual que halla placer con una persona joven sufre una fijación, ¿qué diremos de su copartícipe, que corresponde a un hombre muchos años mayor que él?

Sin embargo, la mayor parte de los homosexuales que yo conozco se interesan poco por un muchacho inmaturo, y difícilmente se sienten excitados por su presencia. Fueron atraídos por adolescentes cuando ellos lo eran, y los seres amados que parecían de edad madura cuando ellos eran jóvenes, les parecieron muy atractivos cuando ellos mismos fueron algo más viejos.

Si los psiquiatras pudiesen conocer a los homosexuales en la vida social, más bien que en la clínica, en mi opinión encontrarían necesario abandonar la teoría de la fijación.

La cuestión fundamental está en determinar qué experiencias predisponen a unos individuos y no a otros, a seguir la

senda heterodoxa de los deseos sexuales. Cualesquiera que hayan sido esas experiencias, deben haber sido de extraordinaria fuerza, para contrarrestar las influencias acumuladas de la historia, la escuela, la literatura, la poesía, el cine, la vida familiar y otras innumerables fuerzas culturales que recomiendan insistentemente la vida heterosexual. Quien pretenda que la inducción de un muchacho a los placeres del homosexua lismo en una edad temprana puede, por sí sola, convertirlo en homosexual, tiene muy pocas pruebas para fundamentar ese punto de vista. ¿Por qué llegó a ser homosexual, aunque media docena de sus amigos, que participaron en los mismos juegos de la adolescencia, no llegaron a serlo? Pero, cosa aun más significativa, ¿por qué un acto único convierte en homosexual a una persona, mientras que trece o catorce años de enseñanza e influencia cultural no han podido hacerla heterosexual? ¿Cuáles son las influencias que la predisponen? En todas mis discusiones con homosexuales —incluídos los que son atraídos exclusiva o predominantemente por el mismo sexo—, ha sido general una observación: la falta de un hogar equilibrado, donde la madre y el padre se amen entre sí y amen a sus hijos. Los hogares deshechos, los divorcios, las muertes prematuras, padres frígidos, desigualdad en el amor: en casi todos los casos se encuentra alguna de esas circunstancias.

Y sin embargo, terminando en divorcio la tercera parte de los matrimonios norteamericanos, y siendo frecuente la muerte prematura de uno de los progenitores ¿por qué la homosexualidad no es tan común como el impulso heterosexual? ¿Por qué en la misma familia, y hasta entre gemelos, sometidos a condiciones extraordinariamente análogas de crianza, se dan los desarrollos más disímiles? Indudablemente, la respuesta está en que la constante y omnipresente influencia de un modo de vida culturalmente aceptable es tan poderosa, que se hace dominante en la mayor parte de los niños, y vence las influencias familiares particulares y las relaciones personales que conducen a la senda homosexual.

Por lo que yo sé a través de observaciones y de estudios, el deseo homosexual parece, en la mayor parte de los casos, implantarse en los individuos en quienes se desarrolla un afecto desacostumbradamente fuerte por uno de los padres, o la completa identificación con uno de ellos, o el deseo de reemplazar al progenitor que está ausente o resulta insuficiente. Ocasionalmente, el hermano o la hermana mayor puede ser substituído por uno de los padres en esa situación, pero en cualquier caso el afecto, la identificación o la substitución conducen a un deseo físico inconsciente y prohibido, que se dirige en bloque contra el heterosexualismo. El incesto —y su represión— sería la llave de los orígenes homosexuales. La rigurosa prohibición del incesto, y particularmente del deseo de cometerlo, y el conflicto que rodea al complejo de Edipo, imponen al niño la necesidad de ejercer la represión más fuerte posible sobre el impulso sexual hacia la persona prohibida. Y en el campo de su ego oculto, esto se verifica con la mayor efectividad huyendo de todas las personas del sexo prohibido.

Podrían referirse numerosas historias personales para ilustrar el mecanismo de este proceso. La madre de José era una mujer austera, una típica mujer de club, que encontraba las ordinarias y pesadas faenas de la casa demasiado estúpidas para su activa mentalidad. Sólo podía dedicar a su hijo unos momentos al día, y el hijo tenía el privilegio de disponer de maestras y niñeras y de muchos juguetes. José miraba a su padre con afecto, y cuando empezó a advertir que su ídolo alejaba su atención del hogar para ponerla en otras mujeres, buscó en su fantasía infantil el modo de volver a atraerlo. Sería para su padre lo que no había sabido ser su madre. En su pensamiento inmaturo y titubeante, y en las más íntimas honduras de su conturbada infancia, deseaba ser una mujer, para que su padre encontrase en el hogar todo lo que necesitaba, y para compensar el fracaso de su madre. Sobre todo, anhelando el fervor que su madre no podía ofrecer, se insinuaría cuanto pudiera en el corazón de su padre hasta

convertirse en su amor único. La sola persona que podía ofrecerle el afecto que deseaba, de esta manera le pertenecería a él exclusivamente.

La atracción física de un hombre por una mujer, significaba frigidez, falta de correspondencia, repudio. Sólo tomando a un hombre por amante podría José conocer el verdadero amor. Y en esa unión, él sería, desde el punto de vista sentimental o afectivo, la mujer.

José manifestó rasgos afeminados desde niño, rehuía los ejercicios atléticos y deportivos, se daba cuenta de que no podía ser como los otros muchachos. Temía competir con muchachos, se apartaba de ellos porque le llamaban "marica". Quizá —pensaba— era como una niña.

Sí, conozco a José. Es reticente, aunque no amargado, y he tenido que reunir los datos de su historia acudiendo a muchas fuentes. Habla en tono suave, hace que uno entre en sospechas sin estar seguro, y vive felizmente con un hombre pocos años mayor que él. Comparten sus vidas, su dinero y sus diversiones; llámanse entre sí, un poco en broma, marido y mujer, y todas las Navidades me invitan al aniversario de su unión. Pero, y esta es la mayor ironía, José buscaba a su padre, y al elegir la senda que subconscientemente creía que le llevaba hacia él, perdió para siempre la cosa que más amaba.

Hoy José encuentra a los hombres atractivos y excitantes; en las profundidades de su subconsciente, son símbolos de su padre. Las mujeres le dejan frío; todas son su madre. Sin embargo, no se da cuenta de que esto se debe a que su madre era frígida, y de que su actual indiferencia por las mujeres es como una cota protectora para impedir ser lastimado como amante de la misma manera que lo había sido como hijo. Una Navidad, al verle apoyar su brazo en los hombros de su compañero y al observar sus cálidas caricias, no dudé en pensar que realmente ama a un substituto de su padre. Salvo para un psicoanalista, esto es de poca importancia. Nuevos empeños

placenteros empiezan y terminan en sí mismos, y no son medios para alcanzar un fin.

Quizá más típica que la experiencia de José, fué la de Harvey. Hijo único de padres divorciados, Harvey encontró en el fervor de su madre el único consuelo feliz de una infancia desolada. Ella le prodigaba besos y cariño, y atendía ciegamente a todas sus necesidades. A los cinco o seis años empezó a quejarse de sufrir pesadillas —quizá imaginarias— a fin de conseguir dormir con ella por la noche. Después, oculta la cara en el seno de ella, cesaban sus suspiros al apretarle ella contra sí, y se quedaba dormido. Cuando tenía siete años, su madre volvió a casarse, y aunque en tiempos posteriores hablaba de su padrastro como de un hombre bueno, inteligente y franco, al mismo tiempo sentía contra él un radical resentimiento. Un intruso se había metido en la casa en que él había vivido solo con su madre, y el niño que entonces era Harvey se dió cuenta de que aquel hombre había ocupado su lugar. Ya no podía dormir con su madre, y tenía que compartir el cariño de ésta con un desconocido.

En la soledad de la casa de su madre divorciada, Harvey quiso ser marido y amante, no sólo hijo. En su mente infantil, las mujeres ya eran madres para él; amar a una mujer, era amar, desear, apetecer a la propia madre. En su primer despertar sexual, la idea de la heterosexualidad le repugnaba profundamente; era una idea vil y sucia; representaba, de un lado, el amor prohibido a la madre, y la intrusión del padrastro en aquel amor, de otro.

El impulso sexual, bloqueado del lado de las mujeres, buscó la única salida natural, y Harvey, muchacho vigoroso y atlético, sin el menor rasgo de afeminamiento, se sintió atraído por otros jóvenes. Prefería hacer con ellos el papel masculino, aunque en el ardor de las caricias y del cariño se sentía arrastrado a una participación más activa en todas las formas del amor.

Sí, conozco muy bien a Harvey. El mismo habla de su problema y lo analiza; podría contaros la historia que yo acabo de referir, y aun añadiría: "¡Qué irónico resulta que me haya convertido en un amador de hombres porque en mi interior abrigué un temprano y poderoso deseo de una mujer!"

Harvey ha tenido muchos amantes, se jacta de sus conquistas, y busca nuevos amores así que ha terminado con los antiguos. "¿Deseo lo inalcanzable —me preguntó un día— o huyo de un espectro que me persigue?"

Me parece que lo más significativo en las historias de Harvey, de José y de tantos otros, es que confirman la idea de William James, Freud y otros, según la cual el animal humano nace con un impulso sexual que tiende a la excitación, la satisfacción y la liberación, al entusiasmo, el amor y la seguridad, a los placeres y la excitación del contacto carnal. A causa de las influencias, amores y frustraciones de la infancia, a causa de la presión ejercida por la historia y la cultura, muchas personas encuentran la principal senda sexual bloqueada, y la otra se convierte en la principal o la única que pueden recorrer. Bajo la influencia del hogar, de la Iglesia, de la escuela y de la sociedad, la mayor parte de los individuos adultos pueden ser orientados exclusivamente hacia el sexo opuesto. Una repugnancia invencible los invade sólo al pensar en la unión sexual con individuos de su mismo sexo, y esa repugnancia es un indicio de que han reprimido el lado homosexual de su carácter, y de que huyen de él.

Tal bisexualidad del animal humano, que es importante para comprender el hecho de la homosexualidad y para valuar la hostilidad social, ya fué reconocida en los tiempos anteriores a Freud. William James, en su clásico libro sobre psicología, dice que la mayor parte de las personas tienen el germen de la bisexualidad. Básica, instintiva y naturalmente —así lo han demostrado los psicoanalistas—, todos los hombres y todas las mujeres son bisexuales, pero la mayor parte de las personas huyen de una senda a la otra. Bajo la influencia de

la embriaguez, el lado suprimido se manifiesta con frecuencia. En mi propia experiencia, lo he visto manifestarse a través de un cariño muy fuerte hacia un individuo. La bisexualidad natural de todas las personas explica el hecho de que las influencias de la infancia pueden producir rasgos homosexuales, porque éstos no podrían desarrollarse si no estuviesen ya presentes en una forma germinal. Este punto de partida bisexual explica por qué tantos adultos han tenido experiencias homosexuales durante la adolescencia; por qué un gran porcentaje de heterosexuales tienen experiencias homosexuales en el ejército, en las cárceles y en otros lugares de donde están ausentes las mujeres, antes que recurrir a la continencia, a la masturbación o a otras formas de desahogo sexual. La bisexualidad natural e instintiva explica en gran parte la repugnancia, más bien que la indiferencia, que la persona normal siente hacia un hombre que hace el amor a otro hombre, si bien en esta repugnancia intervienen otros factores. Finalmente, la bisexualidad natural permite explicar los vestigios de deseos heterosexuales que habitualmente se manifiestan en hombres y mujeres homosexuales, aunque en realidad sólo demuestra que esas personas son bisexúales reprimidos o latentes.

La teoría endocrinológica, que se basa en perturbaciones glandulares, parece tener fundamentos falsos. Por la misma ley de los promedios, si la homosexualidad está tan generalizada como se dice, cierto porcentaje de los que sufren perturbaciones glandulares o deficiencias hormonales, serían homosexuales. Una observación elemental enseña que esos casos son raros. No es sólo que la mayor parte de los "casos glandulares" no son homosexuales, sino que poquísimos homosexuales sufren perturbaciones glandulares. Si un individuo cuya perturbación glandular le hiciese afeminado, resultase homosexual en el proceso de su desarrollo, este caso raro no probaría que la condición glandular producía la sexual. Posiblemente es una coincidencia accidental; pero más probablemente los rasgos afeminados han producido una condición psicológica pro-

picia a la homosexualidad. No hay pruebas en la literatura médica, por lo que yo conozco, de que las inyecciones de hormonas, las intervenciones quirúrgicas ni otros medios terapéuticos hayan hecho un heterosexual de un homosexual.

Esto ha sido acentuado en un reciente y erudito estudio del Dr. Clifford Allen sobre la conducta sexual: "Kinsey ha destruído los supuestos de los endocrinólogos... De mala gana somos impelidos a la conclusión de que no hay ninguna prueba que merezca confianza de que exista alguna diferencia endocrina entre un "normal" y un homosexual. Esto está de acuerdo con la prueba clínica de que la castración no convierte en homosexual a un hombre, ni produce, en todos los casos, la cesación de la conducta heterosexual. Además, las inyecciones de hormonas femeninas no hacen que un hombre se conduzca homosexualmente, si antes había sido normal."

De vez en cuando se oye decir que la homosexualidad puede ser hereditaria. El 23 de diciembre de 1950 el *Journal of the American Medical Association* publicó una carta de un médico. El doctor estaba desconcertado por un caso de homosexualidad; había conocido a los padres y a los abuelos del joven, y no tenía el menor dato de que la homosexualidad hubiese existido nunca en la familia. Ese médico es un ingenuo, y sus observaciones sólo sirven para indicar el pobre estado de los conocimientos sobre este asunto entre los profesionales de la medicina. El *Journal* anotaba recta y categóricamente que la homosexualidad no es hereditaria. En atención a que entre los homosexuales es menor el porcentaje de matrimonios y de hijos que entre los heterosexuales, tuvo curso la idea de que era un carácter hereditario, según las leyes de la selección natural y de la evolución. Pero ha perdido mucho terreno con el transcurso del tiempo.

Sólo se cita un caso de varios individuos homosexuales en una misma familia. Peter Ilyich Tchaikowsky, su hermano y sus sobrinos fueron homosexuales. Entre mis propios conocimientos se cuentan dos gemelos que, realmente, se parecen

tanto entre sí que una persona que haya tenido relaciones extremadamente íntimas con uno de ellos, puede confundir al otro con él. Se ha hablado de hermanos que, separados en la infancia, se hallaron años más tarde para encontrarse con que ambos eran homosexuales.

En primer lugar, estos casos son extremadamente raros. La mayor parte de los invertidos a quienes yo he conocido, proceden de familias en que son los únicos así constituídos. Por la ley de los promedios, aun sobre la base de mera coincidencia, habría dos o hasta tres en una familia dada en un caso entre varios centenares, si esta inclinación sexual fuese tan común como ahora se cree. Pero muy posiblemente hay algo más que meras coincidencias en esos casos. Los dos gemelos fueron criados exactamente en las mismas condiciones, como lo fueron Tchaikowsky y su hermano; y los hermanos separados en la infancia, los dos estuvieron sometidos a una situación familiar anormal, por razón de esa misma separación. Es probable que ninguno de estos casos, si fuesen analizados, diese la prueba de una predisposición congénita ni hereditaria.

Las causas del homosexualismo parecen ser complejas, y con frecuencia influyen sobre el mismo individuo factores diversos. Una causa puede agravar a otra. Aunque es muy difícil hacer generalizaciones, me parece, sin embargo, que hay algunos patrones que se repiten, con variaciones individuales, en numerosos casos. Los enumeraré a continuación, dando la prioridad a los que reputo más importantes, ya a causa del vigor de la influencia ejercida sobre el individuo, ya de la relativa frecuencia en el grupo:

1. Amor desequilibrado de un niño por su madre, que llega a convertirse en deseo físico, del cual hay una huída subsecuente.

2. Esfuerzo de un niño para reemplazar a su padre, ya por ausencia, muerte o insuficiencia de éste, caso en que todo amor heterosexual representa el amor a su madre.

3. Identificación de un niño con su madre, causante del esfuerzo para ser como ella en todos los aspectos.

4. Falta de amor de la madre, o pérdida de ésta. El niño quiere representar el papel de esposa y de amante en las relaciones físicas con el padre.

5. Educación sexual defectuosa, en que se pintan los horrores del sexo con colores sombríos, y se imbuye la idea de que el sexo no puede vincularse al amor entre un hombre y un mujer.

6. Idolización de la mujer como algo limpio, inmaculado, puro, que no debe ser tocado ni mancillado por un deseo que es un vicio.

7. Predisposición al afeminamiento o a la debilidad física, con la subsiguiente huída de toda competencia con varones, y el miedo a competir con otros niños físicamente, trasladado en años posteriores al miedo a competir por la mujer.

8. Identificación del niño con las niñas a causa de ciertos rasgos de afeminamiento que pueden ser congénitos o haberse desarrollado como efecto de una de las causas antes mencionadas.

9. Iniciación en las prácticas homosexuales en los años de la adolescencia.

Muchos de esos factores pueden ser referidos a las lesbianas, además de otras causas que también intervienen: rebeldía contra la posición de la mujer en la sociedad, busca de poder y de dominio, miedo al embarazo.

Las observaciones aquí consignadas son una modificación, pero no una negación del concepto tradicional de Freud, que escribió: "En todos los casos examinados estamos seguros de que los que después fueron invertidos pasaron en la infancia por una fase de fijación muy intensa pero breve sobre la mujer (por lo general la madre), y que después de haberla vencido se identificaron con la mujer y se tomaron a sí mismos como objetivos sexuales; es decir, procediendo de una manera nar-

cisista, buscaron a jóvenes que se pareciesen personalmente a quienes deseaban amar como su madre les había amado." [1]

Comentando las anteriores palabras, el Dr. G. V. Hamilton dice: "A esa observación añadiría yo que la fijación es casi sin excepción debida al erotismo de "la mujer" en su modo de tratar al futuro invertido. La incestuosa agresividad de este tipo de amor materno no deja a su hijo varón otra alternativa al homosexualismo que el incesto. Tiene que rendirse a su madre como objeto de su amor, o apartar defensivamente sus impulsos sexuales de todas las mujeres en general." [2]

En mis propias observaciones, he hallado varios casos de homosexualidad en familias donde se daba una extremada frigidez en la madre y un fuerte cariño del hijo por el padre. Aunque la opinión expuesta por Freud y Hamilton parece ser la más común en el estudio de casos particulares, no puede excluirse la contraria, y también debe tenerse en cuenta la influencia simultánea de otros factores.

Confirma esto el profesor Allen, quien advierte que los varones hostiles a la madre se manifiestan también como homosexuales. "El individuo que siente un odio persistente, algunas veces justificado, hacia su madre, encuentra muy difícil acercarse a las mujeres."

En realidad, Allen parece ser quien mejor ha logrado resumir brevemente las observaciones profesionales de un psicoanalista de un modo que coincide con mis propias observaciones como profano y homosexual. Expuesta su opinión de que la homosexualidad puede ser causada de una manera entre varias, Allen las enumera del siguiente modo:

1. Hostilidad hacia la madre.
2. Excesivo cariño hacia el padre.
3. Hostilidad hacia el padre.

} Complejo de Edipo.

[1] *Three Contributions to the Theory of Sex.*

[2] *Homosexuality as a Defense Against Incest,* en Encyclopeadia Sexualis.

4. Cariño por el padre cuando éste mismo no muestra suficientes rasgos heterosexuales; influencia de un padre anormal. [1]

Sin embargo, Allen simplifica demasiado la dinámica de la relación padre-hijo que lleva a la inversión, particularmente en su cuarto punto. La contribución de Allen consiste en que reconoce multiplicidad de factores causantes de la homosexualidad; pero su reducción a cuatro puntos, de los cuales el último carece de importancia y los tres primeros tienen un carácter demasiado general, deja mucho que desear. Finalmente, lo mismo que otros psiquiatras, no llega a percibir la pluralidad de causas que actúan sobre un mismo individuo.

Volvamos a Freud antes de terminar: el creador del psicoanálisis no excluyó el amor al padre como causa de homosexualidad masculina, pero posiblemente lo interpretaba como anhelo por el cariño maternal ausente: "Puede suponerse que en el hombre los recuerdos infantiles de la ternura maternal, y la de las otras mujeres que le cuidaron mientras fué niño, ayuda enérgicamente a dirigir su selección (sexual) hacia la mujer... la frecuencia de la inversión entre la nobleza actual probablemente se explica por el empleo de sirvientes masculinos y por las pocas atenciones que las madres de esa clase social dedican a sus hijos."

Este pasaje parece estar en contradicción con las palabras del mismo Freud antes citadas, pero uno y otras pueden entenderse como referentes a dos tipos diferentes de desarrollo homosexual, o Freud puede haber querido decir que los hijos de madres que dedican "pocas atenciones" a sus vástagos, en su anhelo por el amor materno que le es negado, descubren sus deseos por el amor materno ausente llegando hasta los prohibidos deseos incestuosos.

En el primer pasaje, Freud menciona el narcisismo o amor a sí mismo. Muchos encuentran en el mito de Narciso la

[1] Op. cit.

clave de la inversión sexual. Que todos los seres humanos sienten en alto grado el amor de sí mismos, es absolutamente cierto, y quizá puede ser una pista para explicar la conducta de los seres humanos con los niños. Hay pocos indicios, sin embargo, de que los homosexuales sean más narcisistas que las otras gentes. Si los homosexuales "buscan a jóvenes que se parezcan personalmente a quienes desean amar", ¿cómo podremos explicarnos el apasionamiento entre hombres de distintas razas y colores, entre hombres separados por veinte o treinta años de edad, o los casos de hombres de características afeminadas que se sienten atraídos por tipos muy masculinos, o viceversa? Todas estas situaciones son muy comunes entre los homosexuales. En realidad, sería difícil encontrar un grupo de personas que busquen menos que los homosexuales "a jóvenes que se parecen personalmente a quienes desean amar".

CAPITULO VII

¿Es legión nuestro número?

Es interesante un cálculo de la extensión del homosexualismo en la sociedad norteamericana; pero es difícil de hacer por varias razones. Es un número que importa conocer a los juristas, a los legisladores, a los psicólogos y a los educadores; y, como lo demostraré en seguida, es un número que tiene importancia vital para los homosexuales mismos.

La razón más obvia de la dificultad de llegar a un cálculo razonable sobre la extensión del homosexualismo, se encuentra en la naturaleza de las costumbres que imponen al homosexual un sentimiento de vergüenza y hacen ventajoso para él ocultar su identidad como miembro del grupo. En realidad, la presión que obliga a ocultar las propias predilecciones es tan fuerte, que, aun en presencia de otro homosexual manifiesto, el homosexual seguirá disimulando, ya por hábito, ya por miedo a las consecuencias de descubrirse.

De vez en cuando llega a conocimiento de uno un tosco cálculo formulado por un educador, un médico, o quizá un sacerdote, quienes quizá creen que una situación desacostumbrada ofrece un punto ventajoso desde el cual pueden obtenerse informaciones confidenciales hechas sin renuencia. No es éste el caso, naturalmente. La mayor parte de los homosexuales a quienes yo conozco no confiarán en el médico, por ejemplo, no obstante la garantía del secreto profesional. El

miedo a ser considerado en una situación despreciada o de pertenecer a un grupo proscripto, es invencible, y el invertido prefiere ignorar el problema o despistar deliberadamente al presunto confidente.

Como el Sistema Selectivo para el Servicio, por el cual todos los jóvenes norteamericanos son examinados para el servicio militar, reconoce a una parte muy grande de la población masculina, se pensó que de él podrían obtenerse datos para calcular el porcentaje de homosexuales. El miedo al peligro físico o a la muerte violenta, y la posición generalmente ventajosa de los civiles sobre los soldados y los marinos, son causa de que millones de jóvenes prefieran no ingresar en las fuerzas armadas; y las inclinaciones homosexuales proporcionan un modo fácil de evitar el servicio a los que quieren continuar en la vida civil. Además, los casos que llegan a oídos de los homosexuales civiles relativos a consejos de guerra y a condenas de prisión impuestas a individuos convictos de delitos sexuales, retraen a otros de ingresar en el servicio. La resistencia a ser soldado o marino, que fué bastante general en la segunda guerra mundial, y el ojo perspicaz del psiquiatra que interroga a todos los hombres, combinadamente podían, en opinión de muchos, proporcionar una cifra de porcentaje que revelase la cantidad de invertidos sexuales entre la población total. Pero ocurrió precisamente lo contrario.

En primer lugar, muchos homosexuales querían entrar en los servicios armados, y lo hicieron: unos por las mismas razones que impulsaron a los jóvenes heterosexuales, porque eran norteamericanos que deseaban participar en la lucha contra una grave amenaza para la civilización; otros, porque temían el aislamiento de los civiles, y el estigma de ser civiles mientras tantos otros vestían el uniforme; otros aún, querían reorientarse en un ambiente nuevo y consideraban el servicio como un medio de realizarlo; quizá unos pocos encontraban en las fuerzas armadas la justificación de su propia y plena virilidad, de la cual se habían visto obligados a dudar; y al-

gunos consideraban los servicios armados como la puerta para entrar en nuevos aspectos de la vida homosexual.

Por consiguiente, la mayor parte de los homosexuales ocultaron sus tendencias al ser interrogados, y no es necesario repetir que los psiquiatras sólo pudieron identificar unos pocos casos de los llamados típicos. Individuos que habían logrado ocultar durante muchos años sus inclinaciones a sus familias, patronos y amigos, no encontraron difícil continuar el engaño durante cinco o diez minutos aun ante los ojos del psiquiatra más perspicaz. Además, cierto porcentaje de homosexuales —probablemente en proporción con su número total— fueron descalificados por otras razones, tales como dolencias físicas, o los dedicaron a diversos trabajos de guerra, por lo cual no hay informes acerca de sus temperamentos sexualmente invertidos. Por otra parte, muchos psiquiatras conocen los problemas que se le plantean al homosexual en la sociedad, y evitan mencionar tales tendencias en un informe de valor permanente. Conozco personalmente varios casos en que se dió como causa oficial de la exclusión otra distinta, aunque el homosexualismo era la verdadera.

Los archivos de las fuerzas armadas son, pues, de poco valor, y sólo sirven para inducir a error. Me sería muy fácil señalar, en algunas grandes ciudades, considerable número de jóvenes que son homosexuales manifiestos y que, sin embargo, vistieron el uniforme y obtuvieron licencias honorables; y otros que, siendo homosexuales, fueron excluídos por razones de otra naturaleza. Es positivamente cierto que un grupo de veteranos homosexuales formaron una organización nacional, con ramificaciones en tres ciudades por lo menos, bajo el disfraz de una asociación fraternal de veteranos de la guerra.

Pero las ventajas de la simulación y la facilidad con que la simulación puede ser mantenida, no son los únicos factores que hacen casi imposible establecer un censo de la homosexualidad. La dificultad básica está en la definición misma de la palabra. Si yo tomase un grupo de veinticinco amigos míos,

y aun suponiendo que yo conociese todas las fases de sus vidas y todas las facetas de sus deseos, no me sería fácil clasificarlos en las categorías de homosexuales, bisexuales (grupo en otro tiempo casi totalmente desconocido) y heterosexuales.

¿Qué es un homosexual? Parece elemental y casi indiscutible que, sin una definición previa, no puede hacerse un cálculo cuantitativo del grupo homosexual dentro de la población total. Ateniéndonos a casos similares, para poder decir que hay unos quince millones de negros norteamericanos, o unos cinco millones de judíos norteamericanos, es necesario definir esos términos. Por ejemplo, la palabra "norteamericano", para estos fines, se refiere a los Estados Unidos continentales; la palabra "negro" incluye a todos los individuos de ascendencia negra, sabida o visible, no importa en qué proporción; y la palabra "judío" comprende a todos los que, por lo menos en la mitad de su ascendencia, son de raza judía, sin tener en cuenta las creencias. Por tanto, "negro" incluye a los mulatos, y "judío" a los judíos ateos. Esos términos suministran límites dentro de los cuales pueden ser contados los individuos, y hacerse cálculos con un margen de error, ya por exageración, ya por omisión.

¿Puede definirse al homosexual? Es importante recordar que Kinsey y sus colaboradores definían, no a los individuos, sino su actividad. Muchas personas han utilizado la extensión de la actividad como índice de la extensión de los individuos, aunque nunca fué propósito de Kinsey confundir ambas cosas. El hombre casado que siente el impulso más poderoso hacia el goce sexual con otro hombre, pero que, ya a causa de una elección autoimpuesta, ya por prudencia, o por falta de oportunidades, sólo goza con su mujer, sería clasificado por Kinsey, en este período de la vida de aquel individuo, como heterosexual. Pero esta palabra se refiere sólo a su actividad; no penetra en el interior del hombre. Por otra parte, un preso, que es capaz de tener un goce rudimentario (quizá diríamos más correctamente, un desahogo) con otro preso, pero

que, sin embargo, desea una mujer, se encontraría clasificado en el grupo plenamente homosexual en esta fase de su vida.

Ambos casos son extremosos, y sirven sólo para destacar por exageración una situación muy frecuente, a saber, que el grado del deseo y la intensidad del goce no están en relación directa entre sí. El matrimonio, las amistades, el encarcelamiento, la vida en el ejército o en la escuadra, consideraciones financieras o de otro carácter, así como los escrúpulos religiosos, pueden causar la mayor frecuencia del desahogo en una dirección, a pesar del mayor deseo en la otra. En realidad, la frecuencia del desahogo puede producirse casi exclusivamente en una dirección, y la necesidad apremiante en la otra. Tales casos no son nada raros.

En una crítica del primer volumen del estudio de Kinsey, habría que advertir que él y sus colegas han recogido datos sobre las *actividades* sexuales, pero no sobre las *inclinaciones* sexuales, del hombre blanco norteamericano, y que los intérpretes de Kinsey han tendido a oscurecer las diferencias muy reales entre ambos factores, aunque sus interrelaciones son innegables.

Con anterioridad a las revelaciones del estudio de Kinsey, se habían realizado algunos esfuerzos, basados sobre trabajos hechos al azar y sistemáticamente, para calcular la extensión del temperamento homosexual en la población tanto de Norteamérica como de otros países. La impresión general entre la masa del pueblo era que el homosexual constituía una rareza; que habría quizá un uno por mil, si no menos. El error de semejante cálculo nacía de tres fuentes: las ventajas de la simulación, la ignorancia casi total de la bisexualidad, la facilidad de identificación del invertido notorio, el cual produjo una idea estereotipada y, aunque individuo raro, hizo pensar al mundo que era típico.

Si el heterosexual ignoraba por completo que eran tan generales las actividades y las tendencias que le repugnaban, y si abrigaba la ilusión de que el invertido era una *rara avis*,

el homosexual sabía muy bien cuán comunes eran sus inclinaciones. La rapidez con que los homosexuales se reconocen entre sí, sólo puede compararse al éxito con que se hacen irreconocibles para los que no pertenecen al grupo. Las diversas ramificaciones de la vida del grupo, los importantes lugares en la cultura, la industria, la vida social, los deportes, la literatura, las artes, y en todas partes a donde uno mire, en que se encuentran individuos homosexuales, dan a éstos una idea creciente de la extensión de sus círculos. Y finalmente, los que ingresaban en los servicios armados volvían con informes de que las tendencias homosexuales y las actividades bisexuales estaban tan generalizadas, que lo que podía considerarse como extraordinario era su ausencia dentro de cualquier grupo representativo.

"Todo el mundo en mi barco era por lo menos un poco invertido, y la mayor parte algo más que un poco", me decía un alférez de un crucero cuya dotación normal no era pequeña.

—¿Todo el mundo? —preguntó incrédulamente.

Se rió.

—Bueno, por lo menos la mitad —respondió; y añadió rápidamente:

—Tú debes saberlo.

Moviéndonos entre grupos pequeños, frecuentando los bares en que la minoría se reúne, siempre alertas para identificar a los compañeros, recordando cuidadosamente las noticias y las alusiones de los periódicos y todas las habladurías, naturalmente ha de parecernos a nosotros los invertidos que nuestro número es enorme. Y sabiendo plenamente cuán grande es el número de los que se ocultan, lo bien que lo logran, y lo viriles y masculinos que se muestran a los ojos de quienes no pertenecen al grupo, comprendemos la fuente de los errores que se han cometido en el pasado al calcular la extensión de la inversión sexual.

Ha observado Kinsey que, según muchos homosexuales, todos los hombres tienen, por lo menos en cierto grado, tendencias sexualmente invertidas, y afirma que este concepto, obviamente falaz, nace de las insinuaciones de individuos promiscuos que hallan rápida aceptación siempre que utilizan sus ardides y encantos. Kinsey advierte acertadamente que esas personas sólo se insinúan entre los individuos que les parecen más propensos a recibirlos favorablemente. Además, el homosexual es impresionado por la preponderancia de tendencias análogas a las suyas y que él descubre donde otros no las ven; y, por otra parte, le es muy fácil descartar a los individuos cuya afinidad con su naturaleza no llega a descubrir. Ha tenido varias experiencias en que algunas personas le han mostrado el aspecto alegre de su naturaleza en un período de la adolescencia, o en estado de semiembriaguez, y después lo han olvidado por completo, lo han negado, lo han relegado a los escondrijos del subconsciente (como se ve en *Stranger in the Land* y en *The City and de Pillar)*. Estos varios factores, más el deseo de encontrar su tipo adondequiera que va, y la satisfacción que le produce el pensar que su número es grande, le convence de que cierto grado de homosexualidad está presente en todos los seres humanos.

Es cosa bastante extraña que el invertido, tan convencido de eso, rara vez saque la conclusión más obvia: que también debe estar presente en todos los individuos cierto grado de heterosexualidad. Por el contrario, con mucha frecuencia negará muy indignado que haya algún elemento heterosexual en su carácter.

¿Puede ser exactamente definido el homosexual, en el sentido de una definición limitativa que, de un lado, incluya a todos los que propiamente comprende aquel término, y de otro excluya a todo el resto de la población? Con objeto de entender bien el problema, llamaré homosexual a toda persona que siente un apremiante deseo sexual dirigido principalmente al goce con el mismo sexo. Hay varios factores impor-

tantes en esa definición. Se refiere a los que abrigan el deseo, y no necesariamente a los que lo satisfacen. En eso radica la gran diferencia entre este criterio de medida y el de Kinsey. Las medidas de Kinsey, con ser muy importantes, se refieren sólo al número de realizaciones, y aunque la mayor parte de las personas buscan satisfacer sus necesidades en la extensión en que sus deseos las impelen hacia un sexo o el otro, intervienen muchos factores externos, sociales, legales o de otra naturaleza. Nunca fué el propósito de Kinsey confundir el grado de satisfacción con el grado de deseo.

Se advertirá que, como Kinsey, considero la naturaleza fisiológica del compañero sexual como el factor determinante, y no el carácter de la relación. Es absurdo decir que un hombre y su esposa tienen relaciones "homosexuales", o ni siquiera "homotípicas", aunque la homosexualidad latente o una substitución de ella bien puede ser una fuerza propulsora determinante de que actos de esos tengan lugar. Y del mismo modo, es imposible, desde el punto de vista del psicólogo o del sociólogo, y no digamos nada del legislador o del educador, considerar al hombre que hace el papel masculino como participante en una relación heterosexual, cuando su compañero es un hombre. El único interés que tal caracterización tiene para el psicólogo es que proyecta alguna luz sobre las peculiaridades específicas de la mente del individuo que se siente atraído hacia una relación, pero se ve forzado a crear toda una superestructura de irrealidades para engañarse a sí mismo acerca de su verdadera naturaleza.

En esta definición, por último, se da importancia al principal deseo, y no al exclusivo, lo cual ofrece un punto de acuerdo con Kinsey y otros investigadores. No puede hacerse ninguna medición de la homosexualidad sin encontrar algún método para caracterizar a los bisexuales, y tobre todo a aquellos cuyo interés primario se orienta en la dirección homosexual.

La frecuencia de la actividad bisexual y su preponderancia aun entre quienes son esencialmente homosexuales, no fue-

ron descubiertas por Kinsey. Ya habían sido comentadas muchas veces, aparecían de vez en cuando en la literatura médica y en la popular, y constituían el fenómeno más común, pero menos comprendido, de la cuestión homosexual. Las autoridades europeas calculaban con frecuencia que la población total comprendía dos veces más de homosexuales parciales que de homosexuales completos.

La tarea de Kinsey fué reducir esos hechos a un sistema que yo resumiré aquí, sistema que, no obstante su valor estadístico, tiene en mi opinión una validez limitada para los fines de calcular a los homosexuales como tales. En la obra de Kinsey se estableció una división arbitraria de la población, por la cual todos los individuos fueron agrupados atendiendo a la suma de actividades homosexuales desarrolladas en su vida. Los grupos fueron numerados de 0 a 6. En los dos extremos, 0 y 6, fueron incluídos los individuos cuyas actividades eran exclusivamente heterosexuales u homosexuales, respectivamente. El grupo 1 contiene a los individuos muy preponderantemente heterosexuales, pero con pequeños indicios de homosexualidad; el grupo 2, los que son más heterosexuales que homosexuales; el grupo 3, los que son tan homosexuales como heterosexuales; el grupo 4, los que tienen más relaciones con el propio sexo que con el opuesto; el grupo 5, los que tienen relaciones predominantes, pero no exclusivas, con el mismo sexo; y, en fin, el grupo 6, los exclusivamente homosexuales.[1]

Claro está que no hay reglas que permitan trazar claras líneas de separación entre esos grupos. Como algunos cálculos anteriores de la homosexualidad habían comprendido de un 5 a un 10 por ciento de la población masculina, Kinsey impresionó a Norteamérica y, según dice, se impresionó a sí mismo con la revelación de que más de la tercera parte de la población total masculina había tenido alguna experiencia homo-

[1] Alfred C. Kinsey. Wardell B. Pomeroy y Clyde E. Martin: *Sexual Behavior in the Human Male*, pág. 610 y sig.

sexual, hasta llegar al orgasmo, después de la crisis de la adolescencia. Alrededor del 50 por ciento de los hombres que permanecen solteros hasta la edad de treinta y cinco años, habían tenido alguna experiencia semejante, y aproximadamente un tercio de todos los hombres pasan por un período de tres años algún tiempo después de la crisis de la adolescencia, durante el cual han tenido "por lo menos accidentalmente experiencias o reacciones homosexuales". Aproximadamente uno entre cuatro hombres ha tenido "algo más que experiencias o reacciones homosexuales accidentales" durante un período similar de tres años. Hacia el 10 por ciento de la población masculina es "más o menos exclusivamente homosexual" por lo menos durante un período de tres años; el 8 por ciento, exclusivamente homosexual durante el mismo período; y el 4 por ciento, exclusivamente homosexual durante toda la vida.

Hago notar que Kinsey no dejó de advertir las diferencias entre deseo y actividad. Conoce muy bien esas diferencias, pero sus estadísticas, tan frecuentemente citadas, se refieren sólo a la actividad. Observa "que la clasificación que recibe un individuo tiene una base dual. Toma en cuenta la experiencia sexual patente y las reacciones psicosexuales. En la mayoría de los casos los dos aspectos corren parejas, pero algunas veces no van de acuerdo. Cuando ocurre esto último, la clasificación de un individuo debe basarse sobre la evaluación de la importancia relativa de lo patente y lo psíquico en su historia personal".

Al clasificar a los individuos en una escala de 0 a 6, llegó a la conclusión de que, a la edad de treinta años, del total de la población blanca de los Estados Unidos, incluyendo solteros, casados y también las historias postmaritales, el 83.1 por ciento de los hombres cae en el 0, lo que significa que no han tenido actividades homosexuales ni manifiestas ni psicológicas; el 4 por ciento cae en el 1; el 3.4 por ciento, en el 2; el 2.1 por ciento, en el 3; el 3 por ciento, en el 4; el 1.3 por ciento, en el 5; y el 2.6 por ciento, en el 6. Lo cual

indica que aproximadamente el 6.9 por ciento de la población masculina a la edad de treinta años es primariamente homosexual (grupos 4 a 6). Si reducimos la edad a veinte años, la cifra sube al 11.2 por ciento.

El trabajo de Kinsey cayó como una bomba entre la plebe norteamericana. En seguida empezaron a hacerse esfuerzos para refutar la validez de los resultados, porque éstos desagradaban a gran número de gentes.

"Es característico de la especie humana —había escrito Freud algún tiempo antes— inclinarse a considerar falso todo lo desagradable, y después buscar, sin grandes dificultades, argumentos contra ello."[1] Entraron en juego los prejuicios del público norteamericano, el cual se esforzó desesperadamente por creer que aquellas cifras eran absurdas, ridículas, mendaces. Todo un ejército de estadísticos, psicólogos y sociólogos cayó sobre el trabajo de Kinsey, con el deseo de encontrarlo erróneo más bien que con el de juzgarlo objetivamente.

Una muralla de críticas, dirigidas particularmente a sus descubrimientos sobre la homosexualidad, recibió al trabajo de Kinsey; pero en las estadísticas de éste había poco que rectificar. El método era irreprochable. Tomó en cuenta los fallos de la memoria, las mentiras deliberadas, las baladronadas hiperbólicas, el miedo, la vergüenza, la autoprotección. Además, se hizo todo un grupo de contrapruebas tanto para los resultados individuales como para los porcentajes, para determinar si los primeros eran seguros y los últimos típicos.

A pesar de las notables contrapruebas de Kinsey, a pesar de las ventajas que el grupo homosexual podía obtener de sus revelaciones, pueden formularse algunas salvedades de menor cuantía. Parecería que en cualquier comunidad, escuela u otro grupo cualquiera del que se tomase una muestra voluntaria y parcial de la población, los pocos que voluntа-

[1] *A General Introduction to Psychoanalysis.*

riamente se prestasen al interrogatorio no serían casos típicos por su naturaleza. Incluiría más de la mitad de individuos que tenían problemas sexuales que deseaban discutir, ya se tratase de orgullosos, de avergonzados o de exhibicionistas. Al mismo tiempo que el interrogatorio podía revelar al homosexual más rápidamente que sus mismos compañeros de clase, también podía inhibir a cierto número de invertidos que temen siempre discutir y descubrirse, por íntima o confidencial que sea la conversación. En mi opinión, estos dos factores probablemente no se contrarrestarían entre sí. Mi experiencia es que los homosexuales se muestran más deseosos, no menos, de tomar voluntariamente parte en tales discusiones y estudios.

La gran suma de actividad por parte de los individuos que tienen por lo menos una, y generalmente más de una, experiencia sexual con los dos sexos, requiere una clasificación ulterior del fenómeno bisexual. Hay que insistir en que muchos de los que tienen cierto grado de experiencia en ambas direcciones, no son en absoluto bisexuales. "*Hasta yo mismo* tuve en otro tiempo un asunto con una mujer", dijo B., quien con esas palabras quería manifestar lo absurdo de considerar eso como una manifestación de bisexualidad.

No obstante los siete grupos de Kinsey (del 0 al 6), muchas personas todavía persisten en perpetuar la insensata clasificación de los individuos en tres categorías, a saber: hetero–, homo– y bisexuales. Algunos autores han preferido considerar a todos los individuos capacez de experiencias homosexuales ya como "neuróticos", ya como homosexuales "normales". Los primeros son las personas cuyo fondo psicológico ha producido el bloqueo del modo de vida heterosexual, o la huída de tal modo de vida; los segundos son los individuos capaces de goce homosexual, pero no con exclusión de otras formas de placer sexual. La terminología misma es infortunada, porque está por demostrar que haya algo neurótico en la preferencia por el propio sexo, y la palabra tiene

una connotación desagradable que implica enfermadad o perturbación. Sin excluir esta posibilidad, no se puede entrar en una definición sin sugerir, en consecuencia cierto prejuicio a los investigadores de estos fenómenos.

Además, el concepto de la homosexualidad neurótica y normal dificulta mucho el estudio de la bisexualidad. No da la clave del grado de preferencia que el "homosexual normal" siente por cada sexo, ni de la satisfactoria consumación de relaciones heterosexuales durante largos períodos, por el "homosexual neurótico". En otras palabras, ¿el normal desea en realidad a su propio sexo, o, simplemente, es capaz de obtener placer con él? ¿Desea a los dos sexos? Y en cuanto al neurótico, ¿son imposibles para él todas las relaciones heterosexuales? Tales son algunas de las cuestiones que esa terminología deja sin resolver.

Desde un punto de vista psicológico y sociológico, resulta más útil la clasificación que considera a todos los individuos participantes en actividades de este tipo, o que desean participar, ya como homosexuales impulsivos, ya como homosexuales facultativos. Los primeros sienten un impulso hacia este tipo de satisfacción o goce. Los segundos son capaces de ese goce, pero no lo encuentran absolutamente esencial para la prosecución de sus vidas. Resulta desastroso confundir los dos grupos; por ejemplo, el mero hecho de que un homosexual facultativo renuncie a sus coparticipantes masculinos fácilmente, no es prueba de que puedan hacer lo mismo todos esos coparticipantes. A mí, en este libro y en mis estudios sobre la materia, me interesan primariamente los homosexuales impulsivos y los problemas de sus relaciones consigo mismos, con la sociedad, con sus amigos y familias, y con sus amantes. En ciertos casos, sus problemas son análogos a los del homosexual facultativo, pero en su mayor parte son de un carácter ampliamente divergente. En realidad, el homosexual facultativo es una contradicción en los términos, porque si una persona tiene la facultad de aceptar o rechazar

esas relaciones, probablemente no debiera llamársele homosexual de ninguna clase de tipo.

En el pasado tuvo gran interés la división de los homosexuales en los tipos "pasivo" y "activo". Aquí también, la división es artificial y la terminología desorientadora. La elección de las dos palabras en cuestión es torpe, porque el participante que hace el papel de mújer en un acto físico es al mismo tiempo la persona "activa" desde un punto de vista homosexual, pero el participante "pasivo" en el acto sexual; y lo contrario es igualmente cierto. Si se deja a un lado esa área de confusión, y se está de acuerdo en que las palabras se refieren sólo a los "homosexualmente activos" (que pueden ser, y con frecuencia son, "sexualmente pasivos"), entonces únicamente una objeción queda contestada. Algunos homosexuales, a causa de un impulso, de una inhibición, o de una preferencia de cualquier otra naturaleza, deberían ser siempre pasivos, otros siempre activos; pero la mayor parte pasan a voluntad de una actitud a otra. En realidad, no existe línea de demarcación. Es una ficción imaginaria. Dos personas entregadas al juego sensual gozan actividades de todos los tipos, pasando del activo al pasivo fácilmente, siendo lo primero en un momento y lo segundo en otro, y después las dos cosas simultáneamente; o haciendo el papel activo una noche, y el pasivo otra; o el activo con un coparticipante, menos activo con otro, y el pasivo con un tercero.

En este momento no me interesa mucho la preponderancia del lesbianismo. Sin embargo, muchos homosexuales han observado que sus copartícipes femeninos son pocos en número, y yo he reflexionado sobre esa observación. No sé si mis ideas serán confirmadas por los futuros trabajos de Kinsey y sus colaboradores; por el momento, la relativa escasez de homosexuales femeninos puede explicarse de varias maneras, algunas de las cuales se basan en que aquella observación es en sí misma una ilusión. Las mujeres —se dice— danzan unas con otras en público, van del brazo al teatro, no

titubean en besarse, y estas convenciones socialmente aceptables son usadas para ocultar actividades lesbianas. Las mujeres ingresan en los servicios armados, se cortan el pelo como los hombres, usan pantalones, sin despertar las sospechas de la comunidad.

Sostienen otros que las mujeres con inclinaciones homosexuales hacen menos "ostentación" de sí mismas, no se reúnen con frecuencia en los bares ni en reuniones alegres, y en consecuencia se las ve poco, excepto por los que forman parte de su grupo íntimo.

Esto no explica el hecho de que haya pocas mujeres de esas aun en los grupos íntimos, y que estos grupos femeninos sean relativamente pequeños y confinados.

Que el lesbianismo es menos frecuente que la homosexualidad masculina, puede verse explicado en *Corydon*, donde Gide sostiene que la homosexualidad es una salida de la naturaleza para el exceso de impulso sexual en el animal macho. Si ese exceso realmente existe, como parece ser el caso, entonces se manifestaría en el niño, y puesto que una sexualidad infantil altamente desarrollada es en muchos casos un prerrequisito del impulso homosexual en la vida ulterior, se desarrollaría principalmente en los individuos masculinos, entre los cuales se encuentran los impulsos sexuales más fuertes durante la infancia. Incidentalmente, la objeción más seria formulada por el Dr. Beach a la teoría de Gide, es que no explica la frecuencia de la homosexualidad femenina; pero si el lesbianismo es relativamente raro, más bien que relativamente frecuente (si se le compara con la inversión entre los hombres), la objeción de Beach no tiene valor.

Si, por otra parte, la homosexualidad es considerada, de acuerdo con los freudianos, como el desarrollo de una poderosa vinculación afectiva al padre del sexo contrario, fácilmente se ve que éste ha de ser un fenómeno más frecuente, en la sociedad moderna, entre la madre y el hijo que entre el padre y la hija. La madre es la compañera constante des-

de el momento del nacimiento; durante varios años el niño rara vez se separa de ella, y si ocurre una ausencia forzosa, se produce un deseo intensísimo de reunirse de nuevo. El padre, en una sociedad que es económicamente patriarcal, pero socialmente matriarcal, va a su trabajo, mima al niño durante unos minutos al volver, y repite lo mismo un día y otro. Aunque los dos padres pueden querer por igual al niño, por parte de la madre las manifestaciones son mayores y más cálidas.

A causa de que en la mujer el impulso sexual es relativamente débil, la que se siente repelida por las relaciones heterosexuales puede, y con frecuencia lo hace, refugiarse en un recurso que le es negado al varón, o sea, la frigidez. La naturaleza imperiosa del impulso sexual en el hombre excluye para él esa solución.

En resumen, hay tres fuerzas concurrentes que tienen un efecto aditivo para hacer que la homosexualidad masculina sea más frecuente: la sexualidad infantil más vigorosa; la naturaleza de las relaciones con los padres, y el retraimiento de las mujeres en la frigidez. Naturalmente, el lesbianismo puede ser producido por otros factores: la busca de poder, la expresión de dominio, el miedo al embarazo; pero también la homosexualidad masculina puede proceder de varias causas.

Basándome exclusivamente en mis propias observaciones y experiencias, y sin estudios estadísticos ni investigaciones que lo comprueben, estoy personalmente convencido de que los homosexuales masculinos (computados según mi definición del deseo principal e impulsivo) superan a las lesbianas en la proporción de tres o cuatro a una. Sé que esto se opone directamente a las observaciones hechas por muchos científicos y clínicos notables. Sólo puedo decir que sus teorías no tienen relación con los hechos, y que los sujetos por ellos observados eran totalmente atípicos.

Algunos de mis amigos homosexuales afirman que los masculinos superan a los femeninos en la proporción de diez a uno, y yo creo que la causa de este error radica en la relativa infrecuencia de la promiscuidad en los círculos femeninos, asunto sobre el cual volveré en otro lugar de este libro. Si un grupo de personas están frecuentemente "en acción", si buscan participantes (y participantes diferentes) una noche tras otra, se les verá constantemente en circulación, y parecerá que son más numerosas de lo que realmente lo son. Las lesbianas no se dejan ver tanto como los homosexuales, y por tanto parecen menos numerosas de lo que realmente son.

Se dice con frecuencia que la homosexualidad va en aumento. ¿Por qué se hacen observaciones de este género, sin fundamento en una investigación científica? Las gentes que afirman que la inversión se está extendiendo, ¿buscan realmente la justificación de una nueva oleada de represión, a pretexto de que la lenidad ha creado un terreno fértil para la germinación de este impulso? ¿O truenan contra la moral y las costumbres de la sociedad moderna en todas sus manifestaciones, contra el modernismo en filosofía, en arte, en literatura... y en la vida sexual? ¿O están empeñadas en una cruzada contra el ateísmo, la herejía, el comunismo, o la democracia —sea cualquiera la oposición— y tratan de vincular la expansión de costumbres sexuales desaprobadas a una filosofía adversa?

"Yo me digo que la gente ha mentido siempre que las costumbres la han obligado a mentir, y, no autorizándome nada a creer que Sodoma está hoy más poblada que lo estuvo ayer, comencé a desconfiar un poco de algunos de nuestros antiguos autores", comenta André Gide.[1]

Una breve historia del papel del homosexual en las primeras épocas convencerá al lector de que esta forma de vida

[1] *The Journals*, III.

no es autóctona en ningún país ni particularmente predominante en ningún tiempo. Fué ampliamente conocida y practicada en todos los tiempos y en todos los países, aunque comentada con más frecuencia y practicada con menos secreto en ciertas épocas.

"La homosexualidad masculina ha sido ciertamente muy general en este país (Inglaterra) desde el tiempo de la conquista normanda", dice un abogado inglés comentando el proceso de Oscar Wilde. "...A pesar de las severas penas a que se exponían los que la practicaban, la homosexualidad siguió floreciendo en el siglo XVIII." [1]

Naturalmente, los mismos comentarios, expresados muchas veces con indignación, sobre la general expansión de las prácticas homosexuales, fueron formulados por observadores de casi todos los tiempos anteriores. A mediados del siglo XVIII un personaje literario creado por Smollet predijo que muy probablemente "la homosexualidad... llegará a ser en poco tiempo un artificio más a la moda que la simple fornicación". Hoy, dos siglos más tarde, la predicción no se ha cumplido, pero todavía se la repite. Si esas observaciones fuesen ciertas, los homosexuales no seríamos ya una minoría numérica.

Parece indiscutible la conclusión de que las gentes están hoy mejor informadas de la existencia de la homosexualidad a causa de la creciente rebelión contra los tabús opresivos y contra la conspiración del silencio. Hay toda clase de razones para creer, basadas en el estudio de la historia, que en los primeros tiempos el impulso hacia la satisfacción del amor homosexual, y probablemente el goce del mismo, estuvieron tan generalizados como hoy. Esta conclusión está comprobada por los resultados obtenidos por Kinsey relativos a que las frecuencias de las prácticas homosexuales no eran, hace veinte años, distintas de las de nuestros días.

[1] *The Trials of Oscar Wilde*, publicados por H. Montgomery Hyde. Londres, 1948.

Teniendo en cuenta las diferencias entre el cómputo de las actividades homosexuales y de los homosexuales; la extrema dificultad de definir al homosexual, y las inhibiciones y temores que impiden llegar a un cómputo exacto, debemos contentarnos con las cifras vagas y aproximativas de los científicos que han hecho estadísticas. Estas comprenden del 1 o el 2 por ciento de la población (en cuanto a los exclusivamente invertidos, sólo masculinos) hasta el 8 o 10 por ciento. Estos cálculos parecerán moderados más bien que exagerados a aquellos de nosotros que participamos de esa vida.

En realidad, la cifra exacta de la homosexualidad no tiene más que un interés académico. Lo importante es que esa cifra resulta sorprendentemente alta. El dos por ciento de la población masculina de más de dieciséis años, por ejemplo, representa, sólo en los Estados Unidos, un millón de hombres, a los que hay que sumar un gran número de mujeres. Pero el 2 por ciento es un cálculo extremadamente bajo; si tomamos el 5 por ciento, que todavía es un cálculo moderado, llegamos a la cifra de tres millones.

¿Cuál es la importancia de estas cifras? En primer lugar, muchas personas han pedido la revisión de nuestras leyes relativas a prácticas sexuales exclusivamente a causa del enorme número de gentes que resultan "delincuentes" según los términos de esas leyes. Pero la frecuencia, en sí misma, no es una razón socialmente deseable para que se admita un modo de actuar. El odio de razas está extremadamente extendido en muchas partes del mundo, incluídos los Estados Unidos, y eso no hace que sea bueno ni admisible moral ni legalmente. Y si el asesinato fuese praticado por un número creciente de individuos que adoptasen un género de vida al margen de la ley, difícilmente podría alegarse eso como motivo para que se reconociese el asesinato como una práctica legal. La práctica de la homosexualidad está muy generalizada, pero menos que la práctica de la discriminación antihomosexual. Si la inci-

dencia numérica pudiera justificar por sí sola la admisión de un acto en las costumbres y las leyes del país, esto constituiría un argumento todavía más fuerte contra el homosexual que a favor suyo.

Las actitudes sociales y legales de que ya he hablado, deben ser justificadas, explicadas o condenadas independientemente del número de personas a quienes afectan. Quienes dicen que si se cumpliesen a rajatabla las leyes contra la homosexualidad, no habría cárceles bastantes para contener a los detenidos, no formulan ningún argumento válido contra dichas leyes. Si ocurriese lo mismo con los ladrones, ¿podrían éstos pedir, por sola esa razón, la legalización del robo?

¿No debe concederse, pues, ninguna importancia al enorme número de homosexuales? Por el contrario, esas cifras impresionantes presentan a la sociedad dominante, y en ella a todos los heterosexuales, un panorama que asusta. ¡Uno de cada cinco, de cada diez, o hasta de cada veinte! Toda persona que medite puede comprobar que su hermano, su hijo o su nieto aun no nacido, quizá forman o formarán parte del número inmenso de los proscriptos. Todo el que lanza su condenación o reprobación debe sentirse intranquilo ante la posibilidad de que haya homosexuales entre sus mejores amigos, en su casa o hasta en su propia familia. He oído decir a algunas personas, en presencia de varios amigos míos homosexuales, que no conocen ni un solo homosexual, ¡tan rara es la especie! Esto es típico de la ingenua ignorancia de muchas gentes.

El gran número de homosexuales ofrece otro aspecto quizá más importante que el primero. Brinda al homosexual cierto sentimiento de alivio el saber que abriga impulsos que comparten millones de hombres. En las honduras de su abatimiento, esa sensación de solidaridad potencial con un sector muy extenso de la humanidad, es un manantial de fortaleza. Quizá conoció a otros muchos como él, pero no podía pensar que fuesen millones. Porque si él es depravado y vil, y sus

prácticas son antinaturales, esos mismos términos deben aplicarse a una minoría sorprendentemente numerosa de la raza humana. En resumen, el saber que se trata de millones alivia la carga de creerse a sí mismo un aborto de la naturaleza.

Por último, una minoría que comprende a millones de personas en los Estados Unidos, presenta problemas que deben ser resueltos. Millones de individuos no pueden ser excluídos de los empleos públicos y particulares, del ingreso en las fuerzas armadas, de los centros de educación, sin crear un problema social de grandes dimensiones. Si hubiera sólo un millar de homosexuales en Norteamérica, no estaría más justificado el excluirlos del privilegio de ser empleados del gobierno, pero tal exclusión no implicaría grandes repercusiones económicas. Pero si tres millones de personas son excluídas de la vida económica del país, esto constituye un grave problema para todos los norteamericanos.

En los millones de seres mantenidos en silencio y como sumergidos, veo yo un potencial, un depósito de protesta, una esperanza para una parte de la humanidad. Y sabiendo que nuestro número es legión, levanto la cabeza y proclamo que esos millones de seres sin voz son seres humanos, merecedores de respirar el aire libre y de gozar, con el resto de la humanidad, los placeres de la vida y del amor sobre esta fértil tierra de Dios.

CAPITULO VIII

Individuos y estereotipos

Cada grupo de una sociedad está formado por individuos que, en la mayor parte de los aspectos, difieren entre sí tanto como de cualquier otro ser humano. Cuando se advierten parecidos, ya físicos o psicológicos, pueden ser debidos a la naturaleza misma de la situación que constituye en grupo a un número de personas, o producidos bajo la influencia de las relaciones con otras fuerzas, por lo general dominantes; o pueden ser imaginados por los demás como rasgos del grupo, a causa de la ignorancia o de pensar en términos estereotipados.

Los homosexuales forman un grupo en que la diversidad de un individuo respecto de otro es tan grande como en el mundo en general. Sin embargo, hay ciertas características mentales, ciertos rasgos afectivos y ciertos modos de vida que se encuentran con más frecuencia entre los invertidos que entre los demás, al mismo tiempo que ciertos modales y amaneramientos generalmente atribuídos a los homosexuales, no se encuentran entre ellos con más frecuencia que en el resto de las gentes.

Me vienen a las mientes algunos ejemplos. El homosexual masculino es afeminado: la imagen del "marica" y del que hace el papel de mujer, y hasta se viste o disfraza de mujer. Creo, según ya he dicho en la parte de este libro dedicada a

la génesis e incidencia de la inversión, que este afeminamiento es inducido psicológicamente, y que sólo se encuentra con alguna frecuencia en una pequeña proporción de homosexuales. En realidad, el invertido afeminado forma habitualmente un subgrupo dentro del grupo, porque es una *persona non grata* para los más viriles. "No soy mejor que ellos —decía un homosexual del tipo viril—; pero no me gusta que me vean en su compañía." Si un homosexual tiene que llevar puesta la máscara, no puede asociarse con los que se la han quitado. Para los hombres "ambisextros", las personas afeminadas que viven en el borde de la sociedad, por decirlo así, juegan un papel que no es admitido ni apreciado. La ausencia de recelo o sospecha que rodea a la mayor parte de los homosexuales en su vida diaria, y que les hace tan fácil llevar su máscara y ocultar sus actividades, puede atribuirse a la ilusión común de los hombres de que todos los homosexuales son reconocibles a primera vista.

Otro concepto común a la población general, pero que sólo tiene ligerísima relación con la realidad, es que todos los homosexuales son alcohólicos. En los últimos años, la frecuente comprobación de que parte de la sociedad homosexual se reúne en determinados bares, ha reforzado en la mentalidad del público la asociación del alcoholismo con la homosexualidad. En realidad, sólo una pequeña proporción de invertidos se ve en esos bares, y no toman más que una o dos cervezas ligeras en el transcurso de un par de horas, mientras charlan, hacen nuevos conocimientos, miran en torno con anhelante curiosidad y oyen la canción de moda.

De vez en cuando, puede encontrarse un homosexual que es borracho habitual; pero es raro, y no conozco a ninguno tan aficionado a su bebida, que sea incapaz de cargar con sus responsabilidades. El invertido que se da a la bedida, es uno de los pocos que se sienten definitivamente vencidos y busca un recurso para olvidar las penas. Vive en constante huída, escapando de un espectro que le persigue, y tiene

miedo a la vida a que ha de dar cara en los momentos de lucidez. Es con más frecuencia un homosexual reprimido que manifiesto, y en sus esfuerzos para buscar un apoyo a su represión, se refugia en el alcohol. La embriaguez es la huída ante una realidad temida. En mi opinión, este es el único sentido del retrato de Don Birnam que Charles Jackson hace en *The Lost Weekend*.

¿Por qué, en la mentalidad pública, va la homosexualidad asociada con tanta frecuencia a la embriaguez, si los hechos no suministran fundamento a tal asociación? En primer lugar, porque el público ve con gusto cualquier rasgo desfavorable, aunque sea traído por los cabellos, y lo considera en seguida característico de todo un grupo al que es hostil. El público en general perpetúa, mediante repulsivos estereotipos raciales, las mentiras acerca de las razas: el negro es sucio, el judío, usurero; el irlandés, borracho; el escocés, avaro; el italiano, dado a los crímenes pasionales, y así sucesivamente *ad nauseam*. Por haber conocido, o haber oído o leído algo sobre un homosexual alcohólico, las gentes se muestran ansiosas de creer que todos los homosexuales son borrachos.

Para separar los hechos de la ficción, es casi innecesario repetir que la mayor parte de los homosexuales no son alcohólicos. Sin embargo, no es muy fácil afirmar que la mayor parte de los alcohólicos no son homosexuales. En muchas personas, la embriaguez parece borrar las barreras de las convenciones, dar salida a lo reprimido y expresar toscamente lo sublimado. En tales circunstancias, muchas personas, con pocas, o ningunas, tendencias conscientes hacia el género de vida o manera de amar del invertido, se verán a sí mismas no sólo asintiendo a insinuaciones de seducción, sino buscando la satisfacción de un impulso dirigido hacia un hombre.

¿Cómo explicaremos el hecho de que médicos, psiquiatras, trabajadores sociales, sociológos, criminalistas, juristas y otros hombres de ciencia, afirmen con tanta frecuencia que los homosexuales son alcohólicos? Unicamente en virtud de que

tienen poco, o ningún contacto con el "homosexual normal". Tienen relación con individuos que padecen enfermedades mentales, o que han caído en un estado de angustia. No saben, ni pueden comprobar, que por cada uno de esos individuos hay ciento o mil que no necesitarán nunca la asistencia de un psiquiatra, que nunca serán llevados ante el juez ni caerán en las manos de un criminalista.

La extrema ignorancia de quienes han recogido su información entre un grupo restringido de individuos atípicos, fué puesta de manifiesto por Samuel Kahn, quien reunió sus datos como oficial de prisiones. Dice Kahn: "La mayor parte de los homosexuales son adictos a las drogas, pero la mayor parte de los adictos a las drogas no son homosexuales. Por regla general, los homosexuales masculinos y femeninos empiezan a aficionarse a las drogas a los veinte años de edad o antes."[1]

Otra ficción: el homosexual es un sujeto deprimido, abatido, con frecuencia al borde del suicidio, o a punto de terminar su desesperanzada vida después de muchos años de lucha inútil. Este retrato probablemente se aleja de la verdad más que otro ninguno, y, en cierta medida, su generalizada aceptación puede atribuirse a los novelistas, que han terminado muchos libros sobre este asunto con desenlaces de desesperación, de violencia y hasta de suicidio. *The City and the Pillar, The Fall of Valor, The Sling and the Arrow, The Invisible Glass, Stranger in the Land, Special Friendships, Twilight Men* y *Finistère* —entre otros muchos— todos terminan desoladoramente para el invertido. Algunos de esos libros llevan al invertido a la autodestrucción; otros, no le dejan otro camino que elegir.

Pocos suicidas son homosexuales, y pocos homosexuales se suicidan. Quizá los homosexuales están tan acostumbrados a las hondas y flechas de una vida en que se ven maltratados

[1] *Mentality and Homosexuality*, 1937.

y conducidos de una dificultad a otra, que les resulta fácil adoptar una opinión filosófica acerca de los tormentos de la existencia humana. No teniendo un día ni un momento completamente libre de las cargas de la vida, llegan a ser inmunes a sus momentos más horribles y no sucumben a la tentación de suicidarse.

Quienes no pueden concebir la homosexualidad sino en términos de tragedia humana, deben leer los renglones iniciales de la autobiografía de Hans Christian Andersen: "La historia de mi vida es deleitosa, feliz y llena de incidentes. Si, cuando era niño, una buena hada me hubiera dicho 'Elige ahora el curso de tu vida, y el objetivo por el cual querrás luchar, y luego, de acuerdo con tu desarrollo mental, y como requiere la razón, yo te guiaré y te defenderé hasta que lo alcances', mi destino no hubiera podido ser dirigido más feliz y prudentemente, ni mejor. La historia de mi vida dirá al mundo lo que yo me digo a mí mismo: hay un Dios amoroso, que dirige todas las cosas hacia los mejores fines posibles."

Mucho habría que buscar para hallar un resumen de toda una vida más optimista que el que nos ha dejado el gran escritor danés, que era homosexual.

Ya hemos dicho bastante de las ficciones acerca de los homosexuales. ¿Qué dicen los hechos? ¿Hay una psicología del grupo homosexual, un rasgo que se encuentre en todo el grupo, característico de la mayor parte de sus adherentes y distinto de los del resto de las gentes? Creo que lo hay, en el sentido de que todos los valores culturales del invertido están condicionados por su sexualidad y por sus relaciones con la sociedad; pero la naturaleza de esos valores y sus formas pueden diferir entre los homosexuales tanto como en cualquier otro sector de la población. Esto puede parecer paradójico, pero es perfectamente explicable.

Tomemos, por ejemplo, la psicología de los homosexuales en su actitud hacia la religión. Resulta imposible afirmar que los homosexuales, como grupo, son piadosos o irreligiosos,

ortodoxos o reformistas. Se encuentran gentes de esas en todos los grupos religiosos, entre los más ortodoxos y los más templados, en familias de predicadores y de incrédulos. No hay grupo religioso —a no ser que toda su cultura sea diferente del judeocristianismo moderno— que tenga menos homosexuales en proporción con el número total de adherentes, y por consiguiente ninguno que tenga más. En la madurez, cuando muchos hombres y mujeres deciden el grado de piedad y de fe con que quieren practicar, hay muchos invertidos —como, en general, hay mucha gente— que se hacen devotos de la religión en que han nacido o que eligen, mientras otros vuelven la espalda a la religión y se hacen ateos militantes o escépticos indiferentes. Estos caminos son diametralmente divergentes. Lo que diferencia al homosexual del hombre que no comparte sus problemas, es que esos caminos irreconciliables deben su origen a un factor común: el temperamento sexual del individuo.

Para algunos homosexuales, la fe en Dios es el último refugio y el único hogar. "El Señor me hizo, y sólo El puede comprenderme", me dijo un actor prominente. "¿A dónde podría volverme en mis momentos de tribulación sino a Dios y a Su Hijo? ¿Dónde podría encontrar fortaleza para continuar mi lucha, y la fe en mí mismo, que tanto necesito cuando he pecado, sino en mi iglesia?"

Este hombre no es el único en volverse hacia le religión. Yo he conocido por lo menos dos predicadores que eran homosexuales y que encontraban gran consuelo en sus plegarias y meditaciones; y Moll y otros sostienen que varios papas fueron invertidos. Según muchos autores, la homosexualidad ha florecido en los monasterios durante muchos siglos, y la atracción que dos hombres jóvenes ejercen el uno sobre el otro, en una atmósfera de devoción religiosa, ha sido bellamente descrita por Roger Peyrefitte en *Special Friendships*, y Hermann Hesse en *Narzisse und Goldmund*. En *The Well*

of Loneliness hay pasajes convincentes que describen la fe religiosa del invertido.

Conozco dos hombres de treinta y tantos años, con quienes he tenido amistad bastante tiempo. Cuando Ernesto estaba en el hospital, Miguel iba todos los días a la iglesia a rezar por la salud de su amante. Rezaba al Señor que —según decía— seguramente le escucharía, y rezaba en una iglesia que miraba con ceño el mismo amor que él, mediante la plegaria quería que continuase. Me senté en el borde de la cama de Ernesto, y Miguel dijo: "Rezaba para tenerte pronto conmigo en casa, y por eso te encuentras ya bien." Ernesto sonrió y repuso: "Encuentro algo de hermoso en tu invocación a Dios pidiéndole ayuda para conseguir una cosa que Sus emisarios consideran un pecado."

Para muchos invertidos, la religión, a pesar de la resistencia organizada que opone a su modo de vivir, ofrece una respuesta a su problema de conciencia. "Dios no me habría hecho lo que soy, si fuese cosa mala", dicen, y de esta suerte la creencia religiosa es necesaria para la tranquilidad de su espíritu. Pero otros invertidos se rebelan contra toda religión organizada. Han sido arrojados de los templos del Señor, y acusan a los templos. Consideran a la religión como su enemigo histórico, como el jefe que dicta las prohibiciones, como el organizador de la represión y el creador de hipócritas normas morales en las que ellos no pueden encontrar sitio ni paz. Abrazan la causa de los antirreligionarios. No hay nada para ellos, dicen, en el orden de cosas dispuesto por Dios, y en consecuencia no sólo rechazan ese orden sino que lo denuncian como un mito creado por el hombre. Y en tono de befa añaden: "Vosotros hacéis el amor toda la noche del sábado, y el domingo por la mañana vais a la iglesia con los ojos llenos de legañas."

Estas personas se asocian unas con otras, viven juntas. aman juntas, así las piadosas como las agnósticas y las ateas. ¿Cómo puede decirse que entre ellas existe la unidad en el

orden religioso? No hay unidad más que en un sentido: que su homosexualidad es el principal factor que informa sus actitudes hacia este aspecto de nuestra cultura. Y lo mismo puede decirse de sus actitudes hacia la literatura, las leyes, la política y otros aspectos de la vida.

Si hay alguna característica de la vida homosexual que haya producido ciertos rasgos homogéneos del grupo, es probablemente el disimulo y el enmascaramiento. Millones de individuos posiblemente no pueden vivir disimulando, fingiendo, mintiendo deliberadamente todos los días del año, sin reaccionar de una manera análoga.

Por algo la mayor parte de los homosexuales poseen una astucia muy desarrollada, una habilidad especial para salir de las situaciones difíciles de un modo traimado, para improvisar, para pensar rápidamente y reaccionar bajo el acicate del momento. En cualquier instante pueden verse obligados a ocultar, negar, a desandar lo andado; y sus mentes vivaces se han visto precisadas a prepararse para esos ejercicios. El homosexual tiene que ser un actor que representa un papel que no vive, que recita no sólo palabras que ha aprendido bien, sino palabras que tiene que improvisar.

Todo esto desarrolla en muchos —exceptúo a los que abiertamente proclaman su naturaleza sexual— una particular facilidad para la utilización del engaño. El uso de la mentira le es literalmente impuesto al homosexual que se enmascara, y en consecuencia llega a despreciar la verdad y a no distinguir entre realidad y ficción, a extender la mentira a otros aspectos de la vida, y a justificar la mentira como instrumento útil en la lucha por la vida.

Otro aspecto desconcertante del influjo de la homosexualidad sobre la conducta del individuo, es la general inestabilidad que caracteriza la vida de los invertidos. No es sólo que muchos de ellos corran de un amor a otro, sino que parecen vacilar desesperadamente cuando tratan de orientar su educación, de prepararse para una carrera, de desempeñar

un trabajo, de organizar una vida económica y social segura. En tales circunstancias, lo más sorprendente es que hayan podido marcar su huella sobre la sociedad tantos hombres de ciencia, tantos artistas, industriales y políticos.

Los intereses del invertido duran menos, quizás, que los de su hermano. Sus amores culturales probablemente son tan volubles como sus amores físicos. Toda su vida parece motivada por la inquietud y caracterizada por el desarraigo.

En las escuelas, muchos invertidos se gradúan con los más altos honores, cuando llegan a graduarse. El promedio de sus bajas en los centros de enseñanza es anormalmente alto, no obstante su excelente aprovechamiento y su indiscutible capacidad. Entre las edades de veinte y treinta años, un porcentaje elevadamente desproporcionado pasan de un trabajo a otro, de una escuela a otra, o de la escuela al trabajo y viceversa, insatisfechos, mal preparados, pero inteligentes, no sabiendo lo que buscan, pero buscando sin cesar. Carecen de dirección más aún que el resto de los jóvenes. El padre, el hermano mayor, el maestro, a causa de que recibirían con horror la revelación de la vida sexual del joven, no pueden ganar su confianza ni siquiera en materias muy alejadas de la sexualidad.

Pero, sobre todo, penetra incesantemente la personalidad de los jóvenes invertidos una urgencia constante para encontrar solución más satisfactoria a los problemas de la vida. Adondequiera que se vuelvan, sea lo que fuere lo que traten de estudiar o de aprender, parece que la vida no les cumple sus promesas. Quizá en otro sitio, en otra tierra, en otra escuela, en otra ciudad, en otro trabajo o en otra carrera, las cosas les vayan mejor. Cuando parece que van a conseguirla, siempre se les escapa de las manos la perfección que buscan en el amante, en la carrera o en cualquier otro aspecto de la vida. Piensan que un pequeño movimiento, un simple cambio en el curso de su destino, por ligero que fuese, les permitiría alcanzarla. E incesantemente buscan, vagan de una

cosa en otra, y rara vez se detienen a echar raíces o a levantar un edificio duradero sobre cimientos sólidos.

En la mayor parte de los aspectos, los habitantes del mundo de Sodoma no se parecen entre sí más de lo que se parecen los habitantes del otro mundo, del mundo hostil. Unos son de temperamento tranquilo, otros de temperamento vivaz; unos son egoístas y avaros, otros altruístas y propicios al sacrificio. Por sus intereses, por sus idiosincrasias, cada uno es un individuo en sí mismo. Las generalizaciones acerca de ellos son por lo general erróneas.

Sin embargo, todos ellos viven una vida que tiene ciertos rasgos comunes. Tienen que hacer frente a las mismas humillaciones y repulsas, sienten los mismos escrúpulos y dudas acerca de sí mismos, y, de igual manera, quieren saber los orígenes de los rasgos que caracterizan su personalidad. Una experiencia común tan cuantiosa ha producido una similitud de reacciones. En los corazones y en las mentes de muchos individuos han brotado la resolución de luchar, la simpatía por todos los vilipendiados, la compasión por el prójimo en todas las circunstancias.

De las grandes dificultades nacen los grandes manantiales de fortaleza. Cómo opera este mecanismo en la personalidad homosexual y cómo se manifiesta en beneficios personales y sociales, son materias que estudiaré en otra sección de este libro.

TERCERA PARTE

MODELOS

CAPITULO IX

Bajo mi palabra

El lenguaje especial creado por un grupo minoritario puede tener varias finalidades. Unas veces busca hacer ininteligible para los demás lo que es perfectamente comprensible para unos pocos; otras, tiene un valor más o menos eufemístico, amortiguando la fuerza de algunas palabras, pero sin ocultar su significado; otras, quiere ser descriptivo de una manera vivaz y coloreada.

El lenguaje de la vida homosexual tiene algo de jerga o germanía, para mantener en secreto a los que son ajenos al grupo lo que es claro para los que pertenecen a él; tiene algo del argot característico de todo oficio o profesión; de los vulgarismos que viven en los bordes de nuestro idioma, así como los homosexuales viven en los bordes de la sociedad; contiene eufemismos y sus duplicados, es decir, los términos de que aquéllos han nacido, o sea las palabras y las expresiones hostiles. Es, en algunos respectos, un lenguaje similiar al de los bajos fondos; en otros, al del teatro; y finalmente, recuerda un poco el de una minoría profesional, como los médicos. Realmente, las dos fases del lenguaje especial de la homosexualidad —las palabras y frases usadas por todo el mundo, y las usadas sólo por los que pertenecen al grupo— casi no tienen ninguna relación entre sí.

Hay dos amplias características de lo que yo llamaría el "cantargot" homosexual: primera, que no ha podido desarrollarse de un modo natural a causa de la conspiración del silencio que envuelve a todo el asunto; segunda, que en las connotaciones, en pro o en contra, implicadas en las palabras especiales, el "cantargot" recuerda notablemente los lenguajes de las minorías raciales, religiosas y nacionales de los Estados Unidos.

Cuán general es el silencio y cuánto alcance tienen sus efectos, lo indica el hecho de que hasta la terminología científica es eliminada de diccionarios que, por lo demás, son muy completos y gozan de gran autoridad; y de que ni aun las autoridades están de acuerdo acerca de la significación de palabras tales como *homosexual, invertido, pederasta* y *sodomita.*

En cuanto a la connotación de ciertas palabras especiales, el homosexual es sensitivamente consciente del estigma unido no sólo a sus prácticas, sino a las palabras asociadas con ellas, y trata de crear o de usar sinónimos con una connotación más agradable. En ocasiones el mundo exterior ignora el origen de los términos que emplea y el aura de desagrado que engendran. La mayoría usa palabras como *wop, chink* o *boogie* sin malicia consciente, creyendo que no son más que términos descriptivos, en la ignorancia de sus profundos y funestos significados. Aun son más sutiles las razones por las cuales son inaceptables ciertas palabras. Por ejemplo, *negra* y *judía* ya no son palabras respetables, aunque nadie pueda decir nada contra *negro* o *judío.*

En Norteamérica, el homosexual ha sido descrito por la sociedad en general con varias palabras y frases que habitualmente implican una connotación burlesca o escarnecedora. Entre esas palabras, las más conocidas son *fairy, pansy, nancy* o *nance, Mary, sissy* o *sis* (algunas veces *sister,* hermana), *fag* o *faggot, freak, fruit* (el invertido es una fruta, o huele a fruta), *man-lover* o *boy-lover,* algunas veces *Wildeman,*

queen (reina; una variante importante es *fish-queen*, pez-reina), *queer*, *homo*, *c...r*. En Inglaterra, y en los círculos jurídicos y algunos otros de los Estados Unidos, han tenido uso frecuente *bugger* para el individuo y *buggery* para la práctica. Mis amigos ingleses me dicen que en su país la palabra *bugger* lleva una connotación extremadamente hostil, comparable a la de los peores términos usados en los Estados Unidos.

Las mujeres homosexuales han sido llamadas casi universalmente *lesbianas*, y en ocasiones, aunque raras, *sáficas*. Algunas veces se oye *lady-lover* o *woman-lover*. En el interior de los grupos, el "cantargot" incluye para las lesbianas palabras como *dike* (o *dyke*), *stud y bull* (más frecuentemente *bull-dagger*).

El homosexual se da cuenta de que todos los términos aplicados a los invertidos masculinos son inadecuados. En primer lugar, describen un estereotipo, el hombre afeminado: *fairy*, *queen*, *sister*, *nance*. En segundo lugar, los que no nacieron como descripción de una persona afeminada, llegaron a serlo por la evolución del lenguaje y por asociación; un ejemplo es *pansy* (pensamiento, flor). *Queer* (excéntrico, extraño) es obviamente impropio, porque tipifica la personalidad de un individuo. Muchos homosexuales no son, en la totalidad de sus vidas, personas excéntricas, y muchos heterosexuales son extremadamente excéntricos. La palabra *queer*, en todos los demás sentidos, dejando aparte su uso familiar, implica una caracterización viciada, que es desagradable y debe, por tanto, ser evitada. La palabra *fag* es particularmente humillante. La injuria que implica sólo puede ser comparada, a lo que me parece, a algunas de las peores palabras que la cultura dominante en Norteamérica ha usado para humillar y oprimir a los grupos raciales. Y por último, el convertir la palabra *c...r* en sinónimo de cosa o individuo malvado, sin relación con sus inclinaciones sexuales, sólo es comparable al odio que manifiesta nuestra sociedad contra

los hijos nacidos fuera de matrimonio, los cuales, para ser caracterizados como ilegítimos, son llamados *bastardos*. La palabra *bastardo*, como *c...r*, se emplea para denominar a todo individuo sobre el cual se acumula el desprecio. De esta manera, queda implicada una connotación insultante en una palabra que, en su significación literal, no hace más que expresar la situación o la actividad de una persona.

Es cosa curiosa y digna de ser notada que en muchos países la denominación de la homosexualidad va asociada a cosas extranjeras. La palabra inglesa más usada, *buggery*, se deriva de *bougre*, que significa *búlgaro*. Un libro francés del siglo XIX, cuyo título quizá fué inspirado por la tradicional rivalidad francogermánica, se llamaba *Homosexualité, l'amour allemand*. ¡Homosexualidad, el amor alemán! Y eso en un tiempo en que Francia empezaba a saber ya muy bien cuán generalizada estaba la inversión sexual dentro de sus fronteras. Algunas formas de las prácticas homosexuales, así como también algunas que se permiten los heterosexuales, a saber, la *fellatio* y el *cunnilingus*, se llaman en Norteamérica *amor francés*, y se usa frecuentemente el verbo *to French* (francesear). Se dice: *él francesea*, o *a ella le gusta francesear*, y casi todos los adultos conocen el significado de estas expresiones. A los homosexuales se les llama algunas veces *griegos*, o con más frecuencia *amantes griegos*, y a la amistad homosexual *amor griego*. En los bajos fondos, uno de los muchos sinónimos de pederasta activo es *turco*.

Al evocar a los búlgaros, a los franceses, a los alemanes, a los griegos o a los turcos (y hay más ejemplos, indudablemente), la dominante sociedad heterosexual ha querido caracterizar la homosexualidad como cosa extranjera; trata de asociarla con los inmigrantes, y a veces con los enemigos, y quiere dar la impresión de que no es indígena, sino cosa más bien antiamericana. Es irónico, pero comprensible, que se haya empleado el nombre de una nación que ha sido tra-

dicionalmente amiga, y el de otra cuya civilización se enseña a las gentes a admirar e imitar.

Con frecuencia, un grupo minoritario reacciona contra los motes poniéndoselos a la mayoría. El homosexual, en el lenguaje de su grupo, llama *fish* (pez) a una muchacha heterosexual, y *butch* al hombre que es atraído sólo por mujeres, pero ninguna de estas palabras es considerada como denigrante por quienes las usan.

Durante muchos años, los homosexuales han sentido la apremiante necesidad de un lenguaje que no implicase connotaciones desagradables. Las palabras no deben responder a conceptos estereotipados, deben estar libres de todo sentido hostil, y ser menos duras y molestas que la palabra *homosexual* misma. El lenguaje debe ser utilizable para designar a todos aquellos cuyas pasiones sexuales se dirigen a su propio sexo, independientemente de la virilidad o de la falta de ella, independientemente del tipo o la edad de la persona deseada, o del carácter de la relación física que se practique. Con esta intención propuso el escritor alemán Ulrichs que la homosexualidad se llamase *uranismo*, y los individuos *uranistas*. Ulrichs se inspiró en el planeta Urano, que es, de todos los planetas visibles a simple vista, el que está más lejos del sol, y por tanto más cerca del cielo; y afirmaba que el amor hacia una persona del mismo sexo es la más celestial de las pasiones físicas. Puede tolerarse esta etimología, con su sentido glorificador; pero la palabra tiene demasiado sabor a cosa extranjera, y nunca llegó a naturalizarse en nuestro idioma, a pesar de lo mucho que la usaron Edward Carpenter y otros glorificadores de la homosexualidad a principios de siglo.

El mismo Carpenter usaba otros eufemismos. Se complacía en llamar a los homosexuales *el tercer sexo*, o *el sexo intermedio;* pero en esas expresiones, largas y pesadas, había connotaciones científicas inaceptables para los freudianos. Otro escritor, André Tellier, los llamaba *twilight men*, hombres

crepusculares, mientras que Radclyffe Hall llamaba a la inversión la *no-man's land of sexe*, la tierra de nadie del sexo.

Entre tanto, la terminología científica pecaba de oscura. La palabra *invertido*, aunque completamente aceptable, nunca fué muy usada dentro del grupo. Baste decir que su singificación es conocida, pero rara vez se la oye en conversación. Por otro lado, resulta totalmente inaceptable la palabra *pervertido*, que sugiere la sucia imagen de un hombre maduro seduciendo a un niño (éste puede ser masculino o femenino, pero la delictuosa inclinación del hombre maduro queda calificada como una perversión). He leído en las bibliotecas libros en que se llama a los homosexuales *pervertidos*, y que llevaban en los márgenes protestas vehementes: "*¡Ni invertidos ni pervertidos!*" Muchos amigos míos han manifestado igual disgusto por la palabra *desviados*, pues encuentran repulsiva la agrupación de los homosexuales con todos los no conformistas sexuales: sádicos, seductores de niños, y otros.

En la mayor parte de la literatura en lengua inglesa se usan indistintamente *invertido* y *homosexual*. Gide opina[1] —y su opinión es compartida por muchos— que un *invertido* es un homosexual afeminado; es la mujer de la contienda amorosa, que busca un hombre; su personalidad, su sexualidad, y algunas otras de sus características, están invertidas, por decirlo así. El *pederasta*, según Gide, es el amante de los jóvenes, el hombre maduro que entre los griegos tenía relaciones con los efebos. El *sodomita* es el amante del hombre maduro, el muchacho que busca la madurez. Tales líneas de demarcación y tales clasificaciones absolutas son difíciles de sostener, y las definiciones arbitrarias son muy discutidas tanto en la literatura científica como en la legal. En los escritos de estas clases la sodomía no se confina usualmente a la homosexualidad, y la pederastia se refiere sólo a cierto tipo de relaciones, que generalmente son de carácter homosexual.

[1] *The Journals*, II.

De todos modos, las confusiones científicas y populares, y no digamos nada de las jurídicas, así como la eliminación de esas palabras del lenguaje cotidiano, se combinan para excluirlas de toda consideración seria.

Durante años se sintió la necesidad de una palabra corriente, habitual, que correspondiese a la realidad y expresase el concepto de homosexualidad sin glorificarlo ni condenarlo, y que no suscitase el odio del afeminado estereotípico. Esa palabra existe hace mucho tiempo, y en los últimos años ha ganado mucha popularidad. Es la palabra *gay* (alegre).

No sé cómo, cuándo ni dónde se originó esta palabra. Me han dicho algunos entendidos que viene del francés, y que en Francia ya en el siglo XVI se llamaba *gaie* al homosexual, usando, muy significativamente, la forma femenina para designar al hombre, la palabra pasó a Inglaterra y a Norteamérica y, poco después de la primera guerra mundial, fué usada en la literatura más pornográfica. Los psicoanalistas me han dicho que sus pacientes homosexuales, por los años de mil novecientos veinte y tantos, se llamaban a sí mismos *gay*, y lo cierto es que por los años treinta y tantos era la palabra de uso más común entre los mismos homosexuales. Hasta después de Pearl Harbor no se convirtió en un mote trillado en todos los rincones de los Estados Unidos en que los homosexuales podían reunirse, y en la década siguiente a la entrada de Norteamérica en la segunda guerra mundial, vi que era usada con creciente frecuencia no sólo por los novelistas, los redactores de revistas y los periodistas de chismografías, sino también por los anunciadores de radio. Y sin embargo, todavía hoy, no obstante las décadas (si no siglos) de uso, es prácticamente desconocida fuera de los grupos homosexuales, salvo por los policías, los grupos teatrales y algunos otros. Mencken, en sus estudios sobre lenguaje norteamericano, no parece familiarizado con esa palabra, a pesar del trabajo que se toma para registrar varios sinónimos de importancia secundaria.

¡Alegre... alegre... alegre! La vida es alegre, la reunión es alegre, el bar es alegre, el libro es alegre, el joven es alegre —muy alegre— o, ¡ay!, no lo es. "Busco a mi amigo; es alegre"... "Joven alegre e ingenioso desea un corresponsal"... "Me hizo pasar unas vacaciones alegres."

¡Alegre! La palabra sirve para muchos fines. Es como la Z. de los diarios y cartas de Tchaikowsky, una cifra secreta que siempre entenderán unos e ignorarán otros. "Había muchos Z.", escribió Tchaikowsky en su diario hablando de una reunión a la que asistió el 23 de abril de 1884, y el periodista de hoy lo diría casi en los mismos términos: "La reunión fué muy alegre." No sólo la correspondencia queda completamente a salvo de ser entendida, en el caso de que alguien la intercepte, sino que hasta puede sostenerse una conversación en que los homosexuales usen un lenguaje que ellos solos entienden, pero que, a diferencia de la situación en que se habla un idioma extranjero, los demás presentes no se dan cuenta de que lo ignoran.

Gay es fácil de pronunciar y está libre de los estigmas habituales. A causa de esto, su uso ha aumentado con gran rapidez. Algunos homosexuales también le hacen objeciones, pero también emplean esta palabra, a falta de otra mejor. Uno de los objetivos más deseables a que sirve, es que facilita el quitarse la máscara, por permitir un lenguaje libre de odio. De esta suerte, el eufemismo hace más franca y más plena la conversación entre homosexuales. Rara vez oirá uno decir: "A los trece años, me di cuenta de que era *fairy*", o "que era *queer*". Quizá se oirá decir "... que era homosexual", pero lo más frecuente es que se use la palabra *gay*.

La palabra sirve como señal, como signo de identificación. Si en una conversación hay como una exploración, como un tanteo para saber si el otro se oculta también detrás de la máscara, uno suelta la palabra *gay* y espera la respuesta. La indirecta no puede dejar de ser entendida.

El lenguaje secreto y como de hermandad o gremio tiene sus peligros. El mundo homosexual no vive completamente aislado. El sujeto que planea atraer al homosexual para estafarlo, asaltarlo y robarlo, o hacerle víctima de un chantaje, usa con frecuencia el lenguaje del grupo para disipar el temor. Y el detective, al interrogar a un sospechoso, lo usa también para atraparlo: "¿No sabe usted que es alegre el hombre con quien estaba esta noche?" La negativa provoca un torrente de nuevas preguntas: "¿Cómo entiende usted la pregunta? ¿Entendió usted que se refería a que él era *queer?* ¿Qué cree usted que significa aquella palabra?"

En los círculos homosexuales el uso de esa palabra es casi universal, aunque a menudo se la acepta con alguna repugnancia. Algunos la rechazan por su sentido ambiguo, que es precisamente lo que el grupo ha encontrado en ella de más ventajoso. Un anuncio para buscar un compañero de habitación puede insertar la palabra *alegre*, pero difícilmente podría insertar la palabra *homosexual*. La palabra *lesbiana* sería también de uso imposible en este caso, y por eso las mujeres invertidas empiezan a emplear la palabra *alegre*, aunque con menos frecuencia que los hombres. Quienes sostienen que es una distorsión del lenguaje, ya que muchos homosexuales no son alegres en el sentido tradicional de la palabra, mientras indudablemente lo son muchos heterosexuales, son consecuentes, porque con igual indignación protestaron contra la palabra *queer*. Pero el término *alegre* tiene usos muy varios y no puede ser descartado fácilmente.

La utilidad de *alegre* disminuye algo, a medida que su significado va siendo más conocido. Círculos nuevos y cada vez más amplios se van familiarizando con esa palabra, aunque el público en general, salvo los medios teatrales, artísticos, literarios y de gentes bohemias, así como los policías y los sujetos de los bajos fondos, desconoce su significado jergal. Sin embargo, al ser más conocido, se desvirtúan en

cierto grado su carácter secreto y las ventajas derivadas de éste.

Alegre necesita un antónimo, y el antónimo es *straight* (derecho o tieso). También esta palabra es ampliamente conocida y usada entre los homosexuales, y se ha convertido en una contraseña. Una conversación en el bar entre dos desconocidos:

"Estuve una semana en esa población, y la encontré aburridísima."

"¿Por qué? ¿No encontró usted más que individuos derechos?"

Esta palabra es aun más valiosa que *alegre*, porque ha quedado más cuidadosamente confinada a los círculos homosexuales. Difícilmente se encontrará en los Estados Unidos un homosexual que no la conozca y use, lo mismo que *alegre*, pero es muy difícil encontrar alguien que la conozca entre las personas a quienes designa. Sin embargo, en otro sentido ha sido considerada siempre una palabra desafortunada, porque caracteriza al heterosexual y, en consecuencia, por implicación, al homosexual. El primero es derecho, y por lo tanto el segundo no lo es, sino que es torcido. *Straight* es la palabra jergal para expresar la rectitud o corrección legal y moral: *andar derecho*. Por consiguiente, el homosexual *no anda derecho*. Es un eufemismo a la inversa. En lugar de encontrar una palabra suave y delicada para expresar una cosa desagradable, los homosexuales encontraron una expresión que implica rigor e indelicadeza para algo que les es totalmente grato.

Mientras *gay* se usa en todos los Estados Unidos y el Canadá, *straight* apenas es conocido en la costa del Oeste, excepto entre los que han emigrado del Este. En San Francisco, por ejemplo, los medios alegres llaman *jam* a las otras gentes. Se oirá decir: "Ella es *alegre*, pero su marido es *jam*." Esta palabra se usa también en el Este, pero no es de uso corriente.

En realidad, las variantes geográficas del lenguaje homosexual son probablemente mayores que en los otros argots, por falta de literatura impresa. Sus palabras no pueden usarse en la radio, y rara vez se las encuentra impresas. Los individuos que se trasladan de una parte a otra del país no pueden introducir el argot de su tierra nativa, y en seguida empiezan a usar los términos que son comprendidos en el lugar de su nueva residencia.

Es característico de la especial naturaleza semántica de la vida alegre, que el uso peculiar de las palabras en un contexto dado en seguida es comprensible aún para quienes nunca lo han encontrado antes. Un conocido novelista a quien fuí presentado, cambió conmigo preguntas y respuestas acerca de mis experiencias. Cuando le dije que yo estaba casado, me preguntó: "¿Conoce su mujer las realidades de la vida?" Yo no había oído nunca este cliché usado con este sentido especial; pero inmediatamente me di cuenta de que *conocer las realidades de la vida* significaba, para él como para otros muchos, *conocer la corriente homosexual de la vida.* Pocas semanas después hice la misma pregunta a un amigo que me rogó buscase a un compañero suyo en mis vacaciones. "¿Conoce las realidades de la vida?", le pregunté, y contestó inmediatamente como si mi expresión le fuese habitual, aunque después confesó que nunca había oído aquellas palabras usadas en aquel sentido especial. De manera análoga, pueden citarse otras muchas expresiones que resultan incomprensibles para las personas *derechas,* pero que son inmediatamente comprendidas, a la primera vez, por el mundo *alegre.*

Como no hay una sociedad organizada de la vida alegre, ni autoridades reconocidas, ni reglamentos, ni diccionarios, ni legisladores, ni prensa pública que dé forma permanente al lenguaje, existe una gran fluidez en el uso de las expresiones especiales. Hasta varía la ortografía. Más de una vez he recibido cartas relativas a la vida *gae,* y esto me parecía una afectación hasta que supe que se ajustaba al francés *gaie.* Pero

la frase *in the life* (en la vida) significa unas veces "ser alegre" y otras "vivir una vida alegre". Si se emplea en el primer sentido, incluye a los casados reprimidos; pero en el segundo, sólo comprende a quienes, en una u otra forma, dan expresión a su homosexualidad. Una palabra de uso corriente en la vida alegre es *trade* (comercio, oficio); es frecuente que una persona llame a otra *trade*. "¿No buscas *trade* esta noche?", preguntará alguien en tono de broma. O "ahí va el mejor *trade* de la ciudad." En mi opinión, la palabra designó originariamente al joven que acepta dinero a cambio de sus servicios sexuales. Sin embargo, mis amigos insisten con vehemencia que *trade* es la persona que sólo participa en ciertos tipos de relaciones físicas homosexuales, significado que parece prevalecer actualmente en las grandes ciudades de los Estados Unidos. En mis investigaciones encontré a una persona que rechazaba las dos definiciones. "Si tú y yo nos juntamos para pasar una noche —me dijo—, yo seré *trade* para ti, y tú serás *trade* para mí."

No deben olvidarse las muchas expresiones de carácter regional o nacional, además de las marcadas diferencias geográficas que ya he comentado; ni tampoco las palabras que usan los vagabundos, los individuos de los bajos fondos y los policías, todos los cuales tienen términos especiales para denominar a los homosexuales. Sus expresiones rara vez son conocidas, y nunca usadas, por el mundo alegre. Por ejemplo, supe por un libro que los vagabundos ingleses llaman a un homosexual un *pouf*, pero nunca he oído esta palabra en Norteamérica. El *Dictionary of Underworld Lingo* hace una marcada distinción entre el pederasta activo y pasivo. Para el primero se usan, entre otras, las palabras *daddy* (papaíto), *joker* (bromista) y *wolf* (lobo). El pasivo se designa con no menos de sesenta y ocho palabras o frases diferentes, desde *apple pie* (pastel de manzanas) hasta *works* (trabajos, faenas). La mayor parte de ellas son desconocidas en los medios

homosexuales (a menos de que sean conocidas de los homosexuales delincuentes, materia en la que no soy competente para hacer comentarios). Algunas de esas palabras y frases son sumamente pintorescas: el pederasta pasivo, sorprendido *in fraganti*, tiene "los calzones a medio mástil". En *The American Dictionary of Slang* conté 174 sinónimos de homosexual. Entre ellos, había algunos que eran repeticiones y variantes con pequeños cambios en la ortografía. La mayor parte son de uso poco frecuente. Aunque este libro lleva un suplemento fechado en 1947, y aunque el *Dictionary of Underworld Lingo* citado anteriormente fué publicado en 1950, ninguno de los dos menciona la palabra *gay*, que durante muchos años ha sido el sinónimo más común de *homosexual* usado por los homosexuales.

Otras palabras son de uso transitorio, tomadas de una canción, una película o quizá un libro de interés popular, o de alusiones humorísticas al sexo que *alegres* y *derechos* encuentran en la vida. Una noche fuí invitado a un bar alegre que era llamado *el pozo de la serpiente*, y estando allí un compañero a quien yo estaba hablando se despidió diciendo que tenía que ir al *club de publicidad*.

"En nuestro teatro de guerra —me refirió un veterano—, hablando de los términos que se usan por y para la gente alegre, alguien los llamó *night-fighters* (luchadores nocturnos). Empezó llamándoseles *night-cruisers* (navegantes nocturnos); pero esta denominación llegó a ser demasiado clara, y se cambió en *night-prowlers* (rondadores nocturnos), y finalmente en *night-fighters*." La mayor parte de los veteranos afirman que no oyeron esta expresión en el servicio.

De todos modos, los grupos homosexuales no han llegado a crear un argot completo y suficiente, como el que usan las gentes de los bajos fondos sociales. Sus palabras son poco numerosas y se limitan principalmente a denominaciones de sus actividades. El compañero bisexual es *ambisextro*, el grupo alegre es *el círculo*, un baile de máscaras es *a drag*, los disfra-

zados están vestidos de *drag*, conducirse afeminadamente es *to camp* (acampar), la persona afeminada es un *camp*, su opuesto un *rough trade*, etc., etc. Algunos de estos términos, como puede verse, son empleados con sentido análogo por los heterosexuales.

Gran parte del resentimiento contra las palabras individuales se debe a las circunstancias en que son pronunciadas. En boca de un amigo o de un simpatizante, y sobre todo de un miembro del círculo, pierden mucho del matiz hostil que les da el público en general. "¿Qué es ese sujeto con quien estabas merendando: es *queer?*" (homosexual). Esta pregunta lleva en sí todas las implicaciones semánticas de una frase análoga en que se usase un epíteto racial. Pero el homosexual puede emplear la palabra *queer*, y otras muchas, con satisfacción, porque en su boca no tienen un sentido reprobatorio. No hay en ellas un aire de superioridad, ni de desprecio o burla. La palabra no es más que la comunicación de un pensamiento. "Quiero que conozcas a un amigo mío —me dirá una persona alegre—; es un gran sujeto, y como *queer* es 'un billete de tres dólares'."

La sociedad homosexual necesita una palabra como *gay* para que la conversación se desenvuelva libremente y sin embarazos; las trabas de la reprobación convencional aun no la han relegado a la esfera de lo proscripto ni la han asociado a un estereotipo. El grupo, y sus miembros individuales, sólo provecho pueden sacar de cualquier medio que les permita quitarse la máscara. Cualquier esfuerzo semántico que facilite la libre conversación, es deseable. El carácter secreto y como cifrado de *gay* y *straight*, que tanto recuerdan palabras y signos de ciertas hermandades, será necesario mientras haya una sociedad de homosexuales, sumergida y semilegal, y habrá que buscar palabras nuevas para satisfacer nuevas necesidades y circunstancias.

Entre tanto, el mundo en general, comprendiendo a los individuos de todos los temperamentos sexuales, carece de un

término aceptable que sea la contrapartida masculina de la palabra *lesbiana*. Lo mismo que *lesbiana*, aquella palabra podría proceder de la gran civilización en que la homosexualidad floreció como parte admitida de las costumbres y en que inspiró a la filosofía y al arte: la cultura de la antigua Grecia. La palabra *dorio*, por ejemplo, podría ser una parte valiosa de nuestro lenguaje. Como *fairy*, podría ser sinónimo de "homosexual masculino", pero sin implicar afeminamiento y sin el sentido despectivo que va asociado a *fairy*. La palabra *dorio* podría, lo mismo que la palabra *lesbiana*, expresar una relación, un pensamiento, una filosofía o un individuo, sin referencia a la consumación sexual del deseo.

CAPITULO X

En la calle más "alegre" de la ciudad

Una minoría se retrae en sí misma, forma un mundo dentro del mundo, obligada de un lado por la reprobación de la plebe en general y estimulada de otro por la miríada de intereses y actividades comunes al grupo. Por dondequiera que se viaje, a través de este país, se hace manifiesto un magnetismo grupal, no sólo de base racial, religiosa o nacional, sino también entre los profesionales, o entre los sordomudos y los ciegos, lo mismo que entre los adheridos a un simple credo político. Los miembros de los grupos, y los grupos en conjunto, se salen de sus estrechos confines, unos con frecuencia y otros en raros momentos, unos temerosamente y otros con osadía, unos con gran placer y otros con angustia extrema.

Aunque pocos grupos son numéricamente tan grandes como el de los homosexuales, ninguno es tan mal conocido. Ninguno es tan poco aceptado o reconocido, ni carece tanto de organización, y sin embargo ninguno ejerce una influencia tan poderosa ni contiene tantas personas que hayan triunfado públicamente en cuanto individuos. La existencia de este grupo minoritario es conocida por muchos, tolerada por algunos y amenazada por otros. No es un fenómeno nuevo; es un grupo que durante muchos siglos ha venido luchando en todos los países. Un escritor lo llama "un mundo sumergido", y otro habla de "una sociedad en el borde de la sociedad". Ambos

son correctos y exactos, pero incompletos, porque no hay un mundo sumergido, una sociedad en el borde de la sociedad, sino varios, casi incontables, diferentes y discordes y casi sin conexión ninguna; y sin embargo, mantienen entre sí cierta relación, en ocasiones a través de uno o dos individuos que alternan al mismo tiempo en varios de estos islotes sociales sumergidos; otras veces, meramente por la similaridad de objetivos y de personalidades; o quizá únicamente por la asociación que entre ellos establece la fantasía del mundo hostil.

No hay una vida de grupo, sino muchas, exactamente como no puede aplicarse un mismo patrón de vida a todos los sordomudos del país, o a todos los comunistas, o a todos los armenios. Algunos tipos de vida, característicos de toda la minoría, existen en todos esos islotes; pero otros dependen de los individuos, de las predilecciones personales, profesionales e intelectuales de éstos.

Algunos sectores de la sociedad alegre se muestran llenos de un agudo y fuerte interés por el vínculo común que une a todos los individuos. Leen, investigan, discuten, preguntan. Pero otros ignoran ese vínculo, o lo aceptan, entregados a sus particulares intereses, rara vez hablan o leen algo sobre sus características especiales, y ni siquiera advierten la preocupación de ciertas gentes por el problema homosexual.

Un grupo puede mantenerse unido, movido por el impulso sensual, a la busca de nuevas formas y de nuevos copartícipes del amor carnal, esperando hallar la excitación y la satisfacción que siempre parecen estar al alcance de la mano, pero que son tan elusivos, que rara vez llegan a gozarse sin el dolor del desengaño. Al mismo tiempo, otro grupo halla sus intereses sociales y culturales fuera del campo de las satisfacciones sexuales, y aquí se oyen palabras de admonición y de apartamiento que se parecen a un ostracismo social pronunciado contra los más audaces, los más promiscuos y los más indelicados. "No traigas más a ese sujeto", le advertirán a uno,

y habrá que cumplirlo so pena de que la excomunión se extienda al amigo del culpable transgresor.

¡Vivir en un mundo alegre! ¿Qué mundo alegre es ese, y dónde está? ¿El mundo de la esquina de la calle, o de un sendero especial y bien conocido del parque, o de la calle solitaria y oscura batida por los vientos del lago, o de las orillas de un río en una de las ciudades más grandes de Norteamérica? Van a esos lugares, llevados por ardientes deseos, en busca de desahogo quizá más que de placer, esperando hallar aventuras, temerosos de los muchos peligros —médicos, legales, extralegales—, pero estimulados por el pensamiento de que los peligros son ficticios y exagerados.

He aquí una calle particular en una ciudad relativamente grande. Es muy conocida; todos los días la transitan miles de individuos que ignoran las aventuras y las tragedias personales de muchas vidas destrozadas que se sienten como atraídas por un imán. Se reúnen desde que es pleno día: unos, deseosos de ganancias financieras; otros, despreocupados de las cosas de ese género; la mayor parte sin deseos de participar en ninguna transacción monetaria; y unos pocos, urdiendo negocios sucios o robos, aunque sea necesario llegar a la violencia. Estos últimos, por lo general no son homosexuales, con frecuencia no son tampoco heterosexuales, y tratan de justificarse a sí mismos considerando despectivamente a sus víctimas potenciales como "sucios maricones". Ladrones no sólo durante la noche, sino también durante el día, protegidos por unas leyes indiferentes al destino de los proscriptos, pero doblemente protegidos por el estigma que va unido a la actividad que puede ser el preludio de la violencia, estigma que mantendrá calladas las lenguas de las víctimas.

El *alegre* pasea a lo largo de la calle, y el iniciado lo reconoce inmediatamente. No son necesarios rasgos muy manifiestos para caracterizarlo; no es preciso que lo distinga un amaneramiento especial. De vez en cuando, unas cejas depi-

ladas, o dos muchachos que pasean cogidos de las manos. Pero rara vez se ven casos tan manifiestos. Virilidad, ausencia de andares o de voz delatores: tales son los rasgos más comunes, aquí como en cualquier otro lugar, en la vida del grupo.

Algunos van con frecuencia a la misma calle: se conocen unos a otros, se hacen señas de identificación, después hablan, forman grupos. Pero en su mayor parte, no se conocen entre sí, pues se trata de jóvenes o de hombres maduros que van por allí ocasionalmente, no con un plan preconcebido ni a causa de una cita, sino cuando la ventaja de la proximidad se suma a la fuerza del deseo. Es la unión de la cercanía y de la congruencia cualitativa que empuja al acero hacia el imán. Y, una vez dentro de su radio de acción, la resistencia se hace difícil, después imposible... ¿Y por qué resistir? ¿No es mucho mayor el goce en una participación franca y cordial?

Algunos se detienen delante de un escaparate, fingiendo mirarlo, generalmente con las manos en los bolsillos. Otros pasean lentamente, se vuelven, miran, siguen andando, dan la vuelta.

Sigamos mentalmente a dos jóvenes alegres que se cruzan en una de esas calles. Pasean en direcciones contrarias cuando sus ojos se encuentran y se sostienen la mirada. Después se acercan uno a otro. En ocasiones, el terreno común queda establecido rápidamente; pero la mayor parte de las veces, acuden a circunloquios.

—Dime, amigo, ¿tienes hora?

—Deben ser cerca de las once. Pero ahí hay un reloj. Son las diez y cuarenta y cinco.

—¡Ah, sí! Todavía es temprano.

El primer abordaje ya ha terminado. Los intentos infructuosos para entablar una conversación llegan a ser molestos; pero uno de los dos tiende otro cable:

—¿Tienes un pitillo?

—Creo que sí.

Viene en seguida el ofrecimiento del cigarrillo, y las caras se acercan a la llama de un mechero resguardada por dos manos.

—Es mi marca favorita.

—¿De verdad? Yo fumo cualquier cosa, con tal que sean pitillos.

—¿Y puros, no?

—¡No, por Dios!

Al cambiar estas palabras, cada uno de los dos busca una pista. No buscan el afeminamiento, pero necesitan que algo se lo sugiera ligeramente, una entonación suave de la voz, cierto modo de pronunciar las palabras, cierta afectación en los movimientos de las manos, en el modo de coger el cigarrillo. Cada uno de ellos necesita este asomo de amaneramiento del sexo opuesto, o por decirlo con más exactitud, del amaneramiento del grupo proscripto, para asegurarse de que no hay trampa ni imprudencia que pueda llevar a la frustración o a algo peor.

El tiempo puede servir de pretexto para reanimar la decadente conversación.

—Un poco friolenta la noche, ¿no?

—Pero no mala. Yo más bien tengo calor.

Un murmullo de risas forzadas, no como expresión de buen humor, sino como parte del esfuerzo para establecer un vínculo común a través de aquellas risas. Los dos han roto la fachada de disimulo y han hecho los primeros intentos para penetrar su mutuo secreto.

—¿Damos un paseo?

—No tengo ganas. Estoy matando el tiempo.

—Tampoco yo tengo plan.

—¿Vives cerca de aquí?

—No soy de la ciudad. Soy de Massachusetts. Paro en un lugar que no está lejos.

—¿Hacia dónde?

—Precisamente al final de la calle, a la vuelta de la esquina.

—No lo conozco. No ando mucho por estos sitios.

—Debieras conocerlo. Es un lugar muy alegre.

La palabra ha sido pronunciada, y la relación queda establecida. Desde aquel momento, ya no hay duda de cómo se pasará la noche. Se detienen en un bar para tomar un vaso de cerveza, y allí les dejamos. Nosotros volvemos a la calle, mientras ellos inician una noche de aventura. ¿Aventura? ¿Placer? ¿Felicidad? No sería cosa del todo rara si, muchas horas después, uno de esos jóvenes se quedase dormido en el lecho del desconocido, feliz al pensar en el compañero que tiene al lado y satisfecho con haberse librado de la tensión que le atormentaba. Ha gozado de los momentos postsexuales tanto como de los momentos de alta pasión, y encuentra en el sueño una satisfacción sosegada. Pero tampoco será raro, al mismo tiempo, que el compañero se levante, se lave cuidadosamente y mueva la cabeza al ver su imagen en el espejo. Busca su reloj y su cartera en un cajón de la mesa, guarda la llave y se desliza en la cama, agobiado por una culpa que, en él, sigue siempre a la satisfacción del sexo. Unicamente la hospitalidad debida al compañero, únicamente el deseo de no lastimar al otro como él mismo ha sido lastimado tantas veces, puede retenerle de despertar a su compañero y despedirlo.

En ese momento, ¿qué ocurre en la mente de dos personas, desconocidas la una para la otra, salvo en este único encuentro? Uno se pregunta a sí mismo por qué este joven, a quien no conoce, le había excitado hacía sólo unos minutos en tal grado, que la razón quedó anulada. La verdad resultaba increíble. Y en verdad, se veía reflejado a sí mismo como en un espejo: debilidad... debilidad y futilidad. La busca de un amor que nunca encontraría, era del todo inútil. Estaba en la misma esquina en que había estado el año anterior, y delante de él se extendía una avenida ciega, cerrada. ¿A dónde le llevaría? ¿Qué ganaría en sentido de la vida, en perfeccionamiento y

realización de la vida, con todas sus luchas para encontrar un nuevo compañero de amor? ¡Qué despilfarro de talento, de tiempo y de energía en busca de la aventura, cuando un sólo compañero podía darle mayor satisfacción, y la práctica del amor no se mezclaría con temores y remordimientos! Todo esto pasa por una mente, mientras la otra descansa en una paz bienaventurada.

Ya es tarde, y si volviésemos a la calle en que ellos se habían encontrado, encontraríamos a muy poca gente. Pero probablemente dos pares de ojos se encuentran en aquel momento, mirándose en un salón de baile con miradas prolongadas.

—Dígame, amigo: ¿tiene hora?

—Debe ser la una. Pero ahí hay un reloj. Son las doce y cuarenta y cinco.

Y así una vez y otra.

Esas son aventuras de una noche. Los copartícipes se dan los números de sus teléfonos; algunas veces vuelven a llamarse, pero lo más frecuente es que no lo hagan. "Naves que pasan en la noche", los llama un amigo mío, y después cambia de conversación, prefiriendo hablar de otros aspectos de la vida alegre.

¿Engendran estas aventuras efímeras un sentimiento de vergüenza, un sentimiento invencible de pecado, que impide que los individuos se miren, si se encuentran por segunda vez? ¿O temen los que participan en ellas que sus amigos alegres descubran este aspecto de sus actividades? ¿O este tipo particular de homosexuales son tan promiscuos, tan dados a la aventura, tan incapaces de combinar el sexo con la fidelidad, que únicamente lo desconocido, lo no probado, lo imprevisto, les resulta atractivo? ¿O, en fin, se sienten tan ansiosos de separar en sus vidas los conceptos del amor y del sexo, tan ansiosos de huir de cuanto sea cariño, que prefieren practicar un aspecto de la vida alegre que a ellos mismos les parece más sórdido, menos expuesto a anudar relaciones permanentes? ¿Es éste, quizás, el modo de castigarse a sí mismo por

el pecado de ser alegres? ¿Se sienten "limpios" y "puros" porque condenan sus propias actividades, y es más fácil la reprobación cuando esas actividades se originan en una esquina, en una casa de baños públicos, o en otro lugar análogo?

¡Cuán complejos pueden ser los motivos! Quizá cada una de las anteriores preguntas contenga parte de la verdad.

La calle, la esquina —y otros muchos lugares en casi todas las grandes ciudades de los Estados Unidos— es un aspecto de la vida alegre. Es uno de los sitios de reunión; pero no es típico, y, aunque importante, atrae a pocas gentes. A la mayor parte de las gentes alegres les interesan poco las aventuras callejeras. La mayoría de los homosexuales siente disgusto y desprecio hacia la minoría que frecuenta esos lugares, pero no sin una fuerte dosis de curiosidad y deseo.

CAPITULO XI

Eche otra moneda

El impulso principal para participar en la vida de un grupo, y lo que más retrae de esa vida, procede esencialmente de una misma fuente: la identificación. En su forma positiva es una manifestación de la necesidad de ser bien acogido; en su forma negativa es el miedo a las consecuencias. Entra uno en el bar con la esperanza de encontrar el espíritu jovial que coincide con el suyo; pero, al mismo tiempo, el bar es el temeroso espectro de un espejo que le presenta a uno su propia imagen, que es una imagen fiel y verdadera.

De la calle alegre al bar alegre puede haber sólo unos pasos, o algunos kilómetros; pero en él se encuentra un aura de respetabilidad que no se encuentra en la calle. No necesita uno bajar la cabeza al cruzarse con un conocido, ni rehuye los encuentros, sino que, por el contrario, concierta citas y utiliza el lugar de reunión para sus conveniencias sociales. Pero, en último análisis, puede ocurrir que el bar suministre una superestructura detrás de la cual se ocultan los impulsos libidinosos, mientras que en la calle las pasiones se muestran al desnudo, sin un aura de ficción y de cultura. En un sitio, está la diversión; en el otro, la incontinencia. En la calle, se conduce uno como una prostituta, ya pague o ya le paguen. Pero los licores, la música, el ambiente amistoso, dan al sexo un aspecto mucho menos culpable, y en realidad expulsan a los deseos pri-

mordiales del primer plano visible. Una hora en la calle sin encontrar copartícipe, ¿qué le produce a uno sino fatiga y frustración? Pero en el bar no se busca un compañero, y menos una aventura afímera; y una hora o dos pasadas allí suministran una diversión ligera que no necesita una satisfacción ulterior.

¿Qué son esos bares? En las grandes ciudades de los Estados Unidos se les encuentra en abundancia, y algunos son tan alegres, que sólo el entrar o salir de ellos parece una invitación tácita; otros son menos notorios, aunque ante todo son lugares de reunión de las personas con inclinaciones homosexuales. De vez en cuando se ve a un hombre, por lo general de mediana edad, que invita a beber a un joven. Desea comprar el "amor", y quizá encuentra a un joven que necesita dinero o que se siente tentado por él, ansioso de venderlo y feliz de encontrar quien lo compre. Algunas veces el hombre maduro es rechazado, pero no con gran indignación. Las gentes de esa clase no sienten mucho las afrentas.

En realidad son poco frecuentes los tratos de dinero, ni la satisfacción sexual es factor importante. La mayor parte de esas personas van a reunirse con sus amigos y con los amigos de sus amigos; a ver a quien, entre el amplio círculo de sus relaciones, encuentran aquella noche en aquel lugar familiar; a renovar conocimientos y a cimentar amistades. Van un rato a "soltarse el pelo", a beber un poco de cerveza con personas a quienes conocen y que les conocen a ellos; a beber un sorbo mientras hablan, a bromear, a chismorrear y gesticular. Van a oír los últimos chistes que circulan entre el mundo sumergido y a participar de aquella atmósfera sin temor a atraer la atención de la sociedad hostil. Van a quitarse la máscara, pues muchos no pueden hacerlo en sus casas, y a consolarse un poco.

¡Bares alegres! En cierto sentido, la denominación es exacta, porque allí se encuentra una alegría, una vivacidad que rara vez se encuentran en otros lugares comparables: tabernas,

clubes nocturnos, fondas o bares. No hay allí gentes aburridas que estiren el cuello para ver un combate de lucha libre en una pantalla de televisión. En vez de eso, la música suena incesantemente, producida generalmente por un aparato donde se echa una moneda. Al compás de aquella música, la gente habla, bebe, canturrea y mira hacia la puerta que acaba de abrirse, para ver quién ha entrado.

Una cara nueva, y sin compañía. El joven se detiene en el umbral y pasea rápidamente la mirada de un extremo a otro de la sala, deteniéndose acá y titubeando allá. ¿Quizá —se preguntan algunos— es un *derecho* que ha entrado allí por accidente y que no quiere más que un *highball* para apagar la sed? Pero uno puede cometer el error, sólo por un brevísimo momento, de formular una pregunta acerca de aquel individuo. Surgen inmediatamente las insinuaciones acerca de su modo de vestir, de peinarse, de mover los ojos, que lo caracterizan para los iniciados; pero en el mundo *derecho* nunca resultará sospechoso. El recién llegado se dirige al mostrador. Todos los ojos se vuelven a sus compañeros.

—Ponga esa canción otra vez.

—¿Quién da unas monedas para echar en el aparato?

La música comienza de nuevo, y algunas canciones parecen ser extremadamente populares aquella noche. Si uno supiese qué música se toca en los otros bares alegres, se quedaría sorprendido de la analogía de gustos. En todas partes se oyen las mismas canciones. Los jóvenes las canturrean con delirio. El grupo las ha adoptado, y las considera suyas. Basta oír una canción de éstas en la calle para saber que procede de la boca de una persona alegre. Después, la canción desaparece, no tan rápidamente como de la popularidad general, y ocupa su lugar en los bares alegres otra canción nueva.

Desde afuera, son como los demás bares. Lo que les hace alegres es la clientela, comúnmente muy bien recibida por los meseros y los dueños, que encuentran que es buen negocio tener un bar de este tipo. Algunas veces —cosa rara hasta en

las grandes ciudades, pero no desconocida— es el bar en que se reúnen las lesbianas. Mas, por lo general, son sitios de hombres, a los que van algunas mujeres, habitualmente con acompañamiento masculino.

Algunos están instalados en los hoteles más elegantes de la ciudad. Otros se hallan esparcidos por los barrios de teatros, por los lugares que frecuentan los bohemios, por los barrios bajos. Pero la línea divisoria no es precisa: desde los hoteles más caros hasta los sitios más pobres, probablemente encuentra uno las mismas caras.

Los bares de más éxito están abarrotados de gente y llenos de humo, particularmente en las noches de los viernes y los sábados. La clientela se divide por grupos o por parejas; pero de vez en cuando un individuo pasa de un grupo a otro, aunque comúnmente los grupos se conocen sólo de vista o por cierto espíritu de compañerismo.

Se encuentra un alivio en el carácter franco de la conversación, y algunas veces tras el alivio viene la ostentación. La rebelión contra el forzado disimulo da impulso al péndulo, y éste en su vaivén, no siempre se detiene donde lo exige el decoro convencional. De cualquier modo, la chismorrería y discusiones de celos y de asuntos del corazón y de la carne se despliegan libremente, y algunas veces se mezclan con observaciones sobre la música de un concierto o sobre el creciente costo de la vida. Como en otros grupos, los intereses son varios, y las conversaciones son superficiales, pero no se limitan al área que une entre sí a los numerosos individuos.

Ocupemos nuestro sitio por una noche en uno de esos bares, observemos las caras, oigamos las conversaciones. Como los demás, miraremos a la puerta, cuando se abre, cuando una cara nueva se deja ver, y oiremos un murmullo:

—¡Mira quién entra!

—No parece muy boyante.

Este último comentario no fué hecho en tono de cuchicheo. La inflexión denota deseo, la intensidad expresa desconfianza.

En un extremo del bar, delante de unas cervezas, están tres jóvenes afeminados: tienen las cejas depiladas, y los cabellos decolorados y ondulados. Rara vez se les ve en el bar, y su presencia no es bien recibida por el dueño ni por la clientela alegre. Gesticulan con movimientos graciosos que, más que femeninos, son caricaturas y exageraciones de los movimientos de las mujeres. Hablan rápidamente, y sus labios se mueven de una manera distinta a los labios de los hombres y de las mujeres. Más propiamente, puede comparárseles con actores, que imitan pero no viven lo que están representando.

—Le dije a Margot que tenía que buscarse un piso nuevo, porque con ella allí no podía yo recibir a todos mis amigos, y se quedó muy ofendida y enojada.

—Dijo que habías armado un escándalo una noche que llevó a un amigo consigo.

—¿Eso dijo? ¿Y la creíste?

—No dije que lo creyese.

—Bueno, no puede creérsele ni una palabra de lo que dice.

El que mira o escucha no comprende; pero el iniciado ya está acostumbrado al curioso cambio de género, frecuente en las conversaciones de algunos círculos homosexuales. Quizá ningún otro aspecto de sus vidas resulta tan divertido, ni tan repugnante aun para muchos invertidos. Nada separa a esas gentes tanto de los otros grupos, como su uso coloquial de *ella* por *él*, etc. Y sin embargo, después de estar algunas horas con grupos de esos, raro será el homosexual que no diga *Juana* por Juan, *Roberta* por Roberto, aunque dirá con cierto azoramiento, y quizá como burlándose de sí mismo: "Es deliciosa", refiriéndose a un copartícipe masculino.

Algunos jóvenes alegres, próximos al grupo gesticulador, escuchan la conversación divertidos y con desprecio. "¡Cómo gritan estos maricas!", dice uno en voz alta. Un rubio teñido se vuelve y replica con viveza: "¿Estás celosa, querida, porque nadie te busca?"

Algunos bares tienen sala de baile, pero generalmente está reservada a parejas de hombres y mujeres, y ocasionalmente a parejas de mujeres solas. Rara vez se permite a los hombres formar parejas, como no sea en una reunión privada o en un baile de máscaras.

A medida que la noche avanza hacia las horas de la madrugada, y se acerca la de cerrar el bar, la muchedumbre se apiña. (¿Pero esa gente no se acuesta nunca?, preguntará alguien.) Mas, aun en aquel ambiente condensado, unos pocos se sienten más solos todavía. No saben mezclarse con los grupos, y por otra parte marcharse solo representa un fracaso insufrible. Para ellos, el compañero recién hallado no es más que un alivio efímero. No pueden escapar de una vida contra la cual se rebelan, ni pueden entrar a formar parte de ella. Van a los bares, se sientan, beben una cerveza, y después se van a sus casas fracasados y abatidos.

Pero en la agitación y bullicio de la noche, entre los muchos que van a beber y a pasar el rato, no se manifiesta ese espíritu. Todo es alegre y motivo de risa. Todas las palabras parecen alegres. La gente ríe, bebe, habla de sus amores; mas rara vez bebe con exceso, hasta llegar a la embriaguez, y sus vidas amorosas no van más allá de una conversación apagada o gustosa.

Algunos se muestran constantemente preocupados con el por qué de sus vidas: leen, buscan, inquieren incesantemente. Otros se consideran a sí mismos como cosa sabida, y únicamente piensan en su última conquista, o más probablemente en la que se proponen hacer. En ocasiones, su pensamiento vuela a la pequeña población donde tuvieron que abandonar la vida hogareña, a causa de la atmósfera asfixiante, de la falta de libertad de movimientos y el constante ambiente de sospecha y murmuración.

—Otra cerveza, José.

—Hoy se está usted pasando. Esta es la tercera.

En una mesa están tres muchachos y una mujer, cuatro personas que forman dos parejas. Las mujeres son raras en aquel bar. Muchos ojos la miran. Todos preguntan: "¿Es alegre?"

No, no es alegre aquella mujer encantadora; está allí con un acompañante y dos amigos muy queridos. En realidad, es una de las pocas mujeres (y él uno de los pocos hombres *derechos)* que se ven en los círculos de homosexuales. Son personas que han gravitado hacia un grupo del cual casi llegan a formar parte, atraídas por la curiosidad, con una amistad personal muy profunda por todo vínculo, y que se consideran a sí mismas como protectores espontáneos. Estas personas son lazos que unen a dos mundos diferentes, y que enseñan al dominante a no temer, pero a no aceptar, y al sometido, a saber que no todo el mundo le es hostil.

Accidentalmente, un individuo no sospechoso es llevado al bar por un amigo más sofisticado, que desea observar las reacciones del otro, usándolas como pista para cubrir las inclinaciones sensuales. O entra un transeúnte, que bebe y se va, sin notar las parejas masculinas que se devoran con los ojos, sin advertir la atmósfera erótica que impregna el bar. La sed y la fatiga, y quizá la necesidad de matar el tiempo, le han llevado hasta la puerta, y después entra, se sienta, bebe, escucha una canción conocida, y en seguida se va. Esas son las personas que creen que la inversión es poco frecuente. No se detienen a mirar en sus propias oficinas o talleres, en sus mismas familias, ni siquiera en el bar.

Cuando uno oye las canciones de hace unos años, recuerda el ambiente de aquel tiempo. Sólo una cosa ha cambiado notoriamente: han desaparecido los soldados y los marineros. En aquel tiempo, los hombres en servicio, soldados y marineros, venían en gran número a disfrutar sus permisos y licencias; otros volvían con sus condecoraciones de guerra y sus cicatrices de las batallas; y otros, que iban a embarcarse para el teatro de la guerra. Eran hombres valientes que fácil-

mente hubieran podido acudir a los oficiales médicos del campamento, o a los psiquiatras, para alegar sus inclinaciones sexuales y evitar el servicio. Por el contrario, habían acudido a un ejército y a una armada donde corrían un doble riesgo, ya en manos de los enemigos de su país, ya en las de su propio modo de ser. Después, pasada la guerra, volvieron a los bares, sin uniformes, pero con los broches de veteranos, los patos lisiados que eran un emblema de su servicio, hasta que éstos también desaparecieron.

Entra una cara nueva, mira en torno y busca un grupo familiar. Los saludos son entusiastas. Es casi un abrazo colectivo.

—¿Esta noche te escapaste de las garras de la vieja?

—Sí. Se fué a ver a su madre, y yo me fuí al cine.

—Hacía mucho tiempo que no se te veía.

Sigue después un montón de preguntas a la persona que ha dejado la senda de la soltería. Ahora vivía aparte del resto, y ya no pertenecía por completo al grupo, aunque todos sabían que era tan alegre como el primero. Le acusaban de hipocresía, pero envidiaban su acomodamiento.

—Ya sabía que os encontraría juntos —dice el recién llegado a dos de sus antiguos amigos—. ¿Todavía formáis la misma pareja de pájaros enamorados?

—No cambia nada en este mundo —murmura filosóficamente uno de los enamorados.

—No dejéis de invitarme a vuestro quinto aniversario.

—Te invitaremos. Jaime es el que no podrá asistir. Sospechamos que está embarazado.

Todos ríen de buena gana.

—Eso me hace recordar una cosa —dice el casado que acaba de llegar—. El mes pasado anduve de viaje con uno de los muchachitos de la oficina, que es lo más hermoso que podéis figuraros. En Portland fuí a un hotel, a preguntar si había habitación, mientras él fué a estacionar el coche. Pedí una habitación doble, y el empleado me preguntó si era para

mí y para mi mujer, y yo le contesté que no, que era para mí y para mi marido.

Todos volvieron a reír, aunque ninguno creyó la historia. El humorismo es un desahogo. Esas gentes sueltan sus chistes alegres, algunos dirigidos contra ellos mismos, otros, contra el mundo hostil; pero hasta los que ridiculizan a la gente alegre son aceptables, porque es ella misma quien los cuenta.

—¿Habéis oído algo de ese profesor que se fué a Long Island? Quería estar en el directorio de *reinas*.

Un hombre de cuarenta años está invitando a beber a un joven de veinte. Este último acepta, y en seguida empiezan a fraguar planes incitantes. Otro grupo discute acaloradamente el valor de los conciertos municipales, mientras el de más allá hace comentarios fútiles sobre personas y cosas. Discuten una película nueva, y mencionan a la estrella con un mote.

—Es tan hermoso, que me muero de gusto cuando lo veo.

—Estás loco. Hay una docena que son más guapos.

—No será tan guapo, ¡pero es tan alegre, que uno espera verlo salir de mujer!

—Dices lo mismo de todos.

—No, no puede negarse que es alegre. ¿Sabéis con quién dicen que vive?

—No. ¿Con quién?

—Con el muchachito que trabaja con él en la misma película. ¿Cómo se llama?

—¡Qué se vaya al infierno! Salgamos de aquí. Vamos a mi casa.

Pasan estas palabras de uno en otro, y se oyen algunas llamadas. Si siguiéramos a un grupo de personas alegres a una reunión de un sábado de noche, encontraríamos quizás a dos o tres docenas apiñados en un departamento donde no caben más. Las habitaciones están a media luz, y algunos jóvenes bailan unos con otros al compás de la música de una gramola. Todos están agrupados por parejas, sentados en sillas, en las camas, por los rincones y hasta por el suelo. Pero unos

pocos están desparejados. Permanecen solos, quizá deseando atreverse a buscar o solicitar un compañero, o quizá cansados de la constante búsqueda y cambio de copartícipes.

—Mañana es día de misa, y tengo que ir temprano —dice un muchacho, que tiene un brazo sobre los hombros de un amigo mientras con la otra mano sostiene un vaso.

—No sería la primera vez que faltases a misa.

—Pero no querría faltar mañana, aunque tenga que estar en pie toda la noche.

Dos jóvenes se besan en un rincón, varios hombres bailan, y otros hablan de las posibilidades de los yanquis en las series mundiales.

—¡Oh, la escuadra, los buenos tiempos del servicio en la escuadra! Infinidad de amantes, y ninguna necesidad de andar buscando trabajo.

—¿Por qué no te reenganchas, si tanto te gusta?

—Escucha, querido: me reengancharía si pudiera hacerlo con el mismo capitán. Todo lo que necesitas para estar bien en la escuadra es una cara bonita y un capitán ardiente.

—No seas jactancioso. Supongo que también te entenderás con el almirante, ¿no?

—Sobre el almirante, te diré...

Pero la conversación queda interrumpida. En aquel momento sale de otra habitación una joven encantadora. ¿Es una mujer? No, es uno de los muchachos de la reunión, un estudiante de leyes a quien quieren mucho todos sus compañeros. Está vestido de pies a cabeza con las ropas de la hermana del dueño del departamento. Se ha maquillado finamente, y un sombrero de mujer oculta el peinado masculino.

Hay silbiditos y exclamaciones de alegría, y en seguida un joven actor se levanta de su sitio, camina lentamente hasta el centro de la habitación, hace una profunda reverencia y se lleva a los labios la mano del estudiante. Declama de memoria un pasaje de Shakespeare, animado por el auditorio, que ríe y grita.

—Aham —susurra un mozalbete, fingiéndose aburrido.

—Ya veo que mañana no iré a misa.

—¿Quieres callar ya, con tanta misa?

—Vámonos. Esto está aburrido.

—¿Adónde quieres ir?

—¡Adónde quiero ir! Siempre la misma pregunta. ¿Adónde puede ir uno?

¿Puede uno huir de los pocos que extienden una mano cariñosa, en un gesto de compañerismo nacido de la angustia común? ¿Puede uno ir a mezclarse con el enemigo, fingiendo ser uno de ellos, despreciándose en secreto a sí mismo por no atreverse a proclamar lo que realmente es?

¿Adónde ir? Si regresamos al bar, al acercarse la hora de cerrarlo, lo encontramos tan abarrotado que apenas si es posible moverse. Ante una mesa está sentado un hombre de unos cuarenta y cinco años, solo, lanzando en torno miradas furtivas, acechando, esperando. Le envuelve una sensación de soledad, como un manto de desesperación. También él se está preguntando adónde ir.

¿A casa? De ningún modo.

¿A los baños? Siempre hay el recurso de los baños turcos, que, por lo menos, ofrecen un momento de desahogo. Toma su sombrero, deja una propina y se va hacia la puerta.

—Vámonos a mi casa —oye decir a algún joven; pero sabe que aquellas palabras no se dirigen a él.

Sigue sonando la gramola, y aun están sin abrir algunas botellas de cerveza. En algún sitio de la gran ciudad los amantes se abrazan, un hombre solitario camina hacia los baños, un bar alegre se cierra, un joven bosteza y pide más bebida, otro dice: "Mañana no llegaré a tiempo a la iglesia", mientras alrededor suyo un grupo canta suavemente, acompañando a un recuerdo, una canción que habla del amor a un joven maravilloso.

CAPITULO XII

No todo lo que reluce es pecado

La esquina de la calle... el bar alegre... y finalmente el baile de disfraces. Llevamos por tercera vez al lector a un lugar de reunión de homosexuales.

Es el día de acción de gracias. En una de las más grandes ciudades de los Estados Unidos han circulado por todos los islotes que forman los bordes homosexuales de la sociedad boletos, invitaciones e informaciones confidenciales. Los boletos circulan por los bares, y durante semanas han sido distribuídos de noche por las casas de los amantes, y discutidos despacio en muchas reuniones.

—Todavía no sé cómo iré al baile —grita un joven con voz chillona.

—¿Podré vestirme en tu casa?

—Mi hermana tiene un vestido muy bonito, de terciopelo negro; pero no sé dónde encontrar un par de zapatos que hagan juego.

—¡Esos tacones altos! Si por algo aborrezco disfrazarme es por los tacones altos.

—¿Por qué no vas vestido de hombre? Todo el mundo te tomará por una muchacha disfrazada.

—Hasta que bailen conmigo, querrás decir.

—No alardees. ¡Siempre está fanfarroneando!

—¿No estaría bien ir disfrazado de compañero viril?

Al fin llega la esperada noche del jueves. En muchas casas hay fiestas, diversiones, y se trinchan pavos; en otras, los niños se disfrazan. Delante de uno de los mayores edificios de la ciudad se apiñan los niños de la vecindad, entre los que se mezclan algunos mayores. Están en las aceras, arman gran barullo, y molestan e insultan, y con voces chillonas y manifiestamente imitativas, gritan como caricaturas de mujeres a medida que van llegando las visitas. En realidad, están caricaturizando a caricaturas.

El edificio mismo suele estar situado al extremo de uno de los barrios más elegantes de la ciudad, porque las gentes encuentran más seguro asistir a un baile de disfraces en una vecindad en la que probablemente no serán reconocidas.

Los taxis se detienen delante del edificio, y descienden de ellos los disfrazados. Los automóviles, conducidos por hombres o por mujeres vestidos de un modo caprichoso, dejan a los viajeros a la puerta y después buscan un lugar para estacionarse, de suerte que el conductor pueda ir a pie hasta el lugar de la diversión.

A las diez, la sala empieza a llenarse; a las once está abarrotada hasta los topes. La banda toca ruidosamente, los hombres bailan con los hombres, las mujeres con las mujeres, y también bailan hombres con mujeres, quizá no muy seguros del sexo o del temperamento sexual de sus parejas.

Allí se mezclan la belleza, la gracia y lo grotesco, a veces un poco de cada cosa en una misma persona; otras, sólo el encanto de quien encarna con éxito a una mujer; o el horror de un individuo que nunca podrá ser aquello para lo cual no fué hecho.

¿Están representando una comedia aquellos hombres y mujeres disfrazados, y sus amigos no disfrazados? Algunos no se toman a sí mismos en serio. Ríen, coquetean, esquivan, y al fin se encuentran metidos en su gran asunto de aquella noche. Otros han ido a observar. Se dan cuenta de que no son completamente iguales a aquella gente, y no querrían

participar en la mascarada, pero participan a pesar de sí mismos. Se sienten irresistiblemente atraídos, pero se reprueban a sí mismos por todo lo degradado que les rodea. Se sienten felices de estar allí, y pesarosos de que tal cosa suceda; lamentan formar parte de aquello, y al mismo tiempo envidian a los que se muestran más identificados con aquel ambiente que ellos mismos

La última vez que asistí a un baile, no hace mucho tiempo, observé a un marino que bailaba con un joven. El marino iba de uniforme, y su compañero de traje de lana en dos colores. Hablaban en voz alta, casi a gritos. Sus cuerpos estaban en un contacto excitante, y sus caras pegadas la una a la otra. Aquella noche no tenían secretos para el mundo, y se oía lo que se decían. No pude dejar de oírlos.

—¿Siempre viene usted aquí disfrazado? —preguntó el marino.

—Sólo vine una vez —fué la contestación—. ¿Y usted?

—¿Cómo llaman ustedes a esto?

Reían y bailaban, y yo pasé a otro grupo. Un hombre y una mujer como de unos veinte años se deslizaban graciosamente sobre el suelo. Un hombre y una mujer... No eran la única pareja de esta clase en la sala. Parecían sumamente contentos de estar juntos. Su intimidad parecía nacer de un estrecho conocimiento, no del contacto. ¿Son amantes, o son marido y mujer?, me pregunté. ¿Por qué están esta noche en esta sala de proscriptos? ¿Han venido por casualidad, o tienen aquí amigos o hermanos, o forman parte de esos raros espíritus que gozan de manera especial con la compañía de personas alegres, aunque ellos no lo son? ¿O quizá buscan emociones nuevas en un mundo que no es el suyo?

Esas son las preguntas que me hice. La banda dejó de tocar, y al pasar cerca de mi mesa, les invité a beber conmigo. Aceptaron, se sentaron, y pedí bebidas mientras miraba fijamente al hombre. En este ambiente, el mirar fijamente pierde su insolencia. Quizá la cara, con sus delatoras señales

de no haber sido afeitada nunca, descubrirá el verdadero sexo, el sexo biológico; o quizá el cuerpo suministre la prueba. Mi fija mirada ha rebasado ya los límites del buen gusto aun en esta sala, pero sólo es correspondida por una sonrisa misteriosa de alguien que se deleita con rehuir la respuesta a mi curiosidad. Interrogo, pero también puedo interrogar a la Esfinge. Se despidieron. Nunca sabré si eran... ¡Pero qué diferencia! Parecían una pareja feliz.

Quizá las tres cuartas partes de las personas que están en el baile son hombres, y quizá una tercera parte están disfrazados. Algunos pueden distinguirse desde lejos. Andan torpemente con sus faldas y sus zapatos. Se les ve desgarbados, desmañados, incómodos. Otros requieren un examen atento, y algunos no pueden ser identificados con seguridad.

Todo el mundo parece pasarlo bien, hasta los policías de espectáculos, que están presentes en gran número, especialmente en los pasillos y en los lavabos. No se toleran la embriaguez, ni la exhibición, ni la conducta deshonesta.

A la medianoche, redoblan los tambores, las luces centellean, y el salón se despeja. Va a tener lugar el desfile de los *queens*. Todos los hombres vestidos de mujer pueden tomar parte. Los vestidos por lo general son de alto precio, con algunas excepciones. Lo que más se ve son faldas ondulantes, colores brillantes y ropas ostentosas. Muchos llevan peluca; otros llevan bandas hábilmente anudadas alrededor de los cabellos.

Uno por uno avanzan hacia la plataforma, y se detienen para posar como las modelos. Giran, se exhiben ante los jueces y el público, sonríen, escuchan los aplausos y después descienden. El desfile puede durar una hora. Después de las primeras ovaciones, el auditorio se limita a dar unos ligeros aplausos, excepto para un vestido muy notable o una personificación muy acertada.

De vez en cuando los jueces detienen el desfile para hacer un examen más detenido, a fin de cerciorarse de que se trata

de un hombre disfrazado, y no de un fraude. Ninguna mujer puede competir con estos hombres que durante toda su vida tienen que hacer frente a la competencia femenina.

A continuación se dan los premios. La *reina* triunfante es coronada, y se asignan los premios segundo y tercero, entre aplausos y protestas. Después se sigue bailando, bebiendo, flirteando, llorando, durante toda la noche. Se acerca la hora de partir. Algunos salen solos, con deseos de quedarse aún, aunque ansiosos de olvidar la noche. Otros salen con los amigos o los amantes con quienes habían llegado. Otros aun, se van en compañía de nuevos amigos. Para éstos, todavía sigue la exploración de aquella noche de aventuras. La noche es joven, y no termina cuando el sol sale por la mañana.

"¡Una vergüenza!", exclaman muchos ciudadanos cuando oyen hablar del baile, y sus juicios los reflejan muchos homosexuales. "Estos bailes son una ignominia. Estas cosas son las que dan tan mala fama a la vida alegre", me dice muy convencido un amigo mío.

"Nadie te obliga a ir, le replico." Pero conozco mucha gente que protesta de ellos, y sin embargo los espera de año en año.

Cuando veo a estos hombres y a estas mujeres en el baile de disfraces, y en otros muchos sitios donde se reúne gran número de gente alegre, no puedo dejar de pensar que el vestirse del sexo opuesto (o *transvestismo*, como se llama este fenómeno) tiene muy poca importancia en el conjunto de estos asuntos. La gente alegre no va en busca de emociones ni de aventuras, ni a buscar amigos nuevos. No creo que vayan impulsados primariamente por la necesidad de exhibirse. Lo que principalmente les lleva al baile de disfraces es el saber que allí estarán entre otros muchos de su misma clase. Allí se les conoce, se les quiere y se les acepta por lo que son. Es una mascarada a la que, irónicamente, uno va a quitarse la careta.

El baile: si hay algo anómalo en las relaciones del grupo homosexual con la sociedad dominante, es el baile de disfraces. Que sea deseado por los homosexuales es un indicio de que encuentran insatisfactorios muchos de los modos corrientes de diversión y solaz. Que sea tolerado por una sociedad tan acremente condenatoria, es un indicio de que la reprobación no es cordial ni sincera. Si las gentes que se reúnen en esos actos fuesen los tipos inmorales e impúdicos que describen los periódicos y los libros, sería totalmente inconveniente, si no inmoral, permitir esas reuniones y enviar policías y detectives para vigilarlas. El grupo dominante admite tácitamente, por su actitud ante el baile de disfraces (lo mismo que por su incapacidad para hacer cumplir sus propias leyes), que no tiene ni voluntad ni fuerza para llevar hasta el último extremo las consecuencias de sus propios juicios morales. ¿Es posible, pues, que esos juicios morales se basen en fundamentos vacilantes, y que sólo sean aceptados en un grado limitado por los mismos que apadrinan la hostilidad social con el mayor entusiasmo?

Para la minoría homosexual, la mayor parte de cuyos individuos no asiste nunca a esos bailes ni siente interés por ellos, y se indigna sólo con oírlos mencionar, esas reuniones juegan un papel que no siempre es comprendido. Todo recurso de carácter semilegal que contribuya a rasgar el velo del secreto y a que se manifieste abiertamente la vida homosexual, es cosa deseable. Es necesario obligar a que se reconozca a esa minoría, insistir sobre sus derechos de reunión, de publicidad y de discusión, como preludio de la lucha por los derechos civiles y judiciales, y, en fin, por la igualdad social.

Pero volvamos a los que han ido a pasar la noche. Por un pasajero momento, aquél es su mundo. Lo anormal es lo normal, el individuo *derecho* es una curiosidad, y amor es sinónimo de la atracción de una persona por otra del mismo sexo.

Respiro profundamente, y aunque el aire está cargado y la sala llena de estrépito, refresca y tranquiliza el saber que estoy en un ambiente al que me siento pertenecer. Merecen vivirse muchos días de angustia por este breve instante de irrealidad.

Miro en torno mío y veo todo lo torturado, lo grotesco, lo trágico de muchas vidas no vividas. Disfrazadas o no, estoy con estas gentes, y deseo que gocen este momento de triunfo pacífico como yo lo gozo.

Era la una cuando vi que una amable y graciosa persona estaba siendo coronada reina de la noche, y un compañero me susurró al oído: "Alma feliz durante una hora; pero puede usted estar seguro de que es una criatura que se siente desgraciada y culpable."

Miré burlonamente a mi amigo: —No estoy del todo seguro —le dije—. En la vida alegre he aprendido una cosa que la gente de fuera no puede creer.

—¿Qué es?

—Que no todo lo que reluce es pecado.

CAPITULO XIII

El amor es algo maravilloso

Ningún aspecto de la vida alegre, salvo la impresión que causa en los individuos el sentirse proscriptos de la sociedad, es tan desconcertante para los miembros de este grupo minoritario como la búsqueda de un compañero de su vida entre individuos de su mismo sexo. ¿Es posible o deseable para dos personas del mismo sexo el amarse exactamente como se aman un hombre y una mujer, mostrar el mismo cariño e interés, ofrecer la misma fidelidad, formar una unión permanente?

Cada ser humano tiene que andar solo el camino de la vida; pero si la básica inseguridad de esa soledad es aliviada por una compañía en la que haya reciprocidad de intereses, las cargas de la vida son más fáciles de soportar. "Vive solo y ama la soledad", dice un autor; pero la mayor parte de las gentes no pueden seguir ese consejo. Se siente la necesidad de compartir la vida con otra persona; la delicia de entrar en casa y encontrar el calor de otra persona que os espera; de tener un amigo con quien reír y llorar; de servir de alivio a las angustias del ser amado, o de recibirlo de éste.

Durante los primeros contactos de una persona con la homosexualidad, advierte la libertad de los juegos sensuales característica del grupo juvenil. La promiscuidad del adolescente alegre es totalmente manifiesta, pero no lo es menos

la del joven *derecho*. Los adolescentes y los jóvenes parecen impulsados por un apremio sexual que no es discriminatorio, pero sí imperioso y promiscuo, y aunque la mayor parte buscan mujeres, algunos buscan hombres, y otros buscan (o aceptan) las dos cosas.

A medida que va madurando, el joven alegre va teniendo noticia, ya a través de lecturas, ya por contacto personal, de uniones duraderas que tienen la permanencia, la fuerza, la fidelidad y hasta los celos, de matrimonios entre un hombre y una mujer. En la literatura de ficción, y algunas veces en la literatura psicológica o sociológica, se hallan aquéllas descritas, y aun glorificadas tales uniones. En *The Well of Loneliness*, Radclyffe Hall describe esos amores como altruístas, desinteresados y abnegados. Otros escritores señalan la falta de permanencia como característica de la vida homosexual; pero muchos jóvenes alegres rechazan esta opinión, y prefieren creer que su modo de vida les llevará a descubrir el amor.

Cuando andan por los veinte años, muchos de estos jóvenes —aunque no todos, como diré en seguida— continúan sus correrías. Su vida amorosa consiste en un cambio constante de compañeros, en pasioncillas que duran un día o una semana. De estas experiencias nacen algunas racionalizaciones: unos llegan a la conclusión de que el amor y la homosexualidad se excluyen mutuamente; otros creen que más tarde o más temprano encontrarán el camino del amor; y otro grupo, en su desilusión, creen que lo mejor es cambiar de compañeros, porque proporciona una experiencia más amplia y se ajusta mejor a los instintos del hombre. "No intentes imitar al otro mundo", me aconsejaba un amigo. "Nosotros somos diferentes. Nosotros queremos dormir juntos, pero no *casarnos*." Este punto de vista es adoptado por un personaje de *The City and the Pillar*, quien no sólo defiende las aventuras de una noche, sino que las encuentra preferibles; y Gore Vidal, autor de esa novela, dice que el protagonista "se enamoró de algunos jóvenes, pero que, como la mayor parte de ellos es-

taban de paso en la ciudad o eran casados, nunca resultó nada de esas aventuras de una noche". No hay que esforzarse mucho para demostrar el poco valor que Vidal da a la expresión "enamorarse".

Según yo lo veo, hay varios impedimentos que dificultan la formación de una unión permanente entre dos hombres, y varias fuerzas que se oponen a un amor duradero. Sin embargo, este amor es, en mi opinión, no imposible, sino sencillamente difícil de lograr, y su logro no sólo es raro entre las personas alegres, sino también entre las *derechas*. No obstante, por determinadas razones psicológicas y sociales, se le encuentra con más frecuencia en el grupo mayoritario.

En primer lugar, la resistencia interna que muchos homosexuales oponen a sus propias tendencias se refleja no sólo en resentimiento y desprecio, con frecuencia inconscientes, hacia su copartícipe, sino en odio hacia él, porque sin el copartícipe, el homosexual no podría satisfacer los deseos que en su fuero interno desprecia. Aunque muchos freudianos sostienen que en todas las relaciones amorosas hay resentimiento y odio, probablemente se encuentran con más frecuencia en la vida alegre que en los matrimonios legales, particularmente si el individuo aun no ha aprendido del todo a aceptarse a sí mismo y a los que son como él, con orgullo y comprensión.

Una cosa es ocultar la actividad para autoprotegerse del enemigo, y otra muy distinta abrigar en lo más íntimo un profundo sentimiento de vergüenza. Cuando esta última está presente, el odio hacia el copartícipe sexual alcanzó con frecuencia una fuerza anormal. El homosexual que abriga ese odio no desea combinar sexo y afecto, sino separarlos. Quiere dormir con desconocidos que no le importan un comino, y después los abandona para buscar nuevos desconocidos y nuevas experiencias.

Si en la búsqueda por el amor y la seguridad un homosexual de este tipo logra una unión permanente, las más de

las veces hay en ella un fuerte odio que puede conducir a raptos de cólera, a infidelidades y finalmente al "divorcio".

El homosexual inclinado a luchar contra sí mismo tiene resentimiento contra su copartícipe, y este sentimiento reprimido se manifiesta tarde o temprano ya en un trato tan ofensivo que obliga al compañero a cortar las relaciones, ya en la ruptura de éstas por el individuo mismo, no probablemente para abandonar la vida homosexual, sino para eliminar al copartícipe.

Un segundo factor que mueve al individuo a buscar constante e incansablemente nuevos copartícipes, o en otras palabras, a vivir promiscuamente, es que, por su naturaleza psicológica, muchas veces el invertido no busca un hombre, pero emplea su habilidad para obtener placer con un hombre como un medio para huir mejor de alguna otra atracción más rigurosamente prohibida. La naturaleza de esa prohibición, que por lo general afecta a inclinaciones incestuosas, y la manera cómo influye en el impulso homosexual, será estudiada en el capítulo titulado "Mirando hacia adentro y hacia atrás." Si la persona amada no es la que en realidad se desea, sino un substitutivo para huir de otra cosa, el acto amoroso no puede ser tan completamente satisfactorio que excluya el deseo de nuevas y diferentes experiencias con otros amantes. La promiscuidad, en último análisis, para muchas de esas gentes, se extiende más allá de las necesidades de variación o cambio que experimenta el ser humano, y puede ser una expresión de fracaso. Una de las fuentes de la frustración es la inhabilidad de la persona amada para llenar los deseos básicos y las necesidades más hondamente enraizadas del individuo.

La frustración es agravada por otro problema, de carácter biológico más bien que psicológico, y es la dificultad con que muchos invertidos tropiezan para encontrar un compañero con quien el pleno goce físico sea recíproco. De aquí resulta que sea raro encontrar las pasiones que empiezan con ternura, crecen con la excitación, se prolongan con el embeleso, y en-

cuentran satisfacción simultánea en un momento de amor recíproco. "Dos hombres no se ajustan física o biológicamente", me decía un hombre de negocios que es también invertido. "Deseo un hombre, pero cuando lo tengo, no siento con él el placer que realmente busco, ni puedo proporcionarle el que él necesita." El resultado es que, en vez de desear al mismo hombre otra vez, con frecuencia se despierta el deseo por otro, y otro, y otro...

A pesar de esa triple dificultad, que yo considero de génesis sociológica, psicológica y biológica respectivamente, muchos homosexuales descubren más tarde o más temprano que en un mismo individuo pueden combinarse la atracción con el cariño, el sexo con la amistad, el amor físico con numerosos intereses comunes, y que el deseo no sólo no disminuye, sino que sigue íntegro, fortalecido por cada experiencia sexual y exaltado por el paso del tiempo. La curiosidad de buscar nuevas formas de placer con variedad de copartícipes, disminuye y llega a ser secundaria ante el deseo de conservar la belleza, la sinceridad y la felicidad de la amistad especial.

En tales condiciones, algunas veces llega a constituirse una unión más o menos permanente. Todos los círculos homosexuales conocen algunos ejemplos de uniones de éstas, y hasta puede haber varias en cada uno. Si los individuos son solteros, el vínculo puede llevarles a vivir juntos; si son casados, se hacen mutuos juramentos y promesas de fidelidad. Algunas de estas amistades se parecen mucho al concepto heterosexual del matrimonio, y aclararía mucho la cuestión el determinar sus semejanzas y las diferencias con los matrimonios legales.

Consideremos, en primer lugar, el modo de seleccionar al compañero. En la mayor parte de los grupos heterosexuales se hace una clara diferenciación entre la elección de un compañero para los placeres sexuales y la de un compañero para la vida. Naturalmente, la atracción sexual es básica en este último tipo de relaciones, pero no excluye otros factores que muchas veces son más importantes: intereses comunes, estí-

mulo intelectual, comprensión mutua y aceptación de los modos de vida. El período de noviazgo suele ser prolongado, y cada uno de los dos individuos considera despacio la cuestión del matrimonio, porque sabe que el paso se reputa casi como irrevocable.

Una vez casados, marido y mujer están sometidos a fuertes presiones legales, biológicas, sociales, financieras y eclesiásticas para prolongar el matrimonio hasta que sea disuelto por la inevitable llegada de la muerte. La iglesia ve con malos ojos el divorcio, la ley lo hace costoso y algunas veces difícil, e implica, como problemas concomitantes, las pensiones para alimentos y la asignación de los hijos a una de ambas partes.

Sin embargo, una considerable proporción de personas casadas se permiten —con una frecuencia que sólo ahora empieza a ser conocida— la fornicación extralegal, algunas veces con un mismo individuo durante muchos años, y otras con individuos diversos. Kinsey afirma que "puede suponerse con seguridad que la mitad de los hombres casados tienen relaciones con otras mujeres que la suya, por lo menos en alguna fase de su vida matrimonial." Muchos otros querrían permitírselas, pero no lo hacen por miedo a las consecuencias o por falta de oportunidad.

A pesar del cuidado con que el compañero es elegido, del compromiso público que representa el acto de la boda, de la descendencia resultante de la unión, de las fuertes presiones ejercidas sobre los individuos para que el matrimonio no se disuelva sino por un acto de Dios, y de los desahogos que ofrecen las generalizadas prácticas adúlteras, se calcula que la tercera parte de los matrimonios norteamericanos celebrados en las últimas décadas, terminan en divorcio.

Por el contrario, el homosexual verifica su unión más bien al azar. No le merecen mucha consideración las consecuencias del "matrimonio", porque no hay ninguna presión que le obligue a continuarlo. Cada una de las partes puede liar su petate e irse cuando quiera. Tan sencillo es el divorcio.

El compañero es elegido sin prestar gran atención a la comunidad de intereses, y sólo por la atracción física y la mutua obtención de placer erótico. Estos factores son importantes, y nadie puede negar la gran influencia de la frustración sexual sobre los matrimonios infelices, aunque en otros aspectos el hombre y la mujer se entiendan perfectamente. Pero el goce carnal por sí solo rara vez puede producir una unión completa ni permanente.

Muy lejos de que la coacción social, legal o eclesiástica actúe para reforzar la unión homosexual, la verdad es que actúa en sentido contrario. Se recurre a todo para que la unión no perdure: oposición de las familias, desprecio de los socios y de los vecinos, preguntas suspicaces de personas entrometidas, todo ello reforzado muchas veces por acciones legales o cuasilegales.

Cuando a las dificultades para conseguir una unión sexualmente feliz se añade la ausencia de restricciones para constituir o disolver tal unión, en seguida se advierte que la inestabilidad característica de muchos sectores de la vida homosexual tiene un origen muy complejo. Este problema, y no los esfuerzos para curar, reprimir, cambiar, vilipendiar o castigar al homosexual, debe ser el único que merezca la mayor atención en lo futuro.

Recuerdo a una joven señora, amiga mía, que me hizo confidencias en el curso de una conversación. "Al principio —me dijo, hablando de su hermano— le tuve lástima, porque me daba cuenta de que la tragedia de su vida radicaba en su incapacidad para sostener relaciones permanentes con una mujer. Hoy, mi punto de vista ha cambiado un poco: creo que la tragedia de su vida consiste en que no puede mantener relaciones permanentes con un hombre."

Este punto de vista se encuentra expresado en una obra de ficción escrita por Georges Portal, *The Tunic of Nessus.* "Lo que me preocupa de ti —dice el tío a su sobrino— son todas esas aventuras disolutas, esas uniones al azar, ese ince-

sante correr de un placer a otro. ¿No puedes elegir un amigo y conservarlo durante mucho tiempo?"

Teniendo en cuenta todas esas dificultades, ¿es el homosexual más promiscuo que los otros hombres? En sus actos, sí; en sus deseos, no. No es sólo que haya pocas restricciones para la promiscuidad del homosexual, sino que la realidad es que todo hombre que no padezca un triste déficit sexual es esencialmente un sátiro indiscriminatorio. La mayor parte de los hombres desean a las mujeres, desean a muchas mujeres, cualesquiera que sean. Seguirían a las muchachas por la calle, si no se lo impidiesen las convenciones sociales; visitarán a las prostitutas sin saber de antemano cuál ha de ser su copartícipe. Difícilmente se encontrará un hombre que se resista a una ninfómana, a no ser que se trate de un homosexual.

Por otra parte, la mujer está muy refrenada. Elige a sus copartícipes con cuidado, se siente excitada sólo por unos pocos, y a veces únicamente por uno. "La hembra humana —dice Kinsey— se interesa mucho menos (que el hombre) por tener variedad de copartícipes. Esto es cierto en sus relaciones premaritales y extramaritales, y es sorprendentemente exacto en sus relaciones homosexuales."

La clave del problema de la promiscuidad homosexual es, por tanto, muy sencilla: el hombre promiscuo (heterosexual) se une con la mujer discriminadora (heterosexual). Ella actúa de factor restrictivo. El no puede satisfacerse indiscriminadamente sin ella; y la mujer no le permitirá hacerlo con ella. Pero el hombre promiscuo (homosexual) se encuentra con el hombre promiscuo (homosexual), y las restricciones desaparecen. La prueba de esto, si es que necesita prueba, la tenemos en las palabras de Kinsey que acabo de citar, palabras que corresponden a los hechos tal como ha podido verlos un observador astuto de los medios homosexuales, a saber, que las mujeres no siguen los patrones de promiscuidad tan comunes entre los hombres.

La importancia de esta observación estriba en que los homosexuales (y los otros) pueden comprobar que no hay nada en la naturaleza de la homosexualidad que impida una relación estable. No es la heterosexualidad lo que contribuye a la estabilidad, sino la presencia de una mujer.

Sin embargo, a pesar de tan graves dificultades, no es del todo imposible encontrar entre hombres afectos que duran toda la vida y que guardan la mayor fidelidad; abnegación y sacrificio comparables a los de los matrimonios legales; la lealtad que distingue al amor y al matrimonio de la sola búsqueda de placer sensual. Dondequiera que estas cosas se encuentren, puede decirse que una vida fructífera ha sido lograda en torno de una relación remuneradora.

Describir dos amantes de este tipo, la naturaleza de su afecto, los vínculos que les mantienen unidos, el género de vida que hacen, sólo serviría para desorientar, porque posiblemente no pueden encontrarse dos amantes típicos, del mismo modo que no existe una relación típica de marido y mujer. No obstante, puedo citar como ejemplo a Claudio y Juan. Su "matrimonio" ya tiene más de diez años. En la familia de Claudio, Juan es admitido no sólo como el compañero de negocios, sino también, aunque como en broma, como el amante de Claudio. En realidad, Lena, dos años mayor que Claudio, y el único hermano varón de éste, ha presentado a Juan como cuñado suyo en más de una ocasión. Las risas con que son acogidas esas pablabras no son despectivas ni de lástima; son amistosas y de simpatía.

Juan y Claudio tienen muchos amigos, tanto en el mundo alegre como fuera de él. Son gente de teatro, literatos, hombres y mujeres a quienes conocieron de estudiantes o después de haber abierto su librería. Para ellos hubiera sido fácil "pasar" —para decirlo con una palabra tomada a otro círculo minoritario—, pero decidieron hace mucho tiempo que aquello no era propio de ellos. Su apariencia masculina, sus

voces y sus gestos, sólo a los muy iniciados podrían revelar su naturaleza.

El amor de estos muchachos empezó en el colegio, donde los dos se distinguieron en las actividades atléticas. Claudio era un nadador notable, de gran rapidez y resistencia. "Algunas veces, en medio de una competencia, si me quedo un poco atrasado, recuerdo como una rayo que soy *queer*, y que tengo que ganar a toda costa", le dijo un día a Juan antes de un partido de *football*. Y aquel día Juan jugó brillantemente.

Después de la graduación, fueron destinados a dos frentes de guerra distintos, y cuando volvieron a reunirse se aprovecharon de los préstamos del G. I. y establecieron sus prósperos negocios.

"Teníamos que hacernos con negocios propios, o vernos condenados a disimular delante de los patronos durante toda la vida —dice Juan—. Y si entre nuestros conocidos hay alguno que no sepa que somos alegres, es porque la cuestión no se suscitó nunca."

Lo que en este caso, y en muchos otros, hizo posible la permanencia de las relaciones, fué el vínculo de los intereses mutuos. En vez de hacer la vida corriente en los hijos de familia, se movían en un amplio círculo social. En vez de la obligación económica de ganar el sustento para un hogar, con todas las responsabilidades que ello implica, crearon un compañerismo de negocios en virtud del cual se necesitaba económicamente el uno al otro. Y proclamando abiertamente su género de vida, se libraron de la necesidad de ser hipócritas y de fingir, y de la vergüenza de considerarse degradados.

Herman y Alex son otra pareja. Herman es algo mayor, el más intelectual de los dos, y está siempre dispuesto a ayudar, a orientar. Indudablemente, en los últimos confines de su alma de amante, Herman es la imagen del padre. Para el mundo exterior, parece que Alex es el favorecido y Herman el favorecedor; pero Alex ofrece juventud, belleza, vivacidad,

encanto, y Herman recibe algo más que satisfacción física, aunque ésta sea para él muy importante. Ha encontrado compañía, un objeto de su cariño, un protegido, y conoce preciosos momentos de honda ternura, ante los cuales prefiere ignorar los males humores frecuentes, las groserías, los períodos de silencio, las ausencias inexplicadas, las misteriosas llamadas por teléfono, y las indignantes y casi violentas negativas. "La sospecha de infidelidad es un insulto —dice Alex—. ¿Por quién me tomas —pregunta a su amigo—, por una vulgar prostituta?" Y Herman pide disculpa por haber dudado, mendiga el perdón, mientras Alex, triunfante, va a verse con su conquista más reciente. Pero siempre regresa, algunas veces avergonzado, un tanto vencido en sus esfuerzos por ser fiel; pero en el fondo y a su manera, está profundamente enamorado de Herman. Alex tiene un verso favorito, y en una ocasión me dijo que sólo con que los homosexuales comprendiesen y aceptasen este elocuente verso, sus relaciones serían más permanentes: "Te he sido fiel, Cynara, a mi manera."

En los primeros años de vivir juntos, Herman ignoró las indiscreciones de su compañero. En realidad, la continuidad de las relaciones se vió amenazada por las insinuaciones de quienes deseaban enterar a Herman. Pero, al pasar el tiempo, éste llegó a comprender, y luchó desesperadamente para conservar lo que quería. ¿Hicieron sus celos más decidido a Alex, porque no era aquella una lucha para no ser dominado y poseído, o contra un nuevo modo de vida? Los dos cambiaron algo su actitud, y encontraron un *modus vivendi.*

"Quizá Alex necesite esos enredos marginales, pero comprende que por ahora no significan nada en su vida, a menos que yo mismo los haga significar algo. Son pequeñas aventuras efímeras, producidas por la curiosidad o por mis propias insuficiencias como amante; pero siempre terminan con su regreso. Si por causa mía tuviera que reprimir esas

tendencias, no me lo perdonaría nunca. Por consiguiente, las descarto como insignificantes y sin importancia. No nos afectan para nada."

De esta manera ha interpretado Alex el verso de Ernesto Dowson en relación con Herman.

Hay otras parejas. Muchas están formadas por hombres uno de los cuales, o los dos, están casados. Otras, por un negro y un blanco, y los dos participantes son bien recibidos tanto en los medios alegres negros como en los blancos. Las hay que ocultan cuidadosamente sus relaciones a los compañeros de negocios y a sus amigos personales, aunque las conocen otras gentes: ejemplo de un equilibrio difícil característico de un problema al que constantemente tiene que hacer frente el invertido.

Cualesquiera que sean los tipos de relaciones, las edades, las razas, la naturaleza de los acomodamientos para el mundo exterior y el grado de fidelidad sexual que impliquen, puede decirse sin error que quienes han logrado una relación estable o un amor verdadero, han adelantado mucho en el camino para resolver el problema de la adaptación del homosexual en una sociedad hostil, aunque no *para* una sociedad hostil. Que ese amor traiga consigo nuevos problemas, no significa de ninguna manera que sea una mala solución para los problemas antiguos. Que sea difícil de lograr, no significa de ninguna manera que sea una quimera fantástica. Que este amor y la senda del matrimonio se excluyan mutuamente, de ninguna manera es evidente por sí mismo, aunque el equilibrio de un "matrimonio" homosexual permanente con un matrimonio legal sea extraordinariamente difícil, más aún, en realidad, y en determinados aspectos, que otros tipos de conducta practicados por el marido alegre. Que no resuelva por completo el problema del triste espectro del homosexual que envejece, no significa que no contribuya a tal solución; en realidad, puede ser que el carácter transitorio de la juventud sea inherente a la tragedia humana.

CUARTA PARTE

CULTURA

CAPITULO XIV

De la debilidad a la fuerza

Se supone casi universalmente que la homosexualidad es una tragedia personal. No sólo es sinónimo de soledad, en la vida del proscripto, sino que, según se dice, destruye todas las fuerzas "buenas" que residen en el individuo. Síntoma del desarrollo de una personalidad neurótica, se manifiesta, en opinión de algunos científicos, en combinación con otros trastornos sexuales o de la personalidad. El homosexual es, según creen los científicos sociales, un amargado contra la sociedad, con razón o sin ella, y toda su actitud es antisocial. Finalmente, dicen esas personas, el homosexual odia a sus mismos amantes y gasta gran energía en buscar nuevos copartícipes de su placer erótico, en vez de emplear su energía, su tiempo y su personalidad en el mejoramiento individual o social. Todo eso tiende a explicar, y quizá a justificar, la actitud cultural hacia los homosexuales en estos últimos años.

Algunas de las afirmaciones anteriores tienen un ligero aspecto de ser exactas. Otras no son más características del invertido que de los demás hombres. Otras aún, proceden claramente de la pereza mental que conduce a pensar con ideas estereotipadas, por virtud de las cuales un solo rasgo o un grupo de rasgos observados en un solo individuo, o en unos pocos, se proyectan sobre toda una minoría, ya sea racial, religiosa o sexual.

Sin embargo, la aseveración de que la homosexualidad, como fuerza poderosa y siempre actuante, es dañina para el individuo y para la sociedad, se opone a la verdad histórica, es incompatible con el carácter y las realizaciones de los genios homosexuales, y diverge por completo de las observaciones subjetivas (bien que prejuiciosas) de quienes se mueven dentro de los grupos homosexuales de nuestra sociedad.

¿Qué significa el pertenecer a la más repudiada de todas las minorías? ¿Es posible derivar de esta inferioridad en la vida, aparentemente grande, alguna fuente de energía? Por lo que afecta a la formación de los caracteres y de las personalidades, ¿pueden los homosexuales llegar a ser personas "mejores" a causa de la especial, extraordinaria y aun indeseable posición en que se encuentran al enfrentarse con la sociedad?

La capacidad para convertir la adversidad en fuente de fortaleza, para convertir en una ventaja la inferioridad en la vida, requiere una mente muy inteligente, y todo el mundo reconoce que entre los homosexuales se encuentran con frecuencia altos niveles intelectuales. Adolfo Meyer ha dicho que la homosexualidad se presenta "en individuos normales, y hasta de dotes intelectuales y éticas excepcionalmente elevadas".[1] Y Havelock Ellis afirma: "El hecho de que la homosexualidad es especialmente común entre los hombres de talento excepcional fué hace ya mucho tiempo observado por Dante (aquí hace Ellis unas citas de *El Infierno)*. Desde entonces ha sido observado, y sigue siendo un hecho notable. No puede caber la menor duda en que los talentos artísticos e intelectuales del orden más elevado se han presentado frecuentemente asociados con un temperamento sexual congénitamente invertido".[2]

En otro pasaje observa Ellis que "la inversión probablemente se acompaña de la capacidad intelectual más elevada tanto en las mujeres como en los hombres".

[1] *The Commonsense Psychiatry of Adolf Meyer,* 1948.
[2] *Studies in the Psychology of Gex.*

Un observador más reciente, el Dr. Mauricio Chideckel, ha referido sus propias observaciones (relativas exclusivamente a las lesbianas): "Las homosexuales que he conocido desplegaban un alto grado de intelectualidad." [1] Y Max Lerner, observador muy agudo, pero que no es psiquiatra, ha escrito: "El hecho es que los homosexuales frecuentemente aventajaban mucho a las fuerzas armadas en educación e inteligencia." [2]

Teniendo, pues, en cuenta que el invertido probablemente tiene por lo menos una inteligencia media, si no una inteligencia superior, ¿cómo puede utilizar, y cómo utiliza de hecho, no sólo su inteligencia y sus talentos, sino su inclinación sexual y su lugar en la sociedad como proscripto, para el mejoramiento social y personal?

Es característico de las relaciones grupales mayoría-minoría el concepto de superioridad que el grupo dominante manifiesta y que trata no sólo de utilizar como justificación de sus represiones terroristas y como fundamento científico de la actitud de su grupo, sino también para imponerlo a los individuos de la minoría. No es raro, por eso, encontrar en ciertos grupos raciales por lo menos la aceptación inconsciente de muchos dogmas de sus enemigos.

Durante toda su vida, desde el momento en que advierte que es homosexual, y que por lo mismo forma parte de un grupo humano despreciado, el individuo está expuesto a la propaganda de que "no es tan bueno" como las demás personas. Se le dice, u oye decir, que él (o sus análogos, con quienes debe identificarse) es "casi un hombre", casi "un medio hombre", que es un degenerado, un desviado, un pervertido. Está expuesto, en los libros más sabios igual que en el lenguaje de la calle, en boca del erudito no menos que en la del ignorante, no sólo al desprecio, sino a una campaña definida para demostrarle, y aun para convencerle, de que su modo de vida es inferior.

[1] *Female Sex Perversion*, 1938.
[2] *New York Post*, 20 de julio de 1950.

Desde los días en que asistí a la escuela secundaria, he oído esos juicios y esas palabras, algunas veces pronunciadas por personas a quienes amo, otras por gentes a quienes desprecio. Pero, ¡ay!, he visto también el desprecio del mundo expresado por muchos de mis amigos alegres. No obstante ser alegres, a pesar de sí mismos, todos cuantos habitan ese mundo de proscriptos, reflejan, consciente o inconscientemente, la propaganda de la mayoría dominante.

Es difícil ignorar esas invectivas autoderrotistas. He ocupado muchos años de mi vida, y ha requerido una inestimable terapia psicoanalítica, vencer tales influencias sobre mis propias actitudes. Pero aun antes de que hubiese logrado refutar y en seguida descartar los puntos de vista hostiles, ya había reaccionado contra ellos. Desde entonces he aprendido, mediante la observación, que mi reacción no es inhabitual.

El mundo me consideraba inferior, despreciaba a mi clase y por tanto a mí mismo, y me creía un ser indigno de la humanidad. Ardía en mí la necesidad de rehabilitarme, y sólo podía eliminar la influencia de quienes me consideraban por debajo de ellos esforzándome incesantemente, a pesar de todos los obstáculos e impedimentos, por sobresalir aun por encima de mis propios talentos. Mis principios éticos debían estar por encima de todo reproche, mi honradez ser mayor que la de los otros, mi lealtad a los amigos y a los ideales más firme que la de los demás, precisamente porque me tenían en tan poco, y precisamente para que yo mismo pudiera tenerme en mucho más.

Las mismas dudas sobre los juicios que yo hacía de mi personalidad —la misma impresión que me producían las palabras: *Soy un homosexual, un invertido, un marica*— me impulsaban en todos los momentos del día a convencerme de que era tan bueno como las demás personas, y en realidad mejor. Sentía la necesidad de creer en mí mismo, como deben sentirla todas las personas. Porque la humanidad me hace tan difícil conservar mi propia estimación, encuentro

necesario exaltar mis propias actividades, dar impulso a mis propias realizaciones, para que la fe en mí mismo sobreviva a tantos golpes deprimentes. Y quienes hayan estudiado los reajustes de la personalidad en personas de otros grupos minoritarios, ya de carácter racial o religioso, reconocerán que mi lucha ha seguido patrones o modelos no infrecuentes.

En mis estudios escolares, no quedaba contento con hacer satisfactoriamente el trabajo de que era capaz. Siempre me esforzaba por sobresalir entre mis compañeros. Esa era mi respuesta a aquellos ante quienes llevo la máscara del anónimo, porque también ellos manifestaban desprecio hacia mí, aunque no supiesen que yo era objeto de su actitud. Era mi manera de devolverles la presuntuosa opinión que tenían de sí mismos al considerarse superiores. Me acicateaba la idea de que si mi cultura era mayor, mi pensamiento más profundo, mis talentos más creadores, asumiría a mis propios ojos la elevada estatura que deseaba tener.

Este es, quizá, un aspecto de las leyes de compensación. Es el duplicado de las bravatas del cobarde, de la altanería del mezquino, de la arrogancia del que padece un sentimiento de inferioridad. En otros campos, se le llama mecanismo de defensa, o complejo napoleónico. Pero no es el origen lo que importa. Nos interesan los resultados, ya sean beneficiosos ya destructores para la sociedad y para el individuo. Una persona de corta estatura es antisocial cuando trata de compensar su pequeñez desplegando maneras dictatoriales en las que usa a las demás personas como peones. Que esta conducta proceda de un factor que está fuera de su control, y pueda volverse en otras direcciones, eso no la hace más grata a la sociedad. ¿Y qué sucede con el homosexual? Muchas de sus realizaciones brotan del esfuerzo que hace para sobresalir con objeto de combatir la influencia de la reprobación universal sobre su propia estimación. Esta es una consecuencia beneficiosa, aun cuando proceda (o no proceda) de una fuente desgraciada.

El homosexual, además, tiene aguda consciencia de que no es aceptado por la sociedad y de las dificultades (sociales, económicas y de otros géneros) que de ahí se derivan. Cada momento de disgusto, cada caso de humillación, cada acto de repulsa, despiertan un espíritu de rebeldía que raras veces se dirige contra la sociedad, sino contra las actitudes ofensivas e injustas de la sociedad. Y, sobre todo, el hecho de ser un paria provoca la solidaridad y la comprensión con otros grupos de individuos que ocupan una posición análoga en nuestra civilización.

"El ser alegre me ha enseñado una cosa —me decía un trabajador social por quien siento el más profundo respeto—, y es que la palabra 'tolerancia' es la más fea de nuestro idioma. Ninguna es peor entendida. Pedimos a las gentes que sean tolerantes con los demás, en otras palabras, que los soporten. Yo no quiero ser tolerado, y no veo por qué haya de luchar nadie para ser tolerado. Si la gente no es buena, no debe ser tolerada, y si es buena, debe ser aceptada."

En las relaciones intergrupales particularmente en la cultura occidental, los hombres están muy lejos de haber logrado la aceptación de otros individuos que no sean ellos mismos. La tolerancia, en el sentido de buena disposición para aguantar la existencia de los demás, todavía tiene que ser conquistada. ¿Y qué es, sino un miserable compromiso? En nombre de la humanidad se hacen llamamientos a los diversos grupos para que mutuamente se toleren, cuando la tolerancia es en realidad poco más deseable que la intolerancia. La última es sólo un poco más inhumana que la primera.

El homosexual, echando a través de todas las fronteras raciales, religiosas, nacionales o de castas, frecuentemente reacciona contra la exclusión con una comprensión profunda de todos los demás que probablemente han sido escarnecidos por pertenecer a un grupo proscripto. "Ahí, pero por la gracia de Dios...", se dice, y el homosexual, como todos los que forman parte de otras minorías dominadas "siente" tanto

como comprende el sentido de esa frase. La persona que ha sentido la punzada de verse excluída por la cultura dominante puede reflexionar que, después de todo, bien pudo haber nacido en otra religión, raza o color, ser uno de los intocables de la India, o una criatura mental y físicamente inferior. No puede unirse a los que rechazan a millones de sus compañeros de todos los tipos y grupos, sino aceptar a todos los hombres, actitud que felizmente le impone el estigma de verse expulsado del seno de la sociedad.

No es extraño, pues, que un sentimiento democrático verdadero y genuino informe las actividades del grupo homosexual. Leed las declaraciones del proceso de Oscar Wilde, y veréis que el fiscal hace repetidas y sarcásticas referencias al hecho de que un hombre de la posición social de Wilde hubiese comido con un palafrenero y con un lacayo. En esta circunstancia descubre el fiscal la prueba de una amistad inmoral, es decir, sensual. La mezcla de grupos sociales no sólo era incomprensible, sino que sugería la existencia de inclinaciones homosexuales. Pocos años después observó Edward Carpenter que no es raro que el patrono y su empleado crucen las fronteras de clase cuando se sienten unidos por sus temperamentos eróticos. Y en la actualidad, los enraizados prejuicios que restringen los matrimonios y las amistades con arreglo a la situación social —familia, riqueza, religión, color, y otros muchos artificios —están notoriamente ausentes de los grupos sumergidos que forman la sociedad homosexual.

¿Cuáles son las fuentes de ese espíritu democrático? Son dos: la similaridad de actividades e intereses entre los que tienen inclinaciones sexuales análogas, que trascienden sus diferencias étnicas y sociales; y, en segundo lugar, la repulsa consciente de las barreras y los prejuicios que dividen a la humanidad en innumerables sectores antagónicos. En esta última categoría encuentro yo una reacción ante el hecho de ser alegre, que hace que de la inferioridad nazca la fortaleza.

La simpatía por toda la humanidad —incluyendo a los grupos similarmente despreciados en sus derechos— que manifiestan tantos homosexuales, puede ser un factor de lo más beneficioso no sólo para el individuo, sino para la sociedad. El homosexual puede demostrar, y con frecuencia demuestra, que no es un amargado, porque ha aprendido por necesidad lo que significa ofrecer la otra mejilla. Se ve obligado por las circunstancias a responder al odio con el amor, a la injuria con la compasión. Por tanto, nada tiene de extraño que, como médico, educador o pacifista, manifieste una ternura hacia los otros, no obstante lo trágico de su dilema, que rara vez se encuentra en personas que no han sufrido profundamente. Las humillaciones de la vida pueden destilar una reacción de ternura, de fervor y de comprensión no sólo hacia las personas que están en las mismas circunstancias, sino hacia todos los desgraciados, los despreciados, los oprimidos de la tierra.

¿La impresión que causa el saberse homosexual se refleja en el campo de las actividades intelectuales? El mero hecho de pertenecer a este sector de la humanidad, en las condiciones dominantes en el actual ambiente cultural, obliga constantemente al individuo a buscar solución, en sí mismo, a sus problemas. Tiene que examinar sus motivos, analizar su conducta. Reprochado por la "bajeza" y la "fealdad" de sus actos, desea saber qué es lo que le diferencia de todos los que le rodean.

Este estudio introspectivo no se limita a la esfera de los deseos sexuales. Penetra toda la personalidad y todas sus actividades. El gran *por qué*, la infantil manifestación de curiosidad que, en las mentes de los niños, menos inhibidas que las de los adultos, se esfuerza por penetrar el último enigma de la vida del hombre y su significado, es típica de la mentalidad homosexual. Incapaz quizá para desenvolver las cualidades extrovertidas que exige un mundo receptivo para moverse en él libremente; luchando para hallar solución al misterio de sus propios deseos imperiosos; no dispuesto a aceptar a ciegas

sus propios hechos sin comprenderlos, el invertido gasta la mayor parte de su actividad mental en estudiarse por dentro. Los arrebatos de cólera, la percepción crítica de una obra de arte, el fundamento de una amistad rota, la tarea no terminada, el soñar despierto y las pesadillas nocturnas: cuando se presentan estas facetas de la vida, ¿cuáles son sus ocultos significados, cómo se enlazan con la personalidad total? Estas capacidades perceptivas, aguzadas por la búsqueda interior, pueden ser aplicadas, y lo son con frecuencia, a la comprensión de todas las gentes. Superficialmente, esto parece limitarse a la habilidad para reconocer, detrás de la fachada de la respetabilidad, la homosexualidad oculta, latente o disimulada; pero también permite descubrir el significado oculto de un poema, la morosidad de un apretón de manos, y hasta la actitud condenatoria de una persona hostil. Esa habilidad es, en cierto sentido, una forma de autoprotección.

Las habilidades analíticas que se desarrollan por la introspección, aguzadas por el esfuerzo para penetrar la máscara anónima, se extienden a la comprensión de todos los aspectos de la conducta humana. Como el homosexual sabe que sus actividades, pensamientos, filosofía y aspiraciones sólo son comprensibles a la luz de un pleno conocimiento de las complicaciones de la estructura emocional; como sabe que los motivos de una acción pueden ser enmascarados de un modo tan perfecto que parecen brotar de una fuente contraria a la verdadera; como, en resumen, se ve obligado a obtener gran copia de conocimientos acerca de su propio carácter psicológico, puede aplicar, y muchas veces lo hace, esos conocimientos para conocer plenamente a los demás. Y cuando a ese conocimiento se añade la compasión por todos los individuos y todos los grupos, sea cualquiera la situación trágica a que les haya llevado la vida, se obtiene una rara y valiosa combinación de rasgos espirituales.

Por otra parte, el homosexual, no por una característica congénita ni por un desarrollo coincidental, sino como resul-

tado de su posición en la sociedad, es propenso a hacerse escéptico e iconoclasta. ¿Por qué? Porque en aquel sector de su vida que de manera tan vital le interesa, se ve obligado a rehuir una actitud que en los demás se considera como cosa sabida y natural. Sabe que, a no ser en unos pocos y raros espíritus, son cosa indiscutible el carácter vicioso y lo absurdo de las prácticas homosexuales. Ve que no hay lugar para la indagación ni para el argumento, y que personas que en otros terrenos se muestran razonadoras y de capacidad científica, tratan de la homosexualidad con invectivas irreflexivas y con piadoso desprecio.

Pero él, el homosexual, está firmemente convencido de que la gran masa de la humanidad está equivocada en sus juicios. Aunque su opinión es fruto de la necesidad, sus implicaciones para su actividad intelectual son muy extensas, porque habiendo rechazado un punto de vista que a tantas gentes le parece indiscutible, se pregunta si muchos otros dogmas que también se consideran indiscutibles, no se basan en una fe irreflexiva, en una pasión ciega, en un razonamiento ilógico, y si no serán prejuicios retrasados que en una época o en otra formaron parte de las costumbres dominantes en la sociedad.

Entre muchos de mis amigos alegres, ningún precepto, por grande que sea el ardor con que se le sustente, es considerado como incambiable. Ninguna idea nueva, por absurda que al principio se la repute, deja de triunfar en su día. Ya se trate de política o de medicina, de filosofía o literatura, o de cualquier otra materia ajena al campo del sexo, el homosexual las examina con una mentalidad que generalmente es inquisitiva y escéptica.

Hasta la misma inestabilidad que impregna las actividades del homosexual, sus intereses efímeros, su incapacidad para terminar muchas de las tareas que comienza, son cualidades que pueden resultar útiles para el individuo y para la sociedad, porque son características de una personalidad dotada de

talentos muy diversos. Si, en la prosecución de esos intereses efímeros y de esas investigaciones impacientes, un individuo puede adquirir conocimientos diversos y desarrollar talentos en varias direcciones, la combinación de conocimientos y de talentos que aparentemente no guardan relación entre sí, puede llegar a ser particularmente valiosa.

Indudablemente, muchas de las cualidades que he enumerado brevemente no se encuentran en muchos homosexuales, así como se encuentran en muchas personas cuya heterosexualidad es indiscutible. No todos los homosexuales son capaces de aprovechar su posición desventajosa para el mejoramiento propio en todos los aspectos y en todas las direcciones. He hablado de la lucha para sobresalir, pero muchas personas alegres quedan fácilmente vencidas. Su energía ante el peso que soportan resulta insuficiente para satisfacer las exigencias de la vida. He señalado la solidaridad que se extiende a otros individuos y grupos que también luchan, cada uno a su manera, contra la exclusión. Pero en muchas personas alegres están profundamente enraizados los prejuicios. Han sido incapaces de aprender la lección que tan clara debiera ser para ellos, en frente de la hipocresía y de las persecuciones del mundo. He hablado del individuo que se vuelve compasivamente hacia sus prójimos; pero los hay que muestran una crueldad sensual y sanguinaria. No siempre están presentes el estudio y el examen de sí mismo, ni el escepticismo es necesariamente una fuerza constructiva.

Los rasgos que he enumerado no se encuentran en todos los homosexuales. Algunos de los varios resultados posiblemente beneficiosos, con frecuencia son reacciones ante el hecho de saberse alegre, particularmente bajo las condiciones sociales dominantes. Se les cita como guía y estímulo para aquellos que, tanto *derechos* como alegres, no creen que pueda nacer nada bueno de esas pasiones. A la luz de la íntima relación que guardan el hecho de ser homosexual y las características intelectuales y de la personalidad que de él se

derivan, puede uno apreciar el genio de Leonardo, de Whitman y de Proust.

No quiero sostener, naturalmente, que las características que se desarrollan en los homosexuales se limiten a este grupo. Otras minorías que sufren análoga exclusión, así como muchos individuos cuyas minorías no tienen estado legal reconocido, presentan las cualidades que encuentro tan generalizadas entre los grupos homosexuales. Las características deseables proceden de muchas fuentes, ya grupales, ya individuales. La homosexualidad y la reprobación social son los únicos orígenes que aquí tomamos en cuenta.

Si el impulso homosexual es utilizable para fines que tanto el individuo como la sociedad consideran deseables, y si muchas de esas características proceden, no del impulso homosexual, sino de la reprobación de ese impulso por la sociedad, y del estigma que cae sobre quienes practican (o desean practicar) esa forma de amor, ¿no es esto, en realidad, un alegato para que continúen las actitudes represivas? ¿No frustraría la sociedad sus propios fines si abandonase sus prohibiciones o si aflojase en su hostilidad? Aquí vuelve a ofrecérsenos la analogía con las minorías raciales y religiosas. Al fuego de la protesta contra las convenciones postesclavistas y contra el antisemitismo pueden atribuirse muchas de las mejoras obtenidas por los negros norteamericanos y por los judíos; pero sería absurdo retorcer este hecho para convertirlo en argumento que justifique el Ku Klux Klan o el hitlerismo. ¿Y por qué? Porque es la misma esencia de la democracia, y la antítesis del totalitarismo, el creer que la justicia y el "juego limpio" son cosas deseables en sí mismas. La represión y la intolerancia deben ser condenadas, sean cualesquiera los altos fines que las motiven o los resultados útiles que inesperadamente puedan nacer de ellas.

La reacción beneficiosa que hace la represión útil para los fines más bellos de la vida, está lejos de ser una justificación de ese sistema. En realidad, lo contrario es lo cierto, porque

es la demostración del carácter, la fuerza y la inteligencia del invertido, que da un mentís a los motes que le aplican sus enemigos y prueba que merece ser aceptado por la sociedad.

Los fines deseables que acabo de señalar deben ser tomados en cuenta contra los sufrimientos innecesarios, contra la exclusión y la humillación, contra el chantaje y los procesos, cosas todas éstas que proceden del mismo carácter represivo de la cultura moderna. La extraordinaria energía de quienes han utilizado el desprecio de sus prójimos como incentivo para desplegar actividades creadoras, quizá iguala a la energía gastada y derrochada en la lucha contra ese mismo desprecio.

Hay como una ironía poética en el futuro del homosexual en la sociedad, porque éste empleará la gran fuerza de carácter adquirida en la lucha, para seguir luchando contra las injusticias a las que en gran parte debe aquella fuerza de carácter, y la venturosa terminación de las actitudes represivas puede poner fin a los mismos resultados felices que se empleaban para conseguir aquella terminación. Sin embargo, estoy convencido, y en seguida intentaré demostrarlo, de que hay, en el conjunto del sistema social, un lugar permanente para el homosexual, lugar que trasciende a la reacción contra la hostilidad y que seguirá contribuyendo al mejoramiento social después de que la sociedad haya aceptado al homosexual.

CAPITULO XV

En busca de un héroe

Es característico de toda minoría que tiene una situación social inferior, tratar de identificar a las personas que obtienen triunfos notables, con su grupo, y glorificar a los individuos de la minoría que logran éxitos dignos de ser reconocidos. Es la respuesta del individuo a los estereotipos que presentan el periodismo y la propaganda; y la necesidad de esa respuesta nace no sólo con objeto de contrarrestar las connotaciones desagradables creadas por la casta dominante, sino también para dar apoyo a la autoestimación, que decrece constantemente a consecuencia de la hostilidad. Al identificar una gran personalidad con su minoría, los miembros de ésta en realidad se identifican a sí mismos, en gran medida, con la grandeza de su héroe.

De esta suerte, las comunidades judías convirtieron en ídolos a hombres como Espinoza, Heine y Einstein, y destacan con orgullo, si bien mezclado con cierta desconfianza, la originalidad y la profundidad de Marx y de Freud. Y los negros no sólo ensalzan los triunfos de sus numerosos héroes, desde Crispus Attucks hasta Ralph Bunche, sino que han hecho notables investigaciones para demostrar que cuentan en su grupo con hombres como Alejandro Hamilton, Pushkin, Dumas y otros muchos.

Ninguna minoría ha necesitado tanto como la homosexual encontrar héroes que gocen de universal respeto. Identificando a hombres y mujeres de indiscutible mérito con la homosexualidad, los invertidos cultos esperan hallar un indicio de la contribución específica que el hecho de pertenecer sexualmente a una minoría reprobada ha aportado al genio creador de esas personas. Mostrando el estereotipo positivo más bien que el negativo, esperan, además, contrarrestar la propaganda desfavorable a que están sujetos los homosexuales.

Creen muchos directores del movimiento cultural homosexual, que si el grupo heterosexual dominante puede ser convencido de que hombres tales como Platón, Leonardo, Miguel Angel y Whitman, fueron invertidos, entonces la sociedad deberá rechazar completamente a esos hombres, y a sus obras, cosa que no es fácil, o deberá abandonar su hostilidad, admitiendo la posibilidad de "homosexuales buenos". Realmente, la aceptación de esos hombres implica que la sociedad reconoce que, por lo menos, algunos homosexuales pueden ser útiles a la civilización. Pero el admitir tal cosa sería fatal para toda la superestructura de prohibiciones y reprobaciones. Por tanto, el culto del héroe, tan evidente en los grupos homosexuales, es una manifestación cabal del esfuerzo para exponer los rasgos contradictorios de la presente actitud de la sociedad.

La identificación de genios creadores del pasado con su propio carácter grupal es tarea particularmente difícil para los homosexuales. Esto se debe no sólo al severo estigma que cae sobre quienes confiesan sus tendencias homosexuales, sino al oprobio que cae también sobre sus familias. En consecuencia, pocos de los grandes talentos han hecho declaraciones abiertas, como Gide; pocos se han consagrado al asunto tan plenamente en su campo de actividad creadora, que hayan manifestado, fuera de toda duda, sus propias predilecciones, como Proust; pocos han dejado datos biográficos incontrovertibles, como Symonds, Marlowe y Francisco Bacon. Por otra parte, muchos han dejado un legado deliberadamente oscuro,

y prefirieron expresar sus sentimientos homosexuales de una manera sublimada, como Leonardo; otros, como Whitman, movidos quizá por la necesidad de autoprotegerse, negaron sus inclinaciones y hasta acusaron a los que interpretaban sus obras de esa suerte; otros, como Tchaikowsky, fueron víctimas de un esfuerzo deliberado, por parte de los biógrafos, para omitir, mentir, defraudar y alterar los hechos.

El esfuerzo para descubrir a los homosexuales entre las grandes mentalidades del pasado y del presente, resulta muy dificultado por la cuestión bisexual. Hasta un hombre como Gide se asombra cuando Proust, en la intimidad de su habitación, negaba toda predilección bisexual, y admitía (o proclamaba) que su libido se dirigía exclusivamente hacia los hombres. Cuando los homosexuales o los bisexuales del pasado han sido casados y han utilizado su matrimonio para oscurecer más aún sus verdaderos sentimientos, la tarea del biógrafo analítico se hace mucho más difícil. Pero cuando hay que estudiar a hombres de fama y de éxito esencialmente heterosexuales que han mostrado cierta inclinación al homoerotismo en circunstancias especiales, como probablemente fueron los casos de Byron, Shelley, Tennyson y quizá Wagner, el campo de la investigación resulta extraordinariamente difícil. La línea divisoria entre la amistad y la atracción sexual no siempre está señalada con fuerza, y la clasificación de los seres humanos de acuerdo con el sexo de su objeto amoroso es igualmente difícil.

Tanto los homosexuales como los heterosexuales han sido culpables de racionalizaciones, de deducciones ilógicas, de confusión deliberada, de exageración y de supresiones en sus estudios sobre los personajes famosos de la historia. Proust declara, sin equívocos, que Baudelaire era homosexual, y ofrece como única prueba, según el relato de Gide, los hermosos y simpatizantes poemas relativos a las lesbianas. No juzguemos de la verdad del aserto, y advirtamos únicamente que el asunto fué resuelto sobre pruebas muy débiles.

Algunos hombres que no han dejado un legado sospechoso, salvo unas palabras de simpatía o de amistad para algunos invertidos notorios, o quizá fuertes palabras de amor para un amigo (como Goethe para Winckelmann, Wagner para Ludwig, Montaigne para La Boëtie, Tennyson para Arturo Hallam) son clasificados por muchos investigadores entre los sospechosos. Cuando las palabras de amistad se dirigen a un homosexual, la sospecha crece, porque el homosexual está tan deshabituado a expresiones de simpatía por parte de quien no lo es, que le parece completamente lógico pensar que todo el que le muestra alguna comprensión quizá es de un temperamento no muy distante del suyo. Es evidente que este argumento es totalmente autoderrotista, porque cierra la posibilidad de encontrar aliados en el movimiento de protesta.

Si los homosexuales son culpables de basar sus estudios sobre cimientos débiles (por ejemplo, la interpretación de Shakespeare basada únicamente en la dedicatoria de los sonetos, o la de Tennyson fundada nada más que en las palabras de compasiva aflicción contenidas en su *In Memoriam)*, los heterosexuales no son menos culpables cuando llegan a conclusiones contrarias. En realidad, los biógrafos que se han mostrado ansiosos de dejar "inmaculados" a sus héroes han mentido, han suprimido, han retorcido las cosas de una manera que resulta mucho más vergonzosa que cualquier hecho de la vida de sus biografiados. Sólo una investigación deficiente puede llevar a una persona honrada a negar que Paul Verlaine y Arturo Rimbaud, los grandes poetas simbolistas franceses, fueron homosexuales. ¿Y qué puede haber de más vergonzoso que la biografía de Peter Ilyich Tchaikowsky por su hermano Modesto, que conocía perfectamente la inversión de Peter Ilyich y el hecho de que su matrimonio probablemente no fué consumado, pero suprimió todo esto y pintó un retrato completamente falso del gran compositor ruso? Podría multiplicar los ejemplos. Hace poco honor al nombre de un erudito como Van Wyck Broocks, por ejemplo, el que

en su estudio crítico sobre Symonds —estudio que llama "biográfico"— no sólo haya omitido toda mención de la homosexualidad, que es básica en la crítica de Symonds sobre los poetas griegos y del Renacimiento, sino que tampoco menciona varios libros escritos por Symonds.

Muchos nombres de los que figuran en las páginas de la historia han sido incluídos en la nómina de los homosexuales. Enumero aquí algunos, sin el menor intento de espíritu crítico, porque dejo a algún futuro historiador, o a varios, la tarea de apartar lo verdadero de lo falso, lo bisexual de lo homosexual, los individuos que han reprimido su impulso sexual de los que le dejaron manifestarse y gozaron de él, los hombres para quienes este amor es aceptable de aquellos para quienes es inevitable. Y, lo que es aún más importante, aun está sin estudiar en qué medida contribuyó la homosexualidad a la formación de esas personalidades, qué efecto tuvo sobre su filosofía, sobre su obra, y sobre el legado que dejaron a la humanidad. ¿Pudieron *Leaves of Grass* ser escritas por alguien que no fuese homosexual? ¿Pueden interpretarse sino como expresión de un invertido? ¿Tienen, por eso, menos significación para cualquier persona corriente? Estas son cuestiones vitales a las que tiene que hacer frente un biógrafo.

Entre los grandes hombres, algunos de los cuales ya han sido mencionados, figuran militares de genio, como Alejandro, César y Napoleón; los filósofos griegos Sócrates y Platón; Safo, la poetisa del nombre de cuya isla natal viene el que se da a las mujeres homosexuales; Píndaro, cuyas odas se consideran entre los poemas más hermosos de todos los tiempos; Marlowe, Shakespeare y Francisco Bacon, entre otros muchos ingenios del tiempo de Isabel de Inglaterra; Leonardo da Vinci, Miguel Angel y probablemente Benvenuto Cellini entre los gigantes del Renacimiento; Tchaikowsky, Djughaliev y Nijinsky entre los rusos; Rimbaud, Verlaine y Baudelaire, tres maestros de la expresión poética francesa;

Goethe, Wagner e indiscutiblemente Winckelmann, considerado este último por los críticos como el mayor poeta alemán de su tiempo; los eruditos Pater y Symonds; Walt Whitman, que revolucionó los conceptos poéticos; Byron, Shelley y Wilde entre los escritores ingleses; Rosa Bonheur, una de las más grandes pintoras de los tiempos modernos; Marcel Proust, André Gide, y otros muchos escritores contemporáneos de Norteamérica, Inglaterra y Francia, que no pueden ser nombrados por razones obvias.

La lista anterior no es exhaustiva, y los nombres que figuran en ella no han sido elegidos por la ociosa chismografía de un invertido inculto, pero curioso. Baudelaire, como ya he dicho, está incluído en la lista por la sugestión de un gigante de las letras francesas, de una mentalidad sutilmente analítica: Marcel Proust; Leonardo, por la insistencia de Freud; Miguel Angel por las investigaciones de Symonds. Y así encontramos en Proust y en Symonds la ardiente necesidad de tener "héroes".

¿Por qué preponderan tanto los artistas, los poetas, y quizá los danzarines, y no figuran científicos (salvo Leonardo, cuyos diversos talentos son difíciles de clasificar), industriales y políticos (salvo los genios militares)? ¿Por qué hay compositores, y no exploradores; actores y actrices (actuales, no nombrados por mí, pero sobradamente conocidos), y no grandes inventores? ¿Indica esto alguna predilección especial por parte de los homosexuales? ¿Están sus talentos canalizados en determinadas direcciones? No lo creo. La capacidad creadora homosexual, casi siempre liberada de ideas convencionales, con una imaginación desatada, desencadenada y apoyada en la necesidad de lograr la perfección para vencer la duda de sí mismo, no se limita primordial ni completamente a las artes, sino que está presente en científicos, en industriales, en educadores, en jefes religiosos, en inventores. Pero ciertas personas han dejado detrás de sí, en las páginas de la historia, un legado que permite interpretar con seguridad sus

vidas. Esos hombres fueron o los que más se han expresado a sí mismos (escritores) o los más prominentes (militares, dictadores, soberanos). ¿Quién hubiera sabido que una brillante mujer de la isla de Lesbos amaba a las muchachas, si hubiera sido una científica y no una poetisa, puesto que fué precisamente en su poesía, no obstante los frecuentes retorcimientos de la expresión, donde expresó sus sentimientos de un modo innegable? ¿Quién hubiera sabido que uno de los directores de la industria alemana era homosexual, si no hubiera ganado la prominencia de la notoriedad por sus actividades y no hubiera sido arrastrado al suicidio?

Los escritores del pasado, lo mismo que los actuales, dejan pruebas indiscutibles de sus predilecciones. Los científicos, los hombres de negocios, los jefes políticos, los inventores, todos estos hombres y mujeres no sólo no dejan tales pruebas, sino que se ven forzados a la humillante situación de tener que negar con vehemencia y de desorientar deliberadamente.

Sólo cuando una vida privada trasciende tanto al público que todos sus detalles son conocidos, podemos encontrar pruebas de homosexualidad. La realeza puede servir de ejemplo, y la historia de la mejor conocida de las dinastías modernas, la inglesa, suministra casos interesantes. Los historiadores imparciales de hoy afirman que cuatro de los últimos treinta reyes que han reinado en Inglaterra fueron homosexuales.

Quienes se acercan a este problema con prejuicios antagónicos son incapaces de interpretar satisfactoriamente la influencia de la homosexualidad entre los pueblos del mundo occidental. No pueden explicar por qué esta pasión floreció en la incomparable civilización de la antigua Grecia y en los círculos renacentistas de la mayor capacidad creadora. Sin embargo, muchos admiradores de la civilización griega se apresuran a apartarse de esta gran pasión y a condenarla. No es raro leer cuán repugnante le resulta este aspecto de la vida griega a algún erudito o historiador, como lo manifiesta nada menos que un historiador de la talla de Lecky. Pero estas per-

sonas no sólo revelan sus prejuicios, sino que se ven cogidas en una trama de contradicciones, porque no sólo intentan comprender, sino admirar, los ideales griegos, sin aceptar la base sobre la cual se sustentan; aceptan las glorias de Grecia, y rechazan el amor homosexual, que fué la base de toda su estructura social.

Tomemos la figura del venerable Whitman, el barbudo sabio de Camden, el poeta cantor de la libertad. No puede haber duda en que Whitman era homosexual. Es dudoso si también tenía inclinaciones bisexuales, pero esto no interesa a la cuestión de cómo ha sido tratado por sus biógrafos. El hecho esencial es que, a ciencia cierta, experimentaba el impulso homosexual y que probablemente lo satisfacía. Resulta evidente en casi todos los versos de sus poesías, y está claramente indicado en su correspondencia y en muchos detalles de su vida. Ahora bien, ¿cómo intenta el mundo heterosexual compaginar esto con su interpretación y valoración de un hombre tan universalmente admirado como Whitman? Trataré este asunto con algún detalle, porque demuestra el área de impenetrabilidad, el embotamiento de las facultades críticas más agudas, cuando un heterosexual pretende mantener intactos sus prejuicios y al mismo tiempo interpretar fielmente las contribuciones de un genio homosexual.

Un grupo de los biógrafos de Whitman niega unos hechos, suprime e ignora otros, al mismo tiempo que acentúa la importancia, como prueba, de la famosa carta del poeta a John Addington Symonds, en la cual creen que quiso contradecir la interpretación que daba Symonds a las poesías de "Calamus", una de las secciones más francas y abiertas de *Leaves of Grass*. Un traductor francés de Whitman se toma la libertad de expresar el género gramatical donde Whitman lo ha evitado cuidadosamente. El poeta dice "my friend", "my comrade", "my lover", y el traductor puso "mon amie", "ma camarade" y "mon amante", en femenino en los tres casos.

Pero al acumularse las pruebas de homosexualidad, los biógrafos críticos empezaron a referirse a Whitman como un homosexual "latente" o "subconsciente", términos mal definidos, pero menos estigmatizadores. Semejante caracterización se basaba en poco más que conjeturas. Si fuese cierta, Whitman le hubiera dado, más probablemente, expresión en una forma negativa mostrando fuerte repugnancia a toda insinuación de amor homosexual. La carta de Whitman negando la interpretación de Symonds ha sido citada sobre todo para justificar esta teoría de la "subconsciencia".

¿Qué dicen los hechos? El 19 de agosto de 1872 Symonds escribió a Whitman preguntándole si no estaba justificada su interpretación de "Calamus". La carta quedó sin respuesta, pero preocupó a Whitman. Constantemente hablaba de Symonds en los términos más altos, pero rehuyó negar o afirmar la exactitud de la interpretación aun a su amigo Horacio Traubel. "Siempre me molesta un poco que me pregunten acerca de *Leaves;* prefiero que el libro conteste por sí mismo".[1]

La carta, lo mismo que otras varias que le escribió Symonds con el mismo objeto, no obtuvo contestación durante dieciocho años. Por fin, en 1890, Whitman desaprobó "la morbosa inferencia", a la que llamó "condenable". Esta desaprobación, según Henry Seidel Canby, uno de los mejores biógrafos modernos, era totalmente sincera, aunque "psicológicamente... pertenecía al sexo intermedio". Whitman no era un homosexual "en el sentido vulgar de la palabra", pero "no era, ciertamente, un animal normal en cuerpo y alma... apasionado, el amor físico por un hombre era tan posible en él como pudiera serlo en una mujer, y, en el caso de Whitman, más fácil".[2] Todo esto, evidentemente, aumenta las contradicciones sin sentido.

Otro grupo de críticos no intenta la negativa. Whitman no sólo era homosexual, dice Mark Van Doren, sino que su in-

[1] Horacio Traubel: *With Walt Whitman in Canden*, 1906.
[2] *Walt Whitman, an American*, 1943.

versión sexual penetra toda su obra y es básica en su filosofía, que por esta causa no tiene sentido ni utilidad para el hombre moderno. La lógica de esta conclusión es aterradora. El mundo habrá de rechazar los diálogos de Platón, la Capilla Sixtina, la sonrisa de la Gioconda, la *Sinfonía patética,* las comedias de Wilde, la poesía de Whitman, pues todas esas creaciones, y otras muchas, motivadas por el impulso homosexual, no tendrán sentido para una personalidad normal. Los principios democráticos de Whitman "carecen totalmente de sentido", son "absolutamente nulos", "no tienen ningún sentido político serio para los hombres y las mujeres sanos", porque Whitman, "semiconscientemente", se refiere al amor homosexual cuando habla del "afecto varonil".[1]

No sólo se admite francamente el temperamento homoerótico de Whitman, sino que se le cree la base de su filosofía, de su poesía y de sus opiniones políticas, que es precisamente lo que yo he sostenido en otro lugar. Sin embargo, discrepo del análisis de Van Doren cuando rechaza la obra de Whitman, no por su contenido, sino por su origen. También Newton Arvin admite la motivación homosexual, pero arguye que los orígenes personales —de las ideas, de la filosofía, de la literatura— no pueden tomarse como pruebas de su validez; pero, por miedo a que el lector confunda a Whitman con el homosexual estereotípico, Arvin añade —de una manera que recuerda a los que conocen "un judío bueno", o, lo que es peor, "un judío blanco"— que "Whitman no era un simple invertido, un simple *caso;* fué hasta el fin, en casi todos los sentidos reales y manifiestos, un ser humano agradable y sano".[2] Adviértase lo que lleva implícito esta observación: ¡el mero invertido, el mero caso —cualquiera que sea el significado de esto— no es un ser humano agradable y sano! ¡Y esta caracterización la hace un crítico agudo, no un simple heterosexual!

[1] Citado por Newton Arvin, *Whitman,* 1938.
[2] Newton Arvin, *Whitman,* 1938.

Aunque Arvin acepta la obra de Whitman, y aunque reconoce la verdad en lo que afecta al temperamento de su biografiado, en ninguna parte valora la contribución de Whitman a la poesía y a la evolución de nuestras ideas democráticas a la luz de su inversión sexual. Y esto es fundamental para comprender el papel del homosexual, ya sea un genio o un "simple caso", en nuestra sociedad.

La homosexualidad, afirmaba André Gide, "es indispensable para la constitución de una sociedad bien regulada". Mientras esta verdad incontestable no sea comprendida, la obra de Whitman y lo que significa su genio para los tiempos modernos, serán enigmas indescifrables para los investigadores. Así como los homosexuales no rechazan la música de Chopin, aunque está impregnada del trágico sentimiento de su amor por las mujeres, ni las influencias literarias de un Dickens o de un Joyce, tampoco el "hombre normal" debe caer en el absurdo de rechazar un arte, una filosofía, una música o unas ideas políticas porque procedan del talento creador de un homosexual. Más aún: es necesario descubrir cómo el carácter sexual de Whitman afectó a su genio creador. Por ejemplo: ¿fué capaz de romper las cadenas de la versificación tradicional porque su mente se vió obligada a discutir todos los conceptos preconcebidos? ¿Fué capaz de desarrollar el espíritu de compañerismo y de verdadera democracia porque su espíritu se inspiró en el compañerismo y el íntimo contacto del hombre con el hombre? ¿Pudo infundir a Norteamérica el espíritu de la democracia porque sentía la profunda necesidad de una sociedad que admitiese las opiniones de las minorías no conformistas? ¿Pudo escribir con inmortal simpatía para el hombre Lincoln y cuidar a los heridos en los campos de batalla de la guerra de secesión, porque, como homosexual, sentía simpatía por las penalidades de sus compañeros en la gran cruzada por la libertad humana?

Mientras el crítico heterosexual no deje a un lado su repugnancia, mientras no se libere del concepto del "simple in-

vertido", no podrá entender a Whitman, ni a Gide, Proust, Wilde, Verlaine, ni a tantos otros. Sólo entonces podrá el biógrafo saber qué motivos impulsaban a esas personas. Sólo entonces podrá saber si fué a causa de su anomalía, más bien que a pesar de ella, por lo que pudieron dejar al mundo más rico de lo que lo encontraron, y si su legado tiene sentido para todos los hombres, aunque proceda de hombres que pertenecieron a un grupo particular

Entre tanto, a pesar de todos los esfuerzos para negar y disociar, a pesar de todo el ridículo que cae sobre quienes identifican al alegre muchacho del bar con los genios de Whitman y de Leonardo, la verdad es que pertenecen a un mismo y único grupo. Ni la mentira ni la tergiversación pueden destruir la unidad básica.

Los héroes de los homosexuales son numerosos, y quizá se ha establecido un cùlto en torno de ellos. Si esto es cierto, los adoradores han actuado como una minoría, aunque, probablemente, ignorantes de la conducta de su grupo. Algunos héroes son más amados que otros, y hay quien admira a esas personas ciegamente, con las facultades críticas embotadas por el deseo de creer. Ha sido tan poco recompensada la inversión, que los homosexuales se vuelven afanosos hacia cualquier hecho del que pueden obtener alguna satisfacción. Poco le costó a Proust convencerse del temperamento de Baudelaire, y a Carpenter de las inclinaciones de Shakespeare. Evidentemente, la minoría se muestra tan ansiosa de creer como la mayoría de negar.

Pero en esos héroes no se encuentra sólo justificación y ejemplo. En sus vidas y realizaciones puede hallarse la clave para comprender el significado de una anomalía y un indicio de cuál es su lugar en el conjunto del mundo. Lo que la homosexualidad ha comunicado a las vidas de unos pocos, lo ha dado también, de manera análoga, a los menos favorecidos de dotes naturales.

¡Qué patético resulta el esfuerzo de quienes glorifican a un héroe, al mismo tiempo que condenan su vida! Estos críticos niegan, ignoran; o saben, y no obstante intentan demostrar lo indemostrable: que las capacidades creadoras no tienen nada que ver con el accidente del temperamento sexual; y, si tienen algo que ver, que las obras de los homosexuales deben ser rechazadas por los hombres de otros temperamentos.

Incumbe, pues, a los homosexuales palmariamente reconocidos como tales —o a las pocas personas heterosexuales que abordan el problema con comprensión y simpatía—, interpretar a aquellos hombres, sus vidas, su psicología, sus aspiraciones, sus legados, para una sociedad que puede beneficiarse de una herencia cuyos orígenes caen fuera de su compresión.

CAPITULO XVI

Literatura de la homosexualidad

Opinan muchos historiadores de la literatura que *El satiricón* de Petronio es la novela más antigua que ha llegado a nosotros. Esto concede al homosexual la distinción de ser protagonista de la primera novela que ha sobrevivido al paso de los siglos. Durante el período intermedio entre el Renacimiento y los comienzos del siglo xx, el tabú sobre la homosexualidad en el campo literario, fué tan severo que una gran parte de la literatura lleva disfraz y necesita un análisis muy agudo para ser reconocida.

Sería imposible hacer un catálogo más o menos extenso de las obras dramáticas y las novelas que constituyen una biblioteca de literatura homosexual. Muchos autores han empleado sutilezas que quizá eran inherentes a su estilo, o quizá fueron impuestas por las convenciones sociales; pero la interpretación exacta de los escritos de Balzac, de Henry James y de Oscar Wilde, nunca podrá ser más que conjetural. Si se pudiera disociar al autor de su obra, difícilmente podría demostrarse la base homosexual de *El retrato de Dorian Gray;* pero cuando se sabe que fué escrito por Wilde, ciertas frases sólo pueden ser entendidas con un sentido homosexual, ya leídas con su contexto o fuera de él. "Vicios secretos... el duque de Berwick salía de la sala de un club cuando yo en-

traba... ¿Por qué vuestra amistad es tan fatal para los jóvenes?... Dorian, Dorian, vuestra reputación es infame."

Muchos intelectuales sienten tal ansia de encontrar en la literatura una justificación y una guía hacia la felicidad, que creen que toda manifestación de amistad es de naturaleza sexual. Pero los críticos responsables, los vanguardistas y estudiosos de la literatura psiquiátrica, también han encontrado pruebas de homosexualidad en sus interpretaciones de los clásicos más "inocentes". Un crítico da una interpretación homosexual a *Huckleberry Finn*, y otro a *Charley's Aunt*.

En *The Pupil* de Henry James, por ejemplo, se describe una atracción mutua muy fuerte entre un joven tutor y su pupilo. Leyendo ese cuento, no encuentro nada que indique que James considerase aquella atracción como producto de una necesidad sexual recíproca entre los dos jóvenes, y esta interpretación, a lo que me parece, no es necesaria para comprender ese escrito. Evidentemente, no comparte mi opinión el crítico Albert Guérard, que afirma que el libro trata de la homosexualidad masculina.

Por otra parte, no hay manera de entender la amistad entre los dos amantes de las hermanas Brangwen en *Women in Love*, de D. H. Lawrence, a no ser que uno de ellos sienta la necesidad de goce físico con un amigo masculino; y esto está claramente indicado, no sólo por el modo como Lawrence entendía el freudismo, y en incidentes como el del prolongado apretón de manos, sino por el pasaje con que termina el libro:

—¿Necesitabas a Gerald? —preguntó ella una noche.

—Sí —contestó él.

—¿No te basto yo? —preguntó ella.

—No —contestó—. Me bastas, en cuanto puede bastarme una mujer. Para mí, eres todas las mujeres. Pero necesitaba un amigo, tan perdurable como tú y yo lo somos.

—¿Por qué no te basto? —dijo ella—. Tú me bastas a mí. No necesito a nadie más que a ti. ¿Por qué no te ocurre a ti lo mismo?

—Teniendo a uno, puedo pasarme toda la vida sin nadie más, sin otra intimidad completa. Pero para hacerla completa y verdaderamente feliz, necesitaba la unión eterna también con un hombre. Es otra clase de amor —dijo él.

—No lo creo —repuso ella—. Es una obstinación, una teoría, una perversión.

—Bueno —dijo él.

—No puedes sentir dos clases de amor. ¡Cómo vas a sentirlas!

—Parece que no es posible —dijo él—; pero necesitaba las dos.

—No puedes sentirlas, porque es falso, es imposible— dijo ella.

—No lo creo —respondió él.

La amistad es el tema de una hermosa novela francesa titulada *Special Friendships*, de Roger Peyrefitte, en la que se expone el deseo erótico naciente entre dos muchachos de escuela; pero este tipo de amistades entre escolares, y particularmente las manifestaciones análogas entre niñas, ha sido descrito en innumerables novelas que ofrecen poco campo para la interpretación homosexual.

Por último, hay gran número de libros en que el homosexual juega un papel de importancia relativamente menor, pero no insignificante. El (o ella) no es el personaje principal, pero ejerce importante influencia en la vida del personaje central y en el desarrollo de la novela. Me vienen a la memoria libros como *Serenade*, de James Cain, *Dusty Answer*, de Rosamond Lehmann, y *The Rainbow*, de D. H. Lawrence. O *The Lost Weekend*, de Charles Jackson, estudio brillante de un alcohólico cuyos reprimidos recuerdos homosexuales vuelven a presentársele durante la embriaguez.

Algunos autores fueron atraídos por este asunto a causa de la importancia que tuvo en sus propias vidas; otros, porque vieron en él un campo para el estudio de determinados conflictos: ya conflictos interiores, planteados en el alma del

individuo, ya conflictos del individuo con la sociedad. Además de los ya mencionados, Smollet, Maupassant, Flaubert, Gautier, Proust, Gide, Gertrudis Stein y Tomás Mann, entre otros muchos, han escrito acerca del temperamento homosexual. A éstos pueden añadirse muchos escritores contemporáneos o recientes que todavía no han conquistado un lugar seguro en las letras, pero que ciertamente figuran entre los literatos destacados de nuestros días: Henry B. Fuller, Panait Istrati, Ronald Firbank, Wyndham Lewis, Cristopher Isherwood, Jean-Paul Sartre, Jean Genêt, Gore Vidal, Truman Capote, James Cain, Radclyffe Hall, Jean Cocteau, Edouard Bourdet, Roger Martin du Gard, Djuna Barnes, Compton MacKenzie, Clemence Dane, Mary Renault, Parker Tyler, John Horne Burns, Gale Wilhelm, Blair Niles, Tennessee Williams, Evelyn Waugh... y la lista podría prolongarse. A estos nombres pueden sumarse los de un grupo de escritores jóvenes que han publicado novelas, inspiradas a menudo en sus propias experiencias y observaciones. Sus novelas son por lo general más importantes por su contenido que por su forma artística; pero sus contribuciones a la literatura de la homosexualidad y a la comprensión de sus problemas deben tenerse en cuenta. Y, finalmente, hay muchos escritores importantes —Herman Melville es un ejemplo destacado— cuya obra puede ser interpretada a la luz de la homosexualidad encubierta.

Algunos de los escritores mencionados han estado obsesionados con la inversión sexual. Otros han escrito sobre este asunto sólo una obra, como *Hands*, la novela corta de Sherwood Anderson. Respecto de algunos autores, Gale Wilhelm, por ejemplo, me parece que el tema les inspiró lo mejor de su obra; mientras que para otros, como Gore Vidal y Grace Zaring Stone, la excursión en el campo de la novela homosexual constituyó un fracaso, pues sus obras de este género no pueden compararse a las demás que han escrito.

La literatura sobre este tema se aclararía si fuese clasificada en dos grandes grupos: obras escritas por individuos

cuyos conocimientos fueron adquiridos por un estudio desde fuera, y obras escritas por homosexuales que conocen aquella vida desde dentro. Si esta clasificación fuese posible, resultaría muy interesante el análisis de las obras. Demostraría los diferentes grados de comprensión y las diversas actitudes con que abordan el asunto los individuos pertenecientes al grupo y los que no pertenecen a él. Sin embargo, gran parte de la literatura producida por escritores que conocen el tema desde dentro, ha sido enmascarada de una manera que anula gran parte de su valor. Algunos pocos hombres de letras han proclamado abiertamente sus inclinaciones: Genêt, y antes que él, Gide. Otros pocos eran homosexuales notorios que no lo disimulaban mucho: Radclyffe Hall, Marcel Proust. Pero aun en las primeras obras de Gide, *L'Immoraliste*, por ejemplo, se encuentran circunloquios innecesarios, como si el autor no estuviera completamente seguro sobre si debía o no aclarar al lector una situación que para él era completamente clara. Indudablemente, Gide no hubiera encontrado necesaria esa actitud si hubiese escrito *L'Immoraliste* en sus últimos años. Y en cuanto a Proust, a pesar de sus francos escritos sobre la homosexualidad, prefiere enmascarar el tema cuando está implicada la palabra "Yo". Opinan muchos críticos, y ha sido plenamente demostrado por Justin O'Brien,[1] que uno de los principales personajes femeninos de *A la recherche du Temps perdu*, Albertine, es un hombre "trastrocado", y que la pasión del novelista por ella es, en realidad, un caso de homosexualidad disimulada.

Los homosexuales que han escrito sobre el tema de la inversión, frecuentemente han usado seudónimos. Si esto les sirviese para hablar con más claridad y para describir con más sinceridad, sería laudable el recurso. Pero el seudónimo

[1] *Albertine the Ambiguous: Notes on Proust's Transposition of Sexes*, en "Publications of the Modern Language Association of America", diciembre de 1949.

no siempre ha liberado a esas personas de la coacción de los juicios morales y de los principios heterosexuales.

Uno de los procedimientos de enmascaramiento, utilizado por Proust, consiste en encubrir el género por una deliberada transposición del sexo. Otros han escrito pasajes que sólo pueden ser interpretados por los iniciados; sus libros pueden ser leídos por personas inteligentes sin que sospechen que se trata de un tema homosexual. Esto han hecho algunos escritores que han imitado a Whitman evitando el uso del género en sus pasajes amatorios: usan expresiones como *copartícipe, imagen soñada, amante, persona,* y otras parecidas.

Pero la práctica de evitar deliberadamente el género puede servir a otro fin, más digno desde el punto de vista literario: la expresión de la bisexualidad, más bien que el padrinazgo de la confusión deliberada mediante el enmascaramiento. En un libro en que el personaje principal es atraído por el hombre y por la mujer, John Horne Burns describe las reminiscencias del protagonista acerca de sus aventuras amatorias en un hábil pasaje que sólo puede ser interpretado como un indicio de bisexualidad:

"Y mientras el agua arrastraba las innumerables partículas de pelo rojo desprendidas de la máquina de afeitar, pensó en sus experiencias de Nueva York, en las últimas vacaciones, y en las observaciones de sus compañeros de cama, a quienes intrigaba su boca partida:

—¡Ooooh, hermano!...

—Bésame así otra vez. No había vuelto a sentir nada parecido, desde que me mordió un cangrejo...

—Ponme la boca en el cuello y chupa...

Se preguntaba si su técnica de amante tenía por causa su cicatriz, porque ahora la suya era una boca más idónea para la oración que para las caricias." [1]

[1] *Lucifer with a Book,* 1949.

El recibimiento que el mundo literario y el público lector dan a los libros sobre el tema homosexual, es interesante. Un revistero dudaba de que la versión de cierto escritor fuera convincente, y lo atribuía a su afortunada ignorancia del asunto, pero el novelista mismo difícilmente podía ser tan ignorante como el revistero. Otro crítico, que escribe en uno de los periódicos literarios más importantes, decía de sí mismo que era alérgico a las novelas que tratan este problema: ¡extraña concesión, para ser hecha por un revistero!

Para los lectores alegres, las novelas sobre la homosexualidad están lejos de ser satisfactorias. Se admite, por lo general, que deben ser juzgadas en tres aspectos independientes y distintos, aunque relacionados entre sí: primero, como intento literario; segundo, como descripción fiel de un aspecto de la vida alegre; y tercero, como documento social en favor de un grupo minoritario. Para el lector común o heterosexual, el primer aspecto es el más importante, el segundo no puede juzgarlo, y el tercero no suele interesarle. De esta suerte, un lector heterosexual inteligente puede decir que *The Well of Loneliness* es un fracaso literario, que *The City and the Pillar* es insulsa y aburrida, que *The Fall of Valor* carece de fuerza de convicción, que *The Sling and the Arrow* es la historia de un caso clínico, y que *The Divided Path* es un pequeño estudio sobre un conflicto insignificante.

El lector homosexual puede estar de acuerdo con algunos de esos juicios pero de otros discrepará radicalmente. Busca una obra literaria y artística, pero no es necesario convencerle de una estructura emocional en la que está muy versado. Situaciones que a otros lectores les parecen imaginarias, para él son cosa cotidiana. Desde su punto de vista, *The Well of Loneliness* es sobre todo un alegato social; *The City and de Pillar* es la fiel descripción de un aspecto de la vida alegre, pero no ofrece solución al problema que plantea; *The Fall of Valor* más que poco convincente es atípica, y probablemente sufre de la inhabilidad del autor para dominar su asun-

to; *The Sling and the Arrow* es la insignificante historia de un caso clínico escrita por un individuo que obviamente (y, si ustedes quieren, afortunadamente) ignora el asunto; *The Divided Path,* es la descripción de un conflicto con el que todo el mundo está familiarizado, y ofrece un comienzo de solución posible.

¿Qué papel puede representar una descripción literaria de la homosexualidad? Puede instruir, estimular y ofrecer alguna sugestión para la solución definitiva del dilema que tienen planteado los individuos. En su intento para instruir, puede dar conocimientos beneficiosos para el público en general y para los homosexuales en particular; puede estimular al invertido a proseguir en sus prácticas, a vencer en la lucha por su reajuste o adaptación, y a aceptarse a sí mismo; puede dar análoga ayuda a los amigos, parientes y otras personas que deben mostrarse comprensivas; y, finalmente, al sugerir una salida, puede hacer ver a todos los lectores que la vida del invertido no es la de una persona sin esperanza y condenada al desastre.

Como la novela es por lo general la descripción de un solo individuo y de un grupo pequeño, y no una descripción panorámica de un gran sector de la sociedad, sus caracterizaciones pueden ser, y con frecuencia lo son, atípicas. De esta suerte, tres obras literarias importantes por lo menos, refieren el despertar de un homosexual a quien este impulso arrastra por primera vez muy avanzada ya la edad madura. Tomás Mann manejó este difícil asunto con rara belleza y aguda penetración psicológica en *La muerte en Venecia;* André Gide lo hizo tema de *L'Immoraliste,* donde el complejo pecaminoso del protagonista se complica con la enfermedad y la muerte de su novia; y Charles Jackson vuelve a plantear un situación parecida en *The Fall of Valor* (después de haber interpretado magistralmente la homosexualidad reprimida y la embriaguez en *The Lost Weekend);* pero en *The Fall of Valor* muchos

detalles sugieren que el profesor no estaba tan ignorante de su homosexualidad latente como lo da a entender el autor.

Mas, aparte de valorar la obra a base de su arte literario, ¿qué pueden decir los homosexuales de libros como *La muerte en Venecia?* Por una parte, no tiene relación ninguna con los problemas a los que tienen que hacer frente la mayor parte de los homosexuales, aunque deja ver la delgada línea que separa dos modos de vida que con frecuencia se creen mutuamente exclusivos. Por último, describe el fenómeno de la homosexualidad, tan frecuentemente combatido, como expresión del amor griego por la belleza juvenil.

La descripción literaria de un grupo minoritario incluye con frecuencia cierto número de obras no simpatizantes. Ninguna incursión literaria en el dominio homosexual ha sido, en mi opinión, tan repulsiva como *Trio* de Dorothy Baker. Esta escritora describe una lesbiana que atrajo a su influencia a una jovencita inocente, cautivándola con una notable ostentación de capacidad intelectual, manifestada en una obra literaria que estaba preparando. Resulta que aquella mujer es una ladrona literaria, que la obra ha sido robada, que no tiene verdadero talento crítico, y que toda su originalidad estriba en la creación de una teoría según la cual la degeneración es prerrequisito necesario del genio. La muchacha, además, está verdaderamente enamorada de un hombre y es retenida en un cautiverio virtual mediante una relación que no la atrae.

Cae muy dentro de lo posible que existe una ladrona literaria, aunque el personaje de la señora Baker está lejos de ser un retrato convincente; y que la ladrona sea también lesbiana. Pero es manifiestamente impropio, en las condiciones sociales de hoy, tomar ese personaje para describir una relación lesbiana. ¿Qué diríamos de un autor que trazase un cuadro igualmente repulsivo de un individuo de una minoría racial o religiosa? No podría negarse la posibilidad de que semejante persona exista, pero sería considerado como inadecuado, desde un punto de vista social, presentar ese personaje en circuns-

tancias en las que se identificase con muchos otros miembros del grupo; y es abusar de la libertad literaria el no situar a tal individuo en un ambiente en el que pueda ser equiparado con los miembros más valiosos de la minoría.

Otro estereotipo desfavorable fué presentado en un drama muy superficial, pero que obtuvo gran éxito: *The Green Bay Tree*, de Mordaunt Shairp. Un anciano decrépito y decadente adopta a un muchacho de once años y lo educa para la inutilidad y la perversidad. El muchacho, cuando trata de reorientar su vida con una mujer, es refrenado por las comodidades y la molicie que le ofrece su guardián-amante.

Las relaciones entre un hombre maduro y un joven no son del todo raras, pero no comienzan con la adopción de un niño de once años. Además, la base de tales relaciones pocas veces es financiera; por lo general, tiene una base intelectual, en la que la persona mayor es maestro y guía, y la más joven una inspiración. Lejos de ser improductivas e indignas, con frecuencia son los cimientos sobre los que se desarrolla un talento extraordinario. Por último, no son un cautiverio involuntario, en que el joven seguiría las sendas culturalmente aceptadas si fuese libre; más bien suele tratarse de un invertido que, si no fuese por su amigo mayor, llevaría una vida difícil con otros jóvenes, o andaría desorientado en el esfuerzo por adaptarse a las confusiones de una sociedad hostil.

El lector homosexual desea encontrar una descripción literaria que sea fiel, pero no atípica. Busca en la literatura una actitud sincera en que no sea necesario el enmascaramiento para servir al público algo menos desagradable, porque esto implica la aceptación de la hostilidad pública. Las descripciones literarias, probablemente para hacer los asuntos más agradables, parecen haber insistido en los últimos años de la iniciación y el goce de los impulsos homosexuales. Los años adolescentes, y aun otros muy posteriores, de sublimación y de represión, son comunes en esos libros. Una excepción es *Other Voices, Other Rooms*, de Truman Capote: el adolescen-

te responde al llamamiento de un adulto apasionado pero decadente. Pero en muchas obras aparecen años de lucha consciente o inconsciente, de deseos vagos e imprecisos, antes de la consumación del impulso erótico o aun antes de haberlo reconocido por lo que es. Entre otros ejemplos citaré *The Divided Path, The City and the Pillar* y *Quatrefoil.* El lector nunca se convence del todo, en *Quatrefoil,* de que el personaje sea tan inocente de un conocimiento previo de su homosexualidad como el autor dice. Hay en esta situación cierto grado de tácita aceptación de los mogigatos conceptos del mundo exterior. Los personajes nunca aceptan plenamente la homosexualidad como impulso erótico, sino como manifestación del amor. El tema no sólo no convence, sino que en muchos casos rehuye la franca discusión del asunto.

En esa vasta literatura es sorprendente que nadie haya realizado un estudio verdaderamente penetrante de las influencias infantiles que producen la homosexualidad. Abundan los conflictos de la adolescencia, pero no las causas anteriores a la adolescencia. Algunos escritores han sido desorientados por la teoría de la homosexualidad innata o congénita, o desanimados por las dificultades que rodean el estudio de la génesis. *The Well of Loneliness,* no obstante suscribir el concepto de la inversión por accidente de nacimiento, ofrece una descripción de las condiciones infantiles que bien pueden ser el fondo sobre el que se destaca la homosexualidad: frigidez de la madre, amor fervoroso al padre, una niña fuerte y atlética que se identifica más fácilmente con los hombres que con las mujeres. En *The Divided Path* se hace un esfuerzo, pero demasiado débil, para señalar la influencia de la infancia sobre la sexualidad del protagonista, mas el asunto no es estudiado en detalle y juega poco papel en el libro. En *The Folded Leaf,* de Maxwell, las influencias infantiles están delineadas de una manera profunda, de suerte que el lector pueda comprender por qué cada uno de los niños que son los personajes principales de la novela, llegan a depender el uno del otro; pero

el hecho es que ninguno de ellos llega a ser un homosexual manifiesto, y el libro difícilmente puede ser considerado como una contribución al tratamiento literario de la génesis de la homosexualidad.

La cuestión de los factores causativos que llevan a una persona a las sendas de la minoría homosexual es fundamental en una profunda y poderosa novela de Fritz Peters: *Finistère*. El autor deja al lector sin ninguna duda acerca de que la homosexualidad es producto del divorcio, de la falta de amor entre los padres, y del vivo sentimiento de verse rechazado y desamado; pero queda sin explicar cómo y por qué el adolescente pasa de la soledad de un joven rechazado a la homosexualidad. En realidad, un lector inteligente saca la impresión, muy alejada por cierto del hecho científico y probablemente de la intención del autor, de que Michel buscaba amor y cariño, y que si hubiese estado presente una mujer, en vez de un hombre, en ella hubiera puesto la atención, respondiendo a su fervor, y nunca se habría dado cuenta de cuán peligrosamente cerca había estado de convertirse en homosexual.

Para el lector homosexual, lo que más desilusiona en las novelas sobre este asunto es la parquedad de imaginación y la huída de la realidad que caracteriza los desenlaces. El suicidio, el asesinato, y otros tipos de muertes violentas, esperan al lector. "Parece como si entre los editores hubiese el acuerdo de que estas novelas no terminen nunca felizmente", dicen muchas gentes, y aunque tal acuerdo no existe, fácil es comprender por qué se imaginan su existencia. Mi propia experiencia me enseña que los homosexuales no mueren de muerte violenta a manos de otros ni de sí mismos. Viven sus vidas con disgusto no mucho mayor que el de las demás gentes; algunos se casan y tienen hijos; otros forman una unión permanente en la romántica fidelidad a un amigo del mismo sexo; otros hallan la recompensa en su mismo trabajo.

Me parece que los fines trágicos que dan a sus obras algunos escritores, proceden de su identificación con los prota-

gonistas. La muerte fortuita, el asesinato o el suicidio de estas creaciones semiimaginarias, semiautobiográficas, son otras tantas maneras de perseguirse y castigarse a sí mismos que emplean algunos autores, homosexuales a quienes persigue la obsesión de sus propias inclinaciones. Castigando a sus *alter ego*, se exoneran a sí mismos de la responsabilidad en que puedan incurrir por las actividades de sus vidas. Es como el niño que dice: "Mira, soy un niño malo, y quiero que me castiguen", y después de castigado sigue en sus travesuras. Infligiendo este veredicto a su yo ficticio, más bien que a su yo verdadero, los autores siguen viviendo libremente sus vidas, sin sufrir las consecuencias de los daños físicos del castigo, pero beneficiándose con las compensaciones de un castigo purificador. Es desgraciadamente cierto que muchos escritores homosexuales emplean sus libros para "curarse" de sus culpas, y los lectores se convierten, sin saberlo, en confesores suyos.

Muchas de esas novelas padecen de la inhabilidad de los autores para encontrarles un desenlace; es como si no supiesen qué habría de ocurrirles a los protagonistas al día siguiente, y usan el privilegio de creador para librarse de una vida con la cual no saben qué hacer. Desenlaces violentos o desesperanzados se encuentran en *Twilight Men, The City and the Pillar, The Invisible Glass, The Grotto, Finistère* y *Stranger in the Land;* mientras que en *The Fall of Valor* la única esperanza es volver al matrimonio, ya casi roto: la homosexualidad es un callejón sin salida. La insinuación de que es posible el retorno a una vida plena se encuentra en dos novelas anteriores, *The Divided Path* y *Quatrefoil.* Pero quizá lo más significativo que puede decirse acerca de las tragedias en que estos autores enredan a sus personajes, es citar las palabras de T. S. Eliot sobre la trágica soledad de las gentes que habitan el mundo de *Nightwood,* la acerba novela de Djuna Barnes: "Las desdichas que esas gentes sufren a causa de las anormalidades de sus temperamentos se advierten a primera vista:

la intención profunda es que la desdicha y la esclavitud humana son universales. En las vidas normales esa desdicha es en gran parte encubierta; con frecuencia, y esto es lo más riguroso de todo, más encubierta para el que la sufre que para el observador." [1]

No obstante la falange de escritores de talento que han fijado su atención en el tema homosexual, es muy poco numerosa la buena literatura sobre la materia. La insistente atención dada a este asunto por los novelistas, a pesar de sus tergiversaciones, de su ignorancia y de sus prejuicios (ya a favor ya en contra), está resultando eficaz en un aspecto importante, a saber, como medio para romper el silencio que tanto ha dificultado el mejoramiento social de los homosexuales. Si la cuestión es discutida hoy por mucha más gente que antes, se debe en gran parte a los novelistas y a causa de que la cuestión es más discutida hoy que lo ha sido nunca, los novelistas se ven estimulados a tratarla sin miedo ni titubeos.

[1] Introducción a *Nightwood*,

QUINTA PARTE

ACOMODACIONES

CAPITULO XVII

¿Puede ser curada la homosexualidad?

Se ha dicho muchas veces que el homosexual puede ser curado, si quiere serlo; pero que la mayor parte de los homosexuales no quieren ser curados, y por tanto no pueden serlo. Esta aseveración, repetida con ligeras variaciones, contiene algunas verdades parciales que necesitan ser aclaradas.

En primer lugar, veamos con exactitud lo que actualmente se dice acerca de la terapia. *The Journal of the American Medical Association* ha hecho una afirmación que es típica: "A los homosexuales que lo deseen, puede prestárseles ayuda útil y que puede ser eficaz. Sin embargo, el tratamiento es totalmente psiquiátrico y es casi siempre empresa muy larga, que dura, aun aplicándolo intensivamente, muchos meses o hasta años. Para las personas que no quieren cambiar de carácter y aun para las que no ponen gran empeño en buscarle remedio, el tratamiento es prácticamente inútil."[1]

Se han indicado muchos tipos de curaciones para la homosexualidad; pero omitiré algunos que no han sido definitivamente comprobados. Figuran entre éstos los tratamientos por *shock* —como, por ejemplo, el empleo del metrazol— y el tratamiento hormonal con un endocrinólogo. No se ha demostrado que los homosexuales carezcan de hormonas sexuales

[1] 23 de diciembre de 1950.

maculinas o femeninas; y según mis noticias, basadas en conversaciones con médicos —particularmente especialistas— y con pacientes, ningún tratamiento hormonal ha dado nunca los resultados apetecidos. Es muy posible, naturalmente, que en una condición tan frecuente, coincidan algunas veces la deficiencia hormonal y la homosexualidad; o en otros términos, si uno de cada veinte hombres es invertido, puede ocurrir que uno de cada veinte hombres deficientes en hormonas masculinas presente aquel temperamento. El porcentaje aun pueser más alto, porque la predisposición a la deficiencia hormonal puede producir un niño algo afeminado y que por esta razón se refugie en la vida homosexual.

Se admite hoy generalmente, y lo confirma la cita que acabamos de hacer de la American Medical Association, que sólo hay un tipo de "tratamiento" para el homosexual, tratamiento que está en manos de los psiquiatras o de los psicólogos. Y tiene que haber por parte del paciente un verdadero deseo de ser curado, para lograr algún resultado.

Yo sostengo que, por la naturaleza misma de la homosexualidad, hablar del "deseo de ser curado" es una paradoja manifiesta. Cuando la homosexualidad exclusiva es parte importante del temperamento de una persona, juega el papel de defensa del individuo contra un modo de vida que le horroriza más que el que lleva, y la inconsciente alternativa psicológica a su homosexualidad no es lo que la heterosexualidad signifique para otros, sino lo que significa para él. Se apartó de aquella senda porque no puede ni quiere seguirla, y por tanto es una contradicción, y por definición una imposibilidad, esperar que lo desee.

Quizá protesten muchas gentes, incluso numerosos homosexuales inadaptados y desgraciados, porque *quieren* ser curados. Quieren cambiarse a sí mismos y no cejan en la lucha contra su propio temperamento. La vida que llevan les es odiosa y repugnante, y es contraria a su voluntad y a su inteligen-

cia. La vergüenza que sienten es un profundo abismo, un pozo sin fondo.

Sin embargo, otros sostendrán que se sienten orgullosos y felices y que por nada abandonarán sus inclinaciones sexuales. Las dificultades están compensadas por los placeres, y no conciben la vida sin esos placeres.

En realidad, como sostienen muchos psiquiatras, las actitudes de ambos grupos probablemente son mecanismos de defensa. Los primeros, según me consta no sólo por mi propia experiencia, sino por la de otros muchos, luchan únicamente para conservar la autoestimación. La autorreprobación les libra del peso de la responsabilidad por lo que hacen y les permite seguir haciéndolo. Los orgullosos y felices probablemente sufren vergüenza y remordimiento, y usan la jactancia como defensa contra los rigurosos juicios del mundo.

¿Cómo es posible —preguntará alguien— que el homosexual no quiera ser curado, siendo tan obvias las ventajas que resultan de ser heterosexual? Esas ventajas son sólo de naturaleza social, y para el homosexual la heterosexualidad ofrece "ventajas" materiales, pero profundas "desventajas" psicológicas.

Lo cierto es que al homosexual le resulta imposible imaginarse a sí mismo viviendo sin el impulso sexual que es básico en su vida. Lo necesita, y de manera desesperada. Si no lo necesitase en tanto grado, no sería homosexual. Hasta los que con la mayor sinceridad desean ser curados, no aciertan a reconocer que la necesidad de relaciones homosexuales es un deseo *sexual;* el deseo de curación es un deseo *no sexual,* y por tanto el individuo puede abrigar, y abriga, ambos deseos a un solo y mismo tiempo.

Ahora bien, puede parecer muy humano, superficialmente, sostener la ficción de que los homosexuales en realidad desean ser como las demás gentes en sus inclinaciones sexuales; pero, psicológicamente, no tiene fundamente. Además, sostener la ficción de que la curación es posible, anda muy lejos

de ser humano; en realidad, es perjudicial para los homosexuales, y se basa en el concepto de que las personas pueden ser cambiadas si quieren serlo.

Es cierto que muchos homosexuales querrían ser capaces de casarse y de cohabitar con mujeres, de tener hijos y de vivir una vida "socialmente normal"; pero eso no significa que quieran abandonar su impulso libidinoso. Hasta los homosexuales que practican la continencia y reprimen deliberadamente sus impulsos, no desean abandonar el impulso amoroso hacia su propio sexo. Si este impulso no fuese absolutamente inevitable, nunca habría existido. Por tanto, el individuo no puede *querer* que no exista. Unicamente puede fingir a los demás y aun a sí mismo que lo desea, porque el fingimiento puede librarle del sentimiento de autorresponsabilidad y purificarlo a sus propios ojos.

No quiere esto decir que la inversión sexual sea voluntaria, y que el individuo sólo necesite ejercitar su buen juicio y su fuerza de voluntad para vencerla o para elegir otro modo de vida. En absoluto. Es completamente involuntaria, porque *uno no eligió el querer ser homosexual.*

A los heterosexuales que no son capaces de comprender una contradicción tan manifiesta, les ruego que imaginen una sociedad en la que fuese desventajoso ser como ellos son. Que se figuren, por ejemplo, que están en una isla habitada únicamente por personas de su mismo sexo con la perspectiva de verse obligados a su compañía para el resto de sus vidas. En torno suyo, ven a homosexuales bien adaptados a aquella vida. En la sociedad en que están situados, éstos son más felices que ellos. Es concebible que se forzasen a sí mismos, ya para lograr desahogo o ventajas materiales, a entrar en aquel tipo de relaciones; pero probablemente no querrían convertirse en uno de ellos en tal grado que lograsen transformarse a sí mismos.

Dado el ser humano tal como es, y dado el impulso homosexual tal como existe, ¿puede efectuarse en un individuo un

cambio tan completo, que salga de la terapia psicoanalítica tan heterosexual como cualquier otro? He hecho esta pregunta a docenas de médicos, y particularmente a psicoanalistas, y he buscado literatura científica para encontrar una respuesta. He preguntado por lo menos a una veintena de hombres que se han sometido al tratamiento, y puedo asegurar que preponderan mucho las opiniones y las pruebas de que la pregunta hay que contestarla por la negativa. Son extremadamente raros los casos registrados de curación de la homosexualidad, si se entiende por curación la substitución completa del hombre por la mujer en cuanto objeto de amor; y aun habría que determinar el grado de confianza que merecen los casos registrados.

Los psiquiatras, cuando se les pregunta, por lo general rehuyen una contestación directa. Le dirán al invertido, o a su madre, que pueden ayudarle; pero, después de mis pesquisas, encuentro que la ayuda consiste en que realice un reajuste mejor como homosexual, y no en vencer el impulso. Algunas veces los terapeutas logran un reajuste heterosexual que conduce a un matrimonio feliz; pero esto no implica que disminuya el impulso homosexual. Los psiquiatras dirán que hay algunos casos especiales en que probablemente podrían lograrse cambios más completos, pero se refieren a individuos muy jóvenes, todavía en la adolescencia, o a sujetos que han caído en una unión homosexual por falta de otros medios de desahogo, más bien que por un deseo y una preferencia básicos. No es mi intención negar las fuertes posibilidades de efectuar un cambio en los modos de conducta bajo tales circunstancias. Sin embargo, esos casos tienen poco que ver con el problema de la homosexualidad exclusiva en personas maduras.

Es mi convicción, y sé que la comparten otros muchos, incluso psiquiatras profesionales muy distinguidos, aunque entre estos últimos el acuerdo no sea unánime, que la homosexualidad es en la mayor parte de las personas afectadas virtualmente incurable en estos tiempos, y que quizá lo sea tam-

bién en lo futuro, no sólo porque la incurabilidad vaya implicada en la naturaleza misma del impulso, sino también a causa de ciertas dificultades que encontrará el terapeuta en los mismos pacientes que desean renunciar a la inversión.

Cuando un psicoterapeuta tiene un paciente que sufre un desajuste, puede seguir diversos caminos. Puede tratar de cambiar al paciente, si lo considera factible y deseable. O puede ayudar al paciente a reajustarse consigo mismo y con la sociedad, sin intentar un cambio fundamental de su carácter. O, como parte de este último reajuste, puede introducir al paciente en un medio social nuevo donde pueda lograr una mayor felicidad.

No sólo es inútil intentar cambiar un homosexual en heterosexual, sino que puede ser peligroso, a pesar de los elevados motivos que impulsen al médico. En su famoso libro *La historia de San Michele*, el doctor Axel Munthe habla de un joven invertido que había sido tratado por Krafft-Ebing y por Charcot, y que, según Munthe, estaba "muy ansioso de ser curado." El doctor intentó conducir al paciente, mediante la hipnosis, a las prácticas sexuales aceptadas. Un año después oyó que se había suicidado. "Si aquel desgraciado me hubiera consultado algunos años más tarde, cuando yo poseía más conocimientos sobre la inversión sexual, nunca habría emprendido la desesperada tarea de curarle."

En la literatura médica y psiquiátrica hay algunas veces observaciones equívocas aptas para una interpretación ambigua, y otras veces afirmaciones a rajatabla. Bergler sostiene que los homosexuales pueden ser curados, y que él ha curado a algunos; pero, examinados los casos, lo ocurrido es que los ex homosexuales se habían convertido en bisexuales.[1] Cita el hecho de que uno de sus pacientes se casó, pero esto no prueba que no haya deseado después relaciones sexuales con hombres. London y Caprio dicen que "Sadger refería muchos

[1] *Neurotic Counterfeit-Sex*, 1951.

éxitos en el tratamiento de los homosexuales por medio del psicoanálisis", pero no dicen si esos éxitos consistieron en que los pacientes llegaron a ser felices mediante reajustes homosexuales, o en que se libraron del impulso homosexual. El homosexual, añaden London y Caprio, "debe ser convencido de que puede ser curado. El pronóstico es bueno si manifiesta verdaderos deseos de serlo." [1]

Pero estos mismos autores exponen con mucho detalle un caso en el que "el paciente manifiesta que el psicoanálisis le alivió de sus estados agudos de ansiedad". En otro caso, "su análisis con toda probabilidad le permitió reconciliarse más adecuadamente con sus inclinaciones homosexuales y le alivió en algún grado de la angustia producida por el sentimiento de culpabilidad, causante de sus dolencias neuróticas." Y, por último, "en cuanto al pronóstico de la paciente, su análisis quizá le permitirá reconciliarse psicoterapéuticamente con su homosexualidad".

Las historias clínicas reales, con los resultados y los designios de los terapeutas, contradicen por sí mismas las afirmaciones anteriormente citadas relativas a la curación.

Por otra parte, la cuestión de la curación ha sido tratada de manera muy completa en un libro de dos eminentes psicólogos, que se hacen la siguiente pregunta: "¿Puede ser curada la homosexualidad?" He equí la respuesta: "La palabra curación sugiere la idea de enfermedad. Ya hemos dicho que la inversión sexual no es una enfermedad, sino una consecuencia de factores biológicos o psicológicos, o de una combinación de ambos. En muchos casos el homosexual no desea ser *curado* más de lo que lo desearía una persona heterosexual si su curación implicase que se convertiría en un invertido... En los tiempos presentes no hay remedio médico ni quirúrgico para el homosexual. Ni la hipnosis ni el psicoanálisis han tenido éxito en el tratamiento de este problema, si en-

[1] *Sexual Deviations*, 1950.

tendemos por *éxito* un cambio completo y satisfactorio de un copartícipe sexual del mismo a otro del sexo contrario. El tratamiento psicológico ha permitido a algunos individuos lograr un reajuste emocional mejor a sus deseos homosexuales y ha reducido los síntomas de tensión nerviosa, como ya hemos dicho. Pero una *curación* completa es todavía cosa muy rara." [1]

Ahora bien, es muy posible que mientan los que hacen citas de autores, lo mismo que pueden mentir los que hacen estadísticas. Pero yo no he hecho ninguna cita que no exprese la opinión de la ciencia médica. Por el contrario, la anterior representa una opinión casi universalmente aceptada por los psicoanalistas.

¿Cómo puede sostenerse que la homosexualidad no es congénita, sino que nace de las circunstancias sociales o de ambiente, y negar después que es curable? Insisto en que estas dos opiniones no son solamente mías, sino que las comparten muchos hombres distinguidos. Las palabras de Brown y Kempton, antes citadas, fácilmente podrían ser ratificadas con los escritos de otras muchas autoridades.

Pero ¿se contradicen esas dos opiniones? Sólo en apariencia. Porque el homosexual, a causa de las circunstancias ambientales, llega a un punto de su desarrollo en el que desea la satisfacción de su impulso sexual con una persona del mismo sexo, y una vez alcanzado ese punto, no puede desear no desearlo. Además, la homosexualidad difiere de otras compulsiones (si es que se la puede llamar compulsión) en que ofrece al mismo tiempo un placer considerable y un desahogo de la tensión sexual. El placer nervioso obtenido en el acto sexual se convierte en una resistencia contra el cambio, porque el cambio significa el sacrificio de aquel placer. El terapeuta busca el modo de aumentar la satisfacción, y esto ine-

[1] Fred Brown y Rudolph. T. Kempton, *Sex Questions and Answers, a Guide to Happy Marriage*, 1950.

vitablemente disminuye la necesidad que el individuo siente de cambiar.

En mi opinión, el fracaso en los intentos para efectuar la transformación del homosexual en heterosexual, se explica fácilmente. La tarea del terapeuta consiste en aliviar las represiones, no en reforzarlas. Como el homosexual mal adaptado halla que su sentimiento de culpabilidad disminuye, y que sus represiones son sacadas a clara conciencia, se encontrará con que sigue gozando de sus relaciones homosexuales, y en realidad gozando de ellas como tal homosexual, aun más que antes. Las condiciones que a primera vista parecían un prerrequisito para la curación, a saber, el fuerte deseo de vencer a la homosexualidad, disminuye en el grado en que la terapia tiene éxito, y si esas condiciones no desaparecen, entonces no tiene éxito la terapia.

Al mismo tiempo, el homosexual opera otro reajuste, consistente en que sus temores y repugnancias hacia la unión sexual con una mujer también disminuyen, y mediante la terapia llega a ser capaz de efectuar esa unión. Esto no significa que deje de desear a los hombres, sino únicamente que deja de desearlos con exclusión de las mujeres. El matrimonio llega a ser con frecuencia una senda atractiva. Pero este reajuste sólo puede tener lugar en un individuo que se ha liberado del sentimiento de culpabilidad respecto de su homosexualidad, y que ha aprendido a gozarla, y por tanto el matrimonio no reemplaza a las prácticas homosexuales, sino que las completa. Otro tipo de curación implicaría el enseñar al homosexual a reprimir un deseo que está profundamente enraizado en él, y es obvio que el proceso analítico, en el que disminuyen las represiones, difícilmente podría lograr aquel resultado.

La literatura del psicoanálisis contiene numerosas exposiciones de esfuerzos realizados para ayudar al homosexual convenciéndole de que debe aceptar su condición. Naturalmente, los terapeutas no han titubeado en sacar a la luz de la

conciencia la homosexualidad y en estimularla, cuando ello era básico e importante para el paciente. Podrían citarse muchos casos de estos en la literatura técnica. Tomo el siguiente libro que goza de la más alta autoridad, escrito por hombres de gran reputación profesional: "El paciente sufría de ansiedad aguda relacionada con sus tendencias homosexuales subconscientes. Al hablar por primera vez del asunto, describió diversas tentaciones sexuales a las que se había visto expuesto, siendo marino. Dijo que en los puertos muchas veces se acercaban a los hombres de la tripulación jóvenes que se les ofrecían para practicar la *fellatio*. El paciente deploraba el hecho de que no podía aceptar aquel acto, como hacían la mayor parte de sus compañeros, y después olvidarlo. No podía realizarlo, y sin embargo tampoco podía quitárselo del pensamiento. En el curso de la conversación resultó claro que el paciente consideraba *homosexual* al desconocido que practicaba la *fellatio*, y normal al hombre en quien se ejecutaba. El que realizaba el acto era un invertido, y el marinero complaciente no. Esta actitud del paciente era muy extraña, porque en una apreciación corriente de la situación, los dos individuos serían considerados como participantes en un acto homosexual, y por tanto como homosexuales. Si el terapeuta siguiese en este caso la lógica corriente, su finalidad habría sido lograr que el marino pudiese gozar pasivamente de la *fellatio*. La perturbación del paciente nacía de que inconscientemente deseaba ser el ejecutante, y la ansiedad inherente a este deseo reprimido se extendió a la aceptación pasiva del acto." [1]

Los autores del párrafo anterior dicen lo que haría un terapeuta que siguiese la lógica corriente, pero no nos dicen qué otros caminos se le ofrecen. La verdad es que no hay ninguno aceptable. ¿Por qué el terapeuta no intentó curar

[1] John Dollard y Neal E. Miller: *Personality and Psychoterapy: an Analysis in Terms of Learning, Thinking, and Culture*, 1950.

a aquel homosexual latente de su impulso, más bien que sacar éste a plena conciencia y hacérselo aceptar y sentirse feliz con él? No hay más que una respuesta posible: porque el terapeuta consideraba tan difícil operar la curación, que desconfiaba del éxito.

Muchas gentes hablan de la curación de los homosexuales; pero la mayor parte de los psiquiatras profesionales no sólo no intentan tal curación, sino que en realidad estimulan la homosexualidad en los individuos que la reprimen y que sufren las consecuencias de semejante represión. Tomo la siguiente cita de la obra de uno de los psicoanalistas norteamericanos más notables: "En otro caso, una muchacha que nunca había tenido conciencia de ninguna inclinación homosexual, atribuía la ruptura de sus tres noviazgos a su incapacidad para rechazar el sentimiento de que, precisamente porque amaba a sus novios (distintos en los tres casos), sería antinatural tener relaciones sexuales con ellos. Fuí llamado para verla en la fase aguda de su tercera depresión. Me encontré con una paciente extremadamente agitada, que no quiso hablarme hasta que no se alejó la enfermera con pretexto de dar un paseo. Entonces me dijo que había descubierto con horror que sentía un impulso irreprimible de hacer insinuaciones sexuales a la enfermera. Tras algunas dificultades, la convencí de que admitiese a la enfermera en una conversación entre los tres, relativa al asunto. Mis palabras tranquilizadoras no sólo calmaron a la paciente, sino que, como demostraron los hechos subsiguientes, animaron a la enfermera a confesarse a sí misma sus propias inclinaciones homosexuales. Sin ningún consentimiento por mi parte, las dos efectuaron una unión homosexual permanente. La paciente mejoró..." [1]

Un plan psiquiátrico acertado debe diferenciar claramente al homosexual antisocial del homosexual socialmente útil. El

[1] G. V. Hamilton: "Homosexuality as a Defense Against Incest", en *Encyclopedia Sexualis*, 1936.

homosexual (o el heterosexual, pues para el caso da lo mismo) que persigue a los niños es de carácter antisocial, y su problema puede emanar de una fijación de la adolescencia que le impidió madurar en sus relaciones con la gente. El homosexual (o el heterosexual), que siente inclinaciones asesinas o sádicas, causa un daño enorme a la sociedad y, en último análisis, a sí mismo. Esta persona, a causa de una vergüenza que le produce toda su sexualidad, expresa mediante un desahogo sádico su odio hacia el sujeto que le excita y le atrae. Es obvio que necesita un tratamiento psiquiátrico, y si el psiquiatra no puede aliviarlo, el paciente debe ser vigilado y quizá internado.

Debe hacerse una segunda diferenciación, entre el homosexual adaptado y el no adaptado. Este último necesita cuidados. La finalidad de la terapia no es convertirle en heterosexual, sino hacer de él un invertido bien adaptado y feliz. Que esto sea impedido por condiciones sociales que escapan al control del terapeuta y del paciente, significa sencillamente que el problema afecta a toda la sociedad y que no pude ser completamente resuelto con el solo recurso del análisis. En este aspecto, no se diferencia de los problemas psicológicos que nacen de la discriminación racial. "Si el homosexual puede sufragar el tratamiento —dice Henry en su obra monumental—, la psicoterapia puede ayudarle en su reajuste." [1] Pero ¿qué es el reajuste?

La atuoaceptación es la base del ajuste o adaptación del homosexual. Y para la autoaceptación es básico el concepto de que la homosexualidad es virtualmente inerradicable. Una persona que acepta el hecho de que no puede convertirse en heterosexual, y que desde ese mismo punto se acepta a sí misma por lo que es, habrá dado el primer paso importante para poner fin a la lucha contra sí misma, para gozar de sus relaciones homosexuales más bien que comba-

[1] *Sex Variants: a Etudy of Homosexual Patterns*, 1948.

tirlas, y para dirigir su vida sobre un programa realista para lo futuro.

En su brillante escrito, que muchas personas consideran el sumario más notable de los conocimientos científicos sobre la homosexualidad, la doctora Clara Thompson, directora del William Alanson White Institue of Psychiatry, omite, muy significativamente, toda alusión a la curación. Unicamente dice que "parece cierto, por la aplicación del análisis en los últimos años, que la homosexualidad es un problema que tiende a desaparecer cuando han sido resueltos los problemas generales de carácter". Sin embargo, la doctora Thompson termina su estudio con algunas observaciones que no dejan duda de que, si la curación fuese posible (lo que ella no afirma en ninguna ocasión), no sería necesariamente deseable en todos los casos: "Aun cuando no puede descubrirse la causa específica de la homosexualidad, pueden ser examinadas las necesidades específicas que satisface. Es obvio que procura satisfacción sexual, y para una persona que no puede tener contacto con el sexo opuesto, esto es importante. También, como requiere un copartícipe, resuelve el problema de la soledad y el aislamiento. El hecho mismo de pertenecer a un grupo que culturalmente es un *tabú,* tiene sus satisfacciones. El individuo puede sentirse retador, valiente y fuerte, y como miembro de una banda unida contra el mundo, aminorar la sensación de ostracismo. Antes he hablado de otras satisfacciones, tales como la ayuda financiera —especialmente en el caso de algunos homosexuales masculinos—, y el sentirse libre de responsabilidad. Un modo de vida francamente homosexual puede jugar un papel constructivo o destructor en la personalidad. Puede ser el mejor tipo de relaciones humanas de que es capaz una persona, y como tal es mejor que el aislamiento. Esto es aplicable particularmente al tipo de dependencias madre-hijo que se halla en los homosexuales de ambos sexos. Pero puede ser un factor destructor más, en una personalidad decadente. En ningún caso se la encontrará como causa del resto de la es-

tructura neurótica —el origen básico de la neurosis—, aunque una vez establecida puede contribuir a suscitar aquellos problemas. Como en el caso de otros síntomas de neurosis, el psicoanalista debe estudiar en primer término la estructura de la personalidad, y comprobar que el síntoma es un desarrollo secundario de ésta." [1]

No obstante, aun cuando la terapia psicoanalítica fuese posible, y aun cuando lograse efectuar el tipo de transformación que el público considera una curación, no sería práctica, porque sólo afectaría a las vidas de una pequeñísima minoría de la minoría. Subsistiría el gran problema social. Se salvarían unos pocos, pero muy pocos en realidad. Por simple cálculo aritmético, y usando las informaciones de Kinsey o las modificaciones que yo mismo les he hecho, fácilmente puede demostrarse que si todos los médicos de los Estados Unidos fuesen psicoanalistas calificados, y si cada uno de ellos no hiciese absolutamente nada más, durante un año, que aplicar la terapia analítica a los pacientes homosexuales con el intento de transformarlos, y si cada uno tuviese a su cargo quince pacientes durante cuatro horas semanales por espacio de un año, y si todos ellos dejasen de tratar las demás enfermedades, permitiendo que los dolientes muriesen, ¡no habría bastantes médicos para todos los homosexuales! Hay menos de 200,000 médicos en los Estados Unidos, y sólo un pequeño número están calificados para este trabajo. Los médicos analistas son unos 1,000, de los cuales las dos terceras partes están aún en período de aprendizaje, y a éstos podrían añadirse los psicólogos clínicos y unos pocos trabajadores sociales con orientación psiquiátrica.

Tanto por consideraciones prácticas como por la naturaleza del problema homosexual, sugiero que se introduzca algún procedimiento de terapia en grupo para asistir a las personas

[1] "Changing Concepts of Homosexuality in Psychoanalysis", en *Psychiatry: Journal of the Biology and Pathology of Interpersonal Relations*, XX, 1947.

que llevan vida alegre. La terapia en grupo consistiría en reunir a un número de personas, bajo la dirección de un guía o jefe, para discutir sus problemas personales y psicológicos, sus temores y sus fobias, sus frustraciones y humillaciones, en un esfuerzo para librarse a sí mismos de la carga del secreto y de la vergüenza, y para orientarse mediante el intercambio de opiniones inteligentes. La terapia homosexual en grupo (que yo sugiero aquí como una mera posibilidad, aunque no tengo noticia de que se practique este sistema) habría de limitarse a las personas alegres, porque la presencia de alguien que no compartiese sus impulsos haría fracasar las reuniones. Diez, quince o veinte personas podrían formar un grupo que se reuniese semanalmente, dirigido quizá por un psiquiatra o un terapeuta que también fuese alegre, para discutir los problemas individuales y de grupo. Las actividades en el trabajo, el peso del enmascaramiento, las relaciones hogareñas, el significado el impulso de promiscuidad, los esfuerzos para reajustarse a fin de gozar más plenamente de los aspectos físicos del sexo, el sentido de una novela nueva: estos y otros innumerables problemas podrían ser analizados. Opinarán algunos que es absurdo sugerir que el psiquiatra sea también homosexual. "¿Tienen los médicos (o los psiquiatras) que padecer una enfermedad para saber curarla?", preguntarán. Mi propuesta de que el guía o analista sea un homosexual brota de la naturaleza social del problema. Por razones completamente obvias, los homosexuales se resisten a discutir sus problemas fuera de su grupo. En resumen, es éste un dilema de naturaleza sociopsicológica, y el aspecto social no puede ser desatendido en favor del psicológico.

La falacia popular de la curación, de la cual los psiquiatras son responsables en parte, por no atreverse a hablar sin equívocos, es extremadamente dañosa. Otra cosa es si la curación de la homosexualidad es socialmente deseable, en el caso de que sea posible.

CAPITULO XVIII

Unas palabras claras acerca de la sublimación

Al examinar las diversas sugestiones para encontrar salida al dilema en que se encuentra el homosexual, resulta claro que no se ofrece ningún camino como solución ideal y universal. Proclamar el propio temperamento y vivir francamente de acuerdo con él, es invitar al insulto y aun aislarse de la masa de la sociedad homosexual; mientras que ocultar la propia identidad es atraerse las dificultades sociales y psicológicas inherentes al hecho de vivir una doble vida. El matrimonio es un camino abierto, o atractivo, sólo para cierto porcentaje de invertidos, para los cuales la necesidad de buscar desahogo sexual satisfactorio con hombres no disminuye, sino que con frecuencia se complica. Aunque su asistencia sea muy valiosa, el psiquiatra no puede ofrecer en la actualidad ninguna esperanza de curación para el gran número, y muy poca para los menos. La vida de incesante disipación que llevan algunos es ruinosa y, en los años subsiguientes, trágica, mientras que la unión con un solo compañero es difícil de conseguir.

¿A dónde acudir? La sociedad advierte que no puede cambiar al individuo, y, sin embargo, no le perdona sus actividades. No hay salida para el dilema, la terapia no es práctica ni posible; y, sin embargo, enfrentados con una reprobación implacable, algunos han puesto su esperanza en un nuevo remedio al que dan el nombre de sublimación.

La palabra sublimación se confunde frecuentemente con represión y supresión, por lo que es necesario definir estos términos antes de determinar el valor que la sublimación puede tener para el homosexual. La sublimación puede definirse, de acuerdo con Freud, como la desviación de los impulsos sexuales hacia fines socialmente útiles. Según Freud, "la energía de las fuerzas instintivas sexuales se desvía de su meta sexual y se dirige a otros fines, no sexuales y socialmente más valiosos". La supresión, por otra parte, es una acción consciente por medio de la cual se niega a los deseos, a los sentimientos y a las predisposiciones una realización satisfactoria. La represión es un proceso psicológico por el cual los deseos contra los cuales es particularmente difícil luchar, y cuya mera existencia, no menos que su satisfacción, es una amenaza para el equilibrio mental de la persona, son rechazados a la subconsciencia, y el individuo ignora por completo su existencia.

"¡Si usted quisiera nada más que dirigir sus sentimientos hacia los hombres en otras direcciones más útiles, tales como la educación, la psicología o el trabajo de enfermero, por ejemplo!", le decía a Dick un eclesiástico durante una conversación. En aquel tiempo, Dick iba a ingresar en el colegio, y estaba asustado. "Sublime sus sentimientos. Demuestre su amor a los hombres aliviando sus sufrimientos, o educándolos, o por algún trabajo social o de caridad, y entonces sentirá usted menos la necesidad de transgredir las leyes de la sociedad." El joven a quien se dirigía este consejo se hizo trabajador social, pero aunque ayudaba a las gentes con honda compasión, todavía sentía la necesidad de una vida sexual plena.

Se le había aconsejado, como a otros muchos homosexuales, suprimir sus inclinaciones; pero la psicología moderna no ve la supresión con buenos ojos. La palabra sublimación llama más al individuo. Pero ¿puede ser eficaz la supresión,

es deseable, la practicarán los homosexuales? Estas son las preguntas a las que voy a tratar de responder.

Hay en la vida ocasiones en que una persona se decide por suprimir un impulso. Por razones sociales o de otra naturaleza, resuelve no condescender con él. La tentación de beber, de fumar o de comer dulces puede combatirse con la comprobación de que satisfacer esos deseos en determinadas circunstancias puede producir al individuo resultados más dañosos que la negativa. Es cosa de pesar el pro y el contra en una balanza.

Muchos invertidos manifestarán hondo pesar por su incapacidad para "sublimar" sus deseos. Advierten que la necesidad de relaciones homosexuales es algo que cae fuera de su control; son, pues, inocentes e intachables. Pero ya no puede decirse lo mismo, afirman, de la satisfacción de sus deseos.

Sublimación y supresión... ¡De qué manera tan distinta suena! Sin embargo, las dos palabras tienen algo común, por lo menos superficialmente: la negativa a satisfacer los impulsos. Pero mientras la sublimación implica que un impulso es, en cierto sentido, verdaderamente satisfecho por caminos nuevos y desviados, más útiles a la sociedad, la supresión deja al individuo completamente insatisfecho. La sublimación implica la autoaceptación del impulso y su desviación subsiguiente; la supresión, la lucha contra el impulso, no sólo contra su satisfacción. Y muchas personas que manifiestan deseos de "sublimar sus tendencias homosexuales", lo que en realidad dicen es que querrían ser capaces de controlarlo o de suprimirlo.

¿Es la supresión deseable para el individuo y para la sociedad? Eso depende por completo de lo que quiere suprimirse. Si existe un odio violento que toma la forma del deseo de matar, es necesario suprimir este deseo, porque su realización no sólo es socialmente destructora, sino porque produce al sujeto mayor infelicidad que la supresión misma. Si el deseo de alcohol es tan grande, que su continua satisfacción

produce una enfermedad mortal, su supresión es mejor que su satisfacción para el individuo.

Muchas personas han observado que, aparte de las consecuencias inherentes a la estigmatización social, la homosexualidad no causa ningún daño. Queda al arbitrio de las personas que sienten la necesidad de este tipo de expresión sexual, decidir por sí mismas si logran un grado mayor de felicidad negándose este placer o permitiéndoselo.

En algunos casos, la supresión de un deseo es necesaria para mantener buenas relaciones sociales con otras personas. El invertido que se siente atraído por alguien que no es de inclinaciones análogas, y que por tanto no puede comprender su afecto ni corresponderlo, está obligado a suprimir este deseo. Obrar de otra manera le llevaría a complicaciones muy infortunadas. En estas circunstancias, el homosexual tiene que buscar otra salida.

La historia de la psiquiatría moderna está llena de historias de casos que relatan los funestos y destructores resultados a que llegan los que reprimen sus deseos, y particularmente su homosexualidad. Sigmund Freud, padre de la teoría y la práctica del psicoanálisis moderno, ha insistido en señalar que la paranoia está íntimamente relacionada con la represión de la homosexualidad. Estas represiones no sólo revisten la forma de negativas en que el apetito queda frustrado, sino también la de una expulsión total de la conciencia; el paciente ignora que haya algo homosexual en su carácter, y se horrorizaría si alguien se lo insinuase. Dice Freud: "De estas observaciones, que fueron continuamente corroboradas, sacamos la conclusión de que la paranoia persecutoria es el medio por el cual una persona se defiende contra un impulso homosexual que ha llegado a ser demasiado poderoso. La conversión del sentimiento de cariño en el de odio, que, como es bien sabido, puede amenazar seriamente la vida de la persona amada y odiada, corresponde a la conversión de los impulsos libidino-

sos en ansiedad, que es el resultado regular del proceso de represión." [1]

Como he señalado en el capítulo consagrado a la curación de la inversión sexual, muchos psicoterapeutas eminentes, como Dollard y Hamilton, lejos de imponer a sus pacientes la supresión, o de tolerar la represión, en realidad los impulsan a aceptar su homosexualidad y a dar satisfacción a sus deseos hasta entonces reprimidos. En el caso que cita el Dr. Hamilton, el deseo no había sido previamente reconocido. En otras palabras, la represión de la homosexualidad había sido completa y, por decirlo así, "había tenido éxito", pero el paciente lo estaba pagando a precio muy elevado. En aquella paciente maníaco-depresiva, el Dr. Hamilton no luchaba contra la homosexualidad, sino contra su represión.

La total y completa represión del impulso homosexual es una de las fuentes más comunes de muchas enfermedades personales y sociales. Si mayor número de personas supiesen y admitiesen que son homosexuales, y comprendiesen su problema, quizá habría menos demencia, menos depresión, menos suicidas y hasta menos asesinos. El sadismo es en gran medida un desahogo en forma de odio de un deseo carnal que sólo puede ser reprimido con éxito enmascarándolo de esta suerte. No conozco un tratamiento literario más punzante de este tema que el que ofrece la novela corta de D. H. Lawrence titulada *The Prussian Officer*, en la que el oficial, intentando reprimir su inclinación hacia el joven y bello ordenanza, le impone a éste un régimen de crueldad increíble, que acaba por producir una doble tragedia.

Y ahora ¿qué decir de la sublimación? Los hombres civilizados viven en un mundo en que es preciso controlar la satisfacción de los apetitos, ya sexuales o de otro género. No siempre se consigue el amante ideal; realmente, la necesidad sexual no encuentra en ocasiones un desahogo satisfactorio.

[1] *A General Introduction to Psychoanalysis.*

La vida cotidiana no puede interrumpirse porque en un momento dado surja la necesidad de placer sexual. Por satisfactoria que sea la vida sexual, por frecuente que sea su satisfacción, una parte de la energía sexual del hombre puede orientarse en otros sentidos, y cuando estos sentidos son socialmente útiles, se dice que el deseo ha sido sublimado.

Lo que más importa recordar acerca de la sublimación, es que no es incompatible con la satisfacción del impulso sexual primario. No sólo se realiza bajo las formas de negativa y de supresión. Dos hombres que llevan juntos una vida feliz pueden encontrar salida para sus energías no sólo en sus relaciones amorosas, sino en la compasión para el prójimo, en un trabajo filantrópico, literario o educativo. Las amistades llamadas "platónicas" pueden ser sublimaciones de fuertes deseos carnales.

La diferencia entre sublimación y supresión no estriba sólo en la utilización de la energía resultante, es decir, en si ésta es destructora o beneficiosa para el sujeto y para sus relaciones con la comunidad social. Otra diferencia perceptible se advierte en el grado de denegación necesario para efectuar esta transferencia de energía. La supresión sólo es eficaz si es completa, y alcanza su forma más completa (y también más peligrosa) cuando el individuo llega a ser inconsciente de sus impulsos, en otros términos, cuando los deseos son rechazados a la subconsciencia, o sea, reprimidos. Para llegar a esta etapa, el individuo crea toda suerte de condiciones sutiles y neuróticas, desde la paranoia hasta el sadismo. Cuando la represión es incompleta, hay el doble peligro de que no sólo conduce a los fines destructores de la represión, sino que produce el sentimiento de remordimiento y de culpabilidad en el grado en que haya sido insuficiente. La represión de la homosexualidad, particularmente en las mujeres, puede dar por resultado la frigidez sexual, que destruye las relaciones íntimas con el marido y en ocasiones produce la frialdad de relaciones con los hijos. En su estudio acerca de los aspectos psicosomáticos

de la frigidez, los doctores William S. Kroger y S. Charles Freud encuentran que la homosexualidad latente (reprimida) es un factor en la frigidez femenina y afirman que esta condición homosexual latente "está presente con mucha más frecuencia de lo que antes se creía".[1]

Sublimación significa fervor. En muchos respetos, es lo más opuesto a la supresión. Nace, no de un sentimiento de vergüenza o de culpabilidad, sino del deseo de que la personalidad íntegra —en su aspecto sexual y en todos los demás— sirva a fines útiles. La sublimación tiene más éxito cuando no hay represión en absoluto; en realidad, cuando las necesidades del individuo, incluyendo el apetito sexual, son satisfechas. La persona que satisface sus deseos, cuando no hay frustración, y que es plenamente consciente de su personalidad, la cual acepta en todos sus aspectos, puede dirigir el resto de sus energías por el mejor camino posible.

La supresión implica continencia; la sublimación implica templanza. La vida continente es el camino a la inutilidad. Se la aconseja sobre el supuesto de que la homosexualidad es mala y la supresión buena. Pero ninguna de las dos cosas ha sido demostrada.

Buena parte del gran arte y de la gran literatura del mundo han sido producidos por la personalidad íntegra de homosexuales creadores. Para que Tchaikowsky fuese capaz de componer la *Sinfonía Patética,* no necesitó anular su naturaleza homosexual ni refrenar con la continencia sus prácticas sexuales. Realmente, es muy dudoso si le habría sido posible hallar expresión a ese trágico tema musical en caso de que en todos los momentos de su vida se hubiera esforzado por huir de su verdadera naturaleza. Por otra parte, no todo el mundo puede luchar contra temperamentos sexuales tan apremiantes en sus exigencias, que dejan poco tiempo para otras cosas. Por lo que se refiere al homosexual, con frecuencia pierde más

[1] *Journal of the American Medical Association,* 10 de junio de 1950.

tiempo y energía en luchar contra el sexo que en gozar de sus placeres.

Quienes defienden la supresión (o la represión) lo hacen sin que ninguna razón científica abone su causa. Yo no he podido encontrar ni una sola obra autorizada escrita por una figura notable de la psiquiatría moderna, que aconseje al homosexual que reprima sus deseos. Y quienes hablan de sublimación no sólo es frecuente que usen impropiamente la palabra, sino que en realidad son hipócritas, porque serían los primeros en atacar la sublimación afortunada de un impulso sexual. Unicamente teniendo en cuenta la confusión de términos y los descubrimientos de la ciencia moderna, puede citarse el consejo acerca de la sublimación de dos psicólogos eminentes, empeñados en la tarea de destruir algunos de los mitos tan laboriosamente construídos. He aquí unas palabras claras sobre este asunto: "En realidad, el grado de tensión sexual que la mayor parte de las personas son capaces de tolerar, es muy ligero, y la sublimación, aun cuando representase la noción popular de lo que significa, sólo podría afectar a una fracción muy pequeña del impulso. La abstinencia prolongada va contra la estructura biológica de la máquina humana... Se han escrito muchas sandeces acerca de este proceso de canalización, llamado "sublimación", del cual no se ha obtenido ninguna prueba científica concluyente".[1]

Mucha distancia hay de estas palabras al vano e inútil consejo dado por un homosexual que intenta —en un libro que afortunadamente ha ejercido poca influencia— reconciliar su temperamento sexual con la actitud tradicional de la Iglesia Católica Romana: "La regla positiva y universal de la Iglesia Católica es que el impulso sexual sólo en el matrimonio puede ser lícitamente satisfecho, y sólo entonces sin impedimento de las consecuencias naturales fisiológicas. Yo asiento

[1] Fred Brown y Rudolph I. Kemton: *Sex Questions and Answers: a Guide to Happy Marriage*, pp. 57-58.

a esta enseñanza, y creo, además, que puede producir el mayor bien al mayor número".[1]

Al proponer las limitaciones de la temperancia, antes que las de la represión, no es mi deseo imitar a los moralistas cuya ética discuto. La templanza es requerida por las exigencias de la vida social, y dejará libre gran parte de la energía total de la personalidad para fines sublimados. Pero, y esto es quizá lo más vital de todo, una indulgencia templada y disciplinada en los asuntos homosexuales elevará inconmensurablemente los placeres que se obtengan de las experiencias en que se halla satisfacción.

Por la cuidadosa elección del copartícipe, el acto sexual se libera —al menos en las mentes de los participantes— del estigma de degradación que la sociedad le echa encima. Los períodos de denegación, el rehuir muchas de las oportunidades que le salen a uno al paso, pueden dar mayor significación y placer acrecentado a los actos físicos del amor, siempre, naturalmente, que las denegaciones no sean tan anuladoras que lleguen a destruir la energía.

Muchos bienes sociales y personales han nacido de la homosexualidad sublimada a través de la historia; pero ha sido esa la sublimación de un impulso conocido y aceptado por el individuo, la sublimación de un impulso que al mismo tiempo era físicamente satisfecho y no negado.

[1] Anomaly: *The Invert and His Social Adjustment*, 2ª ed., 1948.

CAPITULO XIX

CUMPLIREMOS NUESTRA OBLIGACIÓN HASTA LA MUERTE

¿Resuelve el matrimonio el problema de la lucha que sostiene el homosexual para adaptarse en un mundo hostil? He aquí una pregunta que casi todas las personas alegres se hacen en muchas ocasiones, y que no pueden responder sino para sí mismas.

¿Cuántos homosexuales se casan? ¿Cuáles son sus razones para casarse? ¿Qué tipo de cónyuge eligen? ¿Qué se sabe de sus vidas? ¿Qué conducta observan después de casados? Tales son algunas de las cuestiones que aguardan al investigador.

¿Qué le reserva el matrimonio a un joven alegre que se dispone a renunciar a la vida de soltero? ¿Por qué se casa? ¿Qué tipo de reajuste trata de realizar? ¿Cuántos de los que van a la iglesia, ya para ser padrino de boda, o portero, o simple espectador, saben lo que ha rezumado la vida para el joven que está a punto de casarse?

Ningún aspecto del homosexualismo es tan difícil de investigar como el matrimonio; ninguno está tan oculto por los velos del secreto. Kinsey dice que las actividades homosexuales del hombre casado son más difíciles de desempeñar que todas las demás fases de las relaciones sexuales.

En mi opinión, que no se basa en estudios estadísticos, sino en conversaciones y observaciones, la mayor parte de las personas que son total o principalmente homosexuales, no se

casan nunca, mientras que la mayor parte de las que, sobre poco más o menos, son igualmente hetero y homosexuales, se casan, lo mismo que aquellas cuyas proclividades tienden más al sexo opuesto que al propio. El protagonista de *The City and the Pillar*, de Vidal, que se mueve en un ambiente particularmente promiscuo, encuentra que la mayor parte de sus compañeros de una noche son casados; y es práctica común, cuando se conocen dos homosexuales, que uno de ellos pregunte al otro —especialmente si el segundo tiene más de treinta años—: "¿Casado?"

Son varias las razones por las cuales el homosexual se siente atraído por el matrimonio como institución, lo mismo que son varios los motivos por los que teme el matrimonio y se rebela contra la idea de casarse. Sus razones para buscar el matrimonio son en muchos respectos las mismas que mueven a los demás seres humanos, con excepción del papel peculiar del sexo como problema especial.

De mis observaciones deduzco que el homosexual está dominado, ante todo, por el deseo de tener hijos. Este deseo es con toda probabilidad tan fuerte en el invertido como en los demás, e indudablemente juega un gran papel en la decisión de casarse. ¿Hay algún motivo oculto en este fuerte deseo de ser padre? ¿Hay el deseo de asirse a algo firme, real, permanente, en una vida de vacío desolador? En una conversación, le hice esta pregunta a un freudiano ortodoxo. Me replicó que muchos homosexuales masculinos parecen tener un vigoroso instinto maternal, hasta el punto de desear dar a luz, y que expresan esto mediante el deseo de "tener hijos", sin que se den cuenta de que lo que realmente desean, por debajo de la superficie, es ser madres, y no padres. Pero a mis amigos no les perturba la necesidad de someter sus inclinaciones al análisis. "La vida es un barullo, y un nene puede bastar para hacerla perfecta." En estos términos sencillos expresó una persona los sentimientos de muchas.

Además, el homosexual se siente simultáneamente amedrentado por las aventuras de una noche y por las relaciones efímeras, y atraído por la aparente permanencia del matrimonio como institución familiar. No obstante la alta proporción de divorcios en la población general, el homosexual advierte que la mayoría de los matrimonios perduran, y que muchos parecen felices, especialmente cuando se les mira desde afuera. El sueño del joven alegre, quizá todavía en la adolescencia, de que algún día encontrará un compañero perfecto de su mismo sexo, se va haciendo cada vez más efímero, a medida que pasan los años. Cada noche es en sí misma divertida, pero colectivamente las noches, a los ojos de muchos, no son nada, y una sensación de soledad se apodera del individuo. Matrimonio, hogar, hijos: esta es el ancla que permite a uno llevar una vida estable.

Si la inestabilidad y la soledad amedrentan por el momento, mucho más amedrenta el miedo al futuro. Nada es tan patético como el espectáculo de un hombre de cincuenta o sesenta años, cuya juventud se ha ido, mientras perduran sus deseos juveniles; cuya alegría pertenece al pasado mientras aun persiste su yo alegre, buscando un compañero de cualquier clase y en cualquier lugar donde pueda hallarlo. Paga sus placeres con la desesperación, frecuentemente sin el goce de una reciprocidad de sentimientos ni siquiera fingida.

El joven alegre mira el espejo de la vida, y en la persona de más edad se ve a sí mismo en la penumbra de una existencia malgastada. Retrocede ante esa imagen y, con miedo en el corazón, se pone a buscar una ruta que lo conduzca a otro final. Se pregunta a dónde dirigirse, y uno de los caminos que se le ofrecen es el del matrimonio.

Existe también el tipo de joven que no se acepta a sí mismo. Aunque participa en actividades sexuales con otro hombre, no quiere resignarse a ese modo de vida y acaricia la esperanza de que logrará escapar de él. Pocos años antes pensaba que sus tendencias declinarían; y ahora, en la ma-

durez, pide ayuda al matrimonio para efectuar un cambio completo en sus costumbres. Cómo podría verificarse éste, es cosa que no ve clara. El día del matrimonio será el día de la ruptura con el pasado: los juramentos serán cadenas que no pueden romperse. Desde el momento en que se case, se impondrá una disciplina de acero. Ese momento aun está en el futuro, y de esta suerte el presente se hace más aceptable, menos penoso, porque toma la apariencia de un expediente temporal, de una fase pasajera.

Conozco por lo menos a dos jóvenes que se casaron en esas condiciones. Herbert sabía que era homosexual desde la edad de doce años. Ya adulto, había tenido de vez en cuando algunas relaciones con mujeres, y aunque consumadas con éxito, no le ofrecían gran excitación ni placer ni le dejaban el deseo de repetirlas. En la soledad, ya inmediatamente después de esos actos, o un día o dos más tarde, sus renacientes necesidades le llevaban a desear el contacto con un hombre. En consecuencia, no se hacía ilusiones: el matrimonio significaba la supresión de su verdadero yo, pero se daba cuenta de que era un camino que había elegido para dar estabilidad a su vida emocional.

¿Y Allen? ¡Qué diferente conducta la suya! Muchacho inteligente —realmente, los dos se habían graduado en el colegio con los honores más altos—, creía necesario imbuir ilusiones no sólo en los demás, sino en sí mismo. Antes del matrimonio llevaba vida homosexual, pero siempre mantenía entre sus amigos la ficción, que él mismo se esforzaba en creer, de que aquello era un substitutivo temporal, motivado por la atracción de una amistad especial, en la cual su masculinidad no sufría nada. Confundía deliberadamente el hecho de hacer el papel masculino con un hombre, con el de ser heterosexual. De esta manera le resultaba posible tener relaciones íntimas con un hombre a quien deseaba, y considerarse a sí mismo como un ser normal en todos los aspectos. Así, en la intimidad de aquellas relaciones él era siempre el hombre, aunque un mo-

mento de embriaguez ligera le libraba de la represión y le impulsaba a las caricias que empiezan a bordear las sendas prohibidas.

Allen se unió a un grupo de homosexuales, pero hablaba casi jactanciosamente de las relaciones con su novia. Se esforzaba por ocultar aun a su más íntimo amigo el hecho de que había habido en su vida más de un hombre, e insistía en que su asunto con este hombre había nacido de la necesidad y la agresión del mismo, a las que había correspondido sólo por el cariño especial que le inspiraba. Ocultaba a todos sus transgresiones con otros hombres, no sólo porque pondrían en peligro su gran amor, sino porque lo caracterizarían como invertido. En su propia mente las relegaba al rincón de las cosas sin importancia: algo fácil de encontrar, la respuesta a una necesidad que se despierta en uno súbitamente y por curiosidad de un placer momentáneo que ya no necesitaría cuando estuviese casado.

A sus amigos alegres les decía Allen: "Si yo fuese así...", y se indignaba cuando se hablaba burlonamente de un amigo común como del "último hombre *derecho* del mundo". Se divertía mucho con los rasgos de humor que zaherían al homosexual. Para Allen, el día del matrimonio sería el día del cambio, como lo sería para Hebert, según pensaban los dos.

Pueden encontrarse otras razones para el matrimonio, y una de ellas es simplemente que el homosexual puede enamorarse honda y sinceramente de una muchacha. Este sentimiento suyo se refuerza cuando es correspondido, y sus dudas se disipan ante un cariño agresivo por parte de la mujer. Ella le ofrece confianza, mientras que antes le acosaban las dudas sobre sí mismo; ella disipa el miedo a ser rechazado que había caracterizado sus sentimientos subconscientes hacia las mujeres; y ella le abre el camino a una vida de mutua y cálida devoción. En muchos aspectos la actitud de él es análoga al despertar, no infrecuente, del cariño en un hombre, previamente convencional en su vida sexual, por otro hombre.

Seguramente cada uno de nosotros lleva en sí mismo el germen latente del amor por el hombre y por la mujer, y así como, en circunstancias especiales y bajo la influencia de una atracción particularmente fuerte, la homosexualidad latente sale a la superficie (véase *L'Immoraliste, The Fall of Valor, Death in Venice, Serenade* y otras descripciones literarias), así también la heterosexualidad latente, hasta entonces reprimida por el miedo, sale a la superficie por el contacto con un copartícipe adecuado.

El corolario de esta razón particular para contraer matrimonio lo hallamos en el individuo que no conoce su naturaleza homosexual, o que quizá siente ante ella un temor vago e invencible. "Yo estaba casado, y creo que en realidad mi matrimonio era feliz", me dijo Les. "Ahora que pienso en lo pasado, empiezo a ver señales de que hasta en aquellos días era alegre. Siempre sentí gran curiosidad por los homosexuales, y los reprobaba con extremada malignidad, preocupado de decir a las gentes lo que pensaba de los invertidos, los maricas, los jotos, y otros muchos nombres que recuerdo. Y al mismo tiempo me gustaba la compañía de los atletas, el olor de sus habitaciones, el verlos nadar desnudos en la alberca." A la edad de veinticinco años Les ingresó en el ejército, no tardó en descubrir que muchos de sus compañeros tenían desahogos sexuales con otros soldados, y antes de mucho tiempo realizó su primera experiencia. Tras un corto período de duda, Les hizo su elección. "Era el único camino que podía seguir. Me di cuenta de que en secreto venía deseando y esperando aquello hacía muchos años, y que nunca lo sacrificaría volviendo al tipo de vida que había llevado antes."

Otros buscan compañía en el matrimonio, encuentran difícil formar amistades con sentido, y saben que el matrimonio no puede cambiar, y no cambiará, sus impulsos básicos. Los hombres son excitantes, llenan una necesidad grande y poderosísima, pero con frecuencia las relaciones son superficiales en el período formativo y después están llenas de dificultades.

Los amantes se suceden, y los lazos familiares pierden la fuerza que antes tenían. Tengan o no tengan hijos, hayan logrado o no escapar a la vida homosexual, muchos sienten la necesidad, al pasar los años, de unirse a otro individuo con quien puedan compartir los goces intelectuales y los afanes sentimentales de la vida. Encontrar un compañero que esté siempre al lado de uno, con quien uno pueda divertirse, viajar, leer, a quien uno pueda cuidar cuando sea necesario, y que le devuelva esos cuidados: esto es lo que para muchos significa el matrimonio. Lograr esto con otro hombre es deseable, pero, para muchos, difícil si no imposible, y acaban por tomar el matrimonio como solución.

Para algunos, quizá pocos en número, situados en posiciones prominentes y sabedores de que en torno suyo se murmura mucho, el matrimonio es como una "fachada", como un frontispicio artificial para demostrar al mundo que las dudas y las sospechas carecen de fundamento. El matrimonio es el fingimiento, la hipocresía, el silenciador casi perfecto de las habladurías, que son denigrantes pero verdaderas. Porque aun después de los trabajos de Kinsey, Norteamérica no sabe lo extendidas que están las actividades bisexuales, y sigue clasificando a las gentes como homosexuales o heterosexuales. Pocas personas, fuera del mundo alegre, saben cuántos de esos bisexuales con inclinaciones homosexuales se casan, y cuánto desean o practican la homosexualidad muchos hombres casados. En *The Cty and the Pillar* hay un personaje, una estrella de cine a quien la empresa induce a casarse para conservar la reputación y disipar las sospechas del público.

Probablemente se verifican entre los homosexuales algunos matrimonios para ganar en posición social o en situación económica, o para complacer a una de las familias afectadas, o a las dos. De mis experiencias y observaciones deduzco que estos motivos son menos frecuentes que entre la población general, y mucho menos importantes que los otros que he mencionado. El motivo del matrimonio rara vez es la ganancia polí-

tica, social o económica que de él puede derivarse; pero los motivos determinantes para elegir al cónyuge pueden ser esos, con frecuencia.

Por último, sin hostilidad para el matrimonio, con una vaga duda acerca de si es deseable, pero con el deseo de explorar sus posibilidades, y con la esperanza de que pueda contribuir a resolver algunos de los problemas de la vida, el individuo se ve muchas veces arrastrado sin querer a una alianza de la cual no sabe cómo desenredarse. Se contraen compromisos que se espera no lleguen a verificarse, y al fin conducen a nuevos y más grandes compromisos, hasta que acaba por tejerse una red, de suerte que resulta más fácil y quizá más deseable hacer frente intentando el matrimonio, que lastimar y humillar a otras muchas personas rompiéndolo en la misma víspera de su realización.

La motivación humana es compleja, y las causas de un solo acto por lo general son varias. Por eso, no pueden definirse fácilmente los razones que llevan al matrimonio, ni pueden separarse unas de otras. En los matrimonios en que participan homosexuales, están presentes no sólo uno sino varios de los motivos que hemos enumerado, y de muchos de ellos difícilmente son conscientes los individuos. Los compromisos de matrimonio se contraen por razones muy diversas, que se entremezclan, que dependen unas de otras y que a veces son algo contradictorias, o hasta recíprocamente excluyentes. Tal es la situación paradójica del homosexual frente a una institución que no fué creada para él, que no ha evolucionado en el sentido de poder comprenderle en su seno, y que nunca podrá ofrecerle más que una vida marginal. En resumen, es una institución en la que quiere hacerse un lugar, a pesar de las desventajas que le ofrece.

A fin de proceder más ordenadamente en la investigación de las posibilidades de éxito y de los tipos de conducta matrimonial, y para contrastar la tendencia al matrimonio con

la repugnancia hacia el mismo, resumiré las diversas causas que conducen a las nupcias y que ya he mencionado:

1. Deseo de tener hijos.
2. Necesidad de relaciones familiares permanentes.
3. Incapacidad para crear relaciones permanentes con un compañero o amante masculino.
4. Miedo a la soledad de la vejez.
5. Deseo o esperanza de escapar a la vida homosexual.
6. Cariño profundo por una muchacha.
7. Latencia o represión de la homosexualidad.
8. Esperanza de encontrar compañía en el matrimonio; desilusión ante la incapacidad para encontrarla fuera del matrimonio con amigos masculinos.
9. Deseo de crear una fachada de vida matrimonial y esperanza de hallar defensa contra las habladurías y sus daños concomitantes.
10. Aspiración a ganancias económicas y sociales.
11. Deseo de complacer a la familia.
12. Incapacidad o falta de voluntad para poner fin a los compromisos de matrimonio.

Parece, pues, que siendo tan fuertes las motivaciones, todos los homosexuales debieran acabar casándose. Sin embargo, como ya he dicho, creo que la mayor parte no lo hacen. Las razones para rehuir el matrimonio son igualmente múltiples y quizá más perceptibles.

El impedimento sexual para la unión con la mujer es indudablemente el motivo psíquico más fuerte para evitar el matrimonio, y sigue actuando aún después de que la unión se haya efectuado por primera vez. Muchos homosexuales no han tenido nunca relaciones sexuales con un individuo del sexo opuesto; otros, que pueden haberlas tenido en raras ocasiones y en circunstancias especiales, no quieren contraer la obligación de repetir una actividad que les ha resultado repulsiva, o que por lo menos no les ha proporcionado ninguna satisfacción.

A la apatía o antipatía real contra las relaciones heterosexuales, y estrechamente mezclado con ella, hay que añadir el temor y las dudas relativos a la capacidad del sujeto para consumar el matrimonio. El miedo, psicológico en su origen, por inexplicable que parezca, a un acto que no puede tener consecuencias físicas perjudiciales para el sujeto, puede ser tan invencible como el miedo, más explicable, a la caída de una bomba o al incendio de la casa.

Por una parte, el individuo teme la impotencia, duda de su capacidad para consumar el acto; y por otra, el miedo y la duda se convierten en las verdaderas causas de la impotencia, con lo cual se justifica y refuerza la aprensión.

Para evitar dificultades, y también para cerciorarse de su propia capacidad sexual, el invertido frecuentemente sostiene relaciones premaritales con una persona completamente desconocida. Inhibido de acercarse a un amigo y temeroso de que el fracaso le apesadumbre y le descubra, acude a un mundo social que no es el suyo, por lo general a las prostitutas. Aquí la esperada repulsión se ve acrecida, y si la unión no se efectúa, el invertido obtiene la convicción, que conscientemente puede deprimirlo, pero que acariciaba en secreto, de que es impotente y que, por tanto, debe expulsar de su pensamiento toda idea de orientar su vida hacia la senda del heterosexualismo.

Esa fué, en realidad, mi propia experiencia, para descubrir poco después que no era única, que muchos de mis amigos alegres habían descubierto su supuesta impotencia en condiciones análogas. En este punto es cuando se adopta la resolución, o quizá la resignación, del celibato perpetuo. El camino del matrimonio está aparentemente cerrado, aunque los esfuerzos para efectuar la unión marital y su consumación, en condiciones mejores y con la ayuda de asistencia psiquiátrica, pueden tener éxito en algunos casos, como, por ejemplo, en el mío.

Algunos homosexuales, como ya he dicho, logran encontrar un copartícipe y compañero para toda la vida, de su mismo sexo y de su clase; otros, en perpetua búsqueda de ese amor, posponen toda decisión relativa al matrimonio en la esperanza de que algún día no les sea necesario.

Uno de los motivos conscientes más importantes para rechazar el matrimonio —aunque mucho sospecho que pueda ocultar otras razones— es que la unión será inevitablemente incompleta, conducirá a la infidelidad, y resultará falsa e inmoral. "No quiero andar vagando de un sitio a otro mientras mi mujer, o la madre de mi hijo, está en casa", observa Jorge, un amigo típico, "y sé que no podría dejar de andar por ahí precisamente porque ella está en casa". De esta manera compagina Jorge, con poca dificultad, el homosexualismo con los principios éticos que se ha impuesto a sí mismo, porque considera imperdonable el adulterio. "¿Y te parece perfectamente legítimo pasar la noche con otro hombre, mientras estás viviendo con Larry?", le pregunté. Se encogió de hombros y dijo: "Eso es diferente."

¿Le importan de verdad los principios éticos a Jorge, cuando se trata de sus relaciones con una mujer, aunque es capaz de olvidarlos cuando vive con un hombre? ¿O teme en su interior que la traición a las promesas hechas a una mujer sea igual a la traición de un hijo con su madre? ¿Está Jorge meramente resignado y acomodado a la inevitabilidad de las transgresiones cuando viven juntos dos hombres, o cree que las normas matrimoniales están en un plano diferente? Reflexiono sobre sus observaciones, y me pregunto si el sexo para él, en su subconsciencia, no es algo sucio, como lo es, y debe ser en cierta medida, para todo el mundo en la civilización moderna. Me pregunto si encuentra tolerable tener complacencias con los hombres, pero no con las mujeres, porque éstas son el último símbolo terreno de la pureza, algo que debe permanecer intacto y sin mancilla.

Sean cualesquiera los motivos recónditos, Jorge evitará el matrimonio y sentirá cierto desprecio por los amigos suyos que contraen un sacramento que no podrán cumplir. La necesidad del matrimonio es muy grande en él, pero en otros no son tan fuertes los motivos que llevan a uno al altar. Muchos han encontrado en la literatura, el arte, los negocios y otras actividades el substitutivo de la compañía y de la vida hogareña. Han echado hondas raíces, y no encuentran la vida vacía ni solitaria. No dan importancia al matrimonio, porque no responde a grandes exigencias por su parte. No llena ningún hueco que no esté ya lleno por otros aspectos de la vida.

Otro motivo que se alega para rehuir el matrimonio, es que uno sospecha un rasgo hereditario (o hasta una tara) y probablemente no quiere tener hijos por miedo a que también ellos sean alegres. Este miedo se ve reforzado por ciertas observaciones sobre hermanos, particularmente gemelos, sobre relaciones entre tíos y sobrinos, y sobre otros casos. Aunque yo, personalmente, no admito el carácter hereditario de los deseos homosexuales, y he expresado mi opinión sobre el asunto en el capítulo dedicado a la génesis de la inversión; pero advierto que está muy generalizada, aunque no tiene raíces profundas, la creencia de que la homosexualidad puede heredarse. "¿No estamos de acuerdo en que te sientes verdaderamente avergonzado de lo que eres, que aceptas los juicios del mundo exterior y que, por consiguiente, no querrías tener hijos que fuesen como tú?", le pregunté a un amigo en vísperas de su matrimonio, con ocasión de hablarme él de caracteres hereditarios. "No concedo nada —respondió—, excepto que la vida es ya bastante difícil sin añadirle nuevas dificultades. El homosexualismo es una carga muy pesada en nuestra sociedad, y no querría echarla sobre un hijo mío."

Si algunos rehuyen el matrimonio a causa de la herencia, otros no quieren abandonar la libertad que les ofrece la soltería. Ir y venir según sus deseos, no tener que contar con la

voluntad de otro para hacer sus planes, para viajar, para trabajar, para gastar su dinero, para hacer el amor: este es el aspecto positivo de la vida de soledad que llevan muchos homosexuales. En el matrimonio, la pérdida es la disminución de la libertad individual: la ganancia es la estabilidad, el hogar, la compañía. Cada uno debe decidir por sí mismo si esa ganancia es cierta, y si lo es, si compensa la pérdida.

Y, finalmente, el matrimonio como fachada, para cubrir las apariencias, no atrae a ciertas personas que verdaderamente desprecian todo disimulo. Particularmente si han conquistado cierta independencia económica, no admiten la hipocresía a que les obligaría el matrimonio. Por otra parte, yerguen la cabeza y se muestran orgullosos de ser alegres, y lo exhiben ante el mundo como un desafío.

Así, pues, contrarrestan los motivos que llevan al matrimonio, los impedimentos siguientes:

1. Repulsión o apatía para la unión sexual con una mujer.
2. Miedo al acto heterosexual, y miedo a la impotencia al realizarlo; o prueba efectiva de impotencia.
3. Exito en encontrar un compañero masculino de por vida, o un amante permanente.
4. Esperanza de lograr encontrarlo.
5. Repugnancia al adulterio, que a la mayor parte de las personas alegres les parece un concomitante inevitable del matrimonio.
6. Substitución de la compañía matrimonial por actividades artísticas, industriales o de otras clases.
7. Rechazo de la paternidad por miedo al carácter hereditario de la homosexualidad.
8. Incapacidad o falta de deseo de abandonar la libertad de la soltería.
9. Rechazo del matrimonio como fachada; deseo de vivir como uno es verdaderamente.

Suponiendo, pues, que las consideraciones expuestas en la primera parte de este capítulo sobrepujen a las que acabamos de enumerar, y que el individuo está decidido a casarse, ¿cuáles son sus ideas y proyectos, qué revelaciones hace a la novia, qué tipo de mujer es el que más probablemente elegirá para el matrimonio, qué conducta es la que probablemente seguirá?

CAPITULO XX

Una galaxia de maridos alegres

Decidido a emprender el camino del matrimonio, y habiendo ya quizá elegido compañera y fecha para este importante paso, el individuo se encuentra ante muchos conflictos fundamentales. ¿Qué significará el matrimonio en la senda del cambio, de la sublimación, de la represión, de la acomodación, de la revelación y del fingimiento?

Parecería natural que muchos hombres homosexuales se casasen con mujeres de inclinaciones análogas, resolviendo por este medio el problema de la búsqueda de compañía, la lucha contra la soledad, y hallando al mismo tiempo protección en el matrimonio, construyendo en torno de éste un hogar y quizá una familia, y haciendo innecesario ocultar o abandonar una parte integrante de la propia vida. Sin embargo, se dan muy pocos de esos matrimonios; de vez en cuando se encuentra una unión de éstas, pero es raro; en mi opinión, es en la minoría preponderante donde, a ser posible, debiera hacerse un estudio estadístico de todos los matrimonios en que el novio es homosexual.

Sin embargo, es incuestionablemente cierto que la mayor parte de los homosexuales piensan, de vez en cuando, en que es deseable contraer un matrimonio de ese tipo. Un psiquiatra conocido mío dió recientemente una conferencia sobre el homosexualismo, estudió el reajuste o adaptación que ofrece el

que él llamaba "un matrimonio de fachada" (refiriéndose al tipo que ahora estudiamos) y habló en tono confiado de sus posibilidades. A los pocos días —me contó después— recibió varias docenas de cartas, algunas con datos acerca de la edad, la educación y otras cosas importantes, preguntándole si podía ofrecer el nombre de una lesbiana que quisiera entrar en un pacto semejante.

Si el matrimonio de fachada es tan atractivo, ¿por qué es tan poco frecuente? Ya he dicho que en mi opinión hay pocas lesbianas en comparación con el número de homosexuales masculinos y de bisexuales con inclinaciones homosexuales, que dan los cálculos estadísticos. Sean o no válidos esos cálculos, lo cierto es que hay pocas relaciones entre los círculos homosexuales masculinos y femeninos. En las reuniones, en los bares entre los amigos de uno y entre los amigos de sus amigos, es raro encontrar lesbianas. Una persona alegre, en una gran ciudad como Nueva York o Chicago, conoce en el transcurso de diez años a centenares de hombres de inclinaciones homosexuales reconocidas, y entre ellos un par de docenas de amigos permanentes; pero conoce muy pocas mujeres, y apenas si podrá nombrar dos o tres que formen parte de su círculo íntimo.

Ya sean pocas las lesbianas, como yo afirmo, o ya, por razones sociales o psicológicas, sea que rara vez se crucen en el camino de los hombres alegres, el hecho es que, por su misma rareza, esas relaciones pocas veces ofrecen las circunstancias necesarias para que se establezcan noviazgos. Muchas veces he oído diálogos como el siguiente:

—¿Has pensado alguna vez en casarte con una lesbiana?

—Sí, pero, francamente, no conozco ninguna.

El matrimonio de fachada no es tan universalmente atractivo como parece, y aunque —como piensan algunas gentes— el lesbianismo fuera tan frecuente como la homosexualidad masculina, y aún cuando los hombres y las mujeres de ese mundo sumergido se mezclasen libremente, tales matrimonios,

en mi opinión, no serían frecuentes. Porque la lesbiana no ofrece la esperanza del camino de escape que buscan muchos homosexuales; la lesbiana, por su misma naturaleza, rara vez excita la respuesta cálida, cariñosa, confiada, que el joven alegre desea en el matrimonio, aunque no sea necesariamente un buscador de escapes. Por último, no concibe a la lesbiana como mujer de hogar, como esposa ni como madre.

Yo he conocido tres matrimonios de esos. Uno de ellos titubeaba si tener descendencia o no, pero esto era una simple excusa. Había pocas cosas que uniesen el hombre a la mujer. En ocasiones, apenas si eran más que compañeros de habitación. Cuando ella se negaba a tener un hijo e insistía en que no podía dejar su carrera, él recogía sus cosas y se iba.

En el segundo matrimonio, la mujer repelía también la idea del embarazo, pero le atraían las compensaciones que le siguen. La pareja halló en la adopción de un niño una transacción satisfactoria, y así lo hicieron. Esta solución ofrece la radiante satisfacción de ver crecer al niño, y al mismo tiempo el marido y la mujer tienen un círculo de amigos a quienes pueden descubrir sus tendencias disimuladas.

El tercer matrimonio alegre-lesbiano continúa la orgía insensata de la vida promiscua, suplementada con una compañía que por lo general parece cubrir las necesidades de los participantes. Los dos frecuentan los bares, separados o juntos; se comunican sus últimos amores y sus frustraciones más recientes, sus grandes pasiones y sus aventuras efímeras. Esa es la alegría de que deriva su nombre este género de vida, con el libertinaje de la época de la Prohibición, y aligerada la perspectiva de soledad, porque no sólo hay un acta judicial, sino un compañero, alguien que estuvo allí el año pasado y que, casi con toda seguridad, estará allí mañana. "No sé lo que significa mi matrimonio —me dijo un día el marido—; verdaderamente, no lo sé."

Pero otros están mejor informados de los fines, sentido, ventajas e inconvenientes del matrimonio. Mirando en su in-

terior, han calculado fríamente y han llegado a conclusiones inevitables.

La conducta sexual de los maridos alegres parece estar determinada en primer lugar por el grado de inclinación hacia el lado heterosexual de sus naturalezas; en segundo lugar, directamente relacionado con lo anterior, por la fuerza del impulso hacia la homosexualidad; y, en fin, por el grado en que existan los sentimientos de culpabilidad, por la naturaleza del conflicto acerca de la vida homosexual, y por la intensidad de la satisfacción obtenible sin ceder al impulso homosexual.

No muy frecuentes, pero más importantes, son los que conscientemente suprimen el impulso homosexual, y logran la supresión total. Convencidos de que, si no malo en el plano ético, es una fuerza antisocial y destructora para la vida del individuo, el sujeto busca el matrimonio en la esperanza de escapar a aquel impulso. La fecha de la boda es el momento crítico crucial; el matrimonio es un acto del cual no puede retrocederse. Todas las asociaciones anteriores serán destruídas, y olvidada la vida pasada. Debe triunfar la fuerza de voluntad; y aunque el deseo sea indesarraigable, su satisfacción no es inevitable. Ahora ocupará su tiempo con el trabajo, la ambición, los éxitos, el hogar. Todas las advertencias de los psiquiatras contra la supresión, son desconocidas. La vida no ofrece alternativa. El celibato es la soledad. El matrimonio y la vida doble, son la indignidad.

¿Puede seguirse ese camino durante mucho tiempo? Puede serlo por algunas personas, y si el derecho de peaje no es demasiado alto, si ofrece la satisfacción de una autoestimación que antes no había, hasta puede dar por resultado la paz espiritual, la liberación del tormento. Para algunas personas la tortura de desear y no tener puede ser menor que la de haber fracasado en un vigoroso esfuerzo para vencer su homosexualidad. El tormento de la frustración puede ser de poca importancia cuando se le compara con la nueva quietud que

ofrece la vida. Pero la supresión no dejará de dar sus frutos. Lo malo en esas personas, como podría decirlo cualquier psiquiatra, no es la homosexualidad, sino el sentimiento de culpabilidad.

Los reajustes de este tipo, si pueden llamarse así, no se producen fácilmente. Después de haberse casado, Steve encontró necesario dejar de visitar el gimnasio, porque la vista y el olor de los atletas desnudos le excitaba. No va a Nueva York, porque los bares en que se reúnen las gentes alegres son una tentación a la que no quiere exponerse. Rara vez acepta un compromiso social o hasta un viaje de negocios sin su mujer, cuya sola presencia es una disciplina autoimpuesta que ejerce una acción saludable sobre sus inclinaciones.

Hace poco tiempo estuvimos en el coche durante unas horas y discutimos el asunto de la vida alegre. Era la primera discusión de esta clase que Steve tenía después de algunos años, y su primera noche sin enmascaramiento. "Soy un homo, de pies a cabeza —dijo—; pero he decidido, pase lo que pase, no reincidir. Puede ser una vida feliz para ese tipo, mas no para mí." Y así salió Steve de un cine porque súbitamente se sintió torturado por el bello rostro de un héroe de Hollywood proyectado en la pantalla en espléndido *close up;* y siempre que el tema del homosexualismo surge en una conversación social, emplea un lenguaje insultante, y habla de pervertidos y degenerados, con la esperanza de que esto no sólo hará más impenetrable su máscara, sino con la de convencerse a sí mismo cada vez más de que el camino de la supresión es el único que puede seguir en la vida.

¿Con arreglo a qué principios puede juzgarse el modo de vida elegida por Steve? ¿Por las reglas legales y éticas definidas en los códigos morales dominantes? Sobre esta base, la ética de nuestra civilización le aplaudirá por su continencia, pero le despreciará por el impulso que abriga en su interior. Sólo aparentemente y en el sentido más superficial de la palabra, es un conformista, porque la cultura moderna recha-

za tanto a la persona que se siente atraída por otra del mismo sexo, como a la que da satisfacción a ese impulso.

Steve, y los demás hombres que evitan conscientemente un desahogo que desean, ¿encuentran más felicidad, una paz espiritual más verdadera, que si llevasen una vida doble o estuviesen "casados" con un hombre en vez de una mujer? Su misma vida nos da respuesta evidente. A pesar de sus fuertes si no invencibles inclinaciones, se sentiría tan culpable, frustrado y vencido si diese satisfacción a la inclinación erótica que lleva en su interior, que no podría vivir tranquilo. Cualquier dirección —supresión o satisfacción, continencia o complacencia— implica dificultades internas. Steve eligió la senda que significa la menor dificultad para él.

¿Y su contribución a la sociedad? ¿Es un individuo mejor, más capaz de dirigir su vitalidad, su energía, su iniciativa, su imaginación —la suma total de las dotes de su personalidad y de sus talentos intelectuales— en beneficio de nuestro organismo social, a causa de la vida que ha elegido? ¿O sería mayor su rendimiento si satisficiese sus deseos por un hombre, o por varios?

Steve no titubea al contestar a esta última pregunta. "¿Cada individuo tiene que responder por sí mismo. Para mí, el asunto no tiene importancia. Yo no me intereso por la sociedad, y la sociedad no se interesa por mí. Me esfuerzo por encontrar el modo de vivir conmigo mismo en una situación muy mala. Me esfuerzo por hacer las cosas lo mejor posible, y esto es lo único que me interesa."

¿Acabará por desalentarse Steve? ¿Llegará un momento de atracción intensa, un instante de debilidad en un estado de semiembriaguez, la reacción causada por una riña con su mujer (como suelen ocurrir en todos los matrimonios), o la rendición ante la insistencia de un hombre; llegará a presentarse alguna de estas circunstancias, provocando el derrumbe de la frágil estructura sobre la que está cimentado su matrimonio? No puede preverse. Hasta ahora, los años no le han

llevado a ese climax, aunque algunas veces ha llegado a estar peligrosamente cercano; pero siempre ha sido diferido mediante situaciones bien preparadas y recursos defensivos bien trazados. Si, a pesar de las precauciones, de la fuerza de voluntad y de la supresión, si a pesar de huir de sí mismo y de defenderse de los demás, Steve fracasa en su resolución, ¿cuál será su reacción? Temo por la agitación y el desorden que se producirá en este hombre al día siguiente de la caída. Temo por su matrimonio, tan cuidadosamente construído, tan sagazmente protegido, pero de bases interiores tan frágiles.

Si, como ya hemos visto, gran número de homosexuales se casan, y si son pocos los que lo hacen con lesbianas, y pocos también los que siguen el camino de la continencia respecto de los hombres, ¿qué otros tipos de conducta quedan para la mayoría? La mayor parte de los homosexuales casados siguen dando satisfacción a sus necesidades sensuales con otros hombres, con o sin conocimiento de sus mujeres, con su consentimiento o sin él. En una minoría, a lo que me parece, de estos matrimonios, la mujer, aunque ella misma no tenga inclinaciones homosexuales, sabe algo de las actividades de su marido, generalmente por lo que él le ha dicho de su vida anterior al matrimonio. Esta revelación puede haber sido provocada por el miedo al matrimonio, por las dudas en la víspera misma de contraerlo o al acercarse la fecha, por la esperanza de llegar así a la ruptura, abriendo un camino para la retirada. O, en otros individuos, la revelación fué motivada por el deseo de aceptación que acompaña al pleno entendimiento mutuo. Muy probablemente se combinan estas dos fuerzas: la necesidad de que sea aceptado su verdadero yo, la esperanza de poder quitarse la máscara, y —si el rechazamiento es la única reacción— la alternativa de romper el noviazgo.

La confesión muchas veces es recibida con ignorancia, incredulidad y vanagloria. La mujer es incapaz de creer que no podrá ganarse por completo al hombre en competencia con otro hombre. Pocas mujeres he conocido que se desalentasen

ante semejante revelación; al contrario, se sienten tan llenas de amor, de ternura y de una supuesta comprensión, que son capaces de engañarse a sí mismas creyendo que la homosexualidad fué sólo un substitutivo temporal, una etapa pueril que el amado novio pronto habrá olvidado.

Sin embargo, el día de las nupcias rara vez es el momento decisivo. No resuelve nada en el impulso psíquico del individuo, y sólo en muy pocos casos permite llegar a la supresión completa. Siguen los deseos invencibles y, ya con un amigo o con varios, ya en casa o fuera, el marido encuentra ocasión para obedecer a la imperiosa sensualidad que le ordena satisfacerse con un compañero masculino.

Recuerdo tres matrimonios de este tipo. En dos de ellos, el asunto se discute más o menos abiertamente. Al suscitarlo Lewis, su mujer sabe "cuándo, dónde, con quién —todo, menos cómo— no pasaré de cierto punto". En el tercero, hay una comprensión tácita, un conocimiento mutuo del cual no se habla nunca. No se discuten las salidas de noche con "los muchachos" ni los "viajes de negocios". No obstante tal aceptación, cierto escrúpulo envuelve el asunto todo. La máscara no desaparece, pero es tan transparente que difícilmente puede servir ya de disfraz.

Muchos de estos hombres siguen una conducta sexual que es extremadamente común entre los homosexuales. Llevan relaciones con una mujer (en este caso, la esposa; en otros una amante), y su vida sexual con esa mujer es completamente satisfactoria. Por lo general, estos hombres nunca han tenido relaciones sexuales con una mujer que no sea aquélla, en contraste con las numerosas y efímeras aventuras con hombres. En una escala de clasificación, desde el punto de vista de las actividades, pueden ser considerados como bisexuales más o menos completos, es decir, que son tan capaces de relaciones sexuales con muchos hombres como con una sola mujer. Pero desde el punto de vista del deseo, no son excitados más que

por una sola mujer, y deben ser considerados como casi totalmente homosexuales.

Sin entrar en el examen de las condiciones psicológicas que hacen posible el corresponder a una mujer y no a otra, advertiré que es cosa frecuente, que puede ser un objetivo eficaz de la psicoterapia y que puede suministrar la clave para comprender el reajuste mediante el matrimonio.

Pero, ¿qué ocurre con el otro cónyuge en estos matrimonios? ¿Por qué motivos esas mujeres que no buscan el placer con otras mujeres, o con otros hombres, aceptan las infidelidades del marido como parte integrante de la vida matrimonial? En estos casos parece tener lugar una acomodación especial. La esposa está convencida de que su lugar primero como objeto de amor permanente, no es amenazado; acepta el hecho de que su marido sienta una necesidad particular que requiere satisfacción, y que, si la satisface de vez en cuando, nunca se interferirá con su papel como hombre, marido, padre, amigo y amante.

¡Cuánto se sorprendió el joven Bernard, que aún no ha cumplido los veinte años, cuando, en una visita a la casa de su amigo-amante casado, se encontró con que estaba ausente, y en conversación con su mujer descubrió que ésta tenía pleno conocimiento de las relaciones que él llevaba con su marido! Turbado, respondiendo al reflejo de autoprotección, y quizá por un sentimiento de lealtad al amigo, Bernard negó con vehemencia, se rió de tal idea y la ridiculizó, y hasta fingió sentirse agraviado por semejantes acusaciones. La mujer, a su vez, se reía también. "Sé lo que necesita —dijo— y sé que es mejor persona si lo tiene. Es una debilidad que domina a muchas personas. Y me alegro de que encuentre placer con un amigo como tú, a quien quiere de verdad."

Pocas mujeres aceptan el matrimonio en esas condiciones. La mayor parte prefieren afectar ignorancia, ya sean con mujeres o con hombres las infidelidades de su marido. Así, pues, hay otro tipo de matrimonio, que consiste en llevar una vida

doble en los dos mundos completamente separados en que viven la mayor parte de los homosexuales casados. En casa son buenos maridos, sinceros como el que más, amantes y fieles; y fuera de casa, son invertidos. Estos casados luchan al parecer por unificar en una sola entidad dos modos de vida cuya totalidad consideran asequible y deseable. Manteniendo a las mujeres ignorantes de sus anhelos, encuentran un equilibrio más seguro satisfaciendo sus necesidades que luchando contra ellas.

Desde el ventajoso punto de mi propia y prejuiciosa posición, que de un modo totalmente natural me pone en contacto con aquellos cuya conducta más se asemeja a la mía, parece que la mayor parte de los homosexuales casados no suprimen sus inclinaciones ni revelan a sus esposas sus actividades extramaritales. Esta observación debe ser restringida, naturalmente, a causa de que los que viven en el mundo sumergido tienen pocas oportunidades de conocer a un invertido casado cuya supresión sea total. En cierto sentido, nosotros los homosexuales casados que no sólo nos confesamos a nosotros mismos nuestros deseos orientados hacia los hombres, sino que los satisfacemos, nos parecemos al grupo muy extenso de casados *derechos* que suplementan una vida hogareña quizá muy feliz, con flirteos ocasionales o frecuentes, en algunos casos limitados a una sola persona durante mucho tiempo, en otros a aventuras efímeras; flirteos motivados quizá por la necesidad, quizá por alguna deficiencia del hogar, o que quizá surgen, sin plan preconcebido, de una oportunidad inesperada.

El homosexual casado por lo general está bien adaptado a su dilema, y quizá ha encontrado una de las transacciones mejores entre las que conoce el grupo. Acepta su vida como una acomodación consciente, pero, precisamente porque ignora sus inconvenientes, lucha cuanto puede para conseguir una unión feliz con su mujer. Ofrece sus cuidados, su piedad y su comprensión. Trata de compensar la parte de su ser reservada e inasequible mostrándose lo más abierto posible en

aquellos aspectos en que puede establecer relaciones con los demás. Ve la desorganización social de las vidas de tantos de sus compañeros homosexuales, y, en consecuencia, se siente impulsado a reforzar todo lo posible los vínculos de su vida hogareña.

Muchos maridos alegres mantienen completamente separadas sus dos vidas. No sólo son reservadas las experiencias físicas, sino también las amistades para viajes de negocios y para pasar las noches fuera de casa. Todo un grupo de conocimientos y amistades es desconocido por la mujer, y a su vez los individuos de ese grupo no se conocen entre sí, situación posible sólo en una gran ciudad, o cuando las actividades sensuales del marido son satisfechas únicamente cuando está fuera de la ciudad. Rara vez se le revela a un amigo "de la vida" una dirección o un número de teléfono, porque el miedo al chantaje es factor muy importante en la conducta de algunos de esos homosexuales.

Pero la separación de las dos vidas no siempre es posible, y con la mayor frecuencia da por resultado la privación de los verdaderos afectos y de las amistades sinceras que brotan de la mutua compenetración entre los hombres alegres. Otros maridos alegres llevan a sus amigos —salvo los que son totalmente notorios a cualquiera— a su casa, y las dos vidas se mezclan en todos los aspectos, excepto el de la satisfacción, que, cuando tiene lugar, se concierta para realizarla en otra parte. Este es el único aspecto de la vida del grupo que se le oculta a la mujer, la cual, sin saberlo ni quererlo, se convierte en parte del grupo, exactamente como otras muchas personas *derechas* llegan a entrar en la sociedad alegre. Con frecuencia es bien querida por los del círculo, y ella encuentra a muchos de los amigos simpáticos y encantadores, aunque se horrorizaría si le fuese revelada toda la verdad de la escena. Alguna vez puede anublar su espíritu alguna sospecha: la preponderancia de solteros, una amistad particularmente íntima entre dos de los amigos, el amaneramiento que en ocasiones se

deja ver; pero el pensamiento todo se opone a las nociones preconcebidas de lo tabú. El marido y los amigos, hábiles en el disimulo, disipan la duda en su espíritu suspicaz.

Durante muchos años —o quizá durante toda la vida— perdura este matrimonio, que de vez en cuando puede vacilar por algún paso en falso, pero que con la mayor frecuencia se mantiene unido por vínculos tan fuertes como los que unen a los matrimonios más felices exentos de este problema. En estos hogares, el marido aporta un sentimiento de gratitud y de simpatía que compite favorablemente con la virilidad menos comprensiva del marido corriente; siente ante su mujer una responsabilidad que quizá nace de sus dudas acerca de si su modo de vida es éticamente justificable, pero que, sin embargo, da por resultado hacer la unión más firme. Aporta también un amor especial a los hijos, una sensibilidad muy despierta para sus menores necesidades y sus deseos más íntimos. En resumen, un matrimonio de este tipo, lejos de estar condenado a la ruina, ofrece muchos aspectos valiosos.

¿Llena la vida matrimonial, con sus numerosas restricciones, con su proscripción de la forma misma del placer sexual que es ardientemente deseada, las necesidades del homosexual? Como he dicho anteriormente, no todos los hombres alegres sienten la necesidad del matrimonio ni son capaces de cumplir los deberes conyugales. Se necesita cierto grado de bisexualidad. Por otra parte, si el impulso bisexual de un hombre se orienta con fuerza hacia la atracción de la mujer, sus problemas caen fuera del campo de este libro, si es que en realidad puede decirse que ese hombre tenga algún problema de esta clase. Los hombres casados que aquí estudiamos, aunque capaces de relaciones sexuales con mujeres, son homosexuales por definición, es decir, que sus deseos primarios se dirigen al goce con otros hombres.

Uno de los aspectos más curiosos de la vida de este grupo, es que los homosexuales casados y los solteros están separados por un abismo, a veces tan infranqueable como el que

se abre entre el hombre *derecho* y el alegre. Sus vidas se entremezclan, pero sus caminos difícilmente se confunden, en la medida en que sus intereses, esperanzas, alegrías y trabajos se apartan de un patrón común.

El hombre casado mira con envidia y piedad al mismo tiempo, al soltero; y éste, que conoce plenamente las motivaciones y las actividades de su amigo, desprecia su vida doble y le acusa de hipocresía, pero envidia el hogar, la estabilidad, la familia que ha ganado con su acomodación. Esto no implica que exista entre ellos una enemistad real. Muchas veces son los mejores amigos, y en ocasiones la amistad llega hasta el amor. Pero el grupo sumergido acepta con muchas dudas y hondas reservas al hombre casado. No es de los suyos. No son de fiar sus declaraciones. Todas las declaraciones y protestas, aunque sean plenamente creídas, no abren las puertas mágicas, no suprimen los invisibles paneles que separan a los dos mundos.

Así, pues, el hombre casado no forma parte integrante de ningún mundo, precisamente porque participa de dos que son completamente dispares. Vive en dos sociedades que se mezclan sin confundirse, y quiere pertenecer a las dos, por lo cual no logra ni con mucho integrarse plenamente en ninguna de ellas. A dondequiera que se vuelva, es una minoría, no sólo en el mundo en general, sino también en el pequeño mundo donde ha hallado escape.

Los homosexuales casados que yo he conocido nunca ni por un momento se quejan del hogar, de la vida de familia, de los cuidados y ternuras recíprocas, de la comunidad de intereses nacida de la unión con una mujer. De lo que más se quejan es de la máscara que llevan, del hecho de que no puedan quitársela ni aun delante del ser con el cual comparten las cargas de la vida. Pero si estos hombres pudieran ver el interior de otros maridos, ¿no encontrarían que todo el mundo lleva máscara, aun en presencia de los compañeros más íntimos?

SEXTA PARTE

PERSPECTIVAS

CAPITULO XXI

La sociedad que deseamos

¿Qué es lo que quiere el homosexual? Clama contra las injusticias de la sociedad, pero no ofrece solución. Piensa que la discriminación y las calumnias son manifestaciones de la intolerancia más estúpida, pero no presenta al mundo un tipo de organización social mejor, de la cual pudiera él formar parte.

Esto no es sorprendente en absoluto, porque el desarrollo de ese plan, por su misma naturaleza, implica libertad de discusión. Sólo mediante el cambio de opiniones en una prensa libre, y por todos los demás medios de comunicación, puede un asunto de esta clase, tan lleno de incógnitas y paradojas, tener solución adecuada.

¿Qué es lo que quiere el homosexual? La pregunta no puede ser contestada, porque cada persona sólo puede hablar por sí misma, y su respuesta está influída por sus principios éticos y religiosos, por su filosofía de la vida, y por el grado de felicidad que haya sido capaz de conseguir. La actriz cuyas predilecciones son casi del dominio público, y que sin embargo no son impedimento para que el público la acepte y la aclame, difícilmente sentirá la necesidad de una reorganización social tanto como el solitario, el despreciado, el frustrado. Un invertido católico romano, profundamente religioso, que cree que no hay justificación para el placer sexual fuera del sa-

cramento del matrimonio, difícilmente compartirá las aspiraciones a un cambio social con dos hombres que viven juntos, en feliz unión física y moral.

La sociedad homosexual, tal como es y en la medida en que puede considerarse existente, manifiesta diferencias de opinión sobre la solución social de este asunto, lo mismo que cualquier otro grupo en relación con los problemas que se le plantean. No hay una formulación única, cuasioficial y universalmente aceptada, de la organización social que desean los homosexuales, así como entre los profesores de los colegios no hay una opinión única acerca de los juramentos de lealtad, ni entre los estudiantes universitarios sobre los resultados de la educación, ni entre los médicos sobre la socialización de la medicina.

Pero la opinión homosexual avanza menos que las de otros grupos sobre otras cuestiones, a causa de la imposibilidad virtual de verificar un intercambio de puntos de vista por los medios usuales de expresión del pensamiento. En primer lugar, los hechos mismos sobre los cuales debe basarse una opinión, son difíciles de captar, y, una vez captados, son difíciles de comunicar a los demás. Hay muy pocas estadísticas dignas de confianza, y las palabras de los expertos se basan por lo común sobre los homosexuales más atípicos, es decir, los que caen en las mallas de la ley y los que acuden a las consultas de los psiquiatras.

Aun cuando los hechos fuesen más fácilmente utilizables, la expresión de una opinión acerca de ellos requiere público debate, y la sociedad norteamericana no está, en este respecto, más adelantada que los países totalitarios. Naturalmente, no hay impedimentos para discutir el asunto confidencialmente, siempre que la discusión no trascienda del grupo homosexual. Es casi imposible, excepto en muy pocos y raros sectores, el intercambio franco de opiniones entre personas de todos los temperamentos sexuales, en el que cada punto de

vista sea defendido con habilidad y cada argumento refutado con honradez.

Los homosexuales tienen pocas oportunidades para llegar a una opinión bien definida. En el grupo homosexual no existe un punto de vista uniforme, quizá menos aún que en cualquier otro grupo minoritario. Por consiguiente, un individuo puede hacer poco más que expresar el suyo personal, que recoge únicamente lo que él desea para el grupo homosexual en una situación supuestamente utópica; pero en ese deseo van destilados los argumentos, opiniones, contradicciones y filosofías de otras muchas personas con quienes se ha discutido durante muchos años.

Probablemente no haya más que un punto en el que los homosexuales estén de acuerdo en relación con la actitud de la sociedad, y ese punto es que la situación presente es injusta y que es necesario un cambio. La injusticia no se manifiesta tanto en los tribunales o en la dificultad para encontrar trabajo, como, sobre todo, en la actitud general de la sociedad heterosexual. Nadie puede evitar que un individuo manifieste hostilidad hacia otro, siempre que se mantenga dentro de la ley y no difame ni dañe físicamente a su enemigo; pero cuando esa actitud hostil es oficialmente apoyada por todos los medios de que dispone la nación, ya no es asunto particular de una sola persona.

Primero y ante todo, el homosexual quiere que se reconozca el hecho de que no hace ningún daño a nadie. Quiere vivir y dejar vivir, castigar y ser castigado cuando se cometan transgresiones, y ocuparse en las cosas diarias y corrientes de la vida, sin que se lo impidan la ley ni la hostilidad ambiente, que es mucho más efectiva que la ley escrita.

Es éste un programa de gran alcance, que requiere un período de generaciones enteras para que las actitudes se modifiquen, y es natural que recaiga sobre los más afectados por el problema —los invertidos— el tomar la iniciativa para modificar la opinión pública.

No obstante, no es el invertido el único en pensar que la actual situación no es satisfactoria. El grupo dominante de nuestra sociedad comprende fácilmente, y está dispuesto a conceder, que no tiene ningún propósito de mejorar una situación que es notoriamente injusta. Le gustaría dar por no existente el problema, como hacen muchas gentes blancas en relación con el de las razas de color. Sueña con un mundo en el que el problema no existe, espera que éste no afectará las vidas de las personas amigas o emparentadas, y en consecuencia, no piensa, ni habla, ni escribe acerca de él. Pero eso son sueños vanos.

La sociedad dominante no puede ofrecer un medio para curar la homosexualidad. Exige, de manera ineficaz e ignara, que se ejercite la fuerza de voluntad; pero la fuerza de voluntad no resuelve nada. Habla de supresión y de sublimación, mientras sus propios científicos se burlan de semejantes proposiciones. Condena en los términos más acerbos, con la esperanza de que la condenación baste para disuadir de aquellas prácticas; pero también aquí fracasa. Promulga leyes que convierten en criminales a los homosexuales, pero desconoce sus propias leyes y reconoce que no puede encarcelar a los homosexuales. Concede que los homosexuales deben ganarse la vida, y los expulsa de los empleos. Y, como hace siempre que se mete en un callejón sin salida, atada por la tradición y los prejuicios a un sistema irracional que no satisface las necesidades de las gentes, la sociedad da la callada por respuesta. Oculta la cabeza en la arena, finge que el problema no existe, y prohibe la discusión, salvo en los medios profesionales.

Pero el problema existe, y será discutido. Además, no es problema creado por los homosexuales. Un sociólogo que escribe acerca de las minorías raciales —otra vez más es inevitable la comparación— ha dicho que no existen problemas de minorías. No hay más que problemas de mayorías. No hay más problema negro que el que crean los blancos. No hay más problema judío que el que crean los antisemitas. Y a eso añado

yo: No hay más problema homosexual que el que crea la sociedad heterosexual.

No habría dilema económico para el invertido, si no fuese excluído de todos los empleos, a no ser que oculte su identidad. No habría el problema del chantaje para el homosexual, si pudiera vivir feliz después de declararse, ya que el mundo, una vez conocido su temperamento, le infligirá severas sanciones. No existiría para él el problema ético de ser un infractor de las leyes, si las leyes no estuviesen redactadas de tal manera que el homosexual no puede serlo sin, por lo menos, desear infringirlas. Así, podríamos enumerar todos los problemas del homosexual, y se vería que son problemas de mayoría, no de minoría.

Hasta los aspectos psicológicos del dilema del homosexual implican primariamente la adaptación o reajuste a un mundo hostil. El invertido no se sentiría culpable, no sufriría remordimientos, no se vería obligado a suprimir el odio hacia el objeto de su amor, si la sociedad no lo condenase tan rigurosamente. No se encontraría ante el paradójico problema de intentar, por una parte, sentirse orgulloso de sí mismo, y por otra, negar su temperamento si no fuese tan difícil vivir en un mundo que exige esa negativa.

Es un problema de mayoría, pero sólo a la minoría le interesa resolverlo. El dilema fundamental está en que debe recaer principalmente en los homosexuales, por ser la parte más interesada, el tomar la iniciativa para producir el cambio, pero hasta que ese cambio se efectúe, todo el que asuma esa iniciativa estará expuesto a verse en la picota y a las burlas injuriosas.

De esta suerte, el homosexual se ve aprisionado en su posición actual. Si no se yergue y exige sus derechos, nunca los tendrá; pero mientras no los tenga, no puede esperarse de él que se exponga al martirio que le caería encima si se irguiese y los reclamase. Es un círculo vicioso, y lo que el homosexual busca, ante todo, es la solución de este dilema.

Yo afirmo que puede encontrarse una solución y ocurre que ésta, por la más afortunada de las coincidencias, se identifica con las necesidades de la sociedad general y con la tarea histórica de las fuerzas democráticas de nuestra generación. La solución está en la liberalización de nuestros periódicos, de nuestra radio, de nuestros teatros, de suerte que la homosexualidad pueda discutirse con tanta libertad como cualquier otro asunto y sólo dentro de los límites que circunscriben cualquier otro género de discusión. Ya se ha dado un primer paso con el amplio interés que los novelistas muestran por el asunto, y por la aparición ocasional de la homosexualidad en la escena. Algunas revistas populares de los Estados Unidos, por lo menos ya lo han mencionado. Hasta los periódicos de las grandes ciudades han publicado artículos, y en un caso apareció toda una serie en un diario de Nueva York, escrita de modo penetrante y no sin cierta simpatía, y sin eludir los términos claros.

Esta discusión puede actuar de cuña. Saldrán más artículos, más libros y se utilizarán más otros medios de expresión del pensamiento; y de todo ello resultará un intercambio de opiniones, de discusiones y controversias, único modo de que salga a luz la verdad.

Y todo esto es beneficioso para la sociedad, particularmente beneficioso en este tiempo en que la mayor amenaza para el modo de vida democrático y para todo lo que ha producido la civilización moderna, tanto en Occidente como en Oriente, es la supresión de todas las diferencias de opinión, la represión de toda controversia. En este momento de la historia, cuando las fuerzas del totalitarismo tratan de extender la conspiración del silencio y la tergiversación de la verdad a todos los aspectos de la vida —ciencia, política y relaciones humanas—, los homosexuales (incluso los pocos que erróneamente figuran en el campo del totalitarismo) tratan de extender la libertad individual, de palabra, de prensa y de pensamiento, a territorios totalmente nuevos. Mientras otros quieren

estrechar los confines de la diferencias de opinión y de la discusión permisible, los homosexuales quieren ensancharlos. Y no es porque amen la libertad más que los otros, sino porque, afortunadamente, se encuentran en una posición histórica en que se les niegan sus libertades y quieren reconquistarlas.

Así, pues, como primer paso hacia la sociedad que nosotros los homosexuales deseamos, queremos la libertad de pensamiento y de expresión sobre nuestro problema. Esto implica no sólo el derecho de publicar libros y revistas sin intervención de la policía, sino el de emplear los medios principales de comunicación, los periódicos más importantes, las revistas y la radio, para la expresión de una opinión acorde con las tradiciones y el espíritu de las libertades norteamericanas. Todo editor o director tiene derecho a exponer sus propias opiniones, como lo hacen en los asuntos políticos, y a excluir de su periódico a la oposición; pero cuando sus opiniones coinciden con las de los directores más importantes, y cuando los que disienten temen abrir sus páginas a causa de las represalias de la Iglesia, del gobierno o de los anunciantes, entonces hay un control totalitario de la prensa por parte de un grupo particular y una negación de libertad para los demás. Esta es, indudablemente, la situación en lo que concierne actualmente a los derechos de los homosexuales.

Si alguna vez llega el día de la discusión libre y franca, y si, en el curso de la discusión, se abre paso la verdad y, en consecuencia, desaparece el estigma que acompaña al hecho de ser homosexual, automáticamente se producirá un ambiente más feliz, en el que el individuo podrá vivir, amar, prosperar y trabajar. Parte de esa felicidad consistirá en poder quitarse el antifaz.

Muchos homosexuales consideran como su mayor fortuna, como su privilegio salvador, el hecho de que sea invisible la cruz que tienen que llevar a cuestas. La facilidad con que fueron capaces de ocultar su temperamento a los amigos más

íntimos, a sus socios en negocios, a sus padres, esposas e hijos, les permitió compartir todos los beneficios y todas las ventajas materiales y espirituales que la vida ofrece a los heterosexuales. Muchas de estas personas —en las cuales me incluyo a mí mismo— se han esforzado constantemente por perfeccionar su técnica de ocultación.

Realmente, la facilidad para disimular es la tragedia, y no el privilegio salvador, de la homosexualidad. Si el homosexual fuese tan fácilmente reconocible como lo son los individuos de otros grupos minoritarios, probablemente no existiría la reprobación social. Las ideas estereotipadas de la mayoría se caerían por su absurdidad si todos los que somos alegres fuésemos reconocidos como tales. En segundo lugar, nuestros éxitos de sociedad y nuestras contribuciones a todos los aspectos de la cultura y del progreso social, serían bien conocidos, y no constituirían sólo un arsenal de argumentos conocidos de unos pocos únicamente. Las leyes contra la homosexualidad no podrían sostenerse, si se viera palmariamente que afectaban a millones de seres humanos en todos los caminos de la vida. El chantaje, naturalmente, no existiría como problema del invertido.

Es una quimera, pero digna de consideración. ¡Si todos los invertidos, los millones de invertidos de todos los países, pudiéramos levantarnos simultáneamente con toda nuestra fuerza! Porque el hecho es que nosotros los homosexuales somos derrotados por la perpetuación de los prejuicios que infligen severos castigos a quienes protestan contra esos mismos prejuicios. Un círculo vicioso más.

Necesitamos la libertad de expresión para alcanzar la libertad de inversión; pero sólo el invertido libre está en situación de exigir y promover la libertad de opinión. Y entre tanto, ¿qué haremos?

Unos pocos individuos, bien situados a causa de su posición social, de su independencia económica, de su obra universalmente conocida, pueden hablar y defender su causa.

Otros, con discreción, pueden ilustrar a sus amigos más íntimos y de toda su confianza. Y otros aún pueden utilizar su sabiduría o sus talentos divulgando informaciones veraces y presentando el asunto al público, pero detrás de los velos del seudónimo.

Mas, una vez conquistada la libertad de expresión, cuando el invertido sea plenamente aceptado y no constituya un objeto de calumnias ni de burlas, un objeto de desprecio ni de lástima, ¿cómo podrá encajar en nuestra vida social y familiar? ¿Es posible que la sociedad reconozca y sancione matrimonios en que la "novia" y el "novio" sean del mismo sexo y en que los dos "cónyuges" tengan los mismos derechos y obligaciones que en cualquier otro matrimonio?

La mayor parte de los problemas concomitantes con la homosexualidad quedarían automáticamente resueltos si no fuera por las actitudes discriminatorias de la sociedad. Muchos homosexuales se casarían y tendrían hijos, atraídos por la vida de familia que esa perspectiva ofrece, si no fuese por la vergüenza de sus inclinaciones y por la necesidad de ocultarlas a su mujer y a sus hijos. Otros formarían uniones con hombres, como lo hacen hoy, pero sin ostracismo social; llevarían a sus amigos a los actos sociales y adoptarían a un huérfano o a un sobrino de una familia demasiado numerosa y recargada de obligaciones. Otros vivirían solteros, tendrían muchos o pocos amantes, y al pasar los años probablemente mostrarían menos interés por las cosas sexuales que por las actividades culturales.

En todas esas cosas, la vida del homosexual es igual que la del heterosexual. Algunas personas necesitan un compañero, otras no. Algunas buscan sin cesar la satisfacción sexual; otras organizan una vida en que la satisfacción física de sus impulsos tiene un papel más bien pequeño.

Lo que el homosexual quiere es libertad, no sólo libertad de expresión, sino también libertad sexual. Se entiende por libertad sexual el derecho de toda persona a satisfacer sus ne-

cesidades cuando y como mejor le parezca, sin miedo a las consecuencias sociales, siempre y cuando que no se valga de la fuerza ni de la violencia, de la amenaza ni de la superioridad de edad; siempre y cuando no cause daño corporal o enfermedad a otra persona; siempre y cuando que la otra persona esté en su sano juicio y acceda voluntariamente a aquella actividad. Esto significa que tanto en los códigos como en la opinión pública toda actividad sexual es aceptada como correcta, legítima y propia, siempre que los participantes la practiquen voluntariamente, que sean personas sanas y de edad que les permita decidir por sí mismas, exentas de enfermedad contagiosa, y que no empleen la coacción ni el engaño.

Para nuestra sociedad, esa es una proposición radical. Ha sido expuesta en las notables obras de Guyon,[1] entre otros, y su completo desarrollo cae fuera de los límites de este libro. Pero es radical únicamente el exponer y defender esta teoría, porque la libertad sexual en realidad es practicada en gran escala en la vida moderna, a pesar de que la condenan la escuela, la iglesia, los periódicos y el gobierno. El adulterio, la *fellatio* entre marido y mujer, la homosexualidad, la fornicación premarital: todas estas cosas son tan comunes, que es raro encontrar un individuo que no haya practicado una o varias de estas formas de actividad sexual con mucha frecuencia.

Sin embargo, en los códigos, esos son actos punibles, y lo son más aún en el campo de la opinión pública. El resultado es que la civilización moderna adopta una actitud hipócrita y trata de imponer un sentimiento extremado de vergüenza a los individuos que viven una vida que para ellos es normal y natural.

El homosexual percibe con frecuencia que sus dificultades estriban en el hecho de que ha nacido en un mundo hostil, y esas dificultades son inherentes, piensa él, al hecho de vivir

[1] *The Ethics of Sexual Acts*, 1934 y 1948; y *Sexual Freedom*, 1950.

en una sociedad heterosexual. En mi opinión, esta es una idea completamente equivocada. La raíz de las dificultades del homosexual está en que vive, no en un mundo heterosexual, sino en un mundo antisexual.

El carácter antisexual de la civilización moderna se advierte adondequiera que uno mire. Al hablar del nacimiento de la Virgen, se usa la expresión "inmaculada concepción", de donde se infiere que todas las concepciones que tienen lugar mediante relaciones sexuales no son inmaculadas, y que, por tanto, son impuras. Todo chiste relativo al sexo se dice que es un "chiste sucio". Es "impúdico" no ocultar los órganos sexuales, y los epítetos más fuertes del idioma inglés —y de otros muchos idiomas— son sinónimos de las relaciones sexuales. Los educadores más progresivos enseñan a los niños la reproducción de los pájaros y de las flores, y algo de la fisiología del sexo, pero orillan el hecho de que los animales superiores, y particularmente el hombre, ejercitan el sexo por puro placer. En la moderna sociedad antisexual, el heterosexual es tolerado sólo porque es necesario para la propagación de la especie, pero se glorifica la prístina pureza del individuo virgen y casto. Si nosotros los homosexuales viviésemos en una sociedad predominantemente heterosexual, y no antisexual —como lo atestiguan los indios norteamericanos y los isleños del Mar del Sur—, no estaríamos en conflicto permanente con el prójimo ni con nosotros mismos.

Quizá objete alguien que hay en esto una contradicción básica. A través de todo este libro, ¿no me he dedicado a vituperar las actitudes de la sociedad heterosexual, de la sociedad dominada por los heterosexuales? ¿Y ahora salgo con que la tal sociedad heterosexual no existe? La realidad es que la nuestra sólo en apariencia es una sociedad heterosexual. ¡La cultura antisexual finge que es heterosexual, para mejor condenar todo ejercicio sexual realizado por puro placer!

También tiene hondos conflictos el heterosexual, en nuestra sociedad; no sólo el homosexual sufre desajustes o inadap-

taciones sexuales, en la vida moderna. Pero el estigma más leve que cae sobre el adulterio y las relaciones premaritales, la facilidad con que puede ocultarse la *fellatio* cuando se realiza con el sexo opuesto, y por último, la aceptación por la sociedad (aunque con repugnancia) del ejercicio del sexo en las relaciones conyugales, son otras tantas cosas que colocan al heterosexual en situación de preferencia en un ambiente antisexual.

Para resumir, el homosexual, pues, desea la libertad de expresión, aspira a que se admita su temperamento sin actitudes discriminatorias ni castigos, y se encuentra con que todo esto es posible únicamente cuando puede proclamar o descubrir su verdadera naturaleza. Este programa sólo será posible en una cultura que proclame la libertad sexual y reconozca el derecho de los adultos a entablar voluntariamente cualquier tipo de relaciones sexuales, sin miedo a las represalias de la sociedad. Al mismo tiempo, la adopción de esta política de libertad sexual apresurará la liberación del homosexual de la necesidad de ocultarse y de guardar silencio.

Por tanto, el homosexual tiene dos misiones históricas qué realizar. Ya sea demócrata o totalitarista por convicción política, se ve históricamente obligado a entrar en la lucha para ensanchar la libertad de expresión. Y, ya sean las del hombre continente o las del libertario sus convicciones religiosas y éticas, se ve históricamente obligado a alistarse en las legiones que luchan por la liberación de las costumbres sexuales de la civilización moderna.

Es interesante y alentador advertir que en los dos regímenes totalitarios más poderosos de nuestro siglo, se instituyeron verdaderos sistemas de terror contra la homosexualidad, a pesar de la colaboración de algunos homosexuales en el establecimiento de aquellos regímenes. La purga de Roehm por Hitler sólo puede comprenderse teniendo en cuenta que en la Alemania nazi no se toleraba ninguna opinión libre, divergen-

te o inasimilable, por muy servil que se mostrase al régimen de Hitler.

Después de la revolución rusa, fueron revocadas las leyes contra la homosexualidad. Esas leyes zaristas fueron denunciadas como restos del concepto burgués del sexo, y se previó una era nueva de libertad sexual. En los años siguientes, al reforzarse el estrangulamiento totalitario de todos los medios de expresión del pensamiento, fueron restablecidas las antiguas leyes burguesas y zaristas. El aborto fué declarado ilegal, el divorcio se dificultó cada vez más, y Kalinin firmó en marzo de 1934 una ley que volvía a hacer de la homosexualidad un delito, colocándola en la misma categoría que otros delitos sociales. La fecha es muy significativa, porque corresponde al período en que se intensificó la lucha contra la vieja guardia bolchevique, último gran esfuerzo del régimen de Stalin para establecer un sistema completo de control del pensamiento y de la acción. "Las detenciones en masa de homosexuales —escribe Wilhelm Reich— produjeron un pánico... Se dice que hubo muchos suicidios en el ejército".[1] Desde aquel tiempo, ha habido informaciones según las cuales los homosexuales han sido complicados en conspiraciones antistalinistas.

Actualmente, Rusia está mucho más atrasada que el resto de Europa y que Norteamérica en la actitud hacia los no conformistas sexuales, exactamente lo mismo que en la actitud hacia todos los no conformistas. Sólo hay lugar para la ortodoxia, y ésta incluye las cosas sexuales lo mismo que las políticas. En el estado socialista el homosexual vive con un miedo constante. Hasta los pocos recursos que le están abiertos en los Estados Unidos, se le cerraron en Rusia. Puede ser aprehendido y llevado a la picota con severidad medieval.

¿Cómo puede explicarse la crueldad rusa y nazi en estas cuestiones? Sólo de esta manera: en un estado totalitario no

[1] *The Sexual Revolution*, 1945.

hay lugar para un grupo que, por su mismo temperamento sexual, nunca puede ser asimilado, y que siempre permanece aparte con sus propios modos de vida, sus propias aspiraciones y su propia filosofía.

Y la incapacidad para la asimilación o adaptación constituye el mayor valor histórico de la homosexualidad. Una minoría que no comete actos antisociales, que no amenaza la vida, la propiedad ni la cultura de la mayoría ni de otros grupos minoritarios, es un pilar de las fuerzas democráticas. Mientras haya minorías semejantes en nuestra cultura, ya sean de carácter sexual o de carácter religioso o étnico, habrá muchas viandas en la olla, muchos y variados oleajes en el mar. No habrá fuerza capaz de entretejer todos esos grupos en una sola unidad totalitaria, que es la unanimidad de los cementerios.

De esta suerte, la homosexualidad —afortunadamente, pero sin quererlo— jugará inevitablemente un papel progresivo en tres sentidos: ensanchará la base de la libertad de pensamiento y de expresión, será la abanderada en la lucha por la liberalización de nuestras convenciones sexuales, y será un pilar de refuerzo en la defensa de nuestra democracia amenazada.

CAPITULO XXII

Un problema de todos

Con muy pocas excepciones, la población general heterosexual es completamente indiferente al destino del homosexual, o está fundamentalmente de acuerdo con las actitudes sociales dominantes, Así, pues, el problema homosexual difiere en un aspecto importante del de todas las demás minorías, a saber, en la imposibilidad de encontrar aliados fuera de las filas de las gentes más directa y perfectamente afectadas. Esta imposibilidad se deriva de una multiplicidad de fuentes: la sospecha que cae sobre el aliado; el papel psicológico de la hostilidad como auxiliar en la represión de tendencias que se consideran anormales; la incapacidad de los homosexuales para defender su opinión y para pedir ayuda; y la creencia de que este es un problema que no afecta al hombre corriente, y que, por tanto, no tiene por qué interesarle.

La lucha para cambiar los códigos morales dominantes en lo que respecta a las actitudes hacia los homosexuales, no siempre ha carecido de aliados. En Alemania, durante los últimos años del siglo XIX, se organizó un movimiento para el reconocimiento y la legalización de la homosexualidad, bajo la dirección de Magnus Hirschfeld, y actuó hasta después de establecida la república de Weimar. Este movimiento hizo propaganda y formó organizaciones con el fin de derribar las barreras del silencio y de sacar a la sociedad homosexual de

los abismos de la semilegalidad sumergida. Publicaba un periódico, el *Jahrbuch für sexuelle Zwischenstufen,* y no sólo propugnaba la revocación de ciertas leyes, sino un cambio en las actitudes de las gentes. Aunque centraba gran parte de su atención en el tema de la reforma legislativa, el círculo de Hirschfeld reconocía indudablemente que esto no era en sí mismo lo más importante, pero que podía utilizarse como bandera en torno de la cual pudiera emprenderse una lucha general contra la injusticia. La base de su llamamiento era de tipo humanitario.

Movimientos similares existieron en otras partes del mundo; pero el grupo alemán alcanzó una fuerza y una influencia que no fueron igualadas en ningún otro país. Un círculo inglés funcionó durante algunos años bajo la jefatura de Edward Carpenter; publicó algunos folletos y gozó de alta reputación en los medios intelectuales ingleses.

Los veintitrés volúmenes del *Jahrbuch* publicado en Alemania bajo la dirección de Hirschfeld son extremadamente interesantes, principalmente porque constituyeron el primer esfuerzo en los tiempos modernos para publicar una revista homosexual sin tapujos, puesto que la palabra *homosexual* aparecía en la portada formando parte del subtítulo de la revista.

El movimiento de Hirschfeld realizó un gran esfuerzo para obtener el apoyo de legisladores, escritores, científicos, y todos cuantos podían responder al llamamiento con comprensión y simpatía. En los últimos años de su existencia, el grupo dirigió una petición al Reichstag; y tras considerables esfuerzos se obtuvieron las firmas de varios centenares de hombres y mujeres distinguidos. Los nombres que figuran en la lista son hoy poco conocidos en los Estados Unidos. Los firmantes eran médicos, profesores, escritores y otras figuras prominentes en Alemania, en los años que siguieron inmediatamente a la primera guerra mundial. Mas, para quienes estaban familiarizados con la cultura alemana de aquel tiempo, la lista fué

sorprendentemente importante por la calidad y notoriedad de los que suscribían el llamamiento. Algunos nombres los conoce todo lector norteamericano: Enrique Mann, Tomás Mann y Alberto Einstein.

El llamamiento de Hirschfeld sostenía que las condiciones sociales dominantes y las leyes que las reflejaban tenían por objeto impedir a una minoría contribuir en ninguna forma a la vida social general. Esta injusticia exigía una rectificación, y en apoyo de este llamamiento a la solidaridad se agruparon los intelectuales alemanes más notables.

Desde que desaparecieron los movimientos de Hirschfeld y de Carpenter, se ha hecho muy poco, organizadamente, para despertar el interés del público por la situación del homosexual. Como ya hemos dicho, un puñado de escritores ha tratado el tema con simpatía; pero aunque millones de norteamericanos conocen hoy, indudablemente, las dificultades con que lucha el homosexual, o bien se muestran indiferentes a su destino, o se inclinan en favor de un tratamiento severo. Esta es sólo una de las muchas manifestaciones de la general decadencia del humanitarismo como fin valioso por sí mismo.

Hubo un tiempo en la historia moderna en que el solo hecho de que una causa fuese humanitaria se consideraba como su única justificación necesaria. Hoy, ya se trate de enviar alimentos a una región donde el hambre causa estragos, o de donar sangre para los soldados que combaten en el campo de batalla, o de ayudar a las gentes de color, hay que agitar el cebo de la ganancia positiva y egoísta para lograr el apoyo popular. El humanitarismo en y por sí mismo, es rechazado como sentimentalismo ridículo o como propaganda ineficaz, y el llamamiento a la solidaridad se confunde con el llamamiento a la piedad, que es una invitación al desprecio.

Hasta los abogados de la igualdad racial han centrado su argumentación principal sobre los dañosos efectos del odio de razas en el bienestar del grupo mayoritario. En los Estados Unidos, los campeones de la igualdad sostienen que las leyes

raciales vigentes en Norteamérica debilitan la posición de este país en los negocios mundiales, y particularmente en los de Asia; afirman que esas leyes permiten la explotación económica de los blancos pobres; y señalan, como lo hizo Myrdal, que los prejuicios norteamericanos han creado un hondo problema psicológico al hombre blanco, que quiere creer en la tradición norteamericana del juego limpio, de la democracia y de la simpatía para el que sufre, pero se encuentra con que esos principios están en agudo conflicto con su propia actitud respecto de los negros. Sin embargo, sin negar la verdad de estos argumentos y su eficacia en la lucha por ganar aliados, lo cierto es que son completamente inoportunos, porque la igualdad racial es un fin deseable en sí mismo, y que debe ser realizado aunque no signifique el mejoramiento de la posición de Norteamérica en los negocios del mundo y del hombre blanco en Norteamérica.

Aquí radica una de las tragedias de nuestro tiempo: el humanitarismo, el llamamiento para mejorar las condiciones humanas puramente por ellas mismas, para que las gentes puedan ser más felices, se está convirtiendo en una causa olvidada, en el conflicto de fuerzas que luchan por sobrevivir en el mundo moderno.

Yo sostengo que ese humanitarismo, la profunda solidaridad del hombre con el hombre, debe ser reavivado si los valores del mundo democrático han de sobrevivir y de significar algo. Y sobre la base de un humanitarismo democrático y cristiano debe hacerse el llamamiento a la mayoría sexual para que acuda en ayuda de la minoría.

Esto no significa, sin embargo, que no haya otras razones para que el hombre corriente se interese por la causa del homosexual y apoye sus aspiraciones. Ningún grupo minoritario vive en el vacío. Actúa en una sociedad en que está en contacto incesante con la mayoría. Colabora con la mayoría, se opone a ella, influye y es influído. Estas interre-

laciones son igualmente importantes para las personas del grupo dominante y para las del dominado.

A causa de la cuantía de la minoría homosexual, y a causa del carácter no hereditario e involuntario del impulso que caracteriza a este grupo, nadie está libre en el mundo de la posibilidad de que la homosexualidad exista ya, o es probable que exista, en su propia familia o en la familia de las personas más allegadas. ¡Cuántas tragedias en las vidas de los padres, cuánta ansiedad y aprensión en los hermanos y las hermanas, se evitarían si no existiese la hostilidad social! La mayor parte de los problemas graves que angustian al homosexual —la humillación, la ignominia, el fingimiento, y la lucha para creer en sí mismo a la vez que niega su naturaleza, para citar sólo algunos— son principalmente consecuencias de la hostilidad, y la disminución y desaparición de esa hostilidad proporcionará un grado mayor de felicidad no sólo a alguna persona desconocida, sino al hijo que crece bajo nuestros ojos y aun al hijo que todavía no ha nacido.

Por cada homosexual, hay en los Estados Unidos aproximadamente de tres a cinco personas en la familia que están directamente interesadas en la vida y felicidad de aquél. Y cuando la incidencia homosexual se multiplica por una cantidad de tres, cuatro o cinco cifras, resulta afectada una minoría enorme. Unicamente un movimiento que mejore las condiciones en que el homosexual se encuentra en la sociedad puede garantizar a esas familias que se verán libres del intenso dolor que experimentan cuando descubren la anormalidad de un hijo.

Pero aun cuando esta situación no llegue a presentarse en el hogar de un hombre, inevitablemente le afectará el ostracismo social, porque todas las actitudes opresoras hacia una minoría (a menos de que ésta sea una fuerza socialmente destructora) contiene las semillas de la opresión contra otras minorías, contra todas las minorías. Cuando se le permite al Veterans Administrator negar a los homosexuales las ventajas

que ofrece el G. I. Bill of Rights, se sienta un precedente por el cual la conformidad con los códigos morales vigentes se convierte en criterio para conceder los beneficios del gobierno; y cuando sus actos pasan virtualmente inadvertidos y sin oposición, resulta que un hombre ha tomado en sus manos poderes soberanos que no le han delegado los legisladores, y el precedente es utilizable contra otros individuos y otros grupos. Cuando la sentencia de un tribunal interpreta la ley de manera que permite declarar a un hombre convicto de un crimen a base del testimonio no corroborado de un cómplice, las posibilidades de cohecho, chantaje, y otros males, son manifiestas, y sus repercusiones afectarán a los heterosexuales tanto como a los homosexuales.

Cuando se puede humillar e intimidar a un testigo interrogándole en estrados (o advirtiéndole de antemano que será interrogado) acerca de cuestiones totalmente impertinentes sobre su vida privada homosexual, que palmariamente no tienen nada que ver con el caso a discusión, y cuando no se emprende ninguna acción contra los responsables de la intimación y el chantaje, entonces surge la posibilidad de que se recaben testimonios —¡como, en efecto, alguna vez se ha hecho!— acerca de su vida sexual extra y premarital, por ajenas que estas cuestiones sean el asunto en litigio. Ningún testigo se libra del miedo al temeroso espectro de un gobierno que puede entrometerse en todos los aspectos de la vida personal de un hombre, seguir la pista de hombres y mujeres para obtener información acerca de sus actividades sexuales, y que enfrenta a testigos y acusados con hechos no pertinentes para impedir testimonios desfavorables; o, si la intimidación no tiene resultado, denigrar su carácter y poner en duda su credibilidad. El uso de esta técnica por el gobierno norteamericano en muchos casos, es cosa muy temible; pero el heterosexual puede comprobar que es una técnica cuyo uso no se limita a la homosexualidad.

Podría seguir exponiendo hechos. El nombramiento de una comisión gubernativa para investigar por qué ciertos grupos no son admitidos en los empleos, no sólo es un paso para la usurpación del papel de psiquiatra por legisladores a todas luces incompetentes para entender en estas materias, sino que demuestra la parcialidad y los prejuicios con que una corporación oficial emprende la investigación de un problema. Y estas son cuestiones que no afectan sólo a los homosexuales. A menos que la población en general no ponga término a estas prácticas, se extenderán —y en realidad ya se han extendido— a otros grupos de gentes.

No acredita la capacidad de un organismo oficial del gobierno de los Estados Unidos el hecho de que presente argumentos especiosos para excluir a los homosexuales de los empleos, argumentos que, en muchos casos, demuestran la mentalidad sociológicamente insolvente de los investigadores. (Por ejemplo: *los homosexuales tienden a reunirse,* afirmación que ignora las causas y los motivos responsables de esa tendencia; que no demuestra que haya nada nefando en esas reuniones; y que con la misma verdad podría decirse de los heterosexuales en cuanto motivo para excluirlos de los empleos.) Pero la lección importante que tenemos que aprender es que semejantes métodos de investigación, semejantes argumentos y semejante modo de presentar las decisiones sin permitir que se aireen las opiniones contrarias, pueden ser, y de hecho han sido, utilizados contra cualquier grupo social. Por esta razón, en los métodos empleados contra unos pocos late la amenaza contra la libertad de todo el pueblo.

Todos los problemas de minoría son en realidad problemas de la mayoría. Ya lo hemos dicho, pero no es sólo porque la mayoría sea responsable de la existencia de esos problemas, sino también porque la mayoría sufre, indirectamente y muchas veces sin saberlo, la opresión que se ejerce contra la minoría. Todas las medidas legales y gubernativas que se han tomado contra los homosexuales, también pueden ser usadas,

y lo han sido, contra los heterosexuales, contra todo grupo que no le parezca aceptable, en todos los aspectos, a la mayoría dominante, y contra todo individuo cuya vida no se ajuste a los códigos morales que prevalecen en los Estados Unidos. Por tanto, es esencial estar en guardia contra la opresión del gobierno y terminar con las leyes injustas y con sus interpretaciones abusivas, porque constituyen una amenaza contra todos los norteamericanos. Pero el hecho más importante es éste: la hostilidad social hace posibles esas leyes y sus interpretaciones, y únicamente un cambio en la actitud social podrá hacer cambiar las reglas gubernativas y judiciales.

Vistas las cosas superficialmente, quizá a muchas gentes las parezca injurioso el proponer que las revistas, las casas editoriales, los periódicos, los foros, las salas de conferencias y otros medios educativos y culturales den facilidades para exponer la opinión de los homosexuales; pero si a esta minoría no se le concede la libertad de expresarse de un modo legal, ¿qué puede impedir que análogas medidas opresoras se apliquen contra los heterosexuales antipuritanos, contra los ateos y otros disidentes antirreligiosos, y contra los grupos políticos cuya propaganda puede resultarle molesta a una iglesia o a un estado?

Las desdichas que han nacido de las tradiciones antihomosexuales no han sido exclusivas de los homosexuales. Muy al contrario, gran parte de los sufrimientos han caído sobre los heterosexuales, ya directa ya indirectamente, ya a sabiendas ya sin saberlo. Una de las técnicas que más resultado les han dado a los tiranos modernos ha consistido en explotar los prejuicios populares para fines políticos. Entre esos prejuicios figura la hostilidad social hacia la homosexualidad, tan universal que no ha tenido refutación eficaz. Stalin e Hitler han utilizado el prejuicio contra la homosexualidad como cortina de humo para cubrir sus propias deficiencias, para unir al populacho maltratado contra la oposición, y para excitar el odio contra la oposición personal y política vinculándola a

esa práctica sexual. Esos dictadores siguieron las tradiciones de quienes en la Edad Media vincularon la homosexualidad a la herejía y la hechicería; mientras que aquí, en los Estados Unidos, las acusaciones de perversión sexual en los medios gubernativos se usaron como base para atacar la política exterior de la administración de Truman, cuando no pudo encontrarse fundamento para el ataque en una argumentación congruente.

Una actitud social sana debe basarse sobre el reconocimiento de que los homosexuales se han convertido en víctimas propiciatorias, y que la sociedad toda no sólo es responsable de esta situación, sino que también sufre a causa de ella. Norteamérica ha aprendido por dolorosas experiencias que el tener una minoría social como víctima propiciatoria indefensa, ya sea racial, sexual o de otra clase, es una amenaza para el bienestar de la mayoría tanto como para el de la minoría. La víctima propiciatoria puede ser condenada a prisión y aun a muerte; pero las deficiencias y los defectos que hacen necesario infligir tales castigos, no son corregidos reduciendo al silencio absoluto a la oposición.

En realidad, no son los homosexuales los que más sufren en esta cruzada contra sus modos de vida, porque ocultan sus inclinaciones, sino que en el curso de la persecución contra ellos y en la intensificación de las medidas para suprimir sus actividades, se imponen la censura, leyes anticuadas de divorcio y códigos morales inactuales, a gentes a quienes el odio impide pensar por su cuenta. El clamor contra la perversión sexual equivale al tradicional "arenque ahumado" en el campo político: se usa para impedir todo intento de efectuar una reorientación del pensamiento sobre los asuntos sexuales.

El fracaso de los homosexuales en su esfuerzo para atraerse aliados es atribuíble en primer lugar a las desventajas que resultan para los posibles aliados; a la incapacidad del invertido para derribar los tabús y exponer sus opiniones ante un auditorio extenso y general; y, finalmente, a la incapacidad

para demostrar a toda la población que el problema tiene repercusiones que rebasan los límites del grupo más directamente afectado. Pero, sobre todo, el fracaso puede atribuirse a la omisión de un llamamiento humanitario, que en los Estados Unidos aun no se ha hecho con efectividad. Lo cierto es que en la Alemania democrática, y en menor medida en otras partes de Europa, el llamamiento a la solidaridad humana encontró cordial respuesta. Si, por un lado, los seres humanos corrientes que siguen el camino mayoritario en cuanto a prácticas sexuales, pueden ser persuadidos de que ellos mismos sufren graves desventajas a causa de la actitud social condenatoria de los homosexuales; y si, por otro lado, se hace un llamamiento a las tradiciones norteamericanas de juego limpio y de igualdad de oportunidades para todos, estoy convencido de que cambiará la actitud pública.

En un tiempo en que la solidaridad del hombre con el hombre está en nivel muy bajo, creo que el humanitarismo como fundamento de la lucha por los derechos y las libertades del homosexual debe ser antepuesto a todos los demás alegatos. La rectificación del mal social que es la hostilidad, es un bien deseable por sí mismo, y si se le presenta a la luz de los modernos conocimientos científicos y sociológicos, puede atraer a su causa a hombres de alta posición y de gran influencia en la vida norteamericana. Pero esto no excluye la verdad muy cierta de que las actitudes antihomosexuales afectan a millones de personas, porque infligen un tipo de castigo cruel y desacostumbradamente penoso a miembros de sus propias familias, o infligirá penalidades semejantes a sus más próximos parientes en el futuro; y porque esas medidas opresoras son, en último análisis, una amenaza a la libertad de todo el mundo.

La supresión del papel de víctima propiciatoria, asignado a una minoría, sin suprimir a esa minoría, es un objetivo socialmente necesario para la defensa de los derechos de la mayoría, y la rectificación de la actitud de la sociedad hacia

el fenómeno de la homosexualidad debe traer consigo un nuevo estudio de la sexualidad misma. Realmente, en esta cultura antisexual es muy posible que no haya tal persecución de la homosexualidad, sino la persecución de la sexualidad en general.

Un llamamiento para revisar las actitudes hacia el homosexual, en realidad es (y no puede separarse de él) un llamamiento para la reorientación de la vida sexual en la civilización moderna. Al verificar esa revisión, se verá que es ventajoso para todos los individuos de la sociedad el que se verifique un cambio en el sentimiento general. Si, al suscitar en la población toda la necesidad de ese cambio, se reaviva el espíritu de solidaridad humanitaria, también eso será beneficioso para todos los hombres y todas las mujeres.

CAPITULO XXIII

Una discusión con los padres

Todos los años, miles de personas que antes ignoraban la homosexualidad como problema que afectase a sus vidas, despiertan dolorosamente a las realidades del mundo de los hombres marginales. Hasta entonces el homosexual había sido motivo de desprecio en la calle, personaje poco envidiable de un chiste, u objeto de habladurías repetidas con jocosa malicia. De pronto, el homosexual era el niño de la casa, el muchacho amado que va a la escuela primaria superior o al colegio, y que resultaba un sujeto despreciable. ¿Cómo pueden compaginarse ambos sentimientos?

"Millones de individuos son invertidos", se había dicho; y si la familia se mueve en ambientes sofisticados y cultos, indudablemente oyó repetir esas palabras. Pero "millones" es una abstracción, un problema que afecta a otros y que está muy lejos de la vida de uno. Esos millones son, quizá, seres humanos, pero como los internados en los campos de concentración de una tierra lejana, o los desgraciados enfermos de un leprosario, son millones inidentificables con el joven o la joven cotidianos y familiares, análogos a los propios hijos.

Ese despertar algunas veces ocurre gradualmente, otras veces con ruda subitaneidad, como un golpe del que nunca es posible recuperarse. Y con frecuencia, el despertar no es completo; en el espíritu de muchos padres queda como una

semisospecha que deliberadamente rechazan de su mente, que no someten nunca a comprobación, que no llega nunca a la afirmación o a la negación plenas.

Realmente, las realizaciones entre los padres y el homosexual en formación (o ya totalmente formado) constituye uno de los aspectos más importantes e inquietantes, y sin embargo menos discutido, de la vida alegre en Norteamérica.

Es totalmente evidente que cualquier tirantez o ruptura entre padre e hijo es una fuente de malestar para todos los afectados, independientemente del grado de reajuste o adaptación que cada uno de ellos consiga. La unidad familiar ofrece un ancladero, una oportunidad para echar raíces profundas y para orientarse, en un mundo de relaciones cambiantes e inestables.

Pero además, para el homosexual hay tres razones adicionales por las que es indispensable el entendimiento pleno con los padres (o con los hermanos y las hermanas). En primer lugar, como ya he dicho al resumir las opiniones de los psiquiatras acerca del origen del impulso homosexual, con frecuencia existe una adhesión psicológica extremadamente fuerte entre el homosexual y uno por lo menos de sus padres. Esto está expuesto con el mayor talento en *The Well of Loneliness*, donde Stephen, la heroína, consagra una parte desproporcionada de su cariño a su padre, sujeto bondadoso y compasivo, mientras se siente completamente alejada de su madre, mujer de frigidez extraordinaria.

La pérdida de un padre, ya sea por muerte o por separación voluntaria, es siempre fuente de particulares dificultades e inicia uno de los períodos más tristes por que ha de pasar en su vida todo ser humano. Mas las personas que han llegado a un afecto tan fuerte, que penetra todo su ser y está en la raíz misma de la repulsa a la cultura que les rodea, muchas veces encuentran absolutamente insoportable esa pérdida. Dos hermanos a quienes conocí bien durante mucho tiempo, en apariencia estaban igualmente unidos a su madre, y fueron

igualmente afectados en lo más vivo por su muerte; pero después siguieron conductas absolutamente distintas. Pocos meses después Lawrence fué el individuo feliz de siempre, que asistía a los cines, y tenía citas con muchachas; la madre ya no era más que un vago y amado recuerdo, y la herida, aunque reciente, ya había cicatrizado. Pero William, un año menor que él, y homosexual, todavía no se había acomodado a la pérdida diez años después de muerta su madre. Hasta el día de hoy, no puede oír su nombre ni ver su fotografía sin que se le ponga un nudo en la garganta, no puede ver un calendario, según dice, sin que se le llenen los ojos de lágrimas y sin buscar la fecha del aniversario de la muerte.

Puede ser tan fuerte la adhesión al padre o a la madre, que a veces alcanza grados increíbles y hasta neuróticos. Por consiguiente, es esencial al bienestar del joven homosexual conservar el poderoso vínculo que con frecuencia existe entre él y sus padres.

En segundo lugar, el homosexual necesita la protección y la amistad que ofrece la familia, mucho más que la mayor parte de las gentes. Sus problemas se agravan, no se resuelven fácilmente, ni pueden, con frecuencia, ser llevados a otra parte. Necesita orientación en un mundo hostil, y la amistad y el consejo que encuentra en el hogar pueden serle una ayuda inapreciable. Sus problemas serán los de todo individuo de un grupo minoritario: elegir entre la libertad de movimientos dentro de su propio círculo, y las ventajas de ingresar en la sociedad en general; o buscar un *modus vivendi* en los dos sitios; serán los problemas de la educación, de ganarse la vida, de descubrirse, del chantaje. Pero mucho más importantes que estos dilemas materiales y fácilmente expresables, será la cuestión fundamental a que tiene que responder siempre que se examina en el espejo de la vida: ¿Podrá sentirse orgulloso y autojustificarse ante el impacto cultural de la oposición, el ridículo y el envilecimiento que le acosan por

todos lados? En estas condiciones, necesita uno volver al calor, la seguridad y la estabilidad del amor de la familia.

Por último, el joven alegre anhela desesperadamente poder aceptarse a sí mismo en un mundo no sólo de hostilidad, sino también de proscripción, mundo que se esfuerza, sin éxito ni razón, porque uno se encuentre a sí mismo inaceptable. Acéptese a sí mismo, le aconseja el psiquiatra; pero ¡qué difícil de lograr es eso si uno no es aceptado por su propio hogar!

Muchos padres ignoran por completo el lado homosexual de las vidas de sus hijos, así como muchas esposas y muchos maridos ignoran estas actividades en sus cónyuges. El joven, ya esté soltero o ya casado, disimula de un modo tan perfecto, siempre en guardia para no descubrirse, preocupado siempre con llevar su máscara, que el padre es engañado. No puede concebir ni el menor asomo de sospecha. Este padre con frecuencia refleja la actitud hostil del mundo hacia el invertido sexual, y hasta quizá halla ocasión para expresar esos enemistosos sentimientos en presencia de su hijo.

Yo he oído decir "degenerado" a la madre de un amigo mío en presencia de éste, con motivo de haberse pronunciado el nombre de un eminente homosexual. No pude menos de preguntarme qué pensaría en aquel momento el hijo. Le pregunté más tarde, y me contestó que no hacía caso de esas cosas, porque su casa significaba tanto para él, que por ningún motivo quería perderla. "No hay ni puede haber ningún punto común, en este asunto, entre mi madre y yo —dijo—, y no sé si me sentiría más a gusto si lo hubiera."

No todo el mundo admite un reajuste de esa suerte. Algunos sujetos se creerían a sí mismos unos impostores, viviendo en el mundo de la mentira, que sería innecesaria si desenmascarasen su verdadera naturaleza.

Pero no es universal una ignorancia tan completa de los hechos. En muchos casos el homosexual se ha hecho sospechoso. De vez en cuando se ha observado algo, un amigo más

fácilmente identificable que los otros ha sido llevado a casa, las cejas se han enarcado y lenguas maliciosas han soltado alguna broma, dejando tras de sí el rastro de la sospecha.

Y los padres vigilan con temor, tratando de hallar, para aferrarse a él, cualquier indicio de que sus sospechas no tienen fundamento. Con la infinita capacidad de la mente humana para creer lo que quiere creer, los padres tratan de consolarse convenciéndose a sí mismos de que su hijo no es diferente de los demás jóvenes. Y quizá logran engañarse, pero ¿qué salen ganando?

Y el hijo, siempre en guardia, a su vez llega a sospechar que se sospecha de él. Elige cuidadosamente los libros que lleva a casa, se hace más cauteloso que nunca acerca de sus amigos, a algunos de los cuales no dará el número de su teléfono, y en alguna ocasión hasta tomará parte en una conversación hostil.

El homosexual se ve literalmente obligado a este subterfugio. De un lado, debe conservar la máscara, porque teme que el quitársela lastimará profundamente a las personas a quienes tanto ama. Tratando de no herir sus sentimientos, encuentra que una ignorancia deliberadamente cultivada es el mejor método para lograr su objeto. Y de otro lado, teme las represalias de sus padres en forma de reprobación, de rechazamiento y quizá de la total exclusión de sus vidas.

Por último, hay padres que están ciertos de la homosexualidad de su hijo. Esta puede ser manifiesta, o el padre ha llegado a conocer los hechos a causa de un incidente desagradable en la escuela; o en algunos casos, el joven ha creído necesario para su paz espiritual exponer su situación al padre o a la madre.

En la urdimbre de estos diversos tipos de relaciones, cada uno de los cuales es de práctica común en centenares de miles de hogares, hay innumerables variantes. No hay dos familias que traten sus problemas de la misma manera. La clasificación obliga siempre a vagas generalizaciones.

Muchas veces los padres acuden a los psiquiatras, a los trabajadores sociales, a los eclesiásticos, a los educadores y a otras personas, y con muchos titubeos les confiesan su apuro y les piden consejo. O, con bastante frecuencia, se acercan a esos consejeros y les dicen: "Tengo un amigo, o una hermana, o un vecino (se usan muchos de estos subterfugios) cuyo hijo muestra una tendencia homosexual. ¿Qué puedo aconsejarle que haga?" La hermana o el vecino evidentemente son ficciones, la palabra "tendencia" un eufemismo, y la consulta toda resulta como almohadillada para encontrar una fórmula que oculte la vergüenza.

Algunas veces las preguntas son bien formuladas, y el consejo es inteligente. Lo más frecuente es que el padre se gane la simpatía del consultado, pero no obtenga ni orientación ni ayuda útiles. Todas estas personas y muchas más debieran ser interrogadas y sopesados sus consejos. Pero desgraciadamente, a excepción de algunos psiquiatras, están en la más lamentable ignorancia del problema homosexual, y sin conocerlo, ¿qué ayuda podrán prestar?

Supongamos que su hijo es homosexual, y que usted está aturdido y desorientado a causa de ello. Quizá, como homosexual, pueda yo ofrecer algún consejo útil sobre el modo de tratarle. Pero ante todo, debo requerirle para que abandone todas las ideas preconcebidas: odios, repulsiones y prejuicios.

Si ha leído usted todas las páginas anteriores, conocerá ciertas cosas acerca de la homosexualidad: que es muy frecuente, que muchos homosexuales en realidad son bisexuales (como lo son muchas personas que se consideran a sí mismas heterosexuales), y que un impulso homosexual muy enraizado no puede ser vencido ni expulsado de su hijo. Pero, lo que es más importante, debe usted saber y recordar que las conferencias de un eclesiástico pueden hacer poco bien y quizá mucho mal a una persona que se encuentra en la difícil situación de su hijo, y que el tratamiento por un médico o un

psicológo quizá logrará mejor reajustarlo a su homosexualidad que apartarlo de ella.

Conozco a un padre que se jacta abiertamente de la buena paliza que dió a su hijo de quince años cuando descubrió la "horrible verdad". Lleno de cólera y de odio, dando pruebas de un genio que nunca hasta entonces se había mostrado tan fuerte, el padre, ayudado por su hijo mayor, infligió tan despiadada tortura al muchacho, que hubo que llamar al médico para que le curase las contusiones. Pero se habían causado otras heridas que ningún doctor sabrá curar nunca.

Y ¿qué logró aquel padre? Nada, sino el demostrar que él era una persona muy normal. No había hecho ningún esfuerzo para comprender al muchacho y para llegar a una solución aceptable del problema. Un padre de ese tipo debía sentirse extremadamente culpable respecto de su hijo; debía darse cuenta de que en algo se había equivocado, o que el mundo pensaría que se había equivocado. El expresar la reprobación al muchacho de un modo tan violento, fué inútil e innecesariamente cruel; pero se sentía obligado a hacerlo así. El vapuleo dejó al padre convencido de que era bueno y puro, y por tanto sin ninguna responsabilidad por el descarrío de su hijo. Del padre y el hijo, éste fué el que más sufrió, pero quizá el primero es el que tenía ante sí el mayor problema.

Expulsar de casa a su hijo, no es más que una forma ligeramente refinada y poco más civilizada de vapuleo, y tampoco contribuye nada a resolver los problemas del muchacho ni los de usted. No sirve más que para demostrar que, al elegir entre la respetabilidad a los ojos del mundo y el amor a su hijo, usted está dispuesto a sacrificar el segundo en aras del primero.

¿Qué actitud, pues, debe asumir usted hacia su hijo? Innecesario es repetir que la unidad familiar es una clave de la cultura moderna, y que en esa unidad, ante la cual ha asumido usted sus responsabilidades y a la cual ha traído a su

hijo, tiene usted una obligación que cumplir, de origen tanto social como biológico, en relación con los seres a quienes ha engendrado y criado. El padre o la madre que abandona a un joven en un momento de angustia, difícilmente podrá justificarse a los ojos de un moralista imparcial.

Pero su deber como padre de un homosexual es doble, porque desde el tiempo en que su hijo estaba en la cuna y era amamantado, pasando por los años de la pubertad y de la adolescencia, su crianza y cuidado han sido obligaciones de usted, y la responsabilidad esencial, aunque inconsciente, de que haya llegado a ser alegre, es de usted. Es cierto que usted no le eligió ese camino, pero tampoco lo eligió él. Su hijo se encontró en él, como si se tratase de algo congénito, y no parece probable que pueda escapar de él nunca. Pero fueron primeramente ustedes, los padres —con la dirección que imprimieron a la vida familiar, con su conducta, con su cariño o su falta de cariño, su educación o su falta de educación— quienes echaron los cimientos de la sexualidad invertida de su hijo.

Por tanto, no sólo es injusto, sino inmoral, el que usted, después de haber obligado a su hijo a seguir determinada senda, ahora lo rechace porque aborrece usted aquella senda.

Algunos padres, pocos, responden comprensivamente al problema de su hijo. Saben las dificultades que su hijo encontrará en la vida. En estos raros casos los padres temen la inestabilidad de las amistades homosexuales, las discriminaciones económicas, sociales y educativas, las humillaciones de por vida. La mayor parte de los padres, al leer estas palabras, querrán identificarse con este grupo; pero muchos sólo usan las dificultades de la vida del invertido como una excusa para ocultar su querella fundamental. Porque la mayoría de los padres se interesan poco en estas consideraciones desinteresadas. Temen las habladurías, el murmurar de las malas lenguas y su propia humillación por ser padres de un muchacho invertido. Por esta razón, se dejan llevar por la indignación

más violenta, y acusan las costumbres del joven de malas, de antinaturales, de pervertidas.

A aquellos de ustedes que no pueden hacer otra cosa que apartarse de las inclinaciones de su hijo, les recomiendo que busquen las causas en sí mismos y que traten después de prever las consecuencias de su repulsa. No veo cómo pueden justificar los vapuleos ni las expulsiones. Aquellos de ustedes que desean ayudar a sus hijos, probablemente no tienen ideas preconcebidas acerca de las formas que podría asumir la ayuda. Si su concepto de la ayuda no se limita necesariamente a producir un cambio en toda la psicología y en el carácter sexual de su hijo, quizá sus esfuerzos sean coronados por el éxito, no sólo para el muchacho, sino también para ustedes.

Por tanto, en el momento mismo de comenzar, debe usted buscar una orientación. ¿Desea usted sinceramente ser ilustrado acerca del camino que dará a su hijo las mayores posibilidades en el tipo de vida que está a su alcance, de suerte que sea una vida feliz en todas las acepciones de la palabra; o busca usted su autojustificación y su vindicación por el camino de la acción brutal? ¿Busca usted valor para enfrentarse al mundo con la verdad, o busca los subterfugios que le permitirán volver a los engaños y a las simulaciones? Por último, ¿pide usted consejo sólo sobre el modo de cambiar a su hijo, o sobre la manera de hacerle feliz?

Esta última pregunta es el eje de todo el problema. A algunos de ustedes la respuesta les parecerá de lo más obvio: no sólo no son mutuamente exclusivas las dos —dirá usted—, sino que son mutuamente interdependientes. No son dos preguntas, dirá alguno de ustedes, sino una; porque ustedes están convencidos de que el camino de la felicidad futura se encuentra en una sola dirección, que consiste en cambiar el curso que va tomando la vida para su hijo.

Mas ese no es el caso, necesariamente; pero aun cuando fuese cierto que la verdadera felicidad no puede encontrarse sino en el mundo heterosexual, no sería ahora pertinente. La

verdad fundamental que ustedes los padres deben aceptar es ésta: que ni el ruego, ni la medicina, ni las palizas, ni la terapia más simpatizante, probablemente no podrán extirpar el impulso homosexual en la persona en quien haya echado raíces. Deben ustedes aceptar la condición de su hijo o de su hija como cosa definitiva. Desechen por completo de sus sueños toda idea de que algún día sus vástagos verán la luz. Abandonen sus insinuaciones de matrimonio, sus actitudes y observaciones desaprobatorias. A partir de ese momento, no será difícil de determinar la orientación que debe seguir su conducta.

¿Debe ser llevado al psiquiatra su hijo o su hija? Eso depende en gran medida de la edad de los jóvenes y del grado en que sientan la necesidad del consejo del psiquiatra. Si el invertido está aún en su fase formativa y puede ser llevado fácilmente al médico, la consulta no puede hacer daño, siempre que el médico esté capacitado para entender en el problema. Sin embargo, el médico de la familia, no obstante la confianza de que goza, no puede hacer otra cosa que asustar al joven con insinuaciones y amonestaciones, quizá hablará severamente de prácticas antinaturales, y de esta manera incubará en el individuo un sentimiento de culpabilidad aun más intenso. Pero ni el miedo ni el sentimiento de culpabilidad pueden servir de ayuda; en realidad, aumentarán las dificultades concomitantes con la homosexualidad sin aliviar en nada el impulso homosexual.

Otros médicos, y especialmente los psiquiatras distinguidos, tratarán el asunto con fineza, investigando los motivos y tratando de descubrir si el individuo se encuentra en una fase transitoria o si manifiesta ya los síntomas de la inversión sexual.

Ustedes los padres, sin embargo, deben estar preparados para oír la opinión profesional de que la conducta sexual del muchacho no puede ni debe ser cambiada, pero sí puede ser mejor ajustado a ella, a fin de que esa conducta no se convierta

en un obstáculo para su felicidad. Y también deben estar preparados para verse excluídos de las relaciones que se establecen entre el psiquiatra y el paciente. Las confidencias entre ellos no deben ser nunca comunicadas a una tercera persona.

Todo esto no significa que estudes sienten cátedra y digan: "Hijo, he pedido consulta para ti al doctor Jones. Es un psiquiatra de primera categoría, y te enderezará para que no andes con hombres." Lo que pueden ustedes hacer es sugerir una visita a un psiquiatra, después de haber establecido relaciones satisfactorias con su hijo.

El primer problema verdadero, el más difícil de solucionar, es "llegar" al joven, establecer con él una relación de mutua confianza. Es tan fuerte su sospecha de que le desaprobaréis, que crea en torno suyo una muralla, y aunque vive entre ustedes, se protege retrayéndose a su propio mundo, que es al mismo tiempo un mundo de secreto y de vergüenza. Se ha creado un tipo de conducta deliberadamente esquizofrénico en el cual ha dejado a un lado su yo homosexual en todas sus relaciones con ustedes. Con cautela notable y mediante ingeniosas racionalizaciones, vive dos vidas simultáneamente, una de las cuales ha sido colocada absolutamente fuera del alcance de ustedes.

Que esos dos *yo* son realmente uno, completamente entretejidos y mutuamente interdependientes, el joven lo comprueba interiormente, pero eso no le desanima en sus esfuerzos para ocultar uno y presentar el otro.

De ese modo, la persona exterior que anda entre ustedes demuestra la mayor indiferencia hacia el homosexualismo. Su yo interno ha respondido al tabú universal contra la discusión de ese problema, estableciendo un tabú por su propia cuenta. Es ella, es esta personalidad exterior, esta falsa fachada, la única parte de sus hijos que ustedes podrán conocer, la que le prohibe toda mención de la inversión sexual.

Para este joven, plenamente ocupado en sus esfuerzos para acomodarse a un mundo hostil, es un golpe cruel descubrir que ustedes conocen su secreto. Tan acostumbrado está a agachar la cabeza y a presentaros un falso personaje, tan convencido está de que se trata de una actividad necesaria e involuntaria, de la cual no es en ningún modo responsable, que la revelación de su secreto le deja agobiado por la vergüenza. Ya hundido en la duda de si sus actividades son pecaminosas, ahora se encuentra abrumado con un nuevo sentimiento de culpabilidad por haber llevado la aflicción a sus padres.

Pero si la muralla del fingimiento no es derribada, el joven probablemente no podrá establecer una relación basada en la aceptación y la comprensión mutuas. ¿Cómo podrá conseguirse esto si ustedes no hacen saber al joven que sus secretos son conocidos y compartidos? ¿Cómo podrán ser evitadas las perturbaciones traumáticas inherentes a semejante revelación?

Es irónico que el problema de las relaciones familiares se haya invertido de manera tan completa. En vez de ser vuestro hijo el que guarda un secreto que no puede revelarles, ahora están ustedes sabiendo cosas que les resulta difícil comunicar a su hijo.

Como primer prerrequisito, ustedes deben evitar cuidadosamente toda insinuación maliciosa y toda indirecta sutil, toda observación que no sirve más que para despertar sospechas y aumentar el sentido de culpabilidad. "¿Por qué no sales con Dora, que es tan bonita?" Este es el tipo de preguntas que demuestran falta de comprensión y constituyen intromisiones en la vida privada del individuo, cosas ambas absurdas e inútiles, ya que no se lograrán así los resultados apetecidos. Cuando surge el tema de un matrimonio y el padre dice: "Bueno, espero que el próximo será el de Joe", no puede realizar los fines que lleva *in mente*, pero sí aumen-

tar la infelicidad del que le escucha, que tiene que reprocharse su incapacidad para hacer felices a sus padres.

Por otra parte, si usted está sinceramente consagrado al bienestar de su hijo, cuando alguien pregunte sobre las posibilidades de matrimonio, usted debe replicar: "Hay muchos caminos para llegar a una vida plena y completa. Unos eligen el matrimonio, y otros no. Joe elegirá por sí mismo. Cualquiera que sea su elección, yo la suscribo."

Mientras usted intenta establecer esta relación mutua, es decir, mientras intenta llegar a su hijo invertido, puede dirigir de vez en cuando la conversación hacia el tema del homosexualismo. Ya se comience hablando de música, de literatura o de arte, o comentando alguna noticia espeluznante publicada por los periódicos, o bien el escándalo político del día, no es difícil llevar la conversación hacia el tema de la inversión sexual. Y entonces, como sin darle mayor importancia, puede usted observar que la sociedad debe mejorar su actitud, aprendiendo que cada individuo contribuye a una vida mejor a su manera; o exponer la opinión de que las medidas punitivas no han servido nunca para resolver un dilema psicológico.

Quizá el joven se desconcierte ante aquella inesperada ostentación de tolerancia, pero no tardará en darse cuenta de que es sincera. "No querría que mi hijo fuese un invertido", dijo un individuo a su hermano delante de un muchacho azorado, avergonzado de que su homosexualidad se hubiera divulgado. Pero el padre del joven aprovechó la ocasión para decir: "Yo quiero que mi hijo viva una vida plena, que respete los derechos de los demás, y que sea comprensivo para los otros, aun para los que no sean comprensivos con él."

Durante el período en que se está creando la mutua confianza, todavía no se revelan los secretos, pero se prepara el camino para ello. Dadle los recados telefónicos sin comentarlos, recibid amablemente a los amigos de vuestro hijo cuando vayan a casa, aunque tengáis alguna sospecha de sus inclina-

ciones, invitadles a pasar la velada, y hasta pueden ustedes sugerir a su hijo que pase unas vacaciones o un fin de semana con determinado amigo.

Cuando hayan pasado varios meses, el joven irá advirtiendo cada vez más claramente que su secreto es conocido, pero ya no se sentirá avergonzado por sus actividades. La vergüenza y el secreto, mutuamente dependientes en cuanto protección del uno respecto del otro, irán desapareciendo gradualmente, y con esa desaparición padre e hijo se sentirán aligerados de un gran peso. El hijo será entonces más capaz de asimilar sus dos vidas, y, aceptado y amado por lo que es, sentirá el sumo alivio de que todo es ya conocido.

Hasta este momento todavía no ha habido una revelación franca y completa: cierta atmósfera de secreto sigue envolviendo el problema, y la nueva situación fácilmente se convierte en definitiva. Nunca tendrá lugar una discusión plena. Muchas veces he oído, a la hora de la merienda, a un compañero alegre decirme: "Mis padres lo saben, y yo sé que lo saben, pero no nos hemos dicho ni una palabra. Nunca hemos hablado de ello, y no hablaremos nunca, pero hay una comprensión tácita."

Un paso difícil, pero importante, es llegar a la fase de la discusión abierta, que rebase la apariencia exterior de la aceptación. En realidad, no hay aceptación completa mientras subsista un área prohibida a la discusión. "Tengo que vivir mi vida, y mi madre sabe cuál es, y la respeta pero nunca hablamos de esto —me dijo un día Raymond describiendo sus relaciones hogareñas—. Y así es como debe ser. Es una situación perfectamente satisfactoria, y de ninguna manera querría que cambiase. Y creo que, en realidad, tampoco mi madre lo quiere."

A Raymond le parecía esta fase perfectamente satisfactoria. Pero, ¿lo era? ¿Creía sinceramente que su madre le aceptaba, sin haber discutido con ella la candente cuestión del homosexualismo? ¿Encontraba en el refugio y la protección de su

propio hogar el alivio de una vida sin máscara ni fingimiento, sólo porque su madre conociese su secreto, siendo así que no podía compartir con ella sus esperanzas y aspiraciones, sus amores y sus penas, sus humillaciones y su lucha para poder llevar la cabeza levantada y encontrar un camino en la vida?

Nosotros los alegres podemos ayudar a establecer estas relaciones domésticas, pero sólo cuando el suelo es fértil. El gran peso de demostrar que somos aceptados por lo que realmente somos, recae sobre los hombros de nuestros padres. Hemos recibido muchas repulsas de los maestros, de los parientes y de los que se llamaban amigos. Con razón somos desconfiados. A pesar de las apariencias, vemos un enemigo en todo individuo, mientras no haya demostrado que de verdad es amigo.

Ustedes pueden demostrar a sus hijos que son verdaderos amigos suyos, manifestándoles un paciente y constante interés en todas las fases de su vida y por todas las facetas de su carácter. Y en los días y años de nuestra vida en que nosotros los alegres parecemos andar solitarios los caminos del mundo, en que, a pesar de las más fervorosas amistades y de las más emocionantes relaciones, nos sentimos abandonados en medio del universo, el inconmovible amor de nuestras madres y de nuestros padres nos dará fortaleza y valor.

CAPITULO XXIV

Mirando afuera y adelante

En este libro me he esforzado por proyectar alguna luz sobre el problema de la homosexualidad. Tengo la esperanza de que el estudio subjetivo de los individuos y del grupo proporcione un conocimiento más completo del carácter psicológico del homosexual, y de sus relaciones con el prójimo y con la sociedad organizada. Al escribir como homosexual, me he dirigido no sólo al lector corriente, sino al sociólogo, al maestro, al psicólogo, al jurista y a los padres, a fin de hacerles posible ver y comprender la opinión de quienes estamos tan cerca de ellos, y, sin embargo, tan distantes.

Pero, además, este libro va destinado, directa e indirectamente, a todas las personas alegres de Norteamérica. Aun cuando me dirigía a vuestros padres, lo hacía pensando en vosotros, con el intento de aligerar las antipatías e incomprensiones que surgen entre ellos y vosotros. En las primeras páginas os hice saber que comparto con vosotros uno de los grandes problemas y de los grandes secretos de nuestra vida, y que esto nos une por un vínculo invisible que hace de nosotros un grupo, una minoría. No me permití moralizar con mi ejemplo, no pretendí haber "sublimado" mis sentimientos, ni ver algo "hermoso", "noble" o "puro" en esa sublimación. He vivido como vosotros y amado como vosotros, he tenido mis momentos de esperanza y de desespera-

ción, he jugado al amor con el invertido de la esquina, y he encontrado significación más elevada al amor en una pasión más perdurable. En ocasiones me sentí defraudado por el destino, y he implorado la posibilidad de gustar los goces de la vida en un ser reencarnado libre de esta omnipresente inclinación amorosa hacia los hombres.

La historia de mi vida difiere de las vuestras sólo en la medida en que cada uno de nosotros es, en sí mismo, un individuo diferente. Quizá habéis encontrado vuestro reajuste y vuestra autoaceptación con más dificultad que yo, o quizás con menos; quizá no compartís mi opinión acerca del origen psicológico de nuestra anomalía, y de la verdadera naturaleza de las actitudes condenatorias de la sociedad hostil. Nuestras discrepancias, sin embargo, son pequeñas. Estamos incluídos, por circunstancias que caen fuera de nuestro dominio, en un mismo grupo, se nos juzga igual a todos, y tenemos problemas y aspiraciones comunes. Mi historia es la vuestra, así como vuestras historias son la mía, aunque diverjan las sendas de nuestras vidas, aunque sean distintas nuestras opiniones sobre los aspectos específicos de la vida.

Y ahora quiero terminar dirigiéndome sólo a ti. Eres, pongamos por caso, un joven de alrededor de veinte años, y te sientes desconcertado al comprobar que eres homosexual. Esto no ha ocurrido en un día ni en un momento; durante muchos años tuviste conciencia de tus inclinaciones, y hasta llegaste a ponerlas en práctica. Pero en el fondo de tu alma alentaba la idea de que esas eran inclinaciones pueriles que serían superadas o que pasarían a un plano secundario. Después surgieron en ti simultáneamente dos ideas, que primero serpeaban como meras insinuaciones o quizá como vagas posibilidades, pero que gradualmente se fueron grabando en tu mente: una, que eras lo que suele llamarse un individuo alegre, plena y totalmente, y que no estaba en tu poder el cambiar de naturaleza; y otra, que las actitudes que ibas a encontrar en la sociedad, cuando conociese tus inclinaciones,

serían en muchos respectos mucho más severas que si fueses el más depravado de los criminales. Ibas a encontrar la burla, la risa, el insulto, el desprecio, la amenaza. ¡Y no podías menos de asombrarte, quizá justificadamente!

¿Hacia dónde volverte? Yo te insto, en primer lugar, a que te vuelvas hacia ti mismo y te aceptes tal como eres. Sea bueno o malo, acertado o erróneo, ya se trate de una enfermedad, de una neurosis, o de una cosa natural, acéptate a ti mismo. Esto es fácil de decir, ¡pero qué difícil de hacer! De una vez por todas, abandona la idea de que, en este mundo o en otro, podrías ser diferente. Eres lo que eres, y lo que yo soy: un homosexual. Esto es irremediable. No podrás vencerlo, no podrás orientarlo en otra dirección, no podrás hacerlo cambiar en la consulta del psicoanalista. En los años siguientes, en los siguientes decenios, serás alegre, como lo eres hoy, como lo serás hasta que el último aliento abandone tu cuerpo.

Acéptate a ti mismo, y después podrás decidir acerca del camino que has de elegir para tu reajuste y adaptación. Tus embelesos acerca del muchacho alegre que es tu hermano, o tu primo, o el que trabaja en el pupitre de al lado, no son más que autoconmiseración, lástima de ti mismo. Puedes enmascarar una verdad a la que aun no te sientes dispuesto a hacer frente; pero la verdad es el único camino que te llevará a la liberación.

Una vez que hayas aceptado tu homosexualidad como parte irrenunciable de tu personalidad, el camino hacia la felicidad no será tan dificultoso, aunque tampoco será fácil. Mira en torno tuyo y observa a los millones de individuos que son como nosotros. Están en los bares, en las reuniones, en las esquinas de las calles, en los comercios y en las oficinas, en las cátedras profesorales, en los estrados de los jueces, luchan en los campos de batalla, o languidecen en la cárcel. Se ocultan tras la respetabilidad del matrimonio o viven francamente como homosexuales. Pero son millones, literalmente, en todos los países y en todo los tiempos. No quiero insinuar que esas cifras

representan una fuerza por sí mismas, porque la fuerza necesita algo más que cifras: necesita valor, decisión, armas en la lucha para lograr el cambio. Pero puedes tomar ánimo si piensas que no recorres solo el camino de la vida, que encontrarás amigos y camaradas en todos los senderos del mundo. No eres un desconocido abandonado y perdido en el oleaje del mar, ni una estrella solitaria extraviada en el cielo.

La autoaceptación y el saber que el número de los que son como tú es legión, te llevarán a la tercera fase de nuestro problema; a comprender la naturaleza destructora y la inutilidad del sentimiento de culpabilidad que abrigas en tu interior por ser alegre y por practicar el amor alegre. Guárdate siempre de aceptar los juicios que te imponen quienes son hostiles a tu modo de vivir. Si llevas en tu interior, aunque en el menor grado, el sentimiento de que estás haciendo algo culpable, lo único que lograrás será el impedirte a ti mismo compartir el placer inherente a tus actos. Los sentimientos de culpabilidad no te harán cambiar, no te empedirán actuar; no harán más que causarte remordimiento cuando debieras sentir placer, y hacerte concebir odio a tu amigo cuando debieras sentir ternura.

Para despojarte del sentimiento de culpabilidad debes, ante todo, revalorar todo tu modo de vivir. Esto implica la comprobación de que tus impulsos nunca han sido antisociales. Son la manifestación de tu particular personalidad, que no te es peculiar a ti, como tampoco es única en el mundo.

Cuando seas capaz de tener esta opinión de ti mismo, estarás en el camino de tenerla de los otros a quienes encontrarás en la vida, y especialmente de tus copartícipes en el amor. Después de un episodio erótico, no volverás a decir, ni a sentirlo, que te odias a ti mismo a causa de lo que has hecho. Ni sentirás tampoco odio hacia tu compañero. Al contrario, después de la expresión física que ha unido vuestros cuerpos y os ha proporcionado semejantes delicias, sentirás gratitud

para tu copartícipe, orgullo y alegría en ti mismo, ternura hacia el compañero, y deseo de repetir y de continuar.

Ahora puedes comprender la estúpida hipocresía de hablar del "amor puro", del amor "sin indecencia". Estos son conceptos que te impone el mundo hostil, que no practica esos falsos ideales, aunque quiere imponértelos. Los que oran ante el altar de la virginidad y hacen de Hymen su dios pagano, han intentado separar el amor del sexo creando una paradoja llamada "amor puro". Con esto quieren expresar un cariño libre de deseo físico, que evidentemente es la forma "impura" del amor. Pero en el reino de la naturaleza nada hay que demuestre que la culminación física del amor sea sucia o impura. El amor que tú sientes por un amigo es puro si es desinteresado, abnegado, correspondido, y si trae consigo la satisfacción de todo lo que promete. Esto no excluye en absoluto los aspectos físicos de tales relaciones; en realidad, los prescribe más bien que proscribirlos.

Más tarde o más temprano, se te planteará la cuestión de si podrás constituir una "unidad familiar" permanente con otra persona de tu mismo sexo. Por un lado, te sentirás desalentado por la inestabilidad de esas relaciones y por la promiscuidad que parece impregnar a todo nuestro grupo, incluído tú mismo. Por otro lado, sentirás espanto ante la perspectiva de tener que seguir adelante solo, durante años y años. El "matrimonio", ya con otro como tú, identificado sólo por unos pocos, ya con una persona del otro sexo, parece cada vez más apremiante. Se hace sentir con fuerza el impulso de seguir la misma vida de desorden, mas no sin advertir que es un callejón sin salida y sin esperanza.

¿Puedes tú llegar a ser uno de los que logran constituir con otro una vida de asociación voluntaria, de mutuo compañerismo, y de satisfacción sexual? Esto requiere, en primer lugar, la aceptación por parte de los dos del decoro y del carácter elevado no sólo de sí mismo, sino del compañero, y

específicamente la aceptación de tu homosexualidad y de la de él. Si en el fondo del pensamiento te queda alguna duda acerca de si esta actividad no será una depravación por parte tuya o por la de él, o por la de ambos, la relación lleva en sí la semilla de su propia destrucción.

Además, debes elegir tu compañero con el mismo cuidado con que elegirías esposa para el matrimonio legal, y tienes la ventaja de que puede haber un período de prueba en el que no se pierde nada. Si encuentras una persona que intelectualmente sea estimulante, que sea buena e inspire bondad, que sea sincera en sus propósitos, que físicamente te resulte atractiva y que llene tus necesidades físicas, en este caso seguramente habrá sido lograda la base para una relación permanente. Si tenéis intereses comunes, si encontráis placer en el trato con los mismos amigos, y si los dos respetáis los intereses y las actividades independientes del otro, habréis establecido un vínculo tan firme como el que une a muchos matrimonios legales.

Sin embargo, tu "matrimonio" quizá sufra algo por la facilidad con que puede ser disuelto, por la falta de presión económica que os impulse a vivir juntos, o por las tendencias hacia la infidelidad que pueden apoderarse de uno de vosotros. Si de vez en cuando sientes curiosidad por placeres no gustados, no por esto has de flagelarte, pues se trata de un impulso que mueve a todos los seres humanos, sean cualesquiera sus inclinaciones sexuales. Quizás encuentres que esas indiscreciones son cosa que debe mantenerse "fuera del sistema", y que no tienen nada que ver con la profunda relación amorosa que habéis establecido. No son una amenaza para la continuidad de ese amor, ya duren un momento o algunos días. Y, por bondad, no utilizarás esos asuntos para excitar los celos de un compañero a quien, en lo más profundo del corazón, sabes que has de volver.

En cualquier relación humana que comprenda a más de una persona, debe haber reciprocidad. Se renuncia a una parte

de la libertad individual en favor de las ventajas que ofrece la vida en grupo. Tú tienes que decidir si las ventajas que presenta el vivir con otra persona valen los esfuerzos y los sacrificios que cuestan. A mí me parece que sí los valen, pero tienes que juzgar y resolver por ti mismo.

Una vez tomada esa decisión, quizá encuentres que está en contradicción con la indiscriminatoria e imperiosa naturaleza de tu impulso sexual. Todos nosotros, lo mismo los de nuestro grupo que los del mundo hostil, en el fondo somos como los animales, fácilmente excitables y con deseos múltiples; pero vivimos en una civilización cuyos principios exigen disciplina y autodominio. Aun los que hemos rechazado cierta parte de esos principios, no podemos vivir según las leyes de la selva. No podemos satisfacer todos nuestros deseos ni ceder a todas las tentaciones, y al mismo tiempo disfrutar de los beneficios de una vida social fundada en principios totalmente opuestos.

Si dominas tus impulsos, de suerte que puedas resistir a las tentaciones que te crearán dificultades, y canalizar tu vida erótica en las direcciones que te resulten más satisfactorias, en último análisis encontrarás mayor placer sensual en tus actividades sexuales. En vez de la excitación de la novedad, gozarás más de lo ya conocido. En vez de la curiosidad por lo desconocido, hallarás la venturosa seguridad de verte aceptado por el amante que te aguarda.

Probablemente mucha gente te aconsejará que te cases. Algunos lo harán porque ignoran tu homosexualidad; otros, porque ignoran los hábitos de la homosexualidad. Quizá tus padres, desconocedores de los problemas que tienes ante ti, te apremian para que te cases. Pueden ser disculpados, porque no es culpa suya ese desconocimiento. Pero otras personas, al saber que eres alegre, te darán el gratuito consejo del aficionado: "Lo que tú necesitas es una mujer." Sabes, tan bien como yo, que una mujer nunca resolverá el problema de tu deseo de hombres y que esos consejos y argumentos no son

más eficaces que las azotainas. Por otra parte, tú mismo, movido por las razones que aquí he examinado, quizá te decidas a embarcarte en el matrimonio. Si es posible hacerlo con una mujer que comprenda tu naturaleza y que no la considere una amenaza a su situación, no son del todo remotas las posibilidades de un matrimonio feliz.

Nadie puede aconsejarte propiamente si has de casarte o no. La idea puede serte profundamente repugnante, y puedes ser incapaz de cumplir las promesas matrimoniales y de consumar el casamiento. Sin embargo, si te decides a hacerlo, hazlo sabiendo que con paciencia, comprensión y transacciones infinitas, la unión puede resultar muy venturosa.

Más grave que el problema del matrimonio, es el del secreto que a ti mismo te han impuesto. Si perteneces al numeroso grupo de homosexuales cuyas inclinaciones no son patentes, y crees, en consecuencia, que puedes fingir que eres *derecho*, advertirás las ventajas de hacerlo. Los caminos del mejoramiento social y económico se te abrirán como probablemente no se te abrirían si se supiera que eres alegre. No caerá sobre ti el desprecio de la humanidad, y el mundo te recibirá con los brazos abiertos. Pero no eres tú, tal como te conoces a ti mismo, el individuo a quien se da tan benévola acogida.

Sólo tú puedes decidir si has de ingresar o no en ese mundo, si has de seguir llevando la máscara fingiendo ser lo que no eres, y hasta fingiendo que compartes opiniones que te son hostiles. Pero no hay nada éticamente malo en llevar la máscara. Si alguien debe sentirse culpable del fingimiento, son los que te lo han impuesto. La máscara no implica el reconocer que tu naturaleza íntima es pecaminosa; no implica sino que esa naturaleza es considerada universalmente como pecaminosa, lo cual son dos cosas completamente diferentes.

Si has de llevar la máscara, tendrás que vivir una vida de secreto absoluto, o quizá te verás obligado a llevar simultáneamente dos modos de vida diferentes en dos mundos hosti-

les e irreconciliables. En el mundo *derecho*, tendrás que reconocerte a ti mismo y encontrar entre los demás las pocas almas ilustradas que están libres de prejuicios. Su amistad te resultará estimulante y alentadora, como me resultó a mí; pero en general yo he debido aprender, por las severas lecciones de la experiencia, que a pocas personas *derechas* se les puede confiar un secreto que son incapaces de comprender. Amistades que parecían íntimamente entretejidas en la urdimbre de nuestras vidas, con individuos que me estaban obligados y que hasta dependían de mí en gran medida, quedaron súbitamente rotas, por lo menos en dos casos, cuando mis amigos de los días prósperos les dijeron que yo era alegre. Hay amistades que se rompen con un sentimiento de alivio, pero no sin pena. Un modo de evitarte esta pena consiste en que guardes el secreto de tu naturaleza para ti solo y para tu mundo alegre. Pero al hacer esto, te privas de una de las relaciones más fructíferas que puede mantener una persona alegre, y es la honda amistad y la mutua comprensión entre uno de nosotros y uno de "ellos", entre el *derecho* y el alegre, puente que une nuestro grupo interior con el grupo exterior.

Es posible, aunque raro, que alguna persona sin escrúpulos, probablemente *derecha* o que quizá sigue "los dos caminos", intente el chantaje contigo. No caigas en el cepo, porque esas personas son muy fáciles de amedrentar. Puedes acudir a un abogado, o directamente a la policía, y explicar en términos muy dignos y con gran indignación, que eres un ciudadano honrado y respetuoso de las leyes amenazado de chantaje por un joven a quien invitaste a beber en un bar, ¡y nada más! No temas al abogado ni a los tribunales, que son una amenaza sólo para el chantajista. A esas gentes se las puede tratar sumariamente, sin recurrir a la violencia extralegal y sin exponerse uno a las sospechas de la sociedad.

Sería lamentable, aunque perfectamente comprensible, que llegases a sentir odio hacia la sociedad en general o hacia los individuos que adoptan contigo las actitudes más inhumanas.

Está escrito: "Perdónalos, porque no saben lo que hacen." Aprendamos fortaleza en las palabras de un maestro grande y compasivo; también nosotros podemos presentar la otra mejilla.

Recordemos, con toda humildad, que probablemente figuraríamos entre los difamadores, si no fuese por el accidente que nos colocó entre los proscriptos ¿Qué grado de comprensión tendríamos para el mundo alegre, si nosotros fuésemos *derechos?* ¿Estamos completamente limpios en lo que respecta a nuestras relaciones con todas las otras minorías? ¿Hemos ofrecido siempre y en todas las circunstancias a los demás grupos la comprensión que se nos niega a nosotros?

Luchar en defensa propia es necesario, pero la represalia que sólo se basa en resentimiento, es inútil. Si estamos convencidos de que nuestras acciones son correctas, sólo piedad debemos sentir por quienes han perpetrado calumnias y embustes seculares. Debemos saber que la necesidad que sienten de odiar procede de una profunda sensación de inseguridad, y que su aversión nace del temor de que exista en ellos el germen del impulso homosexual. Su reprobación es una enfermedad, y no podemos menos de afligirnos por los enfermos, aunque su dolencia cause gran daño a muchos. Es una amarga ironía el hecho de que muchas de esas personas descubrirán algún día que sus hijos son alegres, y que tendrán que odiar a los seres a quienes más aman. Debemos manifestar una gran compasión, nacida de la más profunda simpatía, hacia el ser humano que se ve reducido a esa trágica situación.

Si de nuestra experiencia puede desprenderse una lección útil para nosotros mismos y para la sociedad, es que todos los seres humanos somos hermanos y debemos tratarnos como tales. Así como tú has deseado ser bien recibido en la gran hermandad que es la humanidad toda, así debes tender una mano amorosa a quienes están en situación menos afortunada que la tuya, a los que luchan con otras dificultades

y son injuriados y calumniados por la sociedad, ya se trate de hombres de otro color o de fieles de otros templos.

Se te presentará la cuestión de si debes acudir al consejo profesional. Muchas personas que no nos comprenden, te dirán: "Vete al médico y que te haga *derecho*." Si adviertes que el aceptarte a ti mismo en cuanto invertido constituye para ti un grave problema, si no puedes gozar de los placeres sexuales a que te sientes inclinado, y si, después del placer sexual, sientes remordimiento y depresión y te haces reproches a ti mismo y a tu copartícipe, entonces ciertamente es necesaria la asistencia profesional. Tu incapacidad para adaptarte a tu naturaleza, puede ser corregida. Pero guárdate de los ignorantes, de los charlatanes, de los incompetentes, incluso de muchos que tienen el título de médicos. Y guárdate asimismo del doctor que descubra tus secretos a tus padres o a tu hermano o hermana mayores.

Afortunadamente, la mayor parte de los médicos respetarán tus confidencias y no se saldrán de los límites de su profesión. Conocen sus limitaciones. No son psiquiatras, y muchos de ellos comprenden que no están tan bien equipados para "tratarte" como un psicólogo clínico, aunque no tenga el título de médico.

Muchas de tus dificultades pueden ser superadas en manos de un buen psiquiatra. Si tus problemas son tan graves que no puedes luchar contra ellos, y si no tienes medios económicos para costear el tratamiento, debes acudir al mejor analista a tu alcance, o a un médico o un psicólogo preparados.

Te aconsejo que seas absolutamente sincero con él. Sólo la mayor franqueza por tu parte le hará comprender tu problema y buscarle solución satisfactoria. Conozco personalmente a un homosexual que estuvo visitando a un psiquiatra una vez por semana durante un año, ¡y no le dijo que era invertido! Semejante conducta es insensata.

Un analista puede serte de gran ayuda si el secreto pesa demasiado sobre tu alma. Quizá experimentas la profunda necesidad de dar salida a todo lo que piensas y sientes. Quizá la máscara sofoca toda tu vida, y tú quieres ser tú mismo. Siento por ti profunda simpatía, porque eso mismo es lo que yo experimento cuando finjo, un día tras otro, ser lo que no soy.

Hay otra ocasión propicia para quitarte la máscara, y es cuando estás en compañía de los que son como tú. No temas la vida en grupo del mundo alegre. Tiene sus superficialidades, sus celos, su promiscuidad, y hasta sus violencias. Tiene lo malo inherente a la vida marginal de los proscriptos, y las tragedias de los que no se han adaptado a su situación. Pero ofrece muchas compensaciones. En esa compañía puedes hallar alegría, humor, estímulo intelectual, temperamentos artísticos, perseverancia contra las disparidades, honor, compañerismo y amor. Las amistades pueden ser profundas, y la lealtad inquebrantable.

En la vida alegre puedes ser tú mismo y formar amistades con quienes saben lo que eres, y te aceptan y te aman, mas no a pesar de lo que eres o porque lo ignoren. La vida del grupo no es cosa vergonzosa ni un antro de iniquidad. Es un círculo protector, una parte necesaria de una sociedad minoritaria. Si la esquivas, te excluyes de uno de los aspectos más remuneradores de la vida alegre, pero no evitas el ser alegre.

Lleno de ambición, ansioso de utilizar los talentos de que estás dotado, te encuentras en la situación más contradictoria. Por un lado, te has rebelado contra las injusticias de que eres víctima y quieres levantar la voz a fin de hacer un mundo mejor para quienes son como tú. Mas, por otro lado, tus voces de protesta te harán sumamente difícil realizar aquellas cosas que podrían reflejarse favorablemente sobre ti y, en consecuencia, sobre tu grupo minoritario. Entre nosotros, son pocos los que están en situación de influir sobre la opinión

pública en lo que afecta a la homosexualidad, y los que llegan a posición tan elevada, en realidad perderían gran parte de su influencia si intentasen usarla en favor de esta causa.

Así, pues, ¿cómo podrás ayudar a tu grupo si te sumas a los millones de gentes que guardan silencio? ¿Qué apoyo podrás prestarle si, detrás de tu máscara, permaneces callado, no por complacencia, pero sí de un modo efectivo? No hay una fórmula única para resolver la cuestión. Sin embargo, dando a conocer a algunas personas selectas que admiran tu personalidad o tus obras, que éstas han sido inspiradas por la homosexualidad, puedes influir en pequeña medida sobre la opinión pública.

Además, la clase de tu trabajo puede permitirte contribuir, en grado aparentemente pequeño, a provocar un cambio en la actitud de la sociedad o a aliviar los sufrimientos aunque no sea más que de un solo homosexual. Puedes contribuir a esos fines como médico, abogado, escritor, profesor, psiquiatra, educador, periodista, o desde otras muchas profesiones. No puedes cambiar el mundo tú solo; pero los esfuerzos combinados de muchos sí pueden hacerlo.

Algunas veces te parecerá inhóspito el futuro. No es raro, pues en ocasiones les parece amenazador a todos los mortales. No culpemos a nuestras inclinaciones sexuales de dificultades que son inherentes a la vida misma. Todos los que aman la vida y se apegan a ella, viven sin pensar en que es inevitablemente finita. Nos amedrenta la nada desconocida de la muerte, y nos desalienta la inutilidad de los esfuerzos que acabarán en la nada de la tumba. Todos llevamos un fardo muy pesado, y el de los alegres no lo es mucho más que el de los *derechos*.

Estamos en la tierra para una breve estancia, y para gozar en ella de la vida. La vida puede ser tan plena, tan rica, tan alegre para nosotros como para otro cualquiera. La inferioridad a que hacemos frente debe tener como único re-

sultado el equiparnos mejor para las luchas encaminadas a resolver todos los problemas de la existencia humana.

El futuro pertenece a todos. Es tuyo y mío, y de todos los hombres de buena voluntad. Confío en que tú, como tantos otros que son alegres, emplearás los años que tienes por delante para conseguir alguna mejora, sin desmayos ni derrotas, inspirado por la idea de que tu temperamento puede hacer de ti una persona mejor y de este mundo un mundo también mejor.

APENDICES

APENDICE A

Documentos del gobierno de los Estados Unidos relativos a la homosexualidad

(La siguiente carta, que se reproduce íntegra, fué enviada al autor de este libro en respuesta a una comunicación en que se pedían informes acerca de la actitud oficial de la Comisión del Servicio Civil con referencia al empleo de homosexuales por el gobierno. El segundo párrafo de la carta implica una aprobación cuasioficial de los conceptos expuestos en el Documento Nº 2.)

Comisión del Servicio Civil de los Estados Unidos
Washington 25, D. C.

3 de mayo de 1951

En contestación a su reciente carta, se le informa a usted que el reglamento de la Comisión del Servicio Civil ha prevenido durante muchos años que la conducta criminal, infame, deshonesta, inmoral o notoriamente vergonzosa, que incluye la homosexualidad y otros tipos de perversión sexual, son fundamento suficiente para denegar el nombramiento para un empleo del gobierno y para excluir a una persona del servicio federal.

Los libros y el manual de la Comisión del Servicio Civil, que contienen las instrucciones internas, no están destinados a ser distribuídos entre el público. Sin embargo, en relación con el objeto de sus investigaciones puede usted acudir al documento Nº 241 del Senado de los Estados Unidos, publicado el 15 de diciembre de 1950. Es un informe provisional

sometido al Comité de Gastos en los Departamentos Ejecutivos por su Subcomité de Investigaciones en cumplimiento de la Resolución 280 del Senado (Congreso 81). El documento se titula *Empleo de homosexuales y de otros pervertidos sexuales por el gobierno*, y puede usted obtenerlo en la imprenta del gobierno de los Estados Unidos.

Muy sinceramente suyo,

/s/ JAMES E. HATCHER
James E. Hatcher, Jefe de la
División de Investigaciones.

(El siguiente documento se reproduce sólo parcialmente. Las partes omitidas, substituídas con puntos, tratan de la detención de los homosexuales en el distrito de Columbia, manera de eliminarlos del servicio del gobierno, etc. Todas las partes del documento que contienen las razones por las cuales los homosexuales son eliminados de los empleos del gobierno, se reproducen íntegramente.)

Documento Nº 2. Empleo de homosexuales y de otros pervertidos sexuales por el gobierno.
Informe provisional sometido al Comité de Gastos en los Departamentos Ejecutivos por su Subcomité de Investigaciones en cumplimiento de la Res. 280 del S. (Congreso 81).
Resolución que autoriza al Comité de Gastos en los Departamentos Ejecutivos a cumplir determinadas obligaciones.

Introducción

El Subcomité de Investigaciones del Senado, del Comité de Gastos en los Departamentos Ejecutivos, recibió orden, autorizada por la Resolución 280 del Senado (Congreso 81, segunda sesión, adoptada el 7 de junio de 1950), (véase Apéndice I), de realizar una investigación acerca del empleo por el gobierno de homosexuales y otros pervertidos sexuales. Esta resolución fué resultado de investigaciones preliminares realizadas a principios de este año por un subcomité del Subcomité de Créditos del distrito de Columbia, del Senado, com-

puesto por los senadores Hill, de Alabama, y Wherry, de Nebraska. Los informes y testimonios de aquel subcomité han sido de considerable valor para el Subcomité de Investigaciones en la realización de esta pesquisa.

No tiene precedentes la investigación gubernativa en gran escala de la homosexualidad y otras perversiones sexuales. Además, es bastante limitada la información relativa a hechos tocantes a la homosexualidad y a la perversión sexual. Hasta ahora, los estudios sobre esta materia se reducían a trabajos científicos hechos por médicos y sociólogos. Los tribunales de lo criminal y la policía tienen considerable experiencia en el trato de los pervertidos sexuales como infractores de la ley, pero el asunto, como problema que afecta al personal de la administración pública, hasta los tiempos más recientes ha atraído poco la atención del gobierno y de sus funcionarios.

El primer objetivo del subcomité en esta investigación consistió en determinar la extensión que el empleo de homosexuales y otros pervertidos sexuales alcanza en los servicios del gobierno; en estudiar las razones por las cuales su empleo por el gobierno no es deseable; y en examinar la eficacia de los métodos empleados para resolver el problema. A causa del carácter complejo del asunto sometido a investigación, era manifiesto que esta investigación no podía limitarse a una pesquisa entre el personal de la administración. Por tanto, el subcomité tuvo en cuenta no sólo el riesgo para la seguridad nacional y otros aspectos del empleo de homosexuales, incluyendo las reglas y procedimientos seguidos por los organismos del gobierno en el trámite de estos casos, sino que se hicieron también investigaciones en los aspectos básicos del problema, tanto médicos, como psiquiátricos, sociológicos y jurídicos. Se consultó a muchos médicos y psiquiatras eminentes, que son autoridades reconocidas en la materia, y muchas de esas autoridades han expuesto sus opiniones ante el subcomité reunido en sesión ejecutiva. Además, se revisaron numerosos estudios médicos y sociológicos. También se recabó y obtuvo información de los funcionarios encargados de hacer cumplir las leyes, de los fiscales y de otras personas conocedoras de los aspectos jurídico y sociológico del problema, en diez de las mayores ciudades del país.

El subcomité, que conoce muy bien la fuerte repulsa moral y social que afecta a la homosexualidad y a las otras formas de perversión sexual, hizo todo lo posible para no expo-

ner a los individuos a un innecesario ridículo público, y para impedir que la investigación se convirtiese en un espectáculo. Para seguir esta política, se determinó desde el principio que todos los testimonios los tomaría el subcomité reunido en sesión ejecutiva. En consecuencia, todos los testigos que comparecieron ante el subcomité testificaron en audiencias ejecutivas. En el desarrollo de la investigación, el subcomité se esforzó por evitar el ambiente espectacular que puede acompañar a una pesquisa de este tipo, y por efectuar un estudio del problema totalmente imparcial y objetivo.

Quedó establecido que aun entre los especialistas existe considerable diferencia de opiniones acerca de los diversos aspectos de la homosexualidad y de otras formas de perversión sexual. Las mismas expresiones "pervertido sexual" y "homosexual" reciben diferentes connotaciones de los médicos y psiquiatras especializados. Para los fines de este informe, el subcomité ha definido los pervertidos sexuales como "aquellos individuos que realizan actos sexuales antinaturales", y los homosexuales son pervertidos que, en términos latos, pueden definirse como "personas adultas de uno u otro sexo que realizan actos sexuales con personas de su mismo sexo". En esta investigación, el subcomité no ha incluído a los llamados pervertidos sexuales latentes, es decir, a las personas que consciente o inconscientemente tienen tendencias o inclinaciones hacia la homosexualidad o hacia otros tipos de perversión sexual, pero que, por el ejercicio de la autorrepresión o por otras causas, no incurren en actos abiertos de perversión. Esta pesquisa incluye sólo a los individuos que incurren en actos abiertos de homosexualidad o de otras perversiones sexuales.

El subcomité encuentra que la mayor parte de las autoridades están de acuerdo sobre determinados hechos básicos relativos a la perversión sexual, y cree que esos hechos deben tomarse en cuenta en un estudio del problema. La mayor parte de las autoridades opinan que la desviación sexual se debe a causas más bien psicológicas que físicas, y que en muchos casos no hay caracteres exteriores ni rasgos físicos que puedan considerarse como señales positivas de perversión sexual. Al contrario de lo que suele creerse, no todos los homosexuales masculinos presentan amaneramiento femenino, ni todas las homosexuales femeninas ofrecen características masculinas en el indumento ni en los ademanes. Lo cierto es que muchos homosexuales son muy masculinos en su apariencia física y

en su porte general, y que muchas homosexuales presentan todas las apariencias de femineidad en su conducta exterior.

En términos generales, los homosexuales manifiestos de ambos sexos pueden dividirse en dos tipos: el activo, agresivo, o tipo masculino; y el pasivo, o tipo femenino. El tipo pasivo de homosexual masculino, que con frecuencia es de ademanes y apariencia afeminados, se siente atraído por el tipo masculino de hombre y muestra amistad y simpatía por la mujer. Del otro lado, el homosexual activo muestra con frecuencia antipatía por las mujeres; pero no ofrece rasgos de femineidad en su lenguaje ni ademanes, que revelen su homosexualidad. Este tipo activo se siente casi exclusivamente atraído por el tipo pasivo de homosexual, o por jóvenes o muchachos que, no siendo necesariamente homosexuales, tienen una apariencia general y una conducta afeminadas. Los tipos activo y pasivo de mujeres homosexuales siguen una conducta análoga a la de sus equivalentes masculinos. Es también un hecho conocido que algunos pervertidos son bisexuales. Este tipo sostiene relaciones heterosexuales normales, tanto como homosexuales. Los individuos bisexuales con frecuencia son casados y tienen hijos, y, salvo sus actividades pervertidas, parecen llevar vidas normales.

Los médicos psiquiatras en general están de acuerdo en que la incidencia en prácticas sexualmente pervertidas indica una personalidad que no ha alcanzado la madurez sexual. Las autoridades coinciden en que la mayor parte de los desviados sexuales responden al tratamiento psiquiátrico y que pueden ser curados si tienen verdadero deseo de serlo. Sin embargo, muchos homosexuales manifiestos no desean en realidad abandonar su modo de vida, y en estos casos la curación es difícil, si no imposible. El subcomité cree sinceramente que las personas afectadas de deseos sexuales que les llevan a realizar actos de perversión, deben ser consideradas como casos propios de tratamiento médico o psiquiátrico. No obstante, los pervertidos sexuales, como todas las demás personas que por su conducta violan los códigos morales y las leyes y las normas de conducta generalmente aceptadas, deben ser considerados como transgresores y tratados en consecuencia.

Los pervertidos sexuales como empleados del gobierno

Quienes tienen a su cargo la responsabilidad de dirigir los organismos gubernativos deben insistir en que los funcionarios

del gobierno sigan normas aceptables de conducta personal. En opinión de este subcomité, los homosexuales y demás pervertidos sexuales no son personas adecuadas para tener empleos del gobierno por dos razones: la primera, porque generalmente son indignas; y la segunda, porque constituyen un riesgo para la seguridad nacional.

La indignidad general de los pervertidos sexuales

Los actos manifiestos de perversión sexual, incluyendo los de homosexualidad, constituyen un delito, según nuestras leyes federales, de Estado y municipales, y las personas que cometen tales actos son infractoras de las leyes. Aparte de la delincuencia e inmoralidad que implica la perversión sexual, semejante conducta es tan contraria a las normas admitidas de la conducta social, que las personas que incurren en esa actividad son consideradas como proscriptas por la sociedad en general. El estigma social que va unido a la perversión sexual es tan fuerte, que muchos pervertidos hacen los mayores esfuerzos por ocultar sus tendencias. Evidencia esta situación el hecho de que los pervertidos son víctimas frecuentes de chantajistas que les amenazan con publicar sus desviaciones sexuales.

Los funcionarios encargados de hacer cumplir las leyes han informado al subcomité de que hay bandas de chantajistas que tienen por práctica regular explotar a los homosexuales. El modo de operar en los casos de chantaje contra un homosexual se ajusta a un tipo general. La víctima ha conseguido mantener ocultas sus actividades pervertidas y por lo común goza de buena reputación en su comunidad. Por un medio u otro, los chantajistas descubren que es adicta a la homosexualidad, y con la amenaza de publicarlo le sacan dinero. Los chantajistas con frecuencia se hacen pasar por policías para lograr su objeto. A conocimiento de la policía han llegado muchos casos en los que individuos muy respetados han dado a los chantajistas importantes sumas de dinero durante mucho tiempo para impedir que fuesen reveladas sus actividades homosexuales. La policía cree que este tipo de chantaje es mucho más frecuente de lo que generalmente se piensa, porque la mayor parte de las víctimas se abstienen de poner el asunto en conocimiento de las autoridades.

Al estudiar la idoneidad general de los pervertidos como empleados del gobierno, se cree generalmente que quienes in-

curren en actos abiertos de perversión carecen de la estabilidad afectiva de las personas normales. Además, hay pruebas abundantes para llegar a la conclusión de que la práctica de actos de perversión sexual debilita la fibra moral del individuo en tanto grado, que le incapacita para un puesto de responsabilidad.

La mayor parte de las autoridades están conformes, y nuestras investigaciones lo han demostrado, que la presencia de un pervertido en una oficina del gobierno tiende a ejercer una influencia corrosiva sobre sus compañeros de empleo. Esos pervertidos intentarán muchas veces inducir a individuos normales a incurrir en prácticas pervertidas. Esto es particularmente cierto en el caso de personas jóvenes e impresionables que caen bajo la influencia de un pervertido. Los funcionarios del gobierno tienen la responsabilidad de eliminar este tipo de influencia corruptora de las oficinas que tienen bajo su dirección. Es particularmente importante que los miles de jóvenes de uno y otro sexo que tienen empleos federales no estén expuestos a este tipo de influencia mientras trabajan para el gobierno. Un homosexual puede contagiar a toda una oficina.

Otro punto que debe tenerse en cuenta al determinar si un pervertido sexual es adecuado para un empleo del gobierno, es su tendencia a reunir en torno suyo a otros pervertidos. Psiquiatras eminentes han informado al subcomité que el homosexual propende a buscar a los que le son semejantes, a causa de que la presión social es tan fuerte, que se siente mal a gusto si no está con sus afines. Debido a esto, el homosexual tiende a rodearse de homosexuales, no sólo en su vida social, sino también en la de los negocios. En tales condiciones, si un homosexual obtiene un puesto del gobierno desde el cual pueda influir en el reclutamiento de personal, es casi inevitable que intente colocar a otros homosexuales en empleos del gobierno.

Los pervertidos sexuales como riesgo para la seguridad nacional

La conclusión del subcomité, de que un homosexual u otro tipo de pervertido sexual es un riesgo para la seguridad nacional, no se basa en meras conjeturas. Sostiene esa conclusión después de haber estudiado cuidadosamente las opiniones de

los individuos más calificados para decidir en cuestiones de seguridad, a saber, los servicios de inteligencia del gobierno. En esta fase de la investigación, se recabaron informes de representantes del Federal Bureau of Investigation, de la Central Intelligence Agency, y de los servicios de inteligencia del Ejército, de la Armada y de la Fuerza Aérea. Todos esos organismos están de completo acuerdo en que los pervertidos sexuales en el gobierno constituyen un riesgo para la seguridad nacional.

La falta de estabilidad emotiva que se encuentra en la mayor parte de los pervertidos sexuales, y el debilitamiento de su fibra moral, los hacen susceptibles a las zalamerías de los agentes del espionaje extranjero. Los expertos en servicios de inteligencia tienen la experiencia de que los pervertidos son vulnerables al interrogatorio de un interrogador hábil, y que rara vez se niegan a hablar de sí mismos. Además, la mayor parte de los pervertidos tienden a reunirse en los mismos restaurantes, clubes nocturnos y bares, lugares que pueden identificarse con relativa facilidad en una población pequeña, haciendo posible para un agente establecer relaciones clandestinas que pueden ser usadas para fines de espionaje.

Como ya se ha dicho en este informe, el pervertido es fácil presa de los chantajistas. De aquí se sigue que si los chantajistas pueden sacar dinero a un homosexual bajo la amenaza de descubrirlo, los agentes de espionaje pueden emplear el mismo tipo de coacción para obtener informaciones confidenciales u otro material que necesiten. En un caso clásico de este tipo resultó complicado un capitán Raedl, que llegó a ser jefe del servicio austríaco de contraespionaje en 1912. Logró establecer una magnífica red de espionaje en Rusia y hacer daño considerable a la red de espionaje que los rusos habían establecido en Austria. Pero los agentes rusos no tardaron en descubrir que Raedl era homosexual, y poco después lograron sorprenderle en un acto de perversión como resultado de una trampa que le tendieron. Bajo la amenaza de denunciarlo, obtuvieron de Raedl que les comunicase secretos militares austríacos, y que adulterase o destruyese los informes que sus propios agentes le enviaban desde Rusia. El resultado fué que los estados mayores austríaco y alemán, al estallar la primera Guerra Mundial en 1914, estuvieron absolutamente mal informados acerca de las intenciones de la movilización rusa. Además, los rusos habían logrado de Raedl los planes de guerra austría-

cos, y la parte de los planes alemanes que el gobierno alemán había comunicado al austríaco. Poco después de estallar la guerra, fueron descubiertos por su gobierno los actos de traición del capitán Raedl, y éste se suicidó.

A la atención del subcomité fueron sometidos otros varios casos en que los agentes nazis y comunistas intentaron obtener informes de empleados de nuestro gobierno mediante la amenaza de denunciar sus actividades sexuales anormales. Es un hecho admitido por los servicios de inteligencia que las organizaciones de espionaje de todo el mundo consideran a los pervertidos sexuales que poseen informes confidenciales o que pueden tener acceso a ellos, como los primeros objetivos de sus intrigas. En todos los casos, y a pesar de todas las protestas de los pervertidos de que no sucumbirán nunca al chantaje, invariablemente manifiestan el mayor interés en que su condición no sea conocida por sus amigos, por sus socios, o por el público en general. El peligro real de este problema de seguridad nacional queda bien ilustrado por el siguiente extracto de la declaración de D. Milton Ladd, ayudante del director del Federal Bureau of Investigation, que compareció ante este subcomité en sesión ejecutiva:

"Los comunistas, sin principios ni escrúpulos, se esfuerzan en descubrir las debilidades de los jefes del gobierno y de la industria. De hecho, el FBI tiene informes absolutamente fidedignos de que los altos funcionarios del servicio de inteligencia ruso han dado órdenes a sus agentes para que obtengan detalles de las vidas privadas de los empleados del gobierno, de sus debilidades, de sus asociados, en suma, de todo cuanto a ellos se refiere, con la esperanza de encontrar su punto flaco o vulnerable para aprovecharse de él en el momento oportuno."

El subcomité, al señalar la inadecuación de los pervertidos para los empleos del gobierno, no ignora que hay otros tipos de conducta humana que también deben de tomarse en cuenta al decidir acerca de la idoneidad general de los empleados del gobierno y de los riesgos que ofrecen para la seguridad nacional. Es indudable que los bebedores habituales, los que han incurrido en alguna actividad delictuosa, y los que inciden en otros tipos de conducta personal vergonzosa o escandalosa, son igualmente impropios para los empleos del gobierno y constituyen riesgos para la seguridad nacional. Sin

embargo, el subcomité, en la presente investigación se ha limitado estrictamente al problema de los pervertidos sexuales.

.....

Conclusión

No hay lugar en el gobierno de los Estados Unidos para las personas que infrinjan las leyes o las normas morales generalmente admitidas, o que traigan descrédito para el servicio federal por una conducta personal vergonzosa o escandalosa. Esas personas no son adecuadas para los empleos del gobierno, y en los casos de duda los norteamericanos tienen derecho a que los errores de juicio por parte de sus funcionarios, si es que pueden admitirse tales errores, se eviten o reduzcan mediante caución. Opina este subcomité que quienes realizan actos de homosexualidad y otras actividades sexuales pervertidas, son inadecuados para los empleos del gobierno federal. Esta conclusión se basa en el hecho de que las personas que incurren en esa degradada actividad no sólo cometen actos ilegales e inmorales, sino que también constituyen riesgos para la seguridad nacional en puestos de confianza pública.

Encuentra el subcomité que en el pasado muchos funcionarios del gobierno no llegaron a formarse una opinión exacta del problema de la perversión sexual entre el personal del gobierno, de donde resultó que muchos pervertidos sexuales no fueron descubiertos ni destituídos de sus cargos, y que en otros casos fuesen silenciosamente eliminados de un departamento y encontrasen inmediatamente empleo en otro. Esta situación nacía indudablemente del hecho de que existía una repugnacia general por parte de muchos funcionarios del gobierno a enfrentarse crudamente con el problema de la perversión sexual entre los empleados federales, y en consecuencia no dieron los pasos necesarios para resolver el problema. El reglamento de la Comisión del Servicio Civil y los de los servicios mismos prohiben el empleo de pervertidos sexuales, y esos reglamentos han sido aplicados durante muchos años. Si los reglamentos existentes no hubieran dejado de cumplirse, muchos de los pervertidos que han sido expulsados de empleos del gobierno en los últimos meses, habrían sido eliminados hace mucho tiempo del servicio federal.

Es cosa manifiesta que, como resultado directo de esta investigación, los funcionarios de todas las dependencias del gobierno han prestado mucha más atención al problema del empleo de pervertidos sexuales por el gobierno, y en los meses últimos han eliminado un número considerable de esos indeseables de los cargos públicos. Queda esto evidenciado por el hecho de que se ha procedido contra 382 casos de perversión sexual en empleados civiles del gobierno en los siete últimos meses, mientras que en los tres años anteriores, desde el 1 de enero de 1947 hasta el 1 de abril de 1950, se procedió sólo contra 192 casos similares. Sin embargo, le parece a este subcomité que algunos funcionarios del gobierno todavía no se han dado plena cuenta de los peligros que entraña el empleo de pervertidos sexuales. La meditada opinión del subcomité es que los funcionarios del gobierno están obligados a desplegar la mayor diligencia en relación con el problema de la perversión sexual, y se les apremia a que sigan las recomendaciones de este subcomité en ese respecto.

Al mismo tiempo que este subcomité está convencido de que es de interés público expulsar del gobierno a los pervertidos sexuales e impedirles ingresar en él, opina que este programa debe ser ejecutado de una manera que esté de acuerdo con los conceptos tradicionales norteamericanos de justicia y "juego limpio". Para llegar a este fin, todas las quejas razonables sobre actividades sexuales pervertidas por parte de empleados del gobierno habrán de ser plenamente investigadas, y las destituciones no se ordenarán sino después de la completa revisión de los hechos y de acuerdo con los procedimientos actuales del servicio civil. Estos procedimientos determinan que el empleado sea informado de los cargos que se le formulan, y se le conceda un plazo razonable para contestar. Además, en vista de las muy serias consecuencias que tiene la destitución por motivos de perversión sexual, cree el subcomité que debiera examinarse la conveniencia de establecer una oficina de revisión o de reclamaciones a la que puedan recurrir, si lo desean, todas las personas destituídas por aquellos motivos, para que sus casos sean revisados por una autoridad superior ajena al organismo en que prestaban servicios. En la actualidad no existe una oficina de este tipo.

Aunque 457 personas detenidas por la policía a causa de inversión sexual en el distrito de Columbia durante los cuatro años últimos, manifestaron ser empleados del gobierno en el

momento de su detención, hasta abril del presente año no llegaron a la Comisión del Servicio Civil ni a otras dependencias del gobierno informes relativos a la inmensa mayoría de dichas detenciones. Esta situación lamentable era consecuencia de la falta de relaciones adecuadas entre los servicios policíacos y los departamentos gubernativos. El subcomité se complace en señalar que esta situación está corregida al presente. Desde abril, la información relativa a los empleados del gobierno detenidos por motivos de perversión sexual, ya en el distrito de Columbia ya en otras partes, ha sido remitida rápidamente por el FBI a la Comisión del Servicio Civil y a las dependencias del gobierno, a fin de que se emprendiese la acción adecuada en cada caso.

También encuentra el subcomité que las actuales leyes criminales del distrito de Columbia en lo que se refiere a actos de perversión sexual son inadecuadas, y el subcomité ha redactado y propuesto algunas enmiendas al Código Criminal del distrito que refuerzan esencialmente dichas leyes. También se ha descubierto que la mayor parte de los homosexuales aprehendidos por la policía en el distrito de Columbia fueron registrados como casos de conducta desordenada. En la mayor parte de los casos no fueron procesados, sino que se les permitió depositar pequeñas cantidades de garantía en las mismas estaciones de policía. Este informal procedimiento de disponer de estos casos sin conocimiento de las autoridades judiciales ha sido corregido después que el subcomité sometió la situación a la atención de los jueces del tribunal municipal en agosto de 1950.

Desde que se inició esta investigación se han hecho considerables progresos en la eliminación de los empleados homosexuales y otros igualmente indeseables, de los puestos del gobierno. Sin embargo, no debe olvidarse que el interés público no estará suficientemente protegido si los funcionarios responsables no adoptan y mantienen una viva y vigilante actitud ante el problema de los pervertidos sexuales en el gobierno. El titubear o tomar medidas a medias permitirá a algunos pervertidos notorios continuar en sus puestos y puede conducir a la destitución de inocentes.

Vista la importancia de evitar el empleo de pervertidos sexuales por el gobierno, el subcomité tiene el proyecto de examinar la situación de tiempo en tiempo para saber si sus

presentes recomendaciones están siendo aplicadas y averiguar si son necesarios nuevos pasos para proteger el interés público.

(Los documentos 3 a 8 son resúmenes de leyes y de disposiciones oficiales. El Nº 3 indica las condiciones puestas por el Congreso a la elegibilidad para los beneficios que concede el G. I. Bill of Rights, y los Nos. 4 y 5 muestran la interpretación dada a esa disposición por la Administración de Veteranos Los Nos. 6 y 7 proveen la exención de las decisiones de la Administración de Veteranos de la revisión ante los tribunales, y el Nº 8 determina las condiciones para poder acogerse a la National Service Life Insurance Act.)

Documento Nº 3. Ley de 1944 sobre Reajuste de los Hombres en Servicio y Ley sobre la Rehabilitación Vocacional de Veteranos inutilizados.

SEC. 1503 (38 U. S. C. 697c). La exención o licenciamiento del servicio activo por causas no deshonrosas será requisito previo para tener derecho a los beneficios que concede a los veteranos esta Ley Pública Nº 2, Congreso 63.— Ley de 22 de junio de 1944.

Documento Nº 4. Instrucción Nº 2 de la Administración de Veteranos, Secciones 300 y 1503, Pública 346, Congreso 78 (Ley de 1944 sobre Reajuste de los Hombres en Servicio).

Asunto: Los Tribunales comprendidos en la Sección 300, Pública Nº 346, Congreso 78, y Carácter de la Exención según Pública Nº 2, Congreso 73, y Pública Nº 346, Congreso 78.

1. La aceptación de una exención indeseable, o azul, para evitar ser procesado por el tribunal general de guerra, constituirá, por los términos de la sección 1503, Pública Nº 346, Congreso 78, impedimento para los beneficios que concede la Pública Nº 2, Congreso 73, y la Pública Nº 346, Congreso 78, y se considerará que la exención se obtuvo en condiciones deshonrosas.

2. Una exención indeseable o azul expedida a causa de actos o tendencias homosexuales, se considerará en general como expedida en condiciones deshonrosas y como impedi-

mento para acogerse a la Pública Nº 2, Congreso 73, y Pública Nº 346, Congreso 78. Sin embargo, en algún caso particular los hechos pueden justificar otra conclusión, y en este evento el caso se remitirá a la oficina central y se someterá a la consideración del director del servicio a quien competa.

3. El procedimiento usual de apelación será aplicable a esta clase de demandas.

4. Naturalmente, el demandante puede recurrir al departamento de Guerra o de Marina para la revisión de su exención según la sección 301, Pública Nº 346, Congreso 78, alegando haber cambiado su naturaleza hasta hacerle elegible para los beneficios de la Administración de Veteranos.

/s/ FRANK T. HINES
Administrador de los
Asuntos de Veteranos.

21 de abril de 1945.

Documento Nº 5. Reglamento y Procedimientos de la Administración de Veteranos.

1064. Carácter de la Exención según la Pública Nº 2, Congreso 73, y la Pública 346, Congreso 78.

(A) Para tener derecho a la indemnización o pensión según la Regulación de Veteranos Nº 1 (a), el período de servicio activo sobre el que se basa la petición debe haber terminado por exención o licenciamiento obtenido en condiciones no deshonrosas. En otros términos, los beneficios concedidos por la Pública Nº 2, Congreso 73, y Pública Nº 346 Congreso 78, no podrán ser obtenidos si el individuo fué licenciado en condiciones deshonrosas.

El requisito de las palabras "condiciones deshonrosas" se juzgará que existe cuando se pruebe que la exención o la separación del servicio militar activo fué causada: (1) por insubordinación, (2) por espionaje, (3) por una falta que implique depravación moral o mala conducta voluntaria y persistente; sin embargo, si el servicio fué honrado, leal y meritorio, una separación o licenciamiento no deshonroso y debido a la comisión de una falta leve no se considerará como licencia o separación en condiciones deshonrosas. (31 de octubre de 1946).

.....

(D) Un licenciamiento indeseable o azul dado a causa de actos o tendencias homosexuales, en general será considerado como dado en condiciones deshonrosas y como impedimento para los beneficios de la Pública Nº 2, Congreso 73, y de la Pública Nº 346, Congreso 78. Sin embargo, en algún caso particular los hechos pueden justificar otra conclusión, y en este evento el caso será sometido a la consideración del Director, Servicio de Reclamaciones, oficina de distrito, en los casos de muerte en campaña, o al director, Servicio de Reclamaciones de Veteranos, Oficina Central, en los casos de vida de campaña, o al director del servicio a quien competa en los casos que conciernan a la Oficina Central.

Documento Nº 6. Sección 11, Ley Pública 866, Congreso 76.

No obstante cualesquiera otras providencias de la ley, excepto lo dispuesto en la sección 19 de la Ley de Veteranos de la Guerra Mundial, 1924, y en la sección 817 de la Ley de 1940 sobre el Seguro de Vida del Servicio Nacional, las decisiones del Administrador de los Asuntos de Veteranos sobre una cuestión de derecho o de hecho concernientes a una reclamación de beneficios o de recompensas establecidos en esta o en cualquier otra Ley administrada por la Administración de Veteranos serán definitivas, y ningún funcionario ni tribunal de los Estados Unidos tendrá facultad o jurisdicción para revisar ninguna de dichas decisiones.

Documento Nº 7. Título I, Ley Pública Nº 2, Congreso 73, y Leyes Suplementarias de ella, concediendo beneficios a los veteranos y a quienes dependen de ellos.

Sección 5. Todas las decisiones formuladas por el Administrador de los Asuntos de Veteranos según las providencias de este título o las reglas dictadas para su cumplimiento, serán definitivas en todas las cuestiones de derecho y de hecho, y ningún otro funcionario ni tribunal de los Estados Unidos tendrá jurisdicción para revisar por mandamiento o por cualquier otro procedimiento ninguna de dichas decisiones.

(Se reproduce aquí el documento Nº 8 por la significativa omisión, por parte del Congreso, de los homosexuales en la

lista de quienes no tienen derecho a los beneficios del seguro como veteranos.)

Documento Nº 8. Ley de 1940 sobre el Seguro de Vida del Servicio Nacional, con Enmiendas y Apéndice. Revisada el 1 de septiembre de 1948.

SEC. 612. Toda persona culpable de insubordinación, traición, espionaje o deserción, o que, por motivos de conciencia, se niegue a prestar servicio en las fuerzas terrestres o navales de los Estados Unidos, o se niegue a vestir el uniforme de tales fuerzas, perderá todos los derechos al seguro correspondiente. No se pagará ningún seguro por muerte infligida como castigo legal de un delito o de una falta militar o naval, excepto cuando sea infligida por un enemigo de los Estados Unidos; pero el monto, si lo hay, de dicho seguro en la fecha de la muerte se pagará al beneficiario designado, si vive, o, en otro caso, al beneficiario o beneficiarios a quienes corresponda por el orden especificado en la sección 602 (h) (3).

APENDICE B

Extractos de las leyes de los cuarenta y ocho estados

Los textos que siguen son extractos de las leyes y de los códigos penales de los cuarenta y ocho estados de los Estados Unidos. En cada caso, la ley citada es la que define la sodomía, el delito contra naturaleza o la homosexualidad, y establece castigos previa convicción. Las leyes aquí extractadas no comprenden la conducta desordenada, la incitación, la prostitución, la corrupción de menores y otros delitos.

Las citas de las leyes van impresas en tipo mayor, y sus interpretaciones en tipo menor. Cuando la interpretación ha sido dada por un tribunal, se indica por la cita legal al final del párrafo.

ALABAMA. 14 38. Cualquier persona que asalte a otra, con el intento de... cometer el delito contra naturaleza, será castigada, previa convicción, con encarcelamiento en la penitenciaría por no menos de dos ni más de veinte años.

La ley no declara lo que constituye el asalto alevoso o el intento alevoso. Para ello hay que acudir al derecho común. Simpson contra Estado, 59 Ala. 1, 8.

Cualquier tocamiento de otra persona hecho con rudeza es asalto y agresión. Siegel contra Long, 169 Ala. 79.

14 106. *Delito contra naturaleza.* Toda persona que cometa un delito contra naturaleza, ya con un ser humano o con una bestia, será castigada, previa convicción, con encarcelamiento en la penitenciaría por no menos de dos ni más de diez años.

No es necesario probar que hubo emisión, pero sí que hubo penetración. Como en la violación, debe probarse que "res fuit in re", aunque no hasta determinada profundidad. Tarrant contra Estado, 12 Ala. Ap. 172.

ARIZONA 43-406. *Sodomía.* Toda persona que cometa sodomía, o delito contra naturaleza, con un ser humano o con una bestia, será castigada con encarcelamiento en la prisión del Estado por no más de cinco años ni menos de uno. Dicho delito puede cometerse por la penetración por la boca o por el recto de un ser humano del órgano de una persona masculina; no se requerirá prueba de emisión, y será suficiente la penetración sexual, por ligera que sea.

43-407. *Fellatio y cunnilingus.* Toda persona que voluntariamente cometa un acto deshonesto o lascivo sobre o con el cuerpo, o una parte o miembro del mismo, de un hombre o de una mujer, con el intento de excitar, provocar o satisfacer la lascivia, o la pasión, o los deseos sexuales de cualquiera de ambas personas, de manera antinatural, será reo de un delito y encarcelada por no menos de un año ni más de cinco.

ARKANSAS 41-813. *Sodomía u homosexualidad.* Toda persona convicta de sodomía, u homosexualidad, será encarcelada en la penitenciaría por un período no menor de cinco ni mayor de veintiún años.

El testimonio del testigo de cargo debe ser corroborado si el testigo fuere un cómplice; pero si no consintió, no es cómplice, y el testimonio no necesita corroboración. Hummel contra Estado de Arkansas, 196 S. W. (2º) 594.

41-814. *Suficiencia de la prueba en el delito contra naturaleza.* La prueba de penetración efectiva en el cuerpo será suficiente para sostener una acusación por el delito contra naturaleza.

El hecho de la penetración puede ser probado por indicios vehementes, siempre que las inferencias derivadas de ellos no den lugar a duda razonable. Hudspeth contra Estado, 194 Ark. 576, 108 S. W. (2º). 1085.

CALIFORNIA 286. *Delito contra naturaleza.* Toda persona culpable del infame delito contra naturaleza, cometido con un ser humano o con un animal, es penable con encarcelamiento en la prisión del Estado por no menos de un año ni más de diez.

287. *La penetración es suficiente para consumar el delito.* Toda penetración sexual, aunque sea ligera, es suficiente para consumar el delito contra naturaleza.

288a. *Perversiones sexuales.* Toda persona que participa en el acto de copular la boca de una persona con el órgano sexual de otra es penable con encarcelamiento en la prisión del Estado por no más de quince años.

El párrafo 290 previene el registro, la toma de huellas dactilares, la fotografía y el suministro de información por la Oficina de Identificación Criminal del Estado, respecto de todo convicto de los actos mencionados y de otros análogos.

COLORADO 48-64. *Delito contra naturaleza.* El infame delito contra naturaleza, ya con un hombre o con una bestia, sujetará al delincuente a ser castigado con encarcelamiento en la penitenciaría por un término no menor de un año; y el encarcelamiento puede ser por toda la vida.

Sólo la penetración *per anum* y no *per os*, constituye el delito. Koontz contra Particular, 82 Colo. 589, 263 P. 10.

La ley anterior, enmendada en 1939, dice ahora: "Delito contra naturaleza. El infame delito contra naturaleza... o cualquier cópula carnal antinatural cometida... *per anus* o *per os* o de otro modo cualquiera, sujetará al delincuente a ser encarcelado en la penitenciaría por un término no menor de un año ni mayor de catorce."

La incitación a toda cópula antinatural sujetará al delincuente a confinamiento en la cárcel del distrito durante no menos de treinta días ni más de dos años.

CONNECTICUT 8544. *Bestialidad y sodomía.* Toda persona que efectúe cópula carnal con una bestia, o que tenga conocimiento carnal con un hombre, contra el orden de la naturaleza, a menos que haya sido obligado o tenga menos de quince años de edad, será encarcelado en la prisión del Estado durante no más de treinta años.

DELAWARE 5256-7. *Sodomía, pena.* Quien cometa el delito contra naturaleza será considerado reo de felonía, y será castigado con multa que no excederá de mil dólares, y encarcelado por no más de tres años.

FLORIDA. 800-01. *Delito contra naturaleza; castigo.* Quien cometa el abominable y detestable delito contra naturaleza, ya con un ser humano, ya con una bestia, será castigado con encarcelamiento en la prisión del Estado por no más de veinte años.

El delito incluye todos los actos de bestialidad, y no se limita al concepto de sodomía del derecho común. Jackson contra Estado, 84 Fla. 646.

GEORGIA 26-5901. *Definición de la sodomía.* Sodomía es el conocimiento y relación carnal contra el orden de la naturaleza, de un hombre con otro, o con una mujer de la misma manera antinatural.

La declaración de que el acusado se acercó al acusador por la noche, le preguntó si iban por allí determinadas gentes, colocó una mano sobre el hombro del acusador y la otra en las partes privadas del mismo, y dijo: "Vamos a esa otra callejuela", y huyó al aproximarse otras personas, no basta para sustentar el cargo de asalto con el intento de cometer sodomía. 21 Ap. 505.

Cuando los indicios prueban el conocimiento carnal entre dos hombres por la boca de uno de ellos, ambos son culpables. 17 Ap. 825.

Per anus no es la única manera de cometer el delito. 17 Ap. 825

26-5902. *Castigo de la sodomía.* La sodomía se castigará con trabajos forzados en la penitenciaría por y durante la vida natural de la persona convicta.

El intento de cometer sodomía es una falta, penable con una multa no superior a mil dólares, y/o encarcelamiento con trabajos forzados por no más de seis meses.

Tal como ha sido definido, el delito de sodomía no puede ser cometido en Georgia por dos mujeres; por tanto, una persona convicta en un proceso por acusación de sodomía, siendo mujeres las dos que participan en el acto, será puesta en libertad por virtud del *habeas corpus.* sobre la base de que se le ha privado ilegalmente de su libertad, pues la acusación de que ha sido convicta es nula e írrita. 187/467 (200 S. E. 799). Thompson contra Aldredge, Sherif.

La inserción del órgano masculino entre las piernas o muslos de otra persona, no es penetración según los términos de la ley. Wharton contra Estado, 54 Ap. 439, 198 S. E.

El delito de sodomía según 27-2501, puede ser castigado con cadena perpetua, salvo que, por recomendación del jurado, aprobada por el juez presidente, este último puede reducir el delito a falta y castigarlo como tal.

IDAHO 18-6605. *Delito contra naturaleza. Castigo.* Toda persona culpable del infame delito contra naturaleza, cometido con un ser humano o con un animal, es penable con encarcelamiento en la prisión del Estado por no menos de cinco años.

Los términos de la ley incluyen toda cópula antinatural cometida *per os* o *per anum.* Estado contra Altwater, 29 Idaho 107.

La duración del encarcelamiento por más de cinco años se deja enteramente a la discreción del tribunal. In re Miller, 23, Idaho 403.

18-6606. *Delito contra naturaleza: penetración.* Toda penetración sexual, por ligera que sea, basta para consumar el delito contra naturaleza.

18-907. *Asalto con intento de cometer ciertos delitos.* Toda persona que asalta a otra con el intento de cometer violación, el infame delito contra naturaleza, mutilación, hurto o robo, es penable con encarcelamiento en la prisión del Estado por no menos de un año ni más de catorce.

ILLINOIS 37-548. *Delitos infames. Descalificación.* Toda persona convicta del delito de asesinato, violación... sodomía, u otro delito contra naturaleza... será considerada infame, y en consecuencia será declarada incapaz de por vida para desempeñar todo cargo honorífico, de confianza o remunerado, para votar en ninguna elección, o para ser jurado, a menos de que él o ella sea de nuevo restablecida en sus derechos por haberle sido perdonada la ofensa o por otro medio de acuerdo con la ley.

37-105. *Definición. Castigo.* El infame delito contra naturaleza, con un hombre o con una bestia, sujetará al delincuente a ser castigado con encarcelamiento en la penitenciaría por un término no menor de un año ni mayor de diez.

Marido y mujer pueden cometer el delito contra naturaleza. Honselman contra Particular, 168 Ill. 172.

La inserción de la lengua no constituye delito contra naturaleza. Particular contra Smith, 258 Ill. 502.

37-106. *Emisión.* No es necesario probar que hubo emisión para declarar a una persona convicta del delito contra naturaleza.

INDIANA 10-4221. *Sodomía.* Quien cometa el abominable y detestable delito contra naturaleza, con hombre o con bestia; o quien induzca, incite, instigue o ayude a una persona menor de veintiún años a masturbarse, será considerado reo de sodomía, y, previa convicción, será multado con no menos de cien dólares ni más de mil, a lo que puede añadirse el encarcelamiento en la prisión del Estado por no menos de dos años ni más de catorce.

El delito de sodomía incluye la cópula por la boca. Glover contra Estado, 179 Ind. 459.

IOWA 705. *Sodomía. 1. Definición.* Quien efectúe cópula carnal por cualquier abertura del cuerpo, excepto las partes sexuales, con otro ser humano, o efectúe la cópula carnal con una bestia, será considerado reo de sodomía.

Esta puede cometerse por la copulación con la boca. Estado contra Ferris, 189 Iowa 505.

705-2. Toda persona que cometa sodomía será encarcelada en la penitenciaría durante no más de diez años.

KANSAS 21-907. *Delito contra naturaleza.* Toda persona convicta del detestable y abominable delito contra naturaleza, cometido con un ser humano o con una bestia, será castigada con confinamiento y trabajos forzados durante no más de diez años.

Es suficiente la prueba de penetración efectiva y lujuriosa *per os.* Estado contra Hurlbert, 118 Kan. 362.

KENTUCKY 436-050. *Sodomía: homosexualidad.* Toda persona que cometa actos de sodomía u homosexualidad, con un hombre o una bestia, será confinada en la penitenciaría por no menos de dos años ni más de cinco.

LUISIANA 740-89. *Delito contra naturaleza.* El delito contra naturaleza es la copulación carnal antinatural de un ser humano con otro del mismo sexo o del opuesto, o con un animal. No es necesaria la prueba de emisión, y, cuando es cometido por un ser humano con otro, el uso del órgano genital de uno de los delincuentes de cualquier sexo es suficiente para constituir el delito.

Quien cometa el delito contra naturaleza será multado con no más de dos mil dólares, o encarcelado, sin o con trabajos forzados, durante no más de cinco años, o ambas cosas.

MAINE Ch. 121. *Delitos contra la castidad, la moral y la decencia. 3. Delito contra naturaleza; pena.* Quien cometa el delito contra naturaleza, con un ser humano o con una bestia, será castigado con encarcelamiento durante no menos de un año ni más de diez.

MARYLAND 577. *Sodomía.* Toda persona convicta del delito de sodomía será condenada a encarcelamiento en la penitenciaría durante no menos de un año ni más de diez.

578. Toda persona convicta de introducir en su boca el órgano sexual de otra persona o animal, o de colocar su órgano sexual en la boca de otra persona o animal, o de cometer cualquier otra práctica sexual antinatural o pervertida con otra persona o animal, será multada con no más de mil dólares o encarcelada... por no más de diez años, o será al mismo tiempo multada y encarcelada...

La acusación sólo necesita ser redactada en el lenguaje reglamentario, de acuerdo con la ley, y los actos particulares de perversión no necesitan ser especificados.

MASSACHUSETTS 34. *Sodomía y homosexualismo.* Quien cometa el abominable y detestable delito contra naturaleza, ya con un ser humano o con una bestia, será castigado con encarcelamiento en la prisión del Estado durante no más de veinte años.

35. *Actos antinaturales y lascivos.* Quien cometa cualquier acto antinatural y lascivo con otra persona será castigado con una multa no inferior a cien ni superior a mil dólares, o con encarcelamiento en la prisión del Estado por no más de cinco años, o en calabozo o correccional por no más de dos años y medio.

MICHIGAN 750-158. *Delito contra naturaleza o sodomía. Castigo.* Toda persona que cometa el abominable y detestable delito contra naturaleza con un ser humano o con un animal, será reo de felonía, penable con encarcelamiento en la prisión del Estado por no más de quince años.

750-159. *No necesita ser probada la emisión.* En cualquier proceso por las causas previstas en este capítulo, no será necesario probar la emisión, y toda penetración sexual, por ligera que sea, es suficiente para consumar el delito especificado en la sección inmediatamente anterior.

MINNESOTA 617-14. *Sodomía.* La persona que conozca carnalmente de cualquier manera a un animal o pájaro, o que conozca carnalmente a un hombre o una mujer por el ano o por o con la boca, o que voluntariamente se someta a dicho conocimiento carnal; o que intente el coito con un cuerpo muerto, es reo de sodomía, y penable con encarcelamiento en la prisión del Estado por no más de veinte años, y cualquier penetración sexual, por ligera que sea, será suficiente para consumar el delito.

Una persona sobre la cual se cometa el delito de sodomía, no es cómplice a no ser que haya consentido en el acto. Estado contra Schwartz, 215 Minn. 476.

MISSISSIPPI 2413. *Comercio antinatural.* Toda persona convicta del detestable y abominable delito contra naturaleza cometido con un ser humano o con una bestia, será castigada con encarcelamiento en la penitenciaría por un término no mayor de diez años.

Una acusación que formulaba al acusado el cargo de tener comercio carnal antinatural con una mujer por haber practicado el *cunnilingus*, no pudo probar el delito de sodomía, ya que le penetración del cuerpo es esencial en dicho delito. Estado contra Hill, 179 Miss. 732.

MISSOURI 563-230. *El abominable y detestable delito contra naturaleza: pena.* Toda persona convicta del detestable y abominable delito contra naturaleza, cometido con un ser humano o con una bestia, con los órganos sexuales o con la boca, será castigada con encarcelamiento en la penitenciaría por no menos de dos años.

MONTANA 94-4118. *Delito contra naturaleza.* Toda persona reo del infame delito contra naturaleza, cometido con un ser humano o con un animal, es penable con encarcelamiento en la prisión del Estado por no menos de cinco años.

En un proceso por el infame delito contra naturaleza (sodomía), los tribunales deben estar constantemente en guardia para evitar que el jurado ceda a los dictados del fuerte prejuicio que suscita naturalmente dicho cargo, o que declare la convicción por indicios ligeros, ya que el cargo es fácil de formular, difícil de probar, y aun más difícil de refutar. Estado contra Keckoven, 107 Mont. 253.

94-4119. *La penetración es suficiente para consumar el delito.* Toda penetración sexual, por ligera que sea, es suficiente para consumar el delito contra naturaleza.

NEBRASKA 28-919. *Definición de la sodomía; pena.* Quien tenga cópula carnal con una bestia, o con otro ser humano por cualquier abertura del cuerpo que no sean las partes sexuales, será reo de sodomía y encarcelado en la penitenciaría por no más de veinte años.

El delito incluye la práctica *per os* y *per anum*. Sledge contra Estado, 1 y 2 Neb. 350.

NEVADA 10141. *Definición del delito contra naturaleza.* 194. El infame delito contra naturaleza, ya con un hombre o con una bestia, sujetará al delincuente a ser castigado con encarcelamiento en la prisión del Estado por un término no menor de cinco años, y que puede extenderse a toda la vida.

Esta sección incluye todos los actos antinaturales perpetrados en cualquier forma y por cualesquiera medios, y fué suficiente una acusación con el cargo de que el acusado había cometido alevosamente "el infame delito contra naturaleza" con un hombre, expresando la naturaleza del acto. In re Benites, 37 Nev. 145.

NEW HAMPSHIRE Ch. 449. *Ofensas a la castidad. 9. Actos lascivos.* Quien cometa cualquier acto antinatural y lascivo con otra persona, será castigado con encarcelamiento por no más de cinco años, o multado con no más de mil dólares, o de ambas maneras.

La ley no especifica la sodomía, la homosexualidad, el delito contra naturaleza ni ninguno de sus sinónimos legales.

NEW JERSEY 2:168-1. *Sodomía; castigo.* La sodomía, o infame delito contra naturaleza, cometido con un hombre o con una bestia, es un delito grave y se castigará con una multa no superior a mil dólares, o con encarcelamiento y trabajos forzados por no más de veintiún años, o con ambas cosas.

En un proceso por sodomía, la prueba del estado del recto cuatro meses después de cometido el delito fué admisible para permitir al jurado decidir si el enrojecimiento, la irritación y la dilatación tres días después de cometido el delito eran anormales y significativos. Estado contra Pitman, 98 N. J. L626.

En el mismo caso, la prueba del estado del recto del querellante tres días después del asalto fué admisible, y la lejanía del examen respecto del momento del delito afectó meramente a su fuerza probatoria.

NEW MEXICO 41-704. *Sodomía. Pena.* Toda persona convicta del abominable delito de sodomía, cometido con un ser humano o con un animal, será castigada, previa la convicción, con encarcelamiento por no menos de un año, o con multa no inferior a mil dólares, o con ambas cosas.

En castigo previsto para el asalto con intención de cometer sodomía es el de encarcelamiento "por no más de un año", o el de multa, "por una cantidad no superior a mil dólares", o ambas cosas. (41.705).

NEW YORK 690. *Sodomía* (tercer grado). La persona que conozca carnalmente a un hombre o una mujer por el ano o por o con la boca en circunstancias que no constituyan sodomía en primero ni en segundo grado, será reo de una falta.

La sodomía en primer grado implica comercio por el ano o por o con la boca sin el consentimiento de la otra persona, o cuando una de las personas está incapacitada para dar el consentimiento por razones de debilidad o de inmadurez mental o física, o cuando la resistencia es vencida por la fuerza, o cuando es impedida por el miedo a daño corporal inmediato y grande, o por el estupor y la debilidad causados por un tóxico, un narcótico o un anestésico, o cuando la otra persona está bajo la custodia de la ley o se halle en estado inconsciente. También es sodomía de primer grado el conocer carnalmente "de cualquier manera a un animal o un pájaro", y el intentar comercio carnal con un cuerpo muerto. La sodomía de segundo grado comprende toda relación con una persona de menos de dieciocho años de edad en circunstancias que no constituyan sodomía en primer grado.

NORTH CAROLINA 14-177. *Delito contra naturaleza.* Si una persona comete el abominable y detestable delito contra naturaleza, con un ser humano o con una bestia, será encarcelada en la prisión del Estado durante no menos de cinco ni más de sesenta años.

Esta sección incluye todos los actos de carácter bestial ejecutados para satisfacer deseos sexuales degradados y pervertidos, según determinó el tribunal en Estado contra Griffin 175 N. C. 767. Incluye todo comercio antinatural entre hombres. Estado contra Fenner, 166 N. C. 247.

NORTH DAKOTA 12-2207. *Definición de la sodomía: castigo.* Toda persona que conozca carnalmente de cualquier manera a un animal o pájaro, o que conozca carnalmente a un hombre o una mujer por el ano o por o con la boca, o que voluntariamente se someta a dicho conocimiento carnal, o que tenga comercio sexual con un cuerpo muerto, es reo de sodomía y será castigada con encarcelamiento en la penitenciaría por no menos de un año ni más de diez, o en la cárcel de distrito por no más de once años. Toda penetración sexual, por ligera que sea, es suficiente para consumar el delito.

OHIO 13043. *Sodomía.* Quien realice cópula carnal con una bestia, o por cualquier abertura del cuerpo, excepto las partes sexuales, con otro ser humano, será reo de sodomía y encarcelado en la penitenciaría por no más de veinte años.

El acto del *cunnilingus* no constituye delito según las leyes de este Estado y no está comprendido en los términos del 13043. Estado contra Forquer, 74 Ap. 293.

OKLAHOMA 21-886. *Delito contra naturaleza.* Toda persona reo del detestable y abominable delito contra naturaleza, cometido con un ser humano o con una bestia, es penable con encarcelamiento en la penitenciaría por no más de diez años.

887. *Delito contra naturaleza; qué grado de penetración es necesario.* Cualquier penetración sexual, por ligera que sea, es suficiente para consumar el delito contra naturaleza.

La expresión "ser humano" comprende a hombres y mujeres. Le Favour contra Estado, 77 Okla. Cr. 383.

OREGON 23-910. *Sodomía.* Si una persona comete sodomía o delito contra naturaleza, o un acto o práctica de perversión sexual, ya con un ser humano o con una bestia, o sostiene relaciones osculatorias con las partes privadas de un hombre, una mujer o un niño, o permite que dichas relaciones sean sostenidas con sus partes privadas, esa persona, previa convicción, será castigada con encarcelamiento en la penitenciaría por no menos de un año ni más de quince.

PENNSYLVANIA 4501. *Sodomía.* Quienquiera que conozca carnalmente de cualquier manera a un animal o pájaro, o que conozca carnalmente a un hombre o una mujer por el ano o por o con la boca, o que voluntariamente se someta a dicho conocimiento carnal, es reo de sodomía, y, previa convicción, será condenado a pagar una multa no superior a cinco mil dolares, o a encarcelamiento con incomunicación y trabajos forzados por no más de diez años, o a las dos cosas.

4103. El conocimiento carnal se considerará consumado sólo con la prueba de penetración.

En proceso de sodomía, la penetración puede probarse por indicios vehementes, cuando éstos bastan para satisfacer al jurado más allá de toda duda razonable. República contra Donahue, 7 A2d 13.

En un proceso por sodomía, la negativa a permitir un examen físico del acusado en pleno tribunal fué sustentada no erróneamente. República contra Torr, 169 A 238, 111 Pa. Super. 178.

La anuencia del acusador no es defensa, pero en tal caso su testimonio requiere corroboración. República contra Smith, 3 Kulp 474.

4502. *Asalto e inducción a cometer sodomía.* Quien desleal y maliciosamente asalta a otra persona con la intención de

cometer sodomía, o solicita o incita a otra persona para que permita y sufra cometer sodomía con él o la solicitante, es reo de un delito, y, previa convicción, será condenado a pagar una multa que no excederá de mil dólares, o a encarcelamiento con incomunicación y trabajos forzados por no más de cinco años, o a ambas cosas.

RHODE ISLAND Ch. 610 12. Toda persona convicta del abominable y detestable delito contra naturaleza, ya con un ser humano o con una bestia, será encarcelada por no más de veinte años ni menos de siete.

SOUTH CAROLINA 1439. *Homosexualidad.* Quien cometa el abominable delito de homosexualidad o de bestialidad, será considerado, previa convicción, reo de felonía, y será encarcelado en la penitenciaría durante cinco años, y pagará una multa no inferior a quinientos dólares, o será condenado a ambas cosas, a discreción del tribunal.

SOUTH DAKOTA 13:1716. *Delito contra naturaleza: pena; consumación.* Toda persona culpable del detestable y abominable delito contra naturaleza cometido con un ser humano o con una bestia es penable con encarcelamiento en la penitenciaría del Estado durante no más de diez años.

Toda penetración sexual, por ligera que sea, es suficiente para consumar el delito contra naturaleza.

TENNESSEE 11184. *Delitos contra naturaleza.* Los delitos contra naturaleza, ya con un ser humano o con una bestia, son penables con encarcelamiento en la penitenciaría por no menos de cinco años ni más de quince.

TEXAS Art. 525 (del Código Penal). *Sodomía.* Quien realice cópula carnal con una bestia, o por cualquier abertura del cuerpo, excepto las partes sexuales, con otro ser humano, o quien emplee su boca sobre las partes sexuales de otro ser humano con el objeto de efectuar cópula carnal, o quien voluntariamente permita el uso de sus propias partes sexuales de una manera deshonesta o lasciva por un menor de edad, será reo de sodomía, y, previa convicción, será considerado reo de felonía y confinado en la penitenciaría por no menos de dos ni más de quince años.

El texto anterior es resultado de la revisión de una antigua ley que usaba la expresión "género humano" *(mankind)* en vez de "ser humano" y no definía específicamente los actos constitutivos del delito. Se sostuvo que la mujer estaba incluída en el término *mankind*, en Lewis contra Estado, 36 Cr. R. 37.

Si hubo consentimiento, el copartícipe era cómplice, y su testimonio debía ser corroborado. Medis contra Estado, 27 Cr. R. 194.

UTAH 103-Código Penal-7-7. Toda persona que asalte a otra con la intención de cometer violación, el infame delito contra naturaleza o mutilación, es penable con encarcelamiento en la prisión del Estado por no menos de uno ni más de diez años.

103-51-22. *Sodomía.* Toda persona reo de sodomía o de otro cualquiera detestable y abominable delito contra naturaleza, cometido con un ser humano o con un animal, sea con los órganos sexuales o con la boca, es penable con encarcelamiento en la prisión del Estado por no menos de tres años ni más de veinte.

La *fellatio* y el *cunnilingus* son las formas más bajas y más degradantes de perversión sexual, según se sostuvo in re Ford contra Estado, 70 U. 456.

La disposición sobre sodomía incluye la penetración per os. Estado contra Peterson, 81 U. 340.

No es necesaria la emisión para decidir que se cometió sodomía. Estado contra Peterson, 81 U. 340.

VERMONT 8480. *Impudicia, pena.* La persona que participe en el acto de copular la boca de una persona con el órgano sexual de otra será encarcelada en la prisión del Estado por no menos de un año ni más de cinco.

8478. *Impudicia.* Toda persona culpable de grande y franca impudicia y de conducta lasciva será encarcelada durante no más de cinco años o multada a no más de trescientos dólares.

VIRGINIA *Delitos contra naturaleza.* Si una persona conoce carnalmente de cualquier manera a un animal, o conoce carnalmente a un hombre o una mujer por el ano o por o con la boca, o se somete voluntariamente a dicho conocimiento carnal, será reo de felonía y confinada en la penitenciaría por no menos de uno ni más de tres años.

No es necesaria la emisión para que haya tenido lugar el delito contra naturaleza. República contra Thomas, 1 Va. Cas. 307.

La prueba de que el acusado apoyó la cabeza en el vientre del otro con el pene en la mano es insuficiente para probar la cópula carnal con la boca. Hudson contra República, 141, Va. 525.

WASHINGTON 2456. *Delito contra naturaleza.* Toda persona que conozca carnalmente de cualquier manera a un animal o pájaro; o que conozca carnalmente a un hombre o una mujer por el ano, o con la boca o la lengua; o que voluntariamente se someta a dicho conocimiento carnal; o que intente comercio carnal con un cuerpo muerto, será reo de sodomía y castigada con encarcelamiento en la penitenciaría del Estado por no más de diez años.

La prueba de que un hombre ha asido el órgano de la generación de otro hombre no prueba el intento de cometer sodomía, tal como ésta está definida. Estado contra Ficklin, 190 Wash. 168.

WEST VIRGINIA 6068 (61-8-13). *Delitos contra naturaleza.* Si una persona conoce carnalmente de cualquier manera a un animal, o conoce carnalmente a un hombre o una mujer por el ano o por o con la boca, o voluntariamente se somete a dicho conocimiento, es reo de un delito y, previa convicción, será confinada en la penitenciaría durante no menos de uno ni más de diez años.

WISCONSIN 351-50. *Sodomía.* Toda persona que cometa sodomía, o delito contra naturaleza, con un ser humano o con una bestia, será castigada con encarcelamiento en la prisión del Estado durante no más de cinco años ni menos de uno. Dicho delito puede ser cometido por la penetración de la boca de un ser humano por el órgano de un hombre, así como por la penetración del recto; no es necesaria la prueba de emisión.

WYOMING 9-520. *Sodomía.* Quien cometa el abominable y detestable delito contra naturaleza, teniendo conocimiento carnal de un hombre o de una bestia; o que, siendo hombre, conozca carnalmente a otro hombre o mujer por el ano, o de otra manera cualquiera contraria a la naturaleza; y quien incite, seduzca, instigue o ayude a una persona menor de veintiún años a cometer masturbación, es reo de sodomía, y será encarcelado en la penitenciaría durante no más de cinco años, o en la cárcel del distrito durante no más de doce meses,

La masturbación incluye el delito de *cunnilingus,* que es "una satisfacción sexual antinatural que tiende a corromper la moral". Young contra Estado, 194 Ind. 221.

APENDICE C

Referencias y fuentes

Aldridge, John W. *After the Lost Generation, a Critical Study of the Writers of Two Wars.* Nueva York: McGraw-Hill, 1951.

Allen, Clifford. *The Sexual Perversions and Abnormalities, a Study in the Psychology of Paraphilia.* 2a. ed.; Nueva York: Oxford University Press, 1949.

Anomaly. *The Invert and his Social Adjustment.* 2a. ed.; Baltimore: Williams and Wilkins, 1948.

Bergleer, Edmund. *Neurotic Counterfeit-Sex: Impotence, Frigidity, "Mechanical" and Pseudosexuality, Homosexuality.* Nueva York: Grune and Stratton, 1951.

Bloch, Iwan. *The Sexual Life of our Time in its Relations to Modern Civilization.* Nueva York: Rebman Co., 1920.

Book Review Digest, 1905 a 1950.

Boss, Medard. *The Meaning and Content of Sexual Perversions.* 2a. ed.; Nueva York: Grune and Stratton, 1949.

Brown Fred y Kempton, Rudolf T. *Sex Questions and Answers: a Guide to Happy Marriage.* Nueva York: Whittlesey House, 1950.

Carpenter, Edward. *The Intermediate Sex: a Study of Some Transitional Types of Men and Women.* Londres: Allen and Unwin, 1941.

CARPENTER, EDWARD. *Intermediate Types Among Primitive Folk, a Study in Social Evolution.* 2a. ed.; Londres: Allen and Unwin, 1919.

CARPENTER, EDWARD. *Love's Coming of Age.* Nueva York: Mitchell Kennerley, 1919.

CHESSER, EUSTACE. *Sexual Behavior, Normal and Abnormal.* Londres y Nueva York: Medical Publications, 1949.

CHEVALIER, JULIEN. *Une maladie de la personnalité: l'inversión sexuelle.* Lyon: A. Storck, y París: G. Masson, 1893.

CHIDECKEL, MAURICE. *Female Sex Perversions: The Sexually Aberrated Woman as She is.* Nueva York: Eugenics Publishing Co., 1938.

DOLLARD, JOHN y MILLER, NEAL E. *Personality and Psychotherapy: an Analysis in Terms of Learning, Thinking and Culture.* Nueva York: McGraw-Hill, 1950.

ELLIS, ALBERT. *The Folklore of Sex.* Nueva York: Charles Boni, 1951.

ELLIS, HAVELOCK. *Studies in the Psychology of Sex.* Vol 2o.: *Sexual Inversion.* 3a. ed.; Filadelfia: F. A. Davis Co., 1928.

Encyclopaedia Sexualis, a Comprehensive Encyclopeadia-Dictionary of the Sexual Sciences. Director, Víctor Robinson. Nueva York: Dingwall Rock, 1936.

FORD, CLELLAN S. y BEACH, FRANK A. *Patterns of Sexual Behavior.* Nueva York: Harper and Bros. y Paul B. Hoeber, 1951.

FREUD, SIGMUND. *A General Introduction to Psychoanalysis.* Garden City, N. Y.: Garden City Publishing Co., 1938.

FREUD, SIGMUND. *Leonardo da Vinci, a Psychosexual Study of an infantile Reminiscence.* Londres: Kegan Paul, Trench, Trubner and Co., 1932.

FREUD, SIGMUND. *Three Contributions to the Theory of Sex.* Nueva York: Nervous and Mental Disease Monographs, 1948. Se han publicado también con el título de *Three Essays on the Theory of Sexuality:* Londres: Imago Publishing Co., 1949.

GIDE, ANDRÉ. *Corydon.* Nueva York: Farrar, Straus and Co., 1950.

GIDE, ANDRÉ. *The Journals.* 4 vols.; Nueva York: Knopf, 1947-1951.

GUYON, RENÉ. *The Ethics of Sexual Acts.* Nueva York: Knoph, 1948.

GUYON, RENÉ. *Sexual Freedom.* Nueva York: Knopf, 1950.

HAMILTON, GILBERT VAN TASSEL. "Homosexuality as a Defense Against Incest", en *Encyclopaedia Sexualis* (véase).

HENRY, G. W. *Sex Variants: a Study of Homosexual Patterns.* Nueva York: Paul B. Hoeber, 1948.

HIRSCHFELD, MAGNUS. *Die Homosexualität des Mannes und des Weibes.* Berlín: L. Marcus, 1920

HIRSCHFELD, MAGNUS. *Sexual Anomalies and Perversions.* Londres: Francis Aldor, 1944.

HIRSCHFELD, MAGNUS. *Sexual Pathology.* Nueva York: Emerson, 1940.

Jahrbuch für sexuelle Zwischenstufen, 1899 a 1923.

KAHN, SAMUEL. *Mentality and Homosexuality.* Boston: Meador Publishing Co., 1937.

KIEFER, OTTO. *Sexual Life in Anciet Rome.* Londres: Routledge and Kegan Paul, 1950.

KINSEY, ALFRED C., POMEROY, WARDELL B. y MARTIN, CLYDE E. *Sexual Behavior in the Human Male.* Filadelfia: W B. Saunders, 1948.

KRAFFT-EBING, R. V. *Psychopathia Sexualis*. Nueva York: Physicians and Surgeons Book Co., 1925.

LEGMAN G. "Fathers and Sons", en *On the Cause of Homosexuality*. Nueva York: Breaking Point, 1950.

LEGMAN, G. *Love and Death; a Study in Cesorship*. Nueva York: Breaking Point, 1949.

LEWANDOWSKI, HERBERT. *Das Sexualproblem in der modernen Literatur und Kunst*. Dresde: Paul Aretz, 1927.

LEWIS, WYNDHAM. *The Art of Being Ruled*. Londres: Chatto and Windus, 1926.

LICHT, H. *Sexual Life in Ancient Greece*. Londres: Routledge and Kegan Paul, 1949.

LONDON, LOUIS S. y CAPRIO, FRANK S. *Sexual Deviations*. Washington, D. C.: Lincacre Press, 1950.

MANTEGAZZA, PAOLO. *The Sexual Relations of Mankind*. Nueva York: Eugenics Publishing Co., 1935.

MOLL, ALBERT. *Libido Sexualis: Studies in the Psychosexual Laws of Love Verified by Clinical Sexual Case Histories*. Nueva York: American Ethnological Press, 1933.

MOLL, ALBERT. *Perversions of the Sex Instinct: a Study of Sexual Inversion Based on Clinical Data and Official Document*. Newark, N. J.: Julian Press, 1931.

NIN FRÍAS. *Homosexualismo creador*. Madrid: Javier Morata, 1933.

PICTON, HAROLD. *The Morbid, the Abnormal and the Personal*. Londres: British Society for the Study of Sex Psychology, 1923.

PORCHÉ, FRANÇOIS. *L'amour qui n'ose pas dire son nom*. París: Bernard Grasset, 1927.

POTTER, LA FORREST. *Strange Loves: a Study in Sexual Abnormalities.* Nueva York: Robert Dodsley Co., 1933.

PRAZ, MARIO. *The Romantic Agony.* Londres: Oxford University Press, 1933.

RAFFALOVICH, MARC-ANDRÉ. *Uranisme et unisexualité: étude sur differentes manifestations de l'instinct sexuel.* Lyon: A. Storck, y París: Masson, 1896.

REICH, WILHELM. *The Sexual Revolution: Toward a Self-Governing Character Structure.* Nueva York: Orgone Institute Press, 1945.

STEKEL, WILHELM. *Bisexual Love: the Homosexual Neurosis.* Boston: R. G. Badger, 1922. Reeditado con el título de *The Homosexual Neurosis.* Nueva York: Emerson Books, 1946.

SUMNER, WILLIAM G. *Folkways: a Study of the Sociological Importance of Usages, Customs, Mores and Morals.* Boston: Ginn and Co., 1906.

SYMONDS, JOHN ADDIGTON. *A Problem in Greek Ethics, Being an Inquiry into the Phenomenon of Sexual Inversion.* Londres: Edición reservada del autor, 1901.

SYMONDS, JOHN ADDINGTON. *A Problem in Modern Ethics, Being an Inquiry into the Phenomenon of Sexual Inversion.* Londres: edición reservada, 1896.

TARNOVSKII, V. M. *Anthropological, Legal and Medical Studies on Pederasty in Europe.* Nueva York: Falstaff, 1933.

THOMPSON, CLARA. "Changing Concepts of Homosexuality in Psychoanalysis", en *Psychiatry: Journal of the Biology and Pathology of Interpersonal Relations,* 10:183 (1947).

ULRICHS, CARL HEINRICH. *Ara Spei, Formatrix, Vindicta,* y otros folletos. Publicados en Leipzig 1864, 1865, etc., con el seudónimo de Numa Numantius.

WESTERMARCK, EDWARD. *The Origin and Development of the Moral Ideas*. 2a. ed.; Londres: Macmillan and Co., 1917. Capítulo XLIII, "Homosexual Love".

WHITE, H. D. JENNINGS. *Psychological Causes of Homoeratism and Inversion*. Londres: British Society for Study of Sex Psychology, 1925.

APENDICE D

Pequeño catálogo de novelas y dramas

Inclúyense en este catálogo novelas y dramas en que la homosexualidad es el tema básico o por lo menos juega un papel importante. En los casos en que no he podido yo personalmente leer las obras, o cuando no estoy de acuerdo con la interpretación de una autoridad, lo indico oportunamente.

Se han omitido las biografías y las autobiografías (a menos que tengan la forma de novelas o de dramas), porque su inclusión habría necesitado la preparación de biografías completas sobre las vidas de Tchaikowsky, Hölderling, Anderson, Gide, Proust, Wilde, Whitman, Symonds y otros muchos. Tal estudio bibliográfico cae fuera del objeto de este libro. También se ha omitido la poesía, a causa del gran número de libros en que la homosexualidad es el tema de algunos poemas, pero no de la totalidad de los volúmenes.

Se dan en inglés los títulos de los libros extranjeros cuando existen traducciones; en otro caso, se dan en el idioma original. Las fechas de publicación se refieren a la edición que se cita, que es la que el autor conoce, pero que puede no ser la primera ni la última.

No pretende ser ésta una bibliografía completa de las novelas y las obras dramáticas acerca de la homosexualidad, pero creo que constituye el intento más comprehensivo que hasta ahora se haya publicado para realizar esa bibliografía.

Anderson, Helen. *Pity for Women.* Nueva York: Doubleday and Co., 1937.

Relación desdichada entre un hombre anciano y una mujer joven; el asunto está exagerado y tratado un poco histéricamente.

ANDERSON, SHERWOOD. "Hands", en *Winesburg, Ohio*. Nueva York: Modern Library.
Describe los sufrimientos de un hombre a causa de la sospecha que ha caído sobre él.

ARGIS, HENRI D'. *Gomorrhe*. París: Charles, 1889.
Novela francesa que no ha sido traducida.

ARGIS, HENRI D'. *Sodome*. París: Piaget, 1888.
Conocida novela francesa, a la que puso una introducción Paul Verlaine.

BAKER, DOROTHY. *Trio*. Boston: Houghton Mifflin Co., 1943.
Retrato antipático de una lesbiana que es al mismo tiempo una ladrona literaria y corruptora de la juventud.

BAKER, DOROTHY y BAKER, HOWARD. *Trio*.
Drama, adaptación de la novela, representado por primera vez en Nueva York el 29 de diciembre de 1944. No ha sido publicado, lo cual no constituye gran pérdida para la literatura teatral.

BALZAC, HONORATO DE. *The Girl with the Golden Eyes*. Trad. de Ernest Dowson. Nueva York: Illustrated Editions, 1931; y otras muchas ediciones.
Ellis, Chevalier y otros han interpretado esta obra como la historia de un caso de lesbianismo; sin embargo, no es tan claro como su *Vautrin*, drama que trata abiertamente de la homosexualidad masculina. Hay muchos incidentes y personajes pertinentes al tema en *Le Père Goriot, Scènes de la vie parisienne, "Seraphita"*, etc.

BALZAC, HONORATO DE. *Vautrin*. En numerosas ediciones de obras de Balzac.
Drama; véase arriba.

BARNES, DJUNA. *Ladies' Almanac*. París: Editado por la autora en la Imp. Darantière, 1928.
No se ha publicado en los Estados Unidos. El libro trata del lesbianismo, y está escrito con mucho talento.

BARNES, DJUNA. *Nightwood*. Nueva York: Harcourt, Brace and Co., 1937; reeditado por New Directions, con introducción de T. S. Eliot.
Bella y poética novela cuya misma oscuridad ayuda a percibir el espíritu del mundo de soledad en que viven los personajes. El asunto gira en torno de un triángulo de mujeres.

BARR, JAMES. *Derricks*. Nueva York: Greenberg, 1950.
Novelas cortas; variaciones e interpretaciones interesantes sobre el tema de la homosexualidad masculina.

BARR, JAMES. *Quatrefoil*. Nueva York: Greenberg, 1950.
Un amor apasionado entre dos oficiales de marina produce un grave conflicto en el más joven. La nota de esperanza con que termina la novela es quizá su más bello tributo a la literatura sobre el asunto.

BARRES, MAURICE. *Le Jardin de Bérénice*. París: Perrin, 1891.
Novela catalogada por Lewandowski.

BELLEMANS, HENRY. *Kings Row*. Nueva York: Simon and Schuster, 1940.
La amistad entre dos muchachos, uno de los cuales es homosexual, constituye una parte interesante de esta popular novela.

BELOT, ADOLPHE. *Mademoiselle Giraud, My Wife*. Chicago: Liard and Lee, 1891.
Novela francesa citada por Havelock Ellis, Chevalier y otros; prefacio de Emilio Zola.

BENSON, ARTHUR CHRISTOPHER. *Memoirs of Arthur Hamilton*. Londres: Paul Kegan, 1886, reeditada en Nueva York: Mitchell Kennerley, 1907.
Novela publicada primeramente en forma de biografía; recuerdos de episodios homosexuales en Cambridge.

BINET-VALMER, G. *Le gamin tendre*. París: Société du Mercure de France, 1901.
Novela citada por Nin Frías.

BINET-VALMER, G. *Lucien*. París: P. Ollendorff, 1910.
Historia de un homosexual que se confiesa a su padre.

BIRABEAU, ANDRÉ. *Revelation*. Nueva York: Viking Press, 1930.
Bella narración del descubrimiento de una madre que llega a conocer la verdad acerca de un hijo que acaba de ser muerto; probablemente la mejor descripción literaria de un homosexual desde el punto de vista materno.

BOURDET, EDOUARD. *The Captive*. Nueva York: Brentano's, 1926.

Drama basado en el triángulo de un hombre, su esposa y una mujer que enamora a esta última.

BOURGET, PAUL. *A Love Crime*. París y Nueva York: Société Des Beaux-Arts.
Traducción inglesa de una novela francesa *(Crime d'amour)* citada por Havelock Ellis.

BOURJAILY, VANCE. *The End of My Life*. Nueva York: Scribner's, 1947.
La homosexualidad arrastra a la ruina a uno de los personajes del libro.

BOWEN, ELIZABETH. *The Hotel*. Nueva York: Dial Press, 1928.
Trata esta novela de los celos y las sospechas que rodean la amistad de una viuda y de una jovencita.

BUECHNER, FREDERICK. *A Long Day's Dying*. Nueva York: Alfred A. Knopf, 1950.
Novela que, en opinión de Aldridge y Legman, tiene un tema homosexual básico que se desarrolla a través de toda su acción; pero a muchos lectores les resultará difícil compartir esa opinión.

BURNS, JOHN HORNE. *The Gallery*. Nueva York: Hatper and Bros., 1947.
Brillante serie de cuadros relativos a la segunda guerra mundial y a las tropas norteamericanas en Italia. El titulado "Momma" es probablemente la descripción más notable de un bar alegre en la literatura moderna.

BURNS, JOHN HORNE. *Lucifer with a Book*. Nueva York: Harper and Bros., 1949.
Sátira de la educación en las escuelas particulares, en que el cariño entre el maestro y un discípulo está a punto de llegar a su satisfacción sexual, pero encuentra resistencias interiores.

BURTON, RICHARD. *The Book of the Thousand Nights and a Night*. Londres: Kamashastra Society, 1885; Nueva York: Limited Editions Club, 1934; Nueva York: Heritage Press.
La traducción de Burton de *Las mil y una noches* o *Noches árabes* contiene varios cuentos de sodomía y pederastia, y un apéndice escrito por Burton sobre la materia. Este material se encuentra sólo en algunas ediciones no expurgadas.

BUTTI, ENRICO. Milan: Galli, 1892.
Obra citada por London y Caprio, escrita por un autor desconoci-

do en el mundo de habla inglesa, pero altamente apreciado en Italia.

CAIN, JAMES M. *Serenade.* Nueva York: Alfred A. Knopf, 1937.
Refiere cómo nacen los celos en una mujer cuando su dominio sobre un hombre se ve amenazado por otro hombre; novela interesante, escrita en estilo difícil, y que presenta una variante original del triángulo.

CAINE, HALL. *The Deemster.* Chicago: Rand, McNally and Co., 1888.
Novela catalogada por Lewandowski.

CAPOTE, TRUMAN. *Other Voices, Other Rooms.* Nueva York: Random House, 1948.
La adolescencia arrastrada a una relación sexual en un ambiente de desilusión, decadencia e hiperestesia. Obra de rica sensualidad, que sería una de las contribuciones más bellas a esta literatura, si no estuviese escrita en estilo ostentosamente complicado.

CARCO, FRANCIS. *Jésus-la-Caille.* París: Fayard, 1930.
Trata de la prostitución masculina. Las únicas ediciones que pueden considerarse completas son las que contienen *Les malheurs de Fernande* (véase a continuación).

CARCO, FRANCIS. *Les malheurs de Fernande.* París: L'Edition, 1918.
Escrita originariamente como tercera parte de *Jésus-la-Caille*, pero publicada como obra independiente (véase arriba).

CARPENTER, EDWARD. *Iolaüs, an Anthology of Friendship.* Boston: Charles E. Goodspeed, 1902.
Antología en que el material sobre la homosexualidad no está separado del relativo a otros tipos de amistades.

CHANDLER, RAYMOND. *The Big Sleep.* Nueva York: Alfred A. Knopf, 1939.
El homosexual es la víctima del asesinato en una complicada historia detectivesca.

CHARLES-ETIENNE. *Notre-dame de Lesbos.* París: Librairie des Curiosités Littéraires, 1924.
Novela francesa de segundo orden, sobre el tema lesbiano.

CLARKE, ASHLEY WALROND. *Jaspar Tristram.* Londres: William Heinemann, 1899.

Novela inglesa que según Havelock Ellis trata de la homosexualidad masculina.

CLAUDEL, PAUL. *Tête d'or*. New Haven, Conn.: Yale University Press, 1919; en inglés.
Poderoso drama poético en el que el cariño de Cébes por Simon lo consideran muchos críticos como expresión de homosexualidad.

COCTEAU, JEAN. *Le livre blanc*. París: Editions du Signe, 1930.
Publicado primero anónimamente, pero con ilustraciones fácilmente identificables como de Cocteau, quien después se declaró autor del libro.

COHEN, LESTER. *Oscar Wilde*. Nueva York: Boni and Liveright, 1928.
Drama biográfico.

COLETTE, S. G. y HENRY-GAUTHIER VILLARS (Colette y Villy). *The Indulgent Husband*. Nueva York: Farrar, 1935.
Hay un tema lesbiano en las ingeniosas y amenas obras de Colette, unas escritas por ella sola y otras en colaboración con Villy. Este libro, en el que dicho tema juega un papel importante, es traducción de *Claudine en ménage;* otras obras en que el tema aparece claramente con *Claudine à Paris* y *Claudine mariée*.

COLLI, NICCOLO DE. *Oscar Wilde*. Florencia: Grupo di cultura fiorentino degl'Isvici, 1933.
Drama en italiano.

COLOMA, LUIS. *Boy*. Milwaukee: Bruce Publishing Co., 1934.
Traducción de una novela española que lleva el mismo título, citada por Lewandowski.

CONSTANTINE, MURRAY y GOLDSMITH, MARGARET. *Venus in Scorpio*, Londres: John Lane, 1940.
Novela histórica basada en la vida de María Antonieta, con sugestiones acerca de la probable homosexualidad en las informaciones relativas a los últimos años de su adolescencia.

COUPERUS, LOUIS. *Noodlot*. Amsterdam: L. J. Veen, 1890.
Una de las novelas de este importante escritor holandés citada por Lewandowski y otros críticos.

COUVREUR, ANDRÉ. *Androgyne: les fantaisies du Professeur Tornada*. París: A. Michel, 1923.
Novela francesa de un escritor de segunda fila.

DALE, ALAN (seudónimo de Alfred J. Cohen). *A Marriage Below Zero*. Nueva York: Dillingham abd Co., 1889.
Citado en el *Jahrbuch*.

DANE, CLEMENCE (seudónimo de Winifred Ashton). *Regiment of Women*. Nueva York: Macmillan Co., 1917.
Amistad e insinuaciones de lesbianismo entre las maestras de una escuela de niñas.

DARIEN, GEORGES. *Biribi*. París: A. Savine, 1890.
Novela de la vida militar.

DARIEN, GEORGES y M. LAURAS. *Biribi*. París: E. Fasquelle, 1906.
Versión dramática de la novela del mismo título.

DARIEN, GEORGES y DUBUS, EDOUARD. *Les vrais sous-offs*. París: A. Savine, sin fecha.
Réplica a *Sous-offs* de Lucien Descaves.

DAUDET, LUCIEN ALPHONSE. *Le chemin mort*. París: Flammarion, 19-(?)
Novela francesa citada por el *Jahrbuch*.

DE FORREST, MICHAEL. *The Gay Year*. Nueva York: Woodford Press, 1949.
Novela no muy notable sobre la vida alegre en Nueva York.

DESCAVES, LUCIEN. *Sous-offs*. París: Tresse et Stock, 1889.
Libro que trata de la homosexualidad en el servicio militar; llamó mucho la atención cuando fué publicado. Se intentó prohibirlo, y los incidentes de la lucha contra la prohibición se narran en la edición de 1892.

DIDEROT, DENIS. *Memoirs of a Nun*. Londres: Routledge and Sons, 1928.
Traducción de *La Réligieuse*, famosa y popular novela francesa que describe el lesbianismo en un ambiente religioso.

DOGNON, ANDRÉ DU. *Les amours bouissonières*. París: Editions du Scorpion, 1948.
Mediocre descripción de la promiscuidad entre homosexuales masculinos.

DOGNON, ANDRÉ DU. *Le monde inversé*. París: Editions du Scorpion, 1949.
Análogo al anterior.

DOSTOIEVSKI, FEODOR. "Nyelochka Nyezvanov", en *The Friend of the Family*. Londres: W. Heinemann, 1920.
Según Chevalier y otros, este cuento trata del lesbianismo. Esta interpretación se basa en la traducción francesa, que es más bien una adaptación libre, titulada *Ame d'enfant* (París: Marpon et Flammarion, 1890).

DOWD, HARRISON. *The Night Air*. Nueva York: Dial Press, 1950.
Historia de un homosexual en Nueva York, sobre un fondo de vida teatral y bohemia.

EEKHOUD, GEORGES. *Escal-vigor*. París: Société du Mercure de France, 1899.
Eekhoud fué uno de los escritores más importantes de aquel tiempo que dedicaron su producción literaria a la homosexualidad. Como sus otros libros, *Escal-vigor* trata de los problemas del invertido, y fué una de las novelas más populares sobre este asunto en los últimos años del siglo XIX. Entre las obras de Eekhoud relativas a este tema figuran *Mes communions, L'autre vue, Le cycle patibulaire* y *Les libertins d'Anvers*.

ENGSTRAND, STUART. *The Sling and the Arrow*. Nueva York: Creative Age, 1947.
Novela escrita en forma de historia de un caso clínico, y que trata de un hombre casado arrastrado gradualmente hacia la homosexualidad.

ESSEBAC, ACHILLE. *L'Elu*. París: Ambert, 1930.
La más popular de las novelas que sobre el tema de la homosexualidad masculina escribió este autor. Otras novelas de Essebac sobre el mismo tema son *Dédé, Luc y Partenz*.

FARRÈRE, CLAUDE. *Les civilisés*. París: Flammarion, 1921.
Novela francesa citada en el *Jahrbuch*.

FERRI-PISANI. *Les pervertis*. París: Librairie Universelle, 1905.
Homosexualidad franca y manifiesta entre estudiantes.

FEYDEAU, ERNEST AIMÉ. *La contesse de Chalis*. París: M. Lévy Freres, 1871.
Novela francesa de segunda fila, que trata del lesbianismo.

FIRBANK, RONALD. *Inclinations.* Reeditada en *Three Novels.* Norfolk: New Directions, 1951.
Historia de una pasión lesbiana, escrita por un hombre que se deleitaba en descripciones delicadas. Firbank era un *dilettante* cuyo interés por la homosexualidad impregna toda su obra.

FISHER, M. F. K. *Not Now but Now.* Nueva York: Viking, 1947.
Una de las cuatro partes de esta novela trata de las sospechas de lesbianismo que suscita una amistad.

FITZGERALD, F. SCOTT. *Tender Is the Night.* Nueva York: Scribner's, 1934.
Aunque el tema homosexual no es parte fundamental del asunto de esta novela, juega un papel de singular importancia porque el individuo a quien afecta es un empleado del Departamento de Estado. Fitzgerald describe un personaje unos quince años antes de que lo "descubriese" el Senado de los Estados Unidos.

FITZROY, A. T. *Despised and Rejected.* Londres: C. W. Daniel, 19-(?).
Hombre y mujer traban amistad como protección contra un mundo en el que se ven "despreciados y rechazados" a causa de sus inclinaciones sexuales.

FLAUBERT, GUSTAVE. *Salammbô.* París: 1862; Nueva York: E. P. Dutton, 1948; y otras muchas ediciones.
Esta obra clásica de Flaubert es una novela histórica cuya acción se desarrolla en la antigua Cartago, y fué escrita después de haber realizado el autor notables estudios arqueológicos. Muchos críticos, tales como Havelock Ellis, Chevalier y otros, la consideran parte integrante de la literatura sobre el lesbianismo.

FRANK, WALDO. *The Dark Mother.* Nueva York: Boni and Liveright, 1920.
Esta penetrante novela describe la amistad entre el joven protagonista y un homosexual, y la lucha de aquél contra la influencia de éste.

FREDERICS, DIANA. *Diana, a Strange Autobiography.* Nueva York: Dial Press, 1939; reeditada por Citadel Press, Nueva York.
Historia narrada en primera persona, como autobiografía de una lesbiana.

FULLER, HENRY B. *Bertram Cope's Year.* Chicago: Ralph Fletcher Seymour, Alderbrink Press, 1919.

Novela sobre la juventud de los colegios escrita por un destacado autor norteamericano, que en su tiempo fué considerada muy atrevida, pero que hoy resulta extremadamente discreta.

GAUTIER, THEOPHILE. *Mademoiselle de Maupin.* París: 1835; Nueva York: Modern Library; y otras muchas ediciones.
Es la historia clásica del transvestismo o disfrazamiento (una mujer vestida de hombre), y de un hombre que se enamora de una mujer a quien cree varón.

GENÊT, JEAN. *Jornal du voleur.* París: Gallimard, 1949.
Gênet, uno de los escritores franceses más destacados, ha hecho de la homosexualidad masculina el tema central de sus obras. Sus libros, indiscutiblemente pornográficos, presentan una honradez confortante cuando se les compara con el "delicado" tratamiento que el asunto recibe en manos de tantos escritores.

GÊNET, JEAN. *Our Lady of the Flowers.* París: Morihien, 1949.
Traducción inglesa. No se vende en los Estados Unidos.

GENÊT, JEAN. *Pompes funèbres.* París: Morihien, 1949.
Véase la nota a *Journal du voleur.*

GÊNET, JEAN. *Querelle de Brest.* París: Morihien, 1948.
Véase la nota a *Journal du voleur.* Una edición de esta obra contiene notables ilustraciones, indudablemente de Jean Cocteau.

GIDE, ANDRÉ. *The Immoralist.* Nueva York: Alfred A. Knopf, 1930.
Traducción inglesa de *L'Immoraliste,* novela de conflictos de conciencia en un joven cuya homosexualidad latente empieza a exteriorizarse. La enfermedad y muerte de la novia ocurre simultáneamente con este impulso naciente del protagonista, complicando su lucha interior y suministrando materia para uno de los mejores libros sobre el tema. La homosexualidad juega papel importante en otras obras de Gide, particularmente en *The Counterfeiters (Les Faux Monnayeurs)* y *Lafcadio's Adventures (Les caves du Vatican?)*

GIRON, AIMÉ y TOZZA, ALBERT. *Antinoüs.* París: Ambert, 1904 Française, 1922.
Drama basado en el episodio bíblico, que Gide considera como una de sus contribuciones más importantes a la literatura de la homosexualidad.

GIRON, AIMÉ y TOZZA, ALBERT. *Antinoüs.* París: Ambert, 1904.
Novela citada en el *Jahrbuch.*

GOODMAN PAUL. *Parents' Day*. Saugatuck, Conn.: Five by Eight Press, 1951.
Emocionante novela, escrita con simpatía y comprensión, que expone el dilema de un maestro de escuela homosexual y sus relaciones con los padres, con los alumnos y con la dirección de la escuela. En otras obras de Goodman, particularmente en *The Dead of Spring*, también es evidente el tema homosexual.

GOURMONT, REMY DE. *Le songe d'une femme*. París: Mercure de France, 1918.
Novela corta francesa citada en el *Jahrbuch*.

HALDANE, CHARLOTTE. *Man's World*. Nueva York: George H. Doran Co., 1927.
Aparece en la lista de novelas inserta por Nin Frías.

HALL, RADCLYFFE. *The Well of Loneliness*. Nueva York: Covici, Friede, 1928; numerosas reediciones.
Probablemente es uno de los libros más conocidos y leídos sobre el lesbianismo. Alegato apasionado y elocuente, aunque sentimental, en favor del reconocimiento y la aceptación, y pintura exaltada del amor entre lesbianas.

HARDY, THOMAS. *Desperate Remedies*. Nueva York: Harper and Bros., 1896.
Aunque no es más que un breve episodio del libro, la conversación entre Cytherea y Miss Adclyffe es una de las exposiciones más notables del lesbianismo en la literatura inglesa hasta nuestro siglo.

HELL VIRGINIE. *Saphir ou le journal de Gilles*. París: Presses du Livre Français, 1949.
Novela ligera que trata del amor apasionado entre dos mujeres.

HELLMAN, LILLIAN. *The Children's Hour*. Nueva York: Alfred A. Knopf, 1934; también en varias antologías.
Poderoso drama que describe la tragedia de la murmuración y la sospecha que ensombrece la amistad de dos mujeres.

HEMINGWAY, ERNEST. "The Sea Change", "The Mother of a Queen", y "Homage to Switzerland", en *The Fifth Column and the First Forty-Nine Stories*. Nueva York: P. F. Collier and Son, 1938; también en otras colecciones.
Algunos de los numerosos cuentos en que Hemingway explora el tema del y de la homosexual, éste último en "The Sea

Change". Hemingway es uno de los muy pocos escritores a quienes interesa la inversión sexual masculina y femenina.

HERMMANN, HANS. *Die Schuld der Väter.* Leipzig: Spohr, 189-(?).
Novela alemana que citan Raffalovich y otros muchos escritores.

HERNÁNDEZ CATÁ, ALFONSO. *El Angel de Sodoma.* Madrid: Mundo Latino, 1928.
Novela española.

HESSE, HERMANN. *Narziss und Goldmund.* Berlín: S. Fischer, 1931.
El tema de la homosexualidad latente domina la profunda amistad de dos individuos jóvenes en un ambiente religioso. El fondo de la pasión naciente bajo el amor de dos amigos, aparece en otras obras de Hesse, particularmente en *Demian.*

HICHENS, ROBERT S. *The Green Carnation.* Nueva York: M. Kennerley, 1894.
Sátira contra los estetas afeminados, dirigida probablemente contra Oscar Wilde.

HÖLDERLIN, FRIEDRICH. *Hyperion.* Leipzig: P. Reclam, 187-(?).
Novela de uno de los poetas alemanes más importantes del siglo XIX; el asunto, inspirado en el ideal griego, se desarrolla en forma de cartas.

IBARA, SAIKAKU. *Quaint Stories of Samurais.* París: Edición privada, 1928.
Cuentos de un escritor japonés del siglo XVII, tomados de una colección conocida con el título de *The Glorious Stories of Homosexuality.*

ISHERWOOD, CHRISTOPHER. *The Berlin Stories.* Nueva York: New Directions, 1946.
Colección compuesta por *The Last of Mr. Norris* (publicado en Inglaterra con el título de *Mr. Norris Changes Trains)* y *Goodbye to Berlin,* serie de cuadros y cuentos. El tema de la homosexualidad masculina penetra la obra de este brillante escritor; se combina con la sátira, el humor y personajes excepcionalmente bien concebidos, *The Memorial* expone los aspectos más trágicos y desolados de la vida; y en *Prater Violet* está indudablemente presente el tema, aunque en forma sutil y algo difícil de percibir.

ISHERWOOD, CHRISTOPHER. *The Memorial: Portrait of a Family*. Norfolk: New Directions, 1946.
Véase arriba.

ISTRATI, PANAIT. *Kyra Kyralina*. Nueva York: Alfred A. Knopf, 1926.
Fantásticas aventuras de un joven en el Cercano Oriente, donde llega a ser cautivo y favorito de un hombre opulento. Prefacio de Romain Rolland. Istrati atrajo considerablemente la atención en el continente, pero no ejerció gran influencia en su propio país.

JACKSON, CHARLES. *The Fall of Valor*. Nueva York: Rinehart and Co., 1946.
El despertar de la homosexualidad latente en un hombre casado, y las subsiguientes aventuras y conflictos, están tratados hábilmente, pero sin honda penetración psicológica en el difícil tema.

JACKSON, CHARLES. *The Lost Weekend*. Nueva York: Farrar and Rinehart, 1944.
Esta notable novela de alcoholismo trata de la homosexualidad reprimida, y los recuerdos de las aventuras y los deseos homosexuales vuelven a surgir durante los períodos de embriaguez.

JACKSON, SHIRLEY. *Hangsaman*. Nueva York: Farrar, Straus and Young, 1951.
Una imaginaria aventura lesbiana se desarrolla en la mente de una esquizofrénica durante un período de alucinaciones.

JAMES, HENRY. *The Pupil*. Londres: Macmillan and Co., 1922. Publicado en un mismo volumen con *What Maisie Knew e In the Cage*.
Estudio del cariño entre un pupilo enfermizo y un joven tutor; el fondo de pasión erótica no es muy claro, y quizá James no se propuso manifestarlo; pero críticos tales como Albert Guérard han dado a esta obra una interpretación homosexual.

JONES, JAMES. *From Here to Eternity*. Nueva York: Scribner's, 1951.
Descripción de la vida y amores de los soldados norteamericanos en la segunda guerra mundial; incluye varios incidentes de relaciones de los soldados con homosexuales.

KENT, NIAL. *The Divided Path*. Nueva York: Greenberg, 1949.
Descripción del conflicto interior en un joven invertido, sus esfuerzos por adaptarse, sus luchas contra los deseos que considera

anormales y su búsqueda de una relación permanente con otra persona. Esta novela rehuye el trillado final característico de esta literatura.

KIPLING, RUDYARD. *Stalky and Co.* Garden City, N. Y.: Doubleday, Page and Co., 1922.
Lewandowski considera esta conocida novela como perteneciente a la literatura de la homosexualidad.

KOESTLER, ARTHUR. *Arrival and Departure.* Nueva York: Macmillan Co., 1943.
El protagonista de esta novela toma la decisión más importante de su vida cuando conoce las relaciones lesbianas entre dos mujeres a quienes conoce íntimamente.

LACRETELLE, JACQUES DE. *Marie Bonifas.* Londres y Nueva York: G. P. Putnam's Sons, 1927; en inglés.
Una jovencita con cuerpo y temperamento masculinos se recluye en la soledad después de verse rechazada en su busca del amor y de ser excluída de la vida común en la escuela y en la sociedad.

LAMARTINE, ALPHONSE DE. *Régina.* París: Imprimerie de Walder, 1858.
Novela corta que generalmente se considera como perteneciente a la literatura del lesbianismo. Aunque escrita por uno de los grandes románticos franceses, esta obra parece que no ha sido traducida al inglés.

LATOUCHE, HENRI DE. *Fragoletta.* París: Delloye, 1840.
Novela francesa citada por Raffalovich y Praz, y perteneciente a la literatura de la inversión femenina.

LAWRENCE, D. H. "The Prussian Officer", en *The Portable D. H. Lawrence.* Nueva York: Viking Press, 1947; también en otras muchas colecciones y antologías.
Una de las descripciones más impresionantes de la homosexualidad reprimida, y sus relaciones con el odio, la brutalidad y el sadismo.

LAWRENCE, D. H. *Women in Love.* Nueva York: Viking Press y otras varias ediciones.
Historia de la profunda amistad entre dos hombres enamorados de dos hermanas e igualmente enamorados el uno del otro. Aunque en menor grado, el tema homosexual se mezcla sutilmente con los asuntos de otras obras de Lawrence, particularmente en *Aaron's Rod* y en *The Rainbow.*

LE CLERC, JACQUES. *Show Cases*. Nueva York: Macy-Masius, 1928.
Serie de cuentos referidos por un narrador, y cuyos temas son el incesto, la ninfomanía y la homosexualidad.

LEHMANN, ROSAMOND. *Dusty Answer*. Nueva York: Henry Holt and Co., 1927.
Obra de extraordinaria belleza en la que la protagonista, una niña inglesa de edad escolar experimenta por dos veces grandes afectos, una de ellas por una estudiante lesbiana, y la otra por un hombre cuyo temperamento sexual le impide corresponder al amor de la jovencita.

LEWIS WYNDHAM. *The Apes of God*. Nueva York: R. M. Bride and Co., 1932.
Describe la inversión masculina y femenina con vena satírica.

LOMBARD, JEAN. *L'Agonie*. París: A. Michel, 1926.
Novela histórica sobre la homosexualidad en la antigua Roma.

LORRAIN, JEAN. *Monsieur de Phocas*. París: A. Michel, 1926.
Obra que se dice fué escrita bajo la influencia de *El retrato de Dorian Gray*, de Wilde. La interpretación homosexual ha sido dada por Praz y por Nin Frías.

LOTI, PIERRE. *Mon Frère Yves*. París: Calmann-Lévy, 1883.
Esta obra, escrita por uno de los escritores franceses más conocidos del siglo XIX, la cita Lewandowski. Es la descripción de los viajes de un marino francés. No he encontrado traducción inglesa.

LOUYS, PIERRE. *Aphrodite*. Numerosas ediciones norteamericanas.
Louys, uno de los escritores franceses más eminentes de fines del siglo XIX y principios de éste, muestra un interés constante por el lesbianismo en toda su producción. Aunque *Aphrodite* trata de una profunda pasión heterosexual, el tema lesbiano es usado como fondo, lo mismo que en otras obras de este autor, como *Les aventures du roi Pausole*, mientras es motivo exclusivo en sus poesías de las *Chansons de Bilitis*.

LUMET, LOUIS. *Les cahiers d'un congréganiste*. París: E. Fasquelle, 1904.
Novela citada por el *Jahrbuch*.

LUNE, JEAN DE LA. *Les Plantins*. París: Librairie Française Genonceaux, 1903.
Novela citada por el *Jahrbuch*.

LYS, GEORGES DE. *Une idylle á Sedôm.* París: C. Dalou, 1889; reeditada con el título de *La Vierge de Sedôm,* París: Offenstadt Frères, 1901.
Novela citada por el *Jahrbuch.*

MCINTOSH, HARLAM C. *This Finer Shadow.* Nueva York: Lorac Books, 1941.
Historia poco convincente, escrita en estilo excesivamente elaborado, de un joven que ingresa en los círculos homosexuales de Nueva York. Este libro recibió exorbitantes alabanzas de John Cowper Powys.

MCKENNA, STEPHEN. *Sonia, Between Two Worlds.* Nueva York: George H. Doran Co., 1917.
Novela inglesa citada por Lewandowski.

MACKENZIE, COMPTON. *Extraordinary Women.* Nueva York: Macy-Masius, Vanguard Press, 1928.
Descripción satírica y burlesca del lesbianismo. Puede leerse también en una edición abreviada. El tema de la homosexualidad masculina juega un papel menor, pero interesante, en *Vestal Fire,* amena novela de este autor.

MAILER, NORMAN. *The Naked and the Dead.* Nueva York: Rinehart, 1948.
En esta novela de guerra, la tirantez entre el teniente y el general tiene origen homosexual, según Aldridge. Si el lector acepta esta interpretación, el libro debe ser comparado con el tratamiento que a un tema análogo dió D. H. Lawrence.

MAINDRON, MAURICE. *Saint-Cendre.* París: Editions de la Revue Blanche, 1898.
Novela citada por Praz. Se dice que trata del lesbianismo.

MAIZEROY, RENÉ. *Le Boulet.* París: V. Havard, 1886.
Forma parte de un grupo de novelas de este autor sobre la homosexualidad, citadas por varios críticos. Raffalovich cita *Le Boulet;* Praz cita *Les amours défendues,* que se dice trata del lesbianismo; Lewandowski cita *Deux amies,* sobre tema claramente lesbiano.

MANN, KLAUS. *Pathetic Symphony.* Nueva York: Allen, Towne and Heath, 1948.
Novela basada en la vida de Tchaikowsky.

MANN, THOMAS. "Death in Venice", en *Stories of Three Decades.* Nueva York: Alfred A. Knopf, 1946, y en numerosas colecciones y antologías.

Una de las obras más bellas, por el estilo y por el tratamiento de los personajes, de la literatura sobre la homosexualidad. Describe la atracción que un hombre maduro ejerce sobre un joven, y la inspiración que resulta de este cariño, en un ambiente libre de todo sentimiento de culpabilidad.

MARGUERITTE, PAUL. *Tous quatre.* París: E. Giraud, 1885.
Novela francesa citada por Raffalovich.

MARGUERITTE, VICTOR. *La Garçonne.* París: Flammarion, 1922.
Novela muy popular en que el tema lesbiano es un símbolo del movimiento feminista y de la lucha de la mujer por la independencia.

MARGUERITTE, VICTOR. *La Garçonne.* París: Flammarion, 1927.
Drama basado en la novela de igual título.

MARTIN DU GARD, ROGER. *Un taciturne.* París: Gallimard, 1932.
Drama francés poderosamente escrito, de personajes bien dibujados; el asunto versa sobre un hombre arrastrado a medidas extremas ante la perspectiva de renunciar al joven a quien ama.

MARX, HENRY. *Ryls, un amour hors de loi.* París: Ollendorff, 1924.
Novela francesa citada por Nin Frías.

MAUPASSANT, GUY DE. "La femme de Paul", en *Oeuvres Complètes.* París: Librairie de France, 1934, I.
Cuento muy impresionante, generalmente omitido en las ediciones norteamericanas e inglesas de las obras de Maupassant; describe las reacciones de un hombre al enterarse de una relación lesbiana. Los temas del transvestismo o disfrazamiento, del afeminamiento, etc., los trata Maupassant en otros varios cuentos: "Humiliation" y "Mademoiselle".

MAXWELL, WILLIAM. *The Folded Leaf.* Nueva York: Harper and Bros., 1945.
La amistad y la dependencia mutua entre dos muchachos, que casi se convierte en amor sexual, sin llegar a ello. Estudio muy penetrante de la adolescencia.

MAYNE, XAVIER. *Imre: A Memorandum.* Nápoles: The English Book-Press, 1908.
Citado por Havelock Ellis. No sé que se haya publicado nunca en Norteamérica ni en Inglaterra.

MEEKER, RICHARD. *The Better Angel.* Nueva York: Greenberg, 1933.
Historia de un joven brillante que descubre muy pronto que es "diferente", y que lucha por conservar su dignidad en un mundo hostil.

MELVILLE, HERMAN. *Moby Dick.* Nueva York: 1851, numerosas reediciones.
En esta novela clásica de la pesca de ballenas, el elemento homosexual ha sido discutido por Maugham y otros críticos; a mí me parece claro en las primeras partes del libro. Es difícil dar otra interpretación a las escenas en que Queequeg intima con Ishmael, particularmente si se tienen en cuenta otras obras de Melville: *Typee, Omoo* y *Billy Budd.*

MENDES, CATULLE. *La maison de la vieille.* París: Charpentier et Fasquelle, 1894.
Novela francesa citada por Raffalovich.

MENDES, CATULLE. *Méphistophéla.* París: E. Dentu, 1890.
Una de las obras más conocidas de Mendes, novela de lesbianismo citada por Havelock Ellis y por Praz.

MERY, JOSEPH. *Monsieur Auguste.* París: Michel Lévy Frères, 1867.
Raffalovich y otros la citan como novela de la homosexualidad masculina.

MILTON, ERNEST. *To Kiss the Crocodile.* Nueva York: Harper and Bros., 1928.
Historia de un joven que trata de huir del mundo a causa de la sospecha que cae sobre él por haber sido descubierta su presencia en una reunión de homosexuales. La reunión es una de las mejores descripciones de este tipo en idioma inglés, y todo el libro es un *tour de force* de extraordinaria belleza.

MIRBEAU, OCTAVE. *Sébastien Roch.* París: Bibliothèque Charpentier, 1905.
Novela francesa citada por Lewandowski y otros.

MORITZ, KARL-PHILIPP. *Anton Reiser.* Heilbronn: Gebr. Henniger, 1886.
Novela psicocológica citada por Raffalovich.

MOTLEY, WILLARD. *Knock on any Door.* Nueva York: Appleton-Century, 1947.

Historia de una vida, desde niño de coro hasta asesino; retrato de un *gangster* que por un lado persigue a los homosexuales para robarles, y por otro siente profundo cariño por un homosexual.

MOUREY, GABRIEL. *Lwn-tennis*. París: Tresse et Stock. 1891; en francés.
Comedia en un acto, sobre el tema lesbiano.

MUSSET, ALFRED DE. *Gamiani, ou deux nuits d'excès*. Venecia: 1853.
Novela corta de uno de los grandes románticos franceses; el *Jahrbuch* y otros la consideran perteneciente a la literatura de la homosexualidad. Una traducción inglesa, sin editor, fecha ni título, aparece en el catálogo de la Bibliothéque Nationale. Las obras completas de Musset que yo consulté, tanto en francés como en inglés, no contienen este cuento.

NILES, BLAIR. *Strange Brother*. Nueva York: Liveright, 1931; reeditado por Harris Publishing Co., 1949.
Descripción simpática, aunque sumamente sentimentalizada, de un homosexual; tema por el que se sintió atraído el autor por sus informes acerca de los prisioneros de la Isla del Diablo.

NORTAL, ALBERT y CHARLES-ETIENNE. *Les adolescents passionés*. París: Curio, 1927.
Novela citada por Havelock Ellis.

OLIVIA. *Olivia*. Nueva York: William Sloane Associates, 1949.
Fina novela que trata del lesbianismo y de las amistades entre niñas escolares.

PALGRAVE, F. G. *Germann-Agha*. Nueva York: Henry Holt, 1874.
Citado por el *Jahrbuch*.

PAUL, ELLIOT H. *Concert Pitch*. Nueva York: Random House, 1938.
Un concertista de piano descubre que un crítico siente un apasionado interés por él, además del interés musical. La novela posee las finas calidades usuales en los escritos de Elliot Paul.

PELADAN, JOSEPHIN. *L'Androgyne*. París: Dentu, 1891.
Peladan, escritor que usaba un seudónimo femenino, según Praz, dedicó toda su producción literaria al lesbianismo. Entre otros libros suyos sobre este tema, figuran *La vertu suprême, Le vice suprême, L'initiation sentimentale y A coeur perdu*.

PELLAVICINO, FERRANTE. *Alcibiade, fanciullo a scuola.* Oranges: J. Wart, 1652.
Novela italiana del siglo XVII que suscitó mucho interés; fué atribuída a Aretino, pero hoy se sabe que es de Pellavicino, que escribió también *Il prencipe hermafrodito* (1650). El *Alcibiade* figura en el catálogo de novelas homosexuales hecho por Lewandowski.

PEÑA, DAVID. *Oscar Wilde.* Buenos Aires: Sociedad Editorial, 1922.
Drama basado en la vida de Wilde.

PETERS, FRITZ. *Finistère.* Nueva York: Farrar, Straus and Co., 1951.
Poderosa novela que describe la búsqueda del amor por un joven homosexual, y los efectos del descubrimiento de su secreto en la familia y en un grupo de amigos. El fondo sobre el cual el protagonista busca el amor de un hombre, es probablemente la mejor descripción literaria que existe de la génesis de la inversión, y únicamente el final trillado y nada convincente echa a perder la obra, que sin eso sería muy notable contribución a este tipo de literatura.

PETRONIO ARBITER. *El Satiricón.* Numerosas traducciones y ediciones.
Esta novela clásica, que generalmente se publica suprimiendo o no traduciendo los pasajes más eróticos, se considera muchas veces como la novela más antigua, y trata abiertamente de la homosexualidad masculina. Se atribuye a Oscar Wilde una traducción; pero hay razones bastantes para creer que no es de él. Ha sido publicada con el texto íntegro en inglés (Nueva York: Edición privada, 1930).

PEYREFITTE, ROGER. *Special Friendships.* Nueva York: Vanguard Press, 1950.
Descripción de una atracción apasionada entre dos estudiantes de una escuela religiosa en Francia. Tanto por el estilo como por el penetrante estudio de los afectos de los adolescentes, merece un lugar permanente en la literatura contemporánea.

PHILLIPS, THOMAS HAL. *The Bitterweed Path.* Nueva York: Rinehart, 1949.
Describe el amor entre un hombre maduro y un joven, en el cual entra a participar el hijo de aquél, constituyendo un triángulo masculino.

PIDANSAT DE MAIROBERT. *L'observateur anglois.* Londres: J. Adamson, 1777-1778; en francés. Reeditado con el título de *L'espion anglois.*

Obra del siglo XVIII, bastante difusa y con muchos pasajes eróticos; los historiadores de la literatura francesa la mencionan como obra que trata de la homosexualidad.

PLACE, SIDNEY (seudónimo de X. M. Boulestin). *Les fréquentations de Maurice*. París: Dorbon-Ainé, 191-(?).
Novela francesa cuya acción se desarrolla en Londres, citada por Nin Frías.

PORTAL, GEORGES. *The Tunic of Nessus*. París: Les Editions Astra, 1939.
Publicada en inglés, es traducción de *Un Protestant*. Describe las aventuras, confesiones, conflictos y reajustes de un homosexual.

PROUST, MARCEL. *Cities of the Plain*. Nueva York: Albert and Charles Boni, 1927; numerosas reediciones.
Este libro forma parte de la extensa novela de Proust titulada *A la recherchedu temps perdu:* recuerdos del autor, su rebusca del detalle y sus esfuerzos para evocarlo, y para analizarlo minuciosamente y para retratar la clase alta de la sociedad francesa. Toda la obra de Proust está empapada de homosexualidad masculina, a partir de las primeras páginas de *Swann's Way (Du côté de chez Swann)*, primera parte de su larga novela. Pero *Cities of the Plain* está dedicada a ese asunto casi exclusivamente, aunque Gide y otros estiman que Proust ha estudiado con más simpatía la inversión en las primeras partes de su obra. Además, muchos críticos creen que *The Captive* y *The Sweet Cheat Gone*, que tratan del amor del novelista por Albertina, son novelas de homosexualidad encubierta, y que Albertina es un hombre más bien que una mujer.

RACHILDE (MME. MARGUERITE VALLETTE). *Les Hors nature*. París: Société du Mercure de France, 1897.
Citada por Porché, Nin Frías y otros.

RACHILDE (MME. MARGUERITE VALLETTE). *Monsieur Vénus*. Nueva York: Covici, Friede, 1929.
Citada por Symonds, London y Caprio, y otros; sin embargo, Praz halla en los personajes más sadismo y asexualidad que lesbianismo.

REBOUX, PAUL. *Le Jeune amant*. París: E. Flammarion, 1913.
Novela francesa citada por Lewandowski.

REDNI, JAN DE. *Le livre du désir et de la cruelle volupté*. París: Edition Française, 1906.
Novela histórica; el autor ha escrito otras varias obras sobre

temas clásicos, con interés homosexual, como su libro sobre Safo, y otros.

REGNIER, HENRI DE. *La Pécheresse*. París: Mercure de France, 1920.
Novela citada por Lewandowski, que cita también los cuentos de *Couleur du temps*, del mismo autor.

REID, FORREST. *The Garden God*. Londres: D. Nutt, 1906.
Historia de dos muchachos, citada por Havelock Ellis.

REMAULT, MARY. *The Middle Mist*. Nueva York: William Morrow and Co., 1945.
Una relación lesbiana no entra en conflicto con los objetivos habituales de la vida y del amor. Novela interesante, publicada en Inglaterra con el título de *Friendly Young Ladies*.

RICE, CRAIG. *Having Wonderful Crime*. Nueva York: Simon and Schuster, 1944.
Mediocre novela de misterio con tema lesbiano.

RICTUS, JEHAN. *Fil de fer*. París: L. Michaud, 1908.
Novela francesa citada por el *Jahrbuch*.

ROCHESTER, JOHN WILMONT, SEGUNDO CONDE DE. *Sodom*. Amberes (?): 1684; reeditada en París: Verlag von H. Welter, 1904, encuadernada juntamente con *Kryptadia*, IX, 1905.
Drama atribuído generalmente al segundo conde de Rochester, aunque tal atribución ha sido rebatida. Es un divertido ataque pornográfico y satírico el reinado de Carlos II escrito en dísticos heroicos. No se conocen ejemplares de la edición de 1684; los editores de *Kryptadia* evidentemente han reeditado esta obra valiéndose de un manuscrito que se dice que aun existe.

ROLAND-MANUEL, SUZANNE. *Le Trille du diable*. París: Editions des Deux Rives, 1946.
Extensa novela sobre el lesbianismo.

ROLFE, FREDERICK WILLIAM (Baron Corvo). *Don Tarquino*. Londres: Chatto, 1929.
Pertenece a un grupo de novelas de Baron Corvo, todas las cuales son interesantes para el estudio de este tipo de literatura.

ROLLAND, ROMAIN. *Jean Christophe in Paris*. Nueva York: H. Holt and Co., 1925.

Novela que cita Nin Frías por su manera de tratar el tema homosexual.

ANÓNIMO. *Le roman d'un inverté-né; en L'homosexualité et les types homosexuels* de Laupts. París: Vigot frères, 1910.

Confesiones de un homosexual, que describen a un hombre en profundo conflicto consigo mismo. Fué escrita originalmente en forma de carta dirigida a Emilio Zola. Raffalovich la publicó en alemán en su libro *Der Uranismus.*

ROSTAND, MAURICE. *Le procès d'Oscar Wilde.* París: Flammarion, 1934.

Drama de un gran autor dramático francés, basado en el proceso de Wilde.

ROUSSIN, ANDRÉ. *Les oeufs de l'autruche.* Monaco: Editions du Rocher, 1950.

Drama francés contemporáneo.

ROYDE-SMITH, NAOMI. *The Island.* Nueva York: Harper and Bros., 1930.

Historia del efecto que el amor hacia otra joven tiene en la vida de una mujer. No hay en este libro una exposición franca del problema lesbiano; en realidad, el autor lo rehuye, pero su existencia parece innegable. Es una novela anterior, *The Tortoiseshell,* el autor toca el tema lesbiano.

SACHER-MASOCH, LEOPOLD VON. *Venus in Furs.* París: C. Carrington, 1902, también puede leerse en otras ediciones y en varias traducciones.

Chevalier, London y Caprio, y otros consideran este libro clásico sobre el masoquismo como perteneciente a la literatura de la homosexualidad.

SARTRE, JEAN-PAUL. *The Age of Reason* y *The Reprieve.* Nueva York: Alfred A. Knopf, 1947.

Estas novelas forman las dos primeras partes de una trilogía titulada *The Roads to Freedom* (*Los caminos de la libertad*). Aunque el homosexual no es nunca el principal personaje ni sus problemas el asunto central, es un símbolo en cuanto perteneciente el grupo de los desplazados, de los desilusionados, de los desarraigados. Para Sartre, esas gentes buscan nuevos valores en un mundo que han rechazado y por en cual son a su vez rechazados. El tema homosexual aparece también en *No Exit* (*A puerta cerrada*), drama del mismo autor.

SCHLUMBERG, JEAN. *Heureux qui comme Ulysse.* París: Edición privada, 1906.
Novela corta francesa, citada por el *Jahrbuch.*

SCULLY, ROBERT. *The Scarlet Pansy.* Nueva York: Royal Publishers, sin fecha.
Novela homosexual muy inferior; intento crudo y torpemente disfrazado para la transposición del sexo.

SMOLLETT, TOBIAS G. *The Adventures of Roderick Random.* Londres: 1748; numerosas reediciones, generalmente con el título de *Roderick Random.*
Aunque sólo ocupa un capítulo de esta obra clásica, el encuentro de Roderick con Lord Strutwell es quizá el primer retrato de un homosexual que aparece en la literatura inglesa.

STADION, EMMERICH GRAF VON. *Schatten im Licht.* Viena: Prochaska, 1882.
Novela citada por Krafft-Ebing.

STEIN, GERTRUDE. *Things as They Are.* Pawlet, Vt.: Bayan Press, 1950.
Hermosa novela escrita en 1903, pero publicada póstumamente; describe el amor en un triángulo femenino.

STERNHEIM, CARL. *Oskar Wilde.* Potsdam: Kiepenheuer, 1925.
Drama basado en la vida de Wilde.

STEVENSON, EDWARD IRENAEUS PRIME. *Left to Themselves.* Nueva York: Hunt and Eaton, 1891.
Forma parte de un grupo de novelas de este autor citadas en el *Jahrbuch;* otras son *A Great Patience, Many Waters* y *Weed and Flour. Left to Themselves* aparece reseñada como la historia de las relaciones de dos individuos jóvenes.

STOKES, LESLIE y STOKES, SEWELL. *Oscar Wilde.* Londres: M. Secker and Warburg, 1937.
Drama basado en la vida de Wilde.

STONE, GRACE ZARING. *The Grotto.* Nueva York: Harper and Bros., 1951.
Lucha de una madre contra la homosexualidad de su hijo. Ni la madre ni el autor demuestran gran conocimiento psicológico del problema.

STURGIS, HOWARD OVERING. *Tim.* Londres y Nueva York: Macmillan, 1891.
Novela sobre niños de escuela, citada por Havelock Ellis.

TELLIER, ANDRE. *Twilight Men.* Nueva York: Greenberg, 1931.
Una de las primeras novelas norteamericanas en que el protagonista es un homosexual franco y manifiesto y el asunto es tratado de manera muy inteligente y comprensiva.

THOMAS, WARD. *Stranger in the Land.* Boston: Hougton Mifflin Co., 1949.
La homosexualidad masculina en una pequeña población; el sesgo de simpatía queda desvirtuado por la sensacional descripción de los males del chantaje.

TYLER, PARKER y FORD, CHARLES HENRY. *The Young and Evil.* París: Obelisk Press, 1933.
No publicada (y considerada impublicable) en Norteamérica, esta novela ha sido juzgada por literatos que la han leído "francamente pornográfica y de indudable mérito literario".

VANBRUGH, JOHN. *The Relapse.* Londres: 1697; reeditada en varias ediciones de las obras de Vanbrugh y en diversas antologías.
Muchos escritores citan esta comedia como perteneciente a la literatura de la homosexualidad; en realidad, hay en ella el retrato de un homosexual manifiesto, pero es un personaje secundario, y la acción de la obra no gira en torno de él. *The Relapse* es interesante en esta literatura, porque ofrece uno de los pocos ejemplos en que la homosexualidad manifiesta fué llevada a escena antes del siglo XX.

VIDAL, GORE. *The City and the Pillar.* Nueva York: E. P. Dutton, 1948.
El dilema del homosexual en la sociedad moderna está expuesto sobre el fondo de la vida alegre, en la que participa en Hollywood y en Nueva York. El trillado final violento aminora el valor de un libro que en ocasiones está por encima de lo mediocre.

VIDAL, GORE. *The Season of Comfort.* Nueva York: E. P. Dutton, 1949.
Los conflictos y reajustes de un joven bisexual.

WAHL, LOREN. *The Invisible Glass.* Nueva York: Greenberg, 1950.

El homosexual como miembro de un grupo minoritario está retratado mediante el recurso de situar a un oficial blanco del ejército en un regimiento de negros, en Italia. Es una novela bien compuesta, que demuestra profunda comprensión de las analogías y las diferencias entre los dos problemas minoritarios; pero el trillado final violento es particularmente desafortunado, porque tiene implicaciones extremadamente antihomosexuales que probablemente el autor no se propuso ni entendió.

WAUGH, ALEC. *The Loom of Youth.* Nueva York: George H. Doran Co., 1920.
Novela sobre la educación, citada por Lewandowski.

WAUGH, EVELYN. *Brideshead Revisited.* Boston: Little, Brown and Co., 1945.
Recuerdos de un capitán del ejército acerca de una familia a la que conoció íntimamente; uno de los individuos de la familia es un homosexual cuyas aventuras, sexuales y religiosas, están descritas con humor y comprensión.

WEIRAUCH, ANNA ELISABET. *The Scorpion.* Nueva York: Greenberg, 1932; reeditada por Willey Book Co., 1948.
La vida del personaje principal de *The Scorpion* (véase abajo) continúa en esta novela, que termina renunciando la heroína al liesbianismo.

WEIRAUCH, ANNA ELISABET. *The Scorpion.* Nueva York: Greenberg, 1932; reeditada por Willey Book Co., 1948.
Historia de la primera parte de la vida de una lesbiana.

WILBRANDT, ADOLF VON. *Fridolin's Mystical Marriage.* Nueva York: W. S. Gottsberger, 1884.
Novela que trata de la homosexualidad masculina con discreción, y compuesta en torno del tema del sexo intermedio.

WILDE, OSCAR. *The Picture of Dorian Gray.* Nueva York: Modern Library; y otras muchas ediciones.
La homosexualidad está levemente encubierta en esta famosa novela de Wilde.

WILDE, OSCAR. *The Portrait of Mr. W. H.* Nueva York: Mitchell Kennerley, 1921.
Ensayo literario que interpreta los sonetos de Shakespeare a la luz de la pasión que el poeta sentía por un joven actor.

WILHELM, GALE. *Torchlight to Valhalla.* Nueva York: Random House, 1938.

El homosexual como miembro de un grupo minoritario está retratado mediante el recurso de situar a un oficial blanco del ejército en un regimiento de negros, en Italia. Es una novela bien compuesta, que demuestra profunda comprensión de las analogías y las diferencias entre los dos problemas minoritarios; pero el trillado final violento es particularmente desafortunado, porque tiene implicaciones extremadamente antihomosexuales que probablemente el autor no se propuso ni entendió.

WAUGH, ALEC. *The Loom of Youth.* Nueva York: George H. Doran Co., 1920.
Novela sobre la educación, citada por Lewandowski.

WAUGH, EVELYN. *Brideshead Revisited.* Boston: Little, Brown and Co., 1945.
Recuerdos de un capitán del ejército acerca de una familia a la que conoció íntimamente; uno de los individuos de la familia es un homosexual cuyas aventuras, sexuales y religiosas, están descritas con humor y comprensión.

WEIRAUCH, ANNA ELISABET. *The Scorpion.* Nueva York: Greenberg, 1932; reeditada por Willey Book Co., 1948.
La vida del personaje principal de *The Scorpion* (véase abajo) continúa en esta novela, que termina renunciando la heroína al liesbianismo.

WEIRAUCH, ANNA ELISABET. *The Scorpion.* Nueva York: Greenberg, 1932; reeditada por Willey Book Co., 1948.
Historia de la primera parte de la vida de una lesbiana.

WILBRANDT, ADOLF VON. *Fridolin's Mystical Marriage.* Nueva York: W. S. Gottsberger, 1884.
Novela que trata de la homosexualidad masculina con discreción, y compuesta en torno del tema del sexo intermedio.

WILDE, OSCAR. *The Picture of Dorian Gray.* Nueva York: Modern Library; y otras muchas ediciones.
La homosexualidad está levemente encubierta en esta famosa novela de Wilde.

WILDE, OSCAR. *The Portrait of Mr. W. H.* Nueva York: Mitchell Kennerley, 1921.
Ensayo literario que interpreta los sonetos de Shakespeare a la luz de la pasión que el poeta sentía por un joven actor.

WILHELM, GALE. *Torchlight to Valhalla.* Nueva York: Random House, 1938.

Una joven busca el amor de una mujer, después de haber fracasado sus esfuerzos para obtener el de un hombre. Es la obra de un escritor dotado de penetración psicológica y de talento para describir los personajes con pocas palabras.

WILHEM, GALE. *We Too Are Drifting*. Nueva York: Random House, 1935.

Contiene esta novela corta una soberbia descripción de un triángulo femenino, con sus frustraciones, sus celos y sus compensaciones.

WILLINGHAM, CALDER. *End as a Man*. Nueva York: Vanguard Press, 1947.

Aspero ataque a la educación militar, que incluye la descripción de la homosexualidad entre los estudiantes.

WYLIE, PHILIP. *The Disappearance*. Nueva York: Rinehart and Co., 1951.

Fantasía en la cual entran súbitamente en existencia dos mundos, uno formado sólo por hombres, y otro sólo por mujeres. Es en el mundo de las mujeres donde la moral puritana choca con el impulso de la satisfacción sexual. En *Opus 21*, del mismo autor, hay un interesante episodio de liesbianismo.

ZOLA, EMILIO. *Nana*. Nueva York: Modern Library; y numerosas ediciones.

Esta novela clásica francesa contiene algunos pasajes inequívocos sobre el lesbianismo, asunto al que Zola prestó atención en *La Curée*, según London y Caprio, y en la trilogía de las ciudades, *Londres*, *Rome* y *Paris*, según Lewandowski.

ZWEIG, ARNOLD. *Claudía*. Nueva York: Viking Press, 1930.

Novela formada por una serie de cuadros con poca relación entre sí, en uno de los cuales un hombre habla a su mujer de las relaciones que en la adolescencia tuvo con otro muchacho.

INDICE

	Pág.
Introducción	7
Prefacio	11
Primera Parte. Sociología	17
Capítulo Primero. La minoría no reconocida	19
Capítulo II. La hostilidad: Sus fuentes secretas	35
Capítulo III. La hostilidad: Sus justificaciones	53
Capítulo IV. Libertad civil y derechos humanos	67
Capítulo V. Un mundo de criminales que respetan las leyes	81
Segunda Parte. Psicología	91
Capítulo VI. Mirando hacia adentro y hacia atrás.	93
Capítulo VII. ¿Es legión nuestro número?	115
Capítulo VIII. Individuos y estereotipos	137
Tercera Parte. Modelos	147
Capítulo IX. Bajo mi palabra	149
Capítulo X. En la calle más "alegre" de la ciudad	165
Capítulo XI. Eche otra moneda	173
Capítulo XII. No todo lo que reluce es pecado	185
Capítulo XIII. El amor es algo maravilloso	193
Cuarta Parte. Cultura	205
Capítulo XIV. De la debilidad a la fuerza	207
Capítulo XV. En busca de un héroe	221
Capítulo XVI. Literatura de la homosexualidad	235
Quinta Parte. Acomodaciones	249
Capítulo XVII. ¿Puede ser curada la homosexualidad?	251
Capítulo XVIII. Unas palabras claras acerca de la sublimación	267
Capítulo XIX. Cumpliremos nuestra obligación hasta la muerte	277
Capítulo XX. Una galaxia de maridos alegres	291
Sexta Parte. Perspectivas	305

Pág.

Capítulo XXI. La sociedad que deseamos 307
Capítulo XXII. Un problema de todos 321
Capítulo XXIII. Una discusión con los padres 333
Capítulo XXIV. Mirando afuera y adelante 349
Apéndices 363
Apéndice A. Documentos del gobierno de los Estados Unidos relativos a la homosexualidad 365
Apéndice B. Extractos de las leyes de los cuarenta y ocho estados . 381
Apéndice C. Referencias y fuentes 395
Apéndice D. Pequeño catálogo de novelas y dramas 401

Esta edición, que consta de 6,000 ejemplares, se acabó de imprimir el día 7 de marzo de 1952, en los talleres gráficos de La Carpeta, S. A., calle Norte 45, Nº 802. Sec. Vallejo, México, D. F.